



Revista

POLIFONIA

Colectivo Cultural



Revista

POLIFONÍA

Colectivo Cultural

ISSN:2027-2553

NÚMERO ESPECIAL CONMEMORACIÓN PREMIO NACIONAL DE POESÍA UNIVERSITARIA EL QUIJOTE DE ACERO

Dirección

Jhon Jairo Carvajal B.
polifonia9@gmail.com

Consejo Editorial

William Marín O.
Franklin Molano
Américo Portocarrero
Horacio Ayala A.
Alan González S.
Diego Alexander Vélez
Walter Calderón

Colaboradores

Aura Francisca Amaya Triana
Gabriel Arturo Castro

Diseño y Diagramación

Centro de Recursos Informáticos
y Educativos -CRIE
Área Diseño
Universidad Tecnológica de Pereira
2010

Las opiniones y los artículos son
responsabilidad de los autores.

polifonia9@gmail.com

<http://www.revistapolifonia.blogspot.com/>

Artista Invitado

James Llanos Gómez
golla21@hotmail.com



Taller de Creación Literaria La Caza de las Palabras

RENATA



Contenido

1. Entrevista:

El transeúnte, paso a paso. Entrevista a Rogelio Echavarría Por José Ángel Leyva.

2. Ensayos:

* *La literatura como tauromaquia. Gabriel Arturo Castro*

* *Memoria e imaginación en los Recuerdos de la Guaquería en el Quindío. Carlos A. Castrillón*

* *¿Puede el alcohol ser pacificador de una angustia intolerable? El caso de dos escritores. Judith Nieto.*

* *La Arquitectura del vacío. Carlos Vicente Sánchez*

* *Alicia, la Muerte y América en Horacio Quiroga, Alicia Serna*

3. Cuento

* *LA SONRISA EN LA ESPESURA. Marco Tulio Aguilera*

* *LA REALIDAD Y LA FICCIÓN. Óscar Collazos.*

* *Una tumba para Al. Juan David Correa U.*

* *El baile de quince. Javier Gil Gallego.*

* *Los cuentos de naturaleza atómica. Umberto Senegal.*

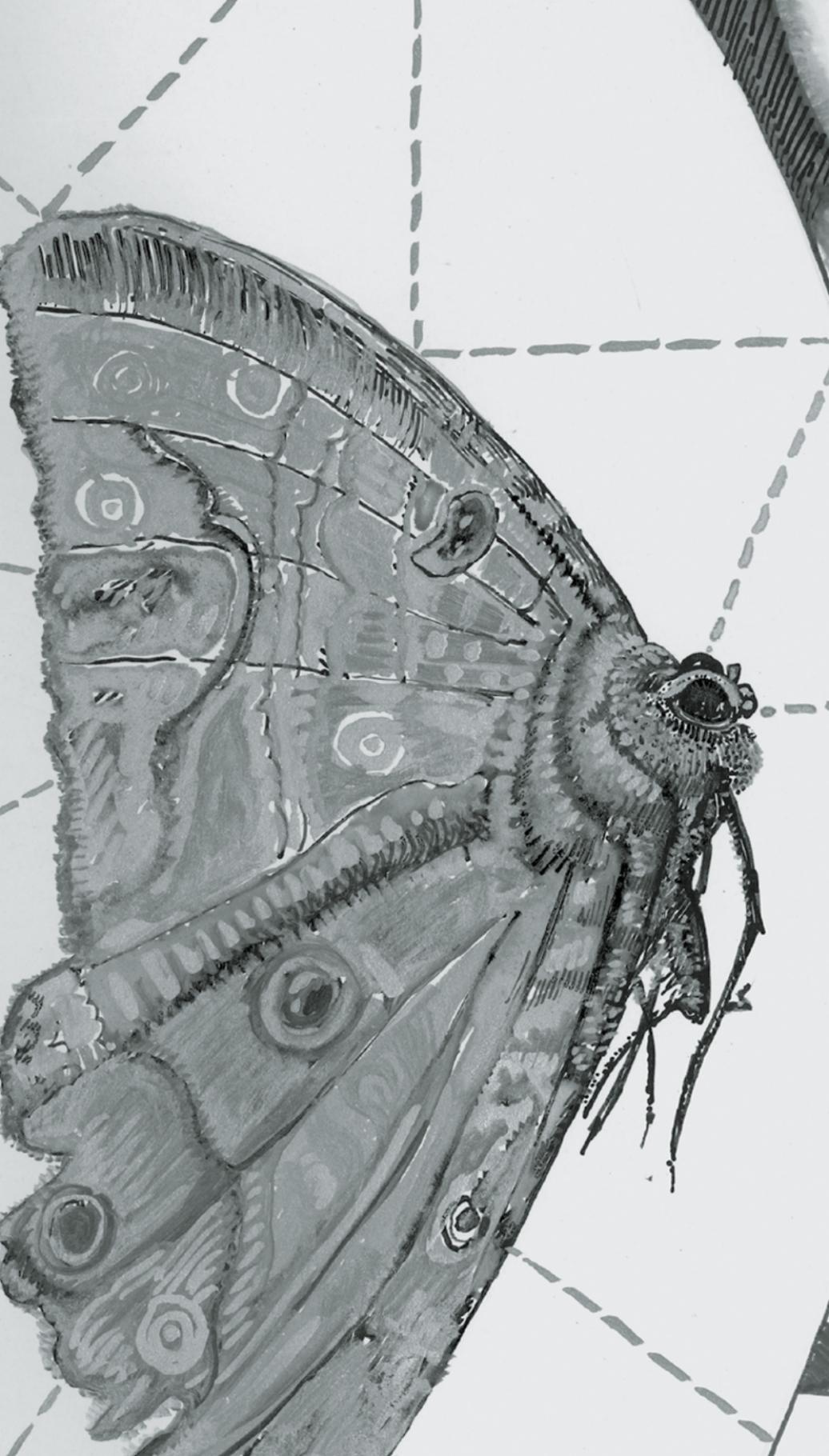
4. POESÍA.

* *Poemas de Alfredo Vanín.*

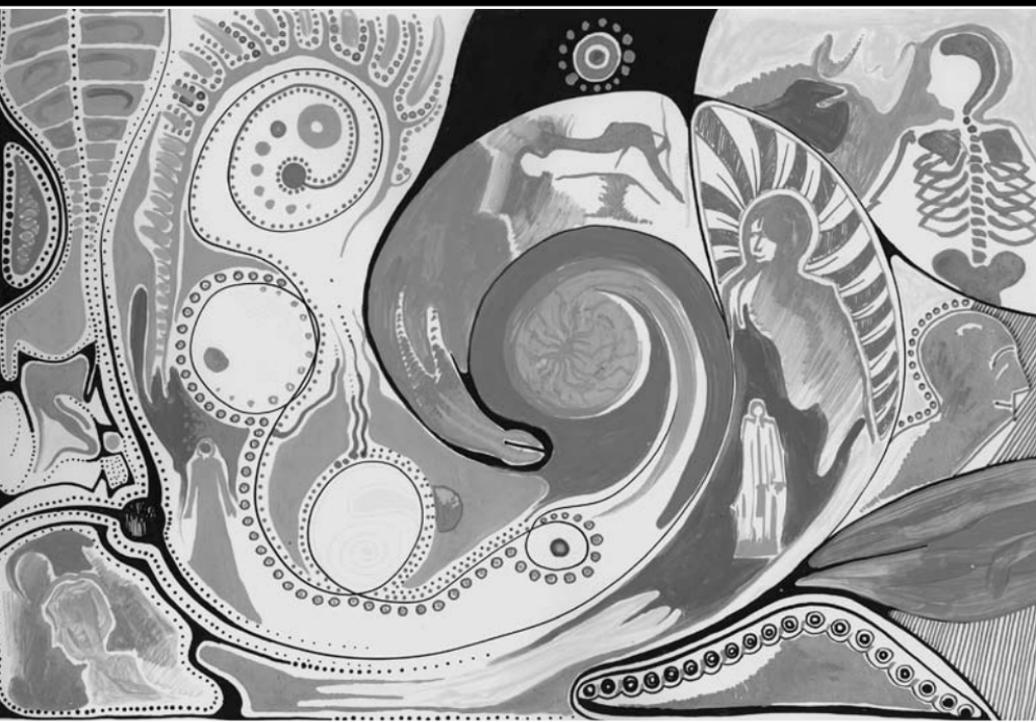
* *Viviana Restrepo Osorio, Poemas*

DOSSIER PREMIO NACIONAL DE POESÍA UNIVERSITARIA "EL QUIJOTE DE ACERO".

* *La Memoria de Elio, Édison Marulanda Peña*







El transeúnte, paso a paso

Entrevista a Rogelio Echavarría
José Ángel Leyva.



Rogelio Echavarría (Antioquia, Colombia, 1926)

El transeúnte

**Todas las calles que conozco
son un largo monólogo mío,
llenas de gente como árboles
batidos por oscura batahola.**

**O si el sol florece en los balcones
y siembra su calor en el polvo movedizo,
las gentes que hallo son simples piedras
que no sé por qué viven rodando.**

**Bajo sus ojos —que me miran hostiles
como si yo fuera enemigo de todos—
no puedo descubrir una conciencia libre,
de criminal o de artista,
pero sé que todos luchan solos
por lo que buscan todos juntos.**

**Son un largo gemido
todas las calles que conozco.**



Rogelio Echavarría visitó México en septiembre de 2002, en compañía de los poetas colombianos Juan Manuel Roca y Rafael del Castillo. Supimos entonces de sus fuertes lazos de amistad con Gabriel Zaid, Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis, a quienes visitó entonces. Conocimos de cerca su calidad humana y el enorme respeto que le tributan sus paisanos por su obra poética y su destacado papel en el periodismo. El propio Gabriel García Márquez en sus memorias, *Vivir para contarla*, lo menciona como “un poeta de los grandes”.

Nuestra conversación comenzó entonces, en el 2002, entre el ruido de la plancha de Zócalo avivada por las actividades de la Feria del libro, “La Ciudad, un libro abierto”, y los desplazamientos en la urbe donde el peatón encuentra escasas oportunidades de recorrer su ciudad. El transeúnte, el hombre de la vida cotidiana, nos condujo a la lectura de sus significados. Una lectura pausada y abierta me empujó hacia los espacios interiores de su escritura, cuyas fibras nerviosas están hechas de un lirismo evocador e invocante.

Rogelio, comencemos por lo que tú representas hoy para los lectores y los escritores colombianos. Eres un poeta que por sobre toda las cosas --es evidente cuando uno conoce tu entorno-- goza del cariño de la gente, incluso, cosa extraña, en los gremios literarios. Tu caso es semejante al de Alí Chumacero en México, con una escasa publicación poética ha alcanzado grandes alturas, y un reconocimiento amplio. Tu obra poética está reunida en una antología titulada *El Transeúnte*, que consta de 110 páginas.



¿Cómo has logrado tanto reconocimiento con una obra tan breve? Me adelanto a pensar en el fenómeno que Gabriel Zaid llama los demasiados libros, Pero cuéntame ¿Cuáles son tus reflexiones en este sentido?

Si te acepto que he tenido “tanto reconocimiento” sería pedante. Si te digo que no es tanto, sería ambicioso o peor, desagradecido. Y ya que mencionas a Gabriel Zaid (quien no es tan viejo amigo como Gabo o Mutis, pues apenas vinimos a conversar un rato en esta visita a México) y sus opiniones sobre “los muchos libros”, te cito textualmente una de sus obras, que tan gentilmente me obsequiara: “Se escribe mucho por ignorancia: por que se ha leído poco. Por no saber que ya estaba escrito algo que uno necesitaba.” Sí, algo que uno cree que es original, si no, no lo escribiría, pero ya había sido dicho antes por otros, sólo que mucho mejor de lo que uno podría hacerlo. Por eso uno va escribiendo cada día menos. Recuerdo el título que le pusieron a una entrevista que me publicó el suplemento literario de El Tiempo, con comillas porque fue la misma respuesta que ahora te doy: “Mientras más leo, menos escribo.” Pero no fue siempre así. En mi niñez --yo comencé a escribir versos a los diez años-- y en mi adolescencia lo hice compulsivamente hasta cuando acepté que esa no era la forma de conquistar un amor imposible. Varias veces recogí en cuadernillos alguna selección de aquello, pero afortunadamente las ediciones fracasaron. Eran versos ingenuos y simples --como lo siguen siendo--, “poesía elemental” la llamó mi primer crítico. Cuando me encontré. En las calles de Bogotá, con la soledad de frente y por todos los lados, ya mayor de edad empecé a escribir los poemas que se fueron agrupando lentamente y que integraron mi primer libro, o sea el único, El transeúnte (yo no llamo libro un cuadernito que en 1948 me publicaron con el título de Edad sin tiempo). Fue bien acogido, no me preguntes a mí por qué, esa pregunta debería ser para los lectores... y aunque mi producción siguió siendo mínima aparecieron nuevas del mismo, a las cuales agregaba los pocos poemas inéditos, que nunca me dieron para otro libro. La primera edición tuvo quince poemas y la última, en 1998, setenta. Parece mucho, pero la proporción es de un poema por año, porque entonces yo ya era septuagenario.

No puedo dejar tras bambalinas la malsana curiosidad de los escépticos ¿Cuánto interviene en ello tu posición social como

periodista, cuánto las relaciones públicas y cuánto el cariño de los amigos a tu persona?

El hecho de ser periodista --siempre directivo en la que en Colombia llaman “La gran prensa”-- no me ayudó para nada sino que me perjudicó. Me sentí siempre inhibido para las más mínima publicidad propia, y siempre fue respetada mi discreta conducta en el diario, casi ignoraban que yo fuera poeta. Pero en otros medios, revistas y suplementos literarios (entre ellos el Excelsior de México) los buenos amigos, que nunca faltan divulgaron mis versos y se refirieron a ellos siempre generosamente, lo que hizo que las ediciones se repitieran, por diferentes editoriales, hasta la octava, que aparecerá en el 2003. O sea, para contestarte con tus propias palabras: sí han influido mi posición (no social sino profesional) como periodista, las relaciones públicas, discretas pero insoslayables, la promoción de las mismas editoriales a pesar de mis reticencias, y el cariño de tantos amigos, sobre todo de grandes poetas como Aurelio Arturo y Fernando Charry Lara y mis compañeros de la revista Mito, Alvaro Mutis, Jorge Gaitán Durán y Fernando Arbeláez... y los que siguen nuestros pasos hasta hoy, que me rodean y me dan sus libros, hasta el punto de que por ello he podido hacer varias antologías de poesía colombiana.

Compartes el origen con el poeta Porfirio Barba Jacob, ampliamente conocido en México por su imagen de poeta maldito y por su gran amistad con Salvador Novo, ¿Qué peso le reconoces en tu poesía a este personaje que, como tú nació en Santa Rosa de Osos, Antioquia? No puedo dejar de mencionar que Darío Jaramillo, quien te reconoce como figura tutelar, es del mismo pueblo.

Barba Jacob fue mi más visible influencia, como lo fue para tantos contemporáneos suyos y míos. En cambio, para Darío Jaramillo nunca lo fue, por lo menos así parece significar aquella frase suya publicada en el centenario de Barba: “No celebremos al poeta muerto. Celebremos al vivo”. Se refería a mí, aunque creo, francamente, que en mi propio centenario ya estaré más muerto que Barba.

Las “Elegías prematuras” revelan un ser atormentado y reflexivo, en los dominios metafísicos de la ausencia de la musa o del ser encarnado en ella. Amar es morir en una vida intensa. Hay en ti un fulgor oximorónico ¿a qué lo atribuyes?

La muerte ha sido una obsesión mía desde mucho antes de conocerla cara a cara, y su sola mención me arrancaba lágrimas. En mi tierna infancia lloraba porque no venía a visitarme mi tío predilecto (porque había muerto). En la bendita edad de los hallazgos prodigiosos, lloraba cuando leía poemas como “La cuna vacía”, “La muerte de la tórtola” de

mi paisano Epifanio Mejía, “El rosario de mi madre” de ... (Gabriel Zaid debe saberlo, yo no lo recuerdo, es aquel soneto que comienza así: “De la pobreza de tu herencia triste / sólo me queda, madre, tu rosario./ Sus cuentas me recuerdan el calvario/ que en tu vida de penas recorriste”). También me emocionaba “Qué solos se quedan los muertos” --a Becquer lo leía a escondidas en un seminario de Bogotá de donde, por haberme pillado, me expulsaron--. Y una fábula que ahora veo que fue decisiva para el resto de mi vida, pues me descubrió la fragilidad de la ilusión y la profundidad de la pérdida: “La lechera” (aquella poesía que comienza así: “Llevaba en la cabeza una lechera/ el cántaro al mercado/ con aquella presteza, aquel aire sencillo, aquel agrado/ que va diciendo a todo el que le advierte: / yo sí que estoy contenta con mi suerte”. Fábula a la que siempre se refieren, creo, cuando dicen “llorar sobre la leche de ramada”. Sí, la pérdida: perdí a un vecinito en mi calle de la Ronda, me impresionó el multitudinario entierro del santo párroco de Santa Rosa (el Padre Mejía) y, sobre todo, a los seis años, perdí a mi madre... lo que fue acontecimiento decisivo para mi vida literaria, pues cuatro años después, cuando tenía diez, escribí mi primer poema: “Nos falta ella”, que con el título de “Así sería mi madre” aparecerá en canciones de un niño triste que me edita la Biblioteca Pública Piloto para América Latina, de Medellín, por iniciativa del amigo Darío Jaramillo, lo que me tiene nervioso, casi temblando por este salto al vacío que no di cuando era un niño irresponsable y ahora lo hago cuando soy un viejo responsable... de semejante delito!

Me alargó demasiado, pero tengo que rematar lo que ya estaba muerto:

“Siempre hablé de la muerte / estaba vivo...” digo en algún poema, porque ¿con qué experiencia propia se puede hablar de la muerte, sin estar muerto? La conocemos sólo por “referencias”... Retomo mi adolescencia, para darte unos indicios, no culteranos sino vivenciales, míos. Cuando vi, en plena pubertad, la película “Cuesta abajo” o, mejor, cuando oí la canción “Sus ojos se cerraron” de Carlos Gardel, sentí la misma opresión en el pecho que acababa de sentir al leer el primer capítulo de “La tumba de hierro” de Henry Conscience, aquel en que cuenta la visita del artista a la tumba de su amada. Todo eso era para mí, sin yo saberlo, como premonitorio. Porque llegó el momento en que me anunciaron la muerte inminente de una niña a quien no dejaron ser mi novia por oposición de su padre. Entonces fue cuando escribí aquellas “elegías prematuras”.

¿Cuánto del entorno de tu infancia y de tu juventud representa esa carga emotiva envuelta en redes conceptuales?

Mucho, pero más rescatables como expresiones emotivas que conceptuales, como lo dejo manifiesto en lo que te acabo de contar.

“Son un largo gemido/ todas las calles que conozco” manifiestas en tu poema *El transeúnte*. Esa expresión dolorida pareciera recoger la convicción romántica de que la civilización nos conduce hacia el extravío y es necesario buscar en la infancia, en los orígenes, en la mitología, en los sueños, el paraíso perdido. Algo que para mí es imposible e innecesario. ¿Coincides en algún aspecto conmigo?

Me parece que tú, como mis más generosos críticos, encuentras en ese poema mucho más de lo que yo pude decir. Porque son los buenos lectores los que completan el trabajo del poeta, con sus variadas y sorprendentes interpretaciones. Ahora bien, coincidí contigo en que el paraíso perdido es irrecuperable, porque el paraíso no es el descanso eterno, la jubilación definitiva, sino el claustro materno, es decir, antes de nacer. El poema sólo quiso referirse a mi soledad en medio de todos, y a la soledad de todos, cada uno con su pena a costas. Así que de una queja lírica pasó a ser un reclamo social. Por eso, tal vez, está tan vivo entre las gentes de ahora.

Supongo que algunas obras y autores establecieron los límites donde debías fundar y construir tu obra poética ¿reconoces algunos ascendientes?

El único ascendiente visible, porque fue el único que en mi adolescencia leí completamente, fue Barba-Jacob. Pero entre los diez y los quince años sólo conocí poemas sueltos de españoles como Núñez de Arce, mexicanos como Juan de Dios Peza y colombianos, claro, como José Asunción Silva, porque venían en los “libros de lectura” que nos prestaban en las escuelas públicas en aquel entonces. En mi pueblo no había más que una librería, que era del obispo, y por tanto no tenía sino literatura confesional e historias religiosas. Fue entrar al liceo --bachillerato-- de la capital del departamento (estado), en Medellín, cuando empecé a descubrir a los autores vedados, aunque muy parcialmente, porque no tenía con qué comprar libros ni revistas. Me salvó que entré a trabajar en un radioperiódico que los sábados sólo transmitía poesía en lugar de noticias y su director me prestaba los libros, así conocí al primer Neruda (de “Veinte poemas de amor y una canción desesperada”), a Bernárdez (de “Estar enamorados”), a Whitman y a tantos otros.

Pero a mí no me interesaba la literatura como tal (cuando también leía a Mann, a Gide, a Messe, a Barbusse) sino la coincidencia de los autores románticos con la situación sentimental en que vivía, siempre soñando en imposibles (como Barba, que alimentaba mis complejos de adolescente con versos como este: “No tuve amor, y huían las hermosas/ delante de mis furias monstruosas”).

Percibo en mi lectura diversos momentos que van desde la pesadumbre existencial, el culto al amor, la convicción implacable de tu pertenencia a la poesía, el humor callejero, el juego con las palabras, a veces incluso de una manera ingenua, y como escribiera San Juan de la Cruz “Un no sé qué que se queda balbuceando”; es decir, un sentimiento místico que no termina por desatarse, por elevar su voz. Concreto mi intención: Advierto diversas etapas con posibilidades crecer de manera formidable y otras que se quedan en el umbral de la puerta. ¿Qué opinas al respecto?

Que tienes razón. Y por eso mi respuesta será más breve que tu pregunta, porque tú resumes, con tanta propiedad como agudeza, lo que puede ser mi poesía, pero que yo mismo no alcanzo a definir.

La muerte-la vida. Tu mirada de periodista ha captado el acontecer local en relación con el mundo. La violencia y supongo que también el júbilo que provoca la esperanza, luego de nuevo la rabia y la ola destructora de la frustración y el odio. Tu poesía destaca la fragilidad humana, su condición efímera en la vida, pero sin el desgarramiento ni los resentimientos que podrían generar una historia sangrienta como la de tu país. La muerte tiene algo de positivo, de esencia renovadora, que en mucho reconozco en los poetas mexicanos desde la época de Nezahualcóyotl. En ti ¿cómo justificas esa obsesión?

La muerte, ya te dije, ha sido una obsesión no sólo mía sino de casi todos los poetas que en el mundo han sido, en mi caso mucho antes de conocerla cara a cara. (Yo escribí: “Siempre que hablé de la muerte / estaba vivo...” Es decir: ¿con qué experiencia propia y personal hablamos de la muerte? La conocemos sólo “por referencias”). A ustedes los mexicanos, que se han familiarizado tanto con ella en todos los niveles del arte –hasta caricaturizarla–. Tengo en mis manos la “Calavera catrina” de José Guadalupe Posada en la invitación a la exposición que de su obra tiene abierto el Museo de Arte Moderno de Bogotá. ¿Quién los supera en sapiencia y dominio del tema?

Me preguntas que cómo se justifica esa obsesión. Tal vez literariamente. Siempre fui, o soy, un poeta elegíaco. El último poema, que acabo de escribir después de años, es precisamente sobre

la muerte de uno de mis poetas y de mis amigos del alma, José Manuel Arango, quien poco antes de morir había escrito un poema sobre su propia muerte, que lo perseguía: “Y si voy va detrás, / si vengo viene, / si me detengo se detiene. / Siento sus artejos sobre mi nuca, / su acezo en mi oreja”. Con un epígrafe mío: “Cien pasos doy de para atrás / pero la muerte los advierte”. Aquí llego, y pienso que si lo hubieras sabido antes me hubieras preguntado por él, a la muerte de mi hijo mayor, sin duda el golpe mas rudo que me ha dado la vida (y aprovecho para agradecerte la dedicatoria de tu bello ensayo sobre “ la muerte rosa “ en tu magnífica revista Alforja). ¿Qué puede uno decir cuando un “golpe como de la ira de Dios” nos deja mudos? Alguien me dijo que “ahora si vas a hacer tu mejor poema”... y le repuse: “Pues si ni lo había hecho ya, se quedará sin hacer”. No he intentado escribir ni una palabra. Pero ya había publicado un poema que resultó premonitorio pues siempre que lo leí en público --en vida suya y la última vez a su lado, dos semanas antes de su desaparición, personas que lo oían no podían ocultar una furtiva lágrima--. Es aquel que en El transeúnte aparece con el nombre de “Sombra avante” y que termina así: “No quise de tu cielo estar distante / y te dejé en un limbo desdichado”.

Me preguntas cómo justifico la obsesión (de la muerte). No, no la justifico, simplemente se lleva, se sufre. No puedo darte una respuesta prosaica. Como casi todos los poetas, soy heterodoxo, no heterodoto.

Nunca liberaste del todo a los versos de la rima y de una musicalidad que te sujeta al canto, no obstante la senda reflexiva que trabajas.

La senda reflexiva también resiste pasos acompasados. Yo sí libere mis versos de la rima, la prueba son los primeros poemas de El transeúnte. Pero últimamente (es decir, los que aparecen al final) son regresivos en varios sentidos, no sólo en la utilización de la rima. Es una especie de reacción contra tanta poesía “antipoética”. No quiero rehuir el son (sin sonete) para parecer “moderno”, cuando surge espontánea y necesariamente como consecuencia de eso que llamamos inspiración, cuando nos llega tan fácil como no lo era cuando escribíamos los primeros versos. Sin embargo tú ves como es de variada mi retórica. Nunca me he puesto a clasificar los poemas sino que los publico en el orden cronológico en que los he escrito, aunque no sean uniformes ni en el fondo ni en la métrica, y muchas veces contrastantes. Los retornos no son siempre nocivos, pero tampoco son definitivos. Mi último poema (en el libro que tienes, publicado por Norma) denominado “No olvidan nunca su canción” los pájaros, es tan libre como ellos.

¿El amor mundano o el platónico?

Ambos. Eros y Platón me perdonen.

Tu labor antologante ¿nace de alguna razón o causas específicas?

¿Qué respuestas sueles dar a los que no están incluidos y reclaman sitio?

Todas las antologías que he hecho han sido por encargo del Ministerio de Cultura, de la Presidencia de la República, de Planeta, de Círculo de Lectores (Intermedio), de Panamericana. La antología de poemas al hijo, que sigue, naturalmente a las de la madre y del padre, la acabo de entregar a la imprenta, seguramente la tendremos a fines de año. Y creo que así cierro el ciclo, pues hacer antologías es un trabajo que no agradecen ni siquiera quienes son incluidos. ¿Que respondo a los que no? Que esperen las nuevas antologías, ya entonces tendrán escritos sus mejores poemas.

Dos últimas preguntas en una sola ¿Qué te le ha aportado la poesía a tu vida y esas calles que repasan los transeúntes hacia dónde nos conducen?

Dos últimas respuestas en una sola: la poesía me ha abierto un camino, y esas calles conducen a ninguna parte. Mejor tal vez lo dice el final de mi poema “Tránsito”:

“¿Qué soy sino, por fin, el que viaja con
 otros
 que no saben de donde vienen
 más que evacuados de una mujer,
 ni a donde van
 si no a ocupar el sitio que su sombra
 señala?”

Biobibliografía

Rogelio Echavarría, periodista desde los 15 años de edad, ha trabajado en los diarios de Bogotá: *El Tiempo* y *El Espectador*. Su poesía fue publicada en los libros *Edad del tiempo* (1948, 1988, 1990 y 1992) y *El transeúnte* (1964, 1977, 1984, 1985, 1992, 1994 y 1999).

Ha publicado las antologías de poesía y periodismo: *Versos memorables* (1989 y 1998), *Lira de amor* (1990), *Los mejores versos a la madre* (1992), *Selecciones de sucesos: Crónicas de otras muertes y otras vidas* y *El asesinato de Gaitán* (1993 y 1998), *Mil y una notas* (1995), *Antología de poesía colombiana, siglos XX* (1996 y 1997), *Antología de la poesía colombiana, siglos XVII a XX* (1997 y



ENSAYOS

La literatura como tauromaquia

Por: Gabriel Arturo Castro*

*Poeta y ensayista colombiano. Ganador del Premio Nacional de Poesía Aurelio Arturo, 1990. Ganador del premio Porfirio Barba Jacob 2009. Actualmente escribe para el Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República. Obras publicadas: Libro de alquimia y soledad, 1992; Alquimia de la media luna, 1996.

*Un tormentoso toro da una vuelta al horizonte
y al silencio y muge.*

Miguel Hernández

I

¿Hay una relación tauromáquica entre el escritor y la palabra?

El sacrificio del toro expresaba la penetración del principio femenino por el masculino y del húmedo por el ígneo de los rayos solares, origen y causa de la fecundidad. Sin embargo, para Eliade el animal no expresa ninguno de los astros, sino el cielo fecundador. Dice también que el toro y el rayo fueron desde el 2400, antes de nuestra era, símbolos concertados de las divinidades atmosféricas, asimilándose el mugido del toro al ruido del trueno.

En todas las culturas paleorientales, la idea del poder era expresada por el toro. En arcadio, “romper el cuerno” significa “quebrantar el poder”. En los jeroglíficos egipcios el toro es la imagen de la templanza; alusión de la vida y de la muerte e incluso de la inmortalidad, representada por la sangre. El pilar que penetra en la tierra y que llegaba a tener forma de toro, representaba el elemento fálico. Ramón Grande del Río (1) nos habla del poder genesiaco del toro:

La concepción del toro como símbolo genésico se halla en consonancia con la idea, muy difundida en el mundo mediterráneo, de que el elemento masculino es cambiante -activo- y sólo se renueva a través de la muerte, fenómeno éste representado en la inmolación del toro. El toro es sacrificado, su sangre fecunda la tierra.

Era costumbre en el Mediterráneo oriental que las mujeres eleas tocasen trompetas, invocando al dios con patas de toro, para que éste las fecudara. Y en Egipto, cuando la divinidad descendía sobre el pueblo, lo hacía tomando forma de toro.

Álvarez de Miranda, ya ha señalado la función fecunda que al toro se le atribuye en el plano de la religión y de la magia, donde se halla simbolizada en la figura de un bucráneo puesto en un árbol.

En la cultura mitraica y romana era sacrificado a fin de año. La forma decreciente de su cornamenta le señala como un animal lunar más que solar, principalmente entre las civilizaciones del Mediterráneo

y del Medio Oriente. Como tal, tiene connotaciones femeninas, y los romanos lo consagraban a la diosa Venus. El mismo toro cretense era considerado como toro lunar. El mundo de ultratumba destaca al toro como su representante, animal de procedencia telúrica, catalizador de fuerzas creativas y destructivas, condición totalizadora, profunda, que obligaba en el ritual a la muerte del animal, ser iniciático, quien debe viajar a ultratumba, reino de las sombras, muerte que significa otra posibilidad de vida para quienes asisten al ritual, un acontecimiento de afinidad antropológica, de sentimiento comunal en su participación, síntesis de juego, fiesta, rito de reminiscencia religiosa y espectáculo.

Hace cinco mil años, los pueblos de Mesopotamia y la India le rindieron culto al toro y lo sacrificaron en sus ritos. El mito babilónico de la muerte del toro del Cielo por Gilgamesh constituye la constancia escrita más antigua.

En Creta, hace cuatro mil años, durante los ritos de fertilidad de la primavera, se empleaban toros bravos en el coso de Knosos, exigiendo el contacto físico con los cuernos para conseguir los beneficios de la fuerza y la vitalidad.

Andrés Holguín (2) argumentaba lo siguiente:

Es muy probable que la corrida de toros, como acto de un culto religioso, se halle emparentada con otra costumbre o ceremonia religiosa del hombre primitivo: la caza del toro salvaje. Ya Platón, en su diálogo “El Critias”, describe la caza del toro, con carácter ritual, como una costumbre de los habitantes de la desaparecida Atlántida; y sin duda, el mito platónico se funda en la observación hecha en diversos pueblos antiguos. Por su parte, Evans, al analizar el espectáculo cretense, le señala como posible antecedente “la captura de los toros sagrados”, practicada en la religión babilónica desde las postrimerías del tercer milenio.

Hace tres mil años, en Grecia, partidarios y devotos de Dionisos, después de beber grandes cantidades de vino sacramental, descuartizaban toros en vivo y comían la carne cruda.

Entre 1200 y 600 a.C. tribus griegas y etruscas emigraron a Italia, llevando con ellos sus respectivos cultos del toro, entre los que se incluían el sacrificio, precedido por la cacería en la que los jóvenes corrían al lado de la camada, derribando al animal.

Cuando Roma conquistó la península italiana, la práctica ritual de cazar y matar al toro se transformó en espectáculos que se celebraban en los anfiteatros romanos.

En el 206 a.C. España estaba bajo el dominio de Roma, que durante ese siglo llegó a declarar el culto de Mitra como religión oficial. Entre sus ritos ceremoniales, los había relacionados con el toro. Las corridas romanas y los ritos mitraicos fueron recibidos con gran entusiasmo

por el pueblo íbero, quienes habían tenido contacto con los cultos del toro del Viejo Mundo, incluyendo el de los celtas que ocuparon la península. Los íberos adoraban al toro antes de la llegada de los romanos y seguramente improvisaban corridas de algún tipo, pero fueron los invasores los que llevaron la construcción de cosos y anfiteatros.

En el 700 d.C., después de la llegada de los moros a principios del siglo VIII, la corrida adoptó una estructura más formalizada y los primeros espectáculos se tuvieron en el reino de León en el 815.

En la mitología griega, Zeus apareció como un toro blanco y raptó a Europa (hija del rey Agenor de Tiro), quien más tarde le dio dos hijos, llegando uno de ellos a Minos, a convertirse en rey de Creta. Su muerte nos remonta a otras formas rituales de culto religioso que veían en el sacrificio una posibilidad de transmitir al hombre el poder de la bestia. El animal es el sustituto del ser humano: los toros no son dioses, mejor encarnan símbolos profundos y diversos, en virtud de las representaciones que llevan consigo.

Carlos Holguín señala el caso de la tradición griega, donde Ifigenia, es sacrificada por su padre Agamenón, en desagravio a la diosa Artemisa y con el fin de propiciar la expedición marítima hacia Troya. Ifigenia fue en secreto sustituida por una cierva y llevada por la diosa a Táuride para que le sirviera de sacerdotisa.

En el sacrificio se le ofrecía el animal a la divinidad (sacrificio deriva etimológicamente de “sacrum” y “facere”: hacer sagrado).

El sacrificio es un medio, según Marcel Mauss, para que el profano pueda comunicarse con lo sagrado a través de una víctima o su figuración, entendiendo por sagrado todo lo que cualifica a la sociedad, a juicio del grupo y de sus miembros. No puede haber sacrificio sin sociedad.

El sacrificio es un acto de redención y de validación del esfuerzo y confrontación entre fuerzas antagónicas. Todo acto verdaderamente fructífero exige sacrificio, lo que le confiere carácter seminal. Sin muerte ritual y sagrada no hay sacrificio o consagración del acto. El toro, desde esta perspectiva, es la raíz en la tierra, la inquietud y la reverenciación de lo profundo. La fiesta taurina posee, por lo tanto, un sentido iniciático. La sangre del toro sobre la arena significa la fecundación de la tierra, lo seminal y lo telúrico entrelazados.



II

Desde el arte prehistórico aparece una preocupación por forjar imágenes animalísticas, las cuales encontramos igual en el mito oral, ya lejano por cierto, y en la escritura de la historia y de la literatura. Sólo a manera de ejemplo es posible mencionar al centauro, mitad hombre, mitad caballo; el hipogrifo, grifo por delante y caballo por detrás; el grifo que tiene cuerpo de león, la cabeza y las alas de águila y las orejas de caballo; la quimera, quien posee el busto de león, el cuerpo de cabra y un rabo de serpiente; el basilisco con cabeza de gallo y el cuerpo de un batracio terminado en rabo de serpiente; y el sátiro representado como un hombre cabra.

Narra la mitología griega que Cerbero era un perro de tres cabezas, centinela del Hades, uno de los monstruos que guardaban el imperio de los muertos, vedando la entrada a los vivos e impidiendo la salida de las almas. Cerbero estaba encadenado ante la puerta del infierno.

Los orígenes de dicho simbolismo animalístico se relacionan estrechamente con el totemismo y la zoolatría. La imagen totémica del mundo supone, según Ernst Cassirer, no una coordinación entre hombres y animales, sino una auténtica identidad. Es que para algunos pueblos, los límites de la especie humana son flexibles, no apreciándose diferencia esencial entre ser humano y bestia.

La identidad psíquica entre hombres y animales salvajes, vista a partir del mito y el rito, obedece tal vez a una proyección de contenido inconsciente. Jung cita el ejemplo de determinados indígenas de Suramérica que son aras rojos, es decir, una especie de loros de gran tamaño.

Los símbolos animales son expresiones profundas de la naturaleza humana de todos los tiempos. Han estado presentes en todas las culturas también. Sin embargo, dichos símbolos son algo más que artefactos culturales, pues en su contexto apropiado, siguen teniendo para nosotros un fuerte poder evocador, ya que se dirigen simultáneamente a nuestro intelecto, emociones y espíritu.

Las antiguas civilizaciones reconocían el poder de los animales y los utilizaban profusamente en su arte, sus religiones, sus mitos y sus ritos.

Como ilustración de lo anterior podemos mencionar el escarabajo, poderoso símbolo en la civilización del Mediterráneo oriental, y particularmente en el antiguo Egipto. Llegó a representar la renovación y la regeneración, y más tarde, la resistencia del alma humana. En las tumbas egipcias se encuentran numerosos escarabajos muertos y se utilizaban escarabajos tallados en piedras como amuletos y como sellos.

El dragón en Occidente simboliza la naturaleza más elemental y primitiva de la humanidad, que debe ser vencida por la fuerza (en la mitología cristiana encarna a Satán y las fuerzas del inframundo). En Oriente, en cambio, el dragón se ve como un símbolo de alegría, de dinamismo, de buena salud y de fertilidad, y se piensa que su imagen protege de los malos espíritus o puede provocar la lluvia.

Con su mirada fija, el gato simbolizaba la vigilancia para los egipcios. Representaba a Bastet, la diosa de la luna.

Los indígenas de Suramérica creían que los ojos reflectantes del jaguar eran un conducto hacia el reino de los espíritus. Los chamanes pretendían ver el futuro a través de sus ojos.

Para los celtas, un penacho de plumas le confería a su portador algunas de las cualidades del pájaro: ligereza, velocidad y la capacidad de volar a otros mundos. Para los indígenas de Norteamérica, las plumas eran el símbolo del Gran Espíritu y del sol.

De esta manera, tanto la mitología como el arte, nos han legado un sentir alegórico por medio del bestiario y la zoología simbólica, provistas de su propio código de significaciones, repertorio de animales reales y fantásticos, transeúntes de varios dominios y sentidos, explícitos y velados, e igual, altamente metafóricos.

No es gratuito que el animal sea lo impenetrable, lo extraño por excelencia, razón suficiente para que el hombre proyecte en él sus angustias y temores. Los animales son odiados, temidos o sacralizados, porque según De Bruyne, ellos “espiritualizan el mundo sensible”.

En la Edad Media los bestiarios literarios tuvieron su mejor auge, plasmando lo que Eliade (3) llamó “Las psicologías de las profundidades”, cuando algunos individuos reconocieron a la dimensión de lo imaginario el valor de una dimensión vital: “La experiencia imaginaria es constitutiva del hombre, al mismo nivel que la experiencia diurna y las actividades prácticas”.

Imaginación donde los animales desempeñan un papel de suma importancia, tanto por sus cualidades, defectos, actividades, forma y color, como por su relación con el hombre. La posición del animal sobre el espacio simbólico, la situación y actitud en que aparecen son fundamentales para la lectura del bestiario mítico o artístico, así sea desde su vía negativa, porque, así lo cree Debidour (4), captar al animal significa para el hombre hacerse dueño de todo aquello que desea y no puede realizar: “El animal es el signo de lo que se escapa

y de lo que se conquista, de la limitación y del dominio, testigo humillante y exaltante de lo que puede el hombre”.

Allí el mundo de lo informe, las fuerzas ciegas de la naturaleza, el animal metafórico como portador de expresiones, identificación que significa un buceo en las aguas primordiales, magnificación y oposición de sus sentidos.

El animal hormiguea, reptá, se mueve, en una palabra, cambia. El animal muerde, pica, araña, engulle, aúlla, grita, devora. Terror ante el cambio y ante la muerte devorante, tales parecen ser, en opinión de Durand, los dos primeros temas negativos que el animal inspira. La bestia es una adversaria del espíritu, pues según Jung (5), “el animal representa la psique no humana, lo infrahumano instintivo, así como el lado psíquico inconsciente”.

Bachelard diría que el hombre “sabe por instinto que todas las agresiones, vengan del hombre o del mundo, son animales”; algo a lo que Rilke (6) añadiría: “Lo que está fuera, lo percibimos tan sólo por el rostro del animal”.

III



Antes que el símbolo, primero existió la señal, la marca que voluntariamente el hombre hacía o asignaba sobre las cosas, para distinguirla de las demás, recordar o establecer un mojón, un hito que indicaba un límite o un sendero.

Inicial sello, la señal ha permitido conocer la huella o el vestigio de una presencia: cicatriz, mancha, asomo, guía, conjetura, libertad de la mano.

Luego, la aparición del símbolo viene a concretar el pensamiento abstracto, la capacidad de representar el objeto, la persona o el fenómeno mediante su refiguración, expresión natural en su origen y compleja en su evolución.

El surgimiento del símbolo gráfico responde a una concepción simbolizante (trazar y leer) que produce una reflexión, la humanización del deseo, la aptitud de crear la presencia ante la ausencia, de hacer visible lo invisible.

El grafismo se inicia, no con la representación ingenua de lo real, sino con lo abstracto, siendo más una preocupación mágica - religiosa y encantatoria.

En su estudio, André Leroi-Gourhan, a través de un inventario de

motivos animales y humanos, afirma que ese grafismo no comienza por una expresión de cierto modo servil y fotográfica de lo real, sino que se organiza a partir de símbolos que parecen haber enunciado primero unos ritmos y no unas formas.

El arte figurativo está, en su origen, directamente ligado al lenguaje y aún mucho más cerca de la escritura. Las composiciones mitográficas de Cellier, Miaux, Altamira, Lascaux, Vallorta, Puerto Badisco, entre otras, son transposiciones simbólicas de la realidad, pues existe una distancia entre el objeto y el útil, “de suerte que las antiguas figuras conocidas no representan escenas de cacerías o animales moribundos o enternecedoras escenas de familia, sino claves gráficas sin conexión descriptiva, soportes de un contexto oral irremediamente perdido” (7).

José Alcina Franch afirma que las pinturas rupestres eran resultado tangible de una ceremonia de magia simpática, algo semejante a la puesta en escena de los elementos dramáticos de una mitología.

Quizás sea la referencia al sacrificio de animales fecundos por la cualidad regeneradora de su sangre. Los cazadores del Paleolítico dieron paso a los agricultores del Neolítico, donde los ritos de tipo agrario testimonian toros de la recolección o vendimia, representantes del “espíritu de la cosecha”, cuando el hombre inició el cultivo de plantas y la domesticación de animales. El toro se sostuvo en la categoría de animal fecundador.

La acción, el vuelo del símbolo constituyó la imagen, insinuada en las dimensiones del tiempo y el espacio, restituyendo la extensión de lo inexpresable, pues a la manera de Reverdy, la imagen acerca dos realidades distantes cuyas relaciones sólo el espíritu ha captado.

Después los símbolos míticos y las imágenes se simplificaron intensamente y se ordenaron linealmente, unos detrás de otros. Los símbolos perdieron su significado original y se alejaron de su contexto evocado, convirtiéndose en signos.

La letra es el más conocido de todos los signos. Pero a pesar de este proceso es factible una evolución a la inversa, que los unos se conviertan en los otros: la asociación de signos puede originar un símbolo, los símbolos una figura, hasta llegar otra vez a la alta expresión de la imagen.

En la estética de Croce, la imagen es la refiguración de un sentimiento por obra de la imaginación, lo que para I.A. Richards sería un “acontecimiento mental”. Se le añade la acción que fija la imagen y a la vez le confiere movimiento.

Para Bachelard la imagen es producto de la imaginación pura, ya que es creadora de lenguaje. En esto es contraria también a la metáfora simple, la cual no aleja al lenguaje de su “papel utilitario”, sino que es una falsa imagen, heredera de la imagen virtual impuesta por la publicidad y los medios masivos de comunicación, a quienes sólo les importa explotar lo instantáneo a través de la imagen, sin importar

los contenidos sino el consumo rápido de lo enunciado.

La utilización de este tipo de imagen, fácil, consumista, acelerada, posee el objetivo de reproducir y domesticar la realidad. Es una especie de iconografía tecnológica que nos inunda de teleimágenes e informaciones banales, vierte los deseos en una virtualidad y edifica la escenografía de una vana ilusión.

Es la imagen de la tecnología de la disolución donde las redes construyen caber-geografías, falsas seducciones, otra versión del tiempo que borra los espacios humanos y sustituye los sujetos activos por una masa indiferente, repleta de mensajes globales que atentan contra la autonomía, creatividad y libertad del ser humano. Se trata de la imagen de la noticia voraz, de la canalización de la vida y los cursis acontecimientos de la cultura trivial.

En cambio, la imagen poética pone de manifiesto el papel extrañante de la imagen y de lo imaginario. Insinuada en la percepción misma, mezclada a las operaciones de la memoria, abriendo ante nosotros el horizonte de lo posible. La imaginación es mucho más que la facultad de evocar imágenes que recubran el mundo de nuestras percepciones directas, es un poder de alejamiento gracias al cual nos representamos las cosas como distantes y nos distanciamos de las realidades presentes.

Según Francis Bacon, la imaginación es la facultad que se halla en la base de la poesía, anticipándose a los esfuerzos de la modernidad por entender de otro modo el concepto de imagen.

Ejemplo de esto último es la tesis de Bergson sobre la imagen, en cuanto sería “cierta existencia que es más que lo que el idealista llama una representación, pero menos que lo que el realista llama una cosa –una existencia situada a medio camino entre la cosa y la representación”. (8)

Así la imagen contiene muchas posibilidades de realización y de lectura, pues introduce los sentidos analógicos, fruto de la imaginación, no de la simple percepción, siendo creadora de lenguaje. Abre ante nosotros el horizonte de la probabilidad, de la potencialidad, de los infinitos significados contrarios o dispares, a los que abarca o reconcilia sin suprimirlos.

La imagen, según Octavio Paz, es cifra de la condición humana. Su papel, sin embargo, se ha olvidado con el transcurrir del tiempo, en cuanto a su valor de instrumento de conocimiento y creación.

Es menester redescubrir su riqueza. La imagen, como la vida espiritual que contiene, ha sobrevivido a lo largo de los siglos. Gracias al arte ha resistido la hibernación y el hallazgo de la imagen se revela como una contribución a la vuelta de la condición humana, a la humanización, ya que la imagen denominada a través de la palabra manifiesta una percepción del mundo, la manera como el sujeto creador e histórico, lo modifica o lo experimenta.

Esto último, la experiencia ulterior es llamada también “vivencia”.

La vivencia tiene el carácter de experiencia vivida por uno mismo, una posibilidad de sentir, la emoción como estado, la manera como los objetos se presentan y comportan como imágenes, además del efecto que pueden causar: dolor, alegría, veneración, conmoción, burla, desasosiego, amor, nostalgia.

La palabra, la imagen, el verbo, atacan el estrechamiento, la angostura, modifican al hombre porque suponen una nueva visión del universo y a la vez un distanciamiento. La palabra así creada es autónoma y transformadora, ya que el hombre es forjador de lo irreal, dada su capacidad de modificar su vivencia del tiempo, explayándolo, modificando el pasado, el presente o el futuro, expansión de la profundidad, realce de la distancia.

La imaginación fabrica su propio albergue poético y a su vez la poesía verdadera siempre ha pretendido cambiar al hombre, tocándolo en lo más hondo de su ser, contrariando toda coacción.

La imagen devuelve al lenguaje algunas de sus más antiguas prerrogativas: ser juego del alma.

La imagen introduce un segundo sentido, no literal, sino analógico, ya que es producto de la imaginación pura, no de la simple percepción, siendo creadora de lenguaje. Abre ante nosotros el horizonte de lo posible. La escritura se halla contenida en la imagen y desde su origen ha estado investida de magia, sugestión y fuerza mística que intenta lograr la eficacia de sus gestos y prácticas. La magia establece que las cosas se actúan recíprocamente a distancia mediante una atracción secreta, una simpatía oculta. Del mismo modo, la escritura es impulsada y comunicada para afectar a quienes la compartan.

El ritual de pintar un bisonte o lidiar un toro sería una dramatización mágica, de naturaleza semejante al ejercicio de la escritura. La palabra, al igual que el toro, es la encarnación del espíritu de la fertilidad, un símbolo protector. El animal tiene un carácter de muerte, pero también representa la fecundidad en la imaginación. La dimensión táurica tiene que ver con lo peligroso, el desafío, el riesgo y el drama.

Afirma Edmund Leach (9): “Los actos humanos pueden servir para hacer algo, para alterar el estado del mundo, o para decir algo”. Sí, los ritos pueden transformar el mundo porque en ellos se invoca el poder.

Las palabras son nuestro verdadero vínculo con el mundo, el instrumento del cual disponemos para su exploración y modificación. Bretón se refiere de manera explícita a lo que él llama el “pensamiento parlante”, el acto de escritura y la palabra en el que el hombre descubre y crea su mundo. Hablar es actuar, insinuar y manifestar.

IV



Michel Leiris establece una regla tauromáquica para el escritor: ponerse en peligro, pero ayudado de una necesaria técnica; establecer un ritual que evite la carnicería y el facilismo, incluyendo una estética de juego, escultura y danza, resaltando los elementos místicos y simbólicos. Es la distancia que va de la actitud mecánica a la condición sacra del ritual, su liturgia auténtica dentro de la Fiesta, el carnaval y el juego.

Carnaval, palabra italiana (carnevale, derivada del latín “carnem levare”, alteración de “carne levare” - suprimir la carne - evoca, a su vez, la expresión latina de idéntico significado “carnes tollendas” relativa al ayuno cuaresmal) con la que originalmente se designaba a las fiestas populares que se celebraban los tres días anteriores al miércoles de ceniza y que consistían bailes, procesiones y mascaradas que expresaban la alegría y júbilo anterior, previo al retiro ascético de la inminente cuaresma.

Dicha tradición carnavalesca, cuyos antecedentes habría que buscar en la cultura grecolatina (Fiestas de Dionisio en Grecia y las fiestas lupercales que en el mes de febrero celebran los romanos en honor del dios Pan, originario de la Arcadia de Grecia, a quien se le solía representar con barba y pequeños cuernos, dotado también de unas patas de macho cabrío, dios de la vida animal y de la fecundidad, a veces se le confundía con un sátiro), adquiere nuevo vigor en la Edad Media (las llamadas fiestas de locos y del Asno, o las mascaradas de disfraces con pieles de animales, como la del Ciervo) y en el Renacimiento (carnavales de Venecia y Roma).

El carnaval siempre dispuso de un nuevo ordenamiento y constante interrogación de las jerarquías presentes en la sociedad, lo mismo que de sus costumbres y convenciones. Las más sagradas prácticas religiosas o políticas se cuestionaban o ridiculizaban a través de la sátira, la parodia y el juego. La pirámide de los valores quedaba invertida, la creación y la crítica social revelaban la intención del poder, la fantasía concebía alternativas tajantes frente a la disposición de la vida, permitía al hombre relacionarse con la alegría y la experiencia de generaciones pasadas. Era posible una visión desenfadada de la vida, la ruptura de tabúes, la exaltación de los goces de la existencia corporal, del ánimo de existir, la espontaneidad

en el comportamiento y en el hablar, por lo tanto el despliegue de un lenguaje sin inhibiciones, el carnaval como un “antisistema”, según Eugenio Trías.

Origen y destino se entrelazaban desde la práctica del juego, imaginación y festividad, creatividad y rito de celebración, como lo afirma Octavio Paz (10) en su ensayo *Risa y Penitencia*, donde subraya la subsistencia en todo rito del elemento lúdico vivificador, lleno de sentido:

La frontera entre lo profano y lo sagrado, coincide con la línea que separa al rito del trabajo, a la risa de la seriedad, a la creación de la tarea productiva. En su origen todos los juegos fueron ritos que obedecían a un ceremonial. El trabajo rompe todos los rituales.

Era el tiempo inesperado, alianza de espíritus, explosión de júbilo y de color, el hombre que se reencarnaba sucesivamente, el Eros que bajaba a emprender una revuelta o una subversión en el estado de las cosas. Marcuse señala que si un orden político, ideológico o social impone restricciones al principio del placer, éste se rebela continuamente, pues el Eros se resiste a ser domesticado, luchando por impedir el sometimiento de la imaginación y el juego a los imperativos del rendimiento, la productividad y la eficiencia. Por encima de estos criterios de orden moral y utilitarista, el juego, el carnaval y la fiesta responden a demandas profundas.

En el *Homo Ludens*, el historiador holandés Johann Huizinga, expuso el postulado del juego como origen de la cultura (considerada por él como la armonización de los valores materiales y espirituales de la sociedad), ya que sus fuerzas esenciales (el mito, la ley, el arte, la religión), hunden sus raíces en el juego. Lo lúdico le da ánimo y significado al hecho creador, lo fundamenta al conectar lo real con lo imaginario, al marcar la densidad del tiempo y hacer del espacio una experiencia sentida, la humanización del mundo. Huizinga (11) da la siguiente definición global de juego:

Desde el ángulo de la forma podemos definir el juego como una acción libre, experimentada como ficticia y situada fuera de la vida cotidiana, capaz, sin embargo, de absorber totalmente al jugador; una acción desprovista de todo interés material y de toda utilidad; que se realiza en un tiempo y en un espacio expresamente circunscritos, se desarrolla en un orden según reglas establecidas y suscita relaciones de grupos que se rodean voluntariamente de misterio o acentúan con el disfraz su distanciamiento del mundo cotidiano.

La imaginación lúdica no tiene un orden fijo, por el contrario, posee una dinámica y una movilidad que facilita la unión de lo disperso,

brindándole cauce, plasmando formas y proyectándose en sustancias o contenidos.

“La imaginación no es la facultad de formar imágenes de la realidad, sino es la facultad de formar imágenes que sobrepasan la realidad”, escribe Bachelard (12)

Así, el hombre se reinventa a sí mismo con la fiesta que imagina: la pluralidad, la diferencia, el hallazgo, la evocación, puentes para su emancipación y trascendencia. La fantasía, la conjetura y el sueño, rescatan o reconquistan “la memoria de los tiempos futuros”, confluencia de todo lo que hemos perdido y de todo lo que esperamos. Es la lucha contra la somnolencia y el olvido, la pugna entre la máscara y el rostro de la que hablaba José Lezama Lima.

Quien no se transmuta se encarcela tras el espejo, no inquieta ni influye, se repite y con el tiempo muere, banalidad del injerto, insustanciabilidad del capricho. Así lo afirma Eugenio Triás: (13)

La idea de “persona” debería sustituirse por la idea de “máscara” o “disfraz”, pues la persona o el yo esconde bajo su aparente unidad una multiplicidad. Bajo el yo indiviso se esconde multitud. Cada uno de nosotros encierra, por tanto, una multitud de máscaras. No hay unidad sino desdoblamiento y travesti.

La imaginación y la ficción deben en la práctica modificar al hombre a través del poder espiritual y cognitivo de la palabra, por medio de su eficacia de liberación. Lo lúdico, la disposición alegre, el modo festivo y carnavalesco de la expresión creadora tiene su lugar en la desmitificación del pensamiento y acciones humanas.

La creación aquí rompe las convenciones y las normas que reprimen toda manifestación y celebración del Eros, de la vida libre. E igual, su elemento de exceso, lo orgiástico, pone de manifiesto los contrastes de la existencia, la crítica de los acontecimientos que la hacen posible.

Se desmitifica lo que antes se había mitificado por medio de la domesticación de las ideas: héroes, juicios, acontecimientos históricos, pintorescas figuras atadas al poder, producto de la inercia y del temor humano y que son transformadas por la fuerza liberadora del elemento lúdico.



V

La escritura es al mismo tiempo técnica de combate y ceremonial, donde hay un desencadenamiento de poderes, tensión vital, creación de belleza y exaltación trascendente. El sacrificio del escritor es de propiciación y como mediador entre distintas fuerzas se expone al peligro. El torero y el escritor poseen identidades simbólicas, ya que sus oficios son actos trascendentes, de carácter ontológico y metafísico. Para Federico García Lorca la corrida de toros es “el único sitio donde se va con la seguridad de ver la muerte rodeada de la más deslumbradora belleza”. Según Andrés Amorós (14), Rafael Alberti liga la fiesta del toro a la infancia soñada, o José Bergamín, quien se acerca a los toros con sensibilidad estética e inteligencia penetrante: En el toreo se afirman, físicamente, todos los valores estéticos del cuerpo humano (figura, agilidad, destreza, gracia) y, metafísicamente, todas las cualidades que pudiéramos llamar deportivas de la inteligencia (rápida concepción o abstracción sensible para relacionar). Es un doble ejercicio físico y metafísico de integración espiritual, donde se valora el significado de lo humano heroicamente o puramente en cuerpo y alma.

En cada lance se expone la existencia y cada suceso necesita agilidad, audacia, fuerza, un gesto quebrado y encendido, la violencia estética. El arte evita que el acto de enfrentar los símbolos sea grotesco, sangriento e irreflexivo. La crudeza nada tiene que ver con lo artístico, ni la desmesura, ni la emoción desligada. El toreo es un arte creador, poético, universal, apolíneo y dionisiaco al mismo tiempo.

Denise Levertov afirmaba: “No creo que sea misión de la poesía la imitación violenta de los horrores de nuestro tiempo. Los horrores se dan por supuestos. El desorden es lo ordinario”.

Ante la fragmentación que nos persigue: la deshumanización, la enajenación, el genocidio en nuestras tierras, el arte y la literatura deben propugnar, según su original naturaleza del espíritu, por la

humanización del hombre, por su emancipación. La literatura labra su sensibilidad, su conocimiento, su ser ontológico, instancias donde enfrenta la alienación y la ausencia, se esfuerza por poblar ese vacío. Cuando nos recuerdan lo fúnebre, lo apocalíptico del tiempo presente, la literatura despliega su memoria (no la voz ingenua), la dimensión espiritual de su quehacer, “la gran acusación”, como la que hizo García Lorca en su Poeta en New York, ofreciendo su tensión, mirada y autoinmolación crítica.

La palabra cuando es auténtica puede captar ese extravío, la pérdida del tiempo que destruye todo menos la memoria, el infierno de un mundo cosificado, del temor al otro, del lastre mercantilista, la autofagia, la barbarie, la banalización del gesto, la desdicha del hombre.

Entonces la palabra fundamenta el escenario de un enfrentamiento continuo, sueño - realidad, pasado - presente, el bien y el mal, lucha que anuncia un vacío asumido por el lenguaje y su pelea por poblar la ausencia, la carencia, la vacuidad del presente, universo escindido, problematizada oposición entre fe y escepticismo, olvido y memoria, identidad y enajenación, amor y horror.

Ante el vacío la voz genesiaca del escritor; el verbo, la voz antigua que sobrevive y busca, porque según Novalis: “Toda palabra es un conjuro”, sugestión, magia que quisiera liberar al hombre de la irracionalidad, de la sombra inhumana del poder material.

Digámoslo así, la misión del escritor consiste en la esmerada celebración de un ritual, atrayendo, despidiendo, avivando todos los yacimientos dispersos de la existencia humana, el poder de la palabra, el juego que conjura toda ruina, todo vestigio.

Ritual de un espíritu que se mueve en mundos extraños y posibles, viajes y drama, conmoción de la palabra que transita del sigilo a voz plena, sonoridad y silencio que brotó de la pausa, de la discreción del origen, del principio que intuimos, nacimiento del verbo, su raíz y causa, construcción de un tiempo fabuloso, dispersos murmullos atacando una soledad, la identidad secreta del misterio o del alma que según Yeats: “Se convierte en su propio delator, en su propio partero, en la actividad única, el espejo que se vuelve luz”. Luz que no describe ni bosqueja sino que irradia chispas a su alrededor, creando una llama que desata los párpados, fuego - ventana a través de la cual vemos una sospecha del mundo.

Claro, la hoguera es el vestigio de otra edad, un ardor que todo lo modifica, anima lo inanimado, ingresa a la gruta y se vuelve candil, principio seminal, ojo que imagina, resplandor primordial.

He aquí la idea de la literatura como pasión: exploración de caminos, tensión mitológica, la palabra que inflama su pira, rueda del carruaje, huella candente, carbón activo, despedida de la flor roja y su pigmento, del polen anunciando un paisaje a lo lejos.

El ojo del escritor siempre está recorriendo las formas y sustancias,

operación mágica que reconoce el mito y suscita en él una resonancia afectiva, una evocación que conmueve el sueño y lo lleva a la superficie, no sin antes estremecernos para luego darnos sus choques y ecos de memoria atávica, heterocosmos donde hay una auto-revelación alterada del creador, expresándose y ocultándose a la vez.

La literatura artística, vista de esta manera, es catarsis y purificación, conmoción, fervor de un espíritu desbordado por las fuerzas.

La palabra acá procura, intenta influir al hombre mediante su revelación y acontecimiento: obra, centinela, espada afilada, repercusión sobre la realidad. La palabra elige y nombra un mundo dinámico, rítmico, cosmos de continuos desplazamientos y conversiones, en su esfuerzo de captar lo indómito del ser pero también su fatiga, en su tarea de reconquistar un reino casi extraviado, esa búsqueda incesante del comienzo.

La palabra ayuda a dicha exploración porque ella es vocación desde tiempos antiguos, habitación de la fe, “abolición del tiempo profano con la magnificación del tiempo mítico en el que el hombre es verdaderamente él mismo”, según escribía Mircea Eliade.

Al remitologizar la naturaleza es posible el rastreo de otro tiempo, el retorno a la infancia, la identificación del pensamiento mágico con sus emblemas.

La naturaleza queda ligada a la Utopía, a la imaginación aparentemente “sin lugar”, a la construcción de un mundo invisible que se encuentra en el centro del poema, de su realidad esencial e infinita, de sus cosas reveladas y en eterna metamorfosis.

Diríamos que el arte de escribir, al igual que el toreo, es una sucesión de temeridades, aunado a un instante de reflexión, lo cual llevará a una sólida arquitectura de la expresión, a su orden y consistencia. “Ese oficio de escribir”, según Cesare Pavese, es para el verdadero artista, su mejor “oficio de vivir”, como el torero que somete al toro sin salir del límite hechizado, trazando un círculo en la arena.

Notas

(1) Grande del Río, Ramón. El culto al toro, Ediciones Tutor, Madrid, 1999, página 84.

(2) Holguín, Andrés y Holguín, Carlos. Toros y religión, Editorial Revista Colombiana, Bogotá, 1966, página, 31.

(3) Eliade, Mircea. Aspectos del mito, Paidós, Barcelona, 2000, página 38.

(4) Debidour, Víctor-Henry. Le bestiaire sculpté du moyen age en Francia, Ediciones Arhau, París, 1961, página 13.

(5) Jung, Carl. El hombre y sus símbolos, Aldus Books, Londres, 1986, página 72.

(6) Rilke, Rainer María. Antología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2005, página 79.

(7) Leroi-Gourhan, André; “El gesto y la palabra”, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 197, página 124.

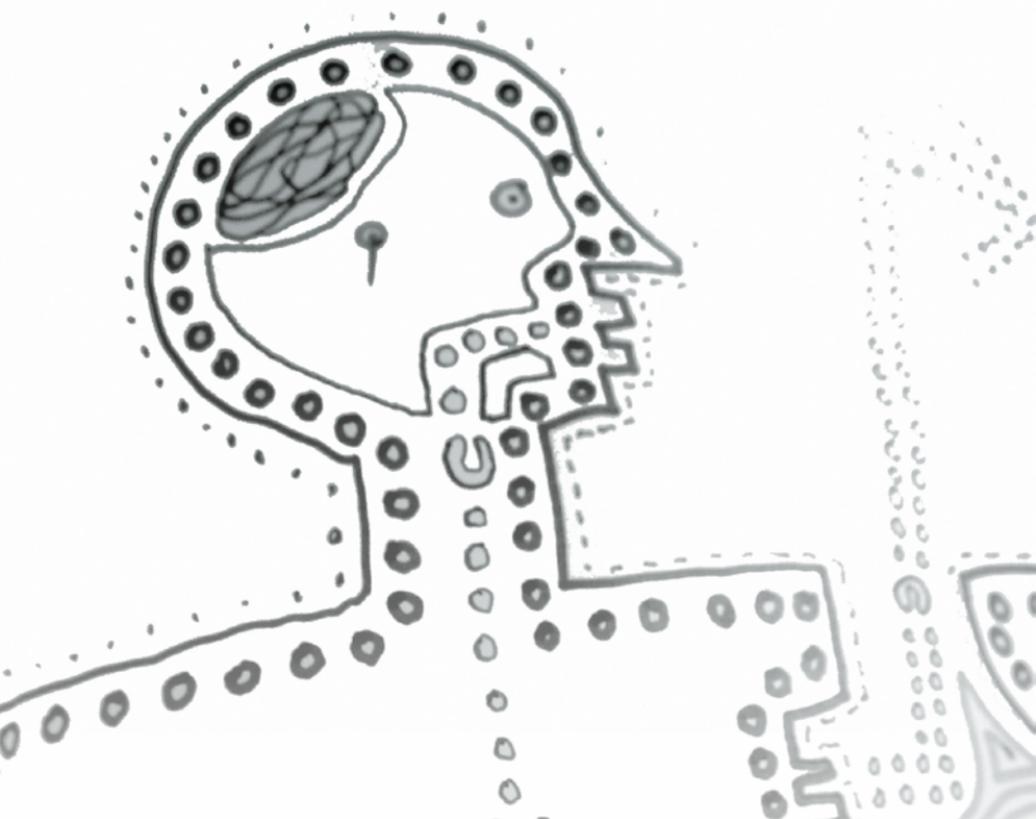
- (8) Bergson, Henri. Duración y simultaneidad, Ediciones del signo, Buenos Aires, 2004, página 85.
- (9) Leach, Edmund. Cultura y comunicación, Siglo XXI editores, México, 1985, página 69.
- (10) Paz, Octavio. Hombres en su siglo y otros ensayos, Planeta, Bogotá, 1990, página 133.
- (11) Huizinga, Johan. Homo Ludens, Fondo de Cultura Económica de México, México, 1943, página, 67.
- (12) Bachelard, Gastón. El aire y los sueños, Fondo de Cultura Económica de México, México, 1993, página 39.
- (13) Trías, Eduardo. Filosofía y carnaval, Anagrama, Barcelona, 1984, página 58.
- (14) Amorós, Andrés. Toros y cultura, Espasa-Calpe, Madrid, 1987, página 171.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCINA Franch, José. Arte y antropología, Alianza, Madrid, 1982.
- ÁLVAREZ de Miranda. Magia y religión en el toro norteafricano, Archivo español de arqueología, XXVII, Madrid, 1954.
- AMORÓS, Andrés. Toros y cultura, Espasa-Calpe, Madrid, 1987.
- BACHELARD, Gastón. El aire y los sueños, Fondo de Cultura Económica de México, México, 1993, página 39.
- BACHELARD, Gastón. La intuición del instante, Fondo de Cultura Económica de México, 1986.
- BACON, Francis. Ensayos, Orbis, Barcelona, 1985.
- BERGSON, Henri. Duración y simultaneidad, Ediciones del signo, Buenos Aires, 2004.
- BERGSON, Henri. Duración y simultaneidad, Ediciones del signo, Buenos Aires, 2004.
- CASSIRER, Ernst. Antropología filosófica: Introducción a la filosofía de la cultura. Fondo de Cultura Económica de México, México, 1945.
- CROCE, Benedetto. Breviario de estética, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1943.
- DEBIDOUR, Víctor-Henry. Le bestiaje sulpté du moyen age en France, Arthaud, París, 1961.
- ELIADE, Mircea. Aspectos del mito, Paidós, Barcelona, 2000.
- ELIADE, Mircea. Lo sagrado y lo profano, Guadarrama, Madrid, 1967.
- FRAZER, James; "La rama dorada", F. C. E., México, 1965.
- GARCÍA Delgado, José Antonio. Historia de la Tauromaquia, Metrovideo, Madrid, 1996.
- GIRARD, René. Literatura, mimesis y antropología, Gedisa, Barcelona, 1984.

- GRANDE DEL RÍO, Ramón. El culto al toro, Ediciones Tutor, Madrid, 1999.
- HEREDIA Maya, José. Literatura y antropología, Editorial Universidad de Granada, Granada, España, 2004.
- HOLGUÍN, Andrés y HOLGUÍN, Carlos. Toros y religión, Editorial revista colombiana, Bogotá, 1966.
- HUIZINGA, Johan. Homo Ludens, Fondo de Cultura Económica de México, México, 1943.
- JOHNSTON, Walter. Introducción a la tauromaquia, Alianza, Madrid, 2000.
- JUNG, Carl. El hombre y sus símbolos, Aldus Books, Londres, 1986.
- LEACH, Edmund. Cultura y comunicación, Siglo XX, México, 1985.
- LEACH, Edmund. Cultura y comunicación, Siglo XXI editores, México, 1985.
- LEIRIS, Michel; "Espejo de la tauromaquia", ED. Turner, Madrid, 1995.
- LEZAMA Lima, José. Las eras imaginarias, Fundamentos, Madrid, 1971.
- MARCUSE, Herbert. Eros y civilización, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1965,
- MAUSS, Marcel. Lo sagrado y lo profano, Seix Barral, Barcelona, 1970.
- NOVALIS. Obras selectas, Endimiión, Medellín, 1991.
- PAVESE, Cesare. El oficio de vivir, Siglo XX, Buenos Aires, 1965.
- PAZ, Octavio. El arco y la lira, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.
- PAZ, Octavio. Hombres en su siglo y otros ensayos, Planeta, Bogotá, 1990.
- PAZ, Octavio. Hombres en su siglo y otros ensayos, Planeta, Bogotá, 1990.
- RICHARDS, Ivor Armstrong. Lectura y Crítica, Seix Barral, Barcelona, 1967.
- RILKE, Rainer María. Antología, Universidad Nacional, Bogotá, 2005.
- TRÍAS, Eduardo. Filosofía y Carnaval, Anagrama, Barcelona, 1984.





Memoria e imaginación en los Recuerdos de la Guaquería en el Quindío

Por Carlos A. Castrillón*

Cuenta Luis Arango Cardona en su libro *Recuerdos de la Guaquería en el Quindío*[†], la historia del guaquero que encontró, en una tumba indígena en La Tebaida, una figura de cerámica que representaba una pareja de indios en el coito. “Vean lo que están haciendo estos pícaros -dijo el guaquero-, y con el recatón los volvió pedazos” (146).

* Profesor de la Universidad del Quindío y miembro de la Academia de Historia del Quindío. Este texto contiene la introducción a un estudio más vasto sobre los valores culturales del libro de Luis Arango Cardona, en el marco del proyecto de reedición crítica que promueve la AHQ.

†. Arango Cardona, Luis (1941). *Recuerdos de la guaquería en el Quindío*. Bogotá: Editorial de Cromos. Tomos I, II y Suplemento. En adelante se referencia sólo la página de esta edición.

Esta actitud, que movería a risa si no fuera por la tragedia cultural que envuelve, es el motivo problemático que marca la ambigüedad fundamental del libro.

No tenemos los conocimientos ni la formación para determinar por qué la obra de Luis Arango Cardona goza de una aceptación ambivalente, difusa o nula entre los arqueólogos profesionales y académicos. Sin embargo, los indicios que podemos recoger en una lectura atenta, y basados únicamente en su narratividad, permiten suponer que tanto lo vital del autor como su ejercicio testimoniante se entremezclan en la actitud hacia el mundo explorado y en la valoración ambigua de los exploradores y gaaqueros.

¿Es una apología a la gaaquería, una actividad depredadora, como afirma con acritud Reichel-Dolmatoff (1988)*; un compendio de la imagería popular, como dice Javier Ocampo López (2001); o una rica cantera de datos de utilidad para los arqueólogos, como parece reconocerlo Karen Olsen Bruhns (1995)? ¿O es tal vez un documento que debería ser sistematizado para aprovechar su gran valor, como lo piden los investigadores actuales? Ya en 1988 se decía, en una investigación publicada en el Boletín del Museo del Oro: “Serían de gran importancia los datos que proporciona don Luis Arango Cano [sic]† en sus Recuerdos, el día que los arqueólogos logren traducir su terminología a los esquemas culturales en uso actualmente” (Cardale et al., 1988).

Esto permite señalar dos rasgos importantes: La apreciación dubitativa del autor acerca de la gaaquería y la asistematicidad orgánica en la exposición de los datos. Tal vez estos rasgos no tengan que ver con la intención del autor al momento de poner por escrito sus recuerdos, sino con la forma como hoy los leemos.

Sobre lo primero, se debe tener en cuenta que Luis Arango Cardona nos refiere la tierra hollada por los gaaqueros y exploradores antes de que la ciencia llegara con su rigor y se ocupara de ella. En la sumatoria de todas esas tumbas recuperadas de la tierra se va formando una tradición en la que se entremezclan los datos con la imaginación histórica.

*. “El confuso libro de Luis C. Arango: [sic] *Recuerdos de la gaaquería en el Quindío* (Bogotá, 1924) figura en muchas obras arqueológicas, citado como fuente bibliográfica, a pesar de ser una apología de estos destructores del patrimonio cultural del país. No lo encuentro de utilidad alguna” (Reichel-Dolmatoff, 1988).

†. Muchos insisten en llamarlo “Arango Cano”, tal vez por el cruce con la obra arqueológica de su hijo, Jesús Arango Cano.



Luis Arango Cardona

En la forma como la presenta Arango Cardona, la g.uaquería parece un modo de vida que genera sus propias normas, establece sus propias jerarquías y promueve una picaresca particular. El autor fluctúa entre la descripción, la censura y la guía de esa actividad. Por ejemplo, afirma que copia apartes de libros científicos “con el fin de orientar al g.uaquero” (156), cuenta sus hazañas, acopia datos de los tesoros y propone explicaciones fantásticas.

Pero para Arango Cardona todo tiene un límite. Refiriéndose a la ambición por el oro y a la intrusión violenta de los g.uaqueros sobre los lugares sagrados de los indígenas, lanza su admonición: “No por eso hagamos de sus monumentos y santuarios un muladar”. El g.uaquero, que “había roto los más preciosos trabajos de arte, esculpidos en barro; los jeroglíficos y escritos cuneiformes donde estaba escrita la historia de ese pueblo desde los tiempos más remotos, escritos que encerraban secretos religiosos, ciencias y artes” (113), puede lucrarse, pero debe actuar con respeto; su riqueza, efímera por demás, no puede ser el producto del menosprecio por quienes a su pesar la proveyeron. El g.uaquero, “a quien no importan historias de pueblos, ni razas primitivas, ni religiones, ni secretos, ni escritos simbólicos” (113), recibe su merecido: Todos mueren trágicamente, en medio de la pobreza o como víctimas de una maldición.

En ese sentido vale la pena recordar la caracterización crítica que Arango Cardona hace de este pueblo, los armenios. No se interesan por los artefactos encontrados porque “no piensan en los recuerdos [...] Son aventureros desde su origen, egoístas y corrompidos; llevan en su frente el sello del guaquero” (33).

Sin embargo, la historia de la depredación, que hoy podemos juzgar como bárbara, era en esos tiempos una especie de fatalidad propia de la riqueza soñada en el periodo de la “colonización”, ante la cual no operan del mismo modo los argumentos que hoy nos parecen totalmente sensatos. Arango Cardona no es indiferente al problema que, como inevitable paradoja, está implícito en su obra. Equivocado o no, una conexión profunda con el pasado de los pueblos y una declaración ética mezclada con la visión puramente externa, lo escudan de la censura extemporánea y permiten apreciarlo hoy con la misma receptividad con la que lo saludaron algunos arqueólogos de la época. La mayor conciencia acerca del patrimonio cultural de los pueblos indígenas es nuestra, y no podemos pedirla a los hombres que en el pasado entendían la exploración y el saqueo de guacas como una actividad económica legal y legítima porque sería inmoral dejar de lado la riqueza que se esconde bajo la tierra.

En cuanto a lo segundo, la asistematicidad, puede ser también un problema de perspectiva. Se le pide rigor, consecuencia y exactitud en el manejo de los datos a la ciencia; no puede pedirse lo mismo a esta especie de testimonio delirante que son los Recuerdos de la Guaquería en el Quindío. Arango Cardona, como hijo de su tiempo, se apoya tanto en las investigaciones de Darwin como en las páginas de divulgación científica de Flammarion y en la teosofía de Blavatsky.

El método del autor es ciertamente insostenible desde la lectura actual*. Sus caracterizaciones antropológicas operan por analogía y llenan de sentido su admiración o su ignorancia, o los vacíos que la investigación no había resuelto a comienzos del siglo XX. Hablando, por ejemplo, de unos cuerpos encontrados, hace esta descripción a partir de los huesos: “Estos indios parecen haber sido fuertes y robustos, de estatura regular, y algunos de ellos hasta de dos metros” (25). Se presenta primero el dato, del cual se concluye algo que podría corresponder: “En ningún arte se distinguieron como genios; eran los más pobres de la región” (25). A partir de allí, en un peligroso non sequitur, el encadenamiento avanza hacia conclusiones que difícilmente derivan de los datos hasta

*. Burcher (1985) caracteriza a Arango Cardona, como a muchos de sus contemporáneos, en la escuela de la descripción pura.

llegar a la pura imaginación que recoge y reproduce la percepción común acerca de los pueblos indígenas: “Se ve que eran torpes, de cerebro deprimido y la pereza hecha hombre; cuando mucho servirían para pajes o para peones” (25). Más adelante, con ocasión de un sello encontrado en una tumba en La Tebaida, en el que se leían caracteres que semejaban la palabra java, el autor conjetura un origen fantástico: “El cadáver dueño del sello tal vez era un habitante venido del archipiélago malayo, de la isla Sumatra o Java; tal vez era un navegante que fue arrastrado por una corriente marítima y le tocó atracar en una de nuestras costas, y luego se internó en tierra firme y escribió Java, y con él se fue al sepulcro donde fue hallado” (177).

El autor procede por asociación, aun cuando la misma lo haga derivar hacia otros temas o lo hunda en el error o la interpretación fantasiosa. En su deseo de dejar claro en el lector el derrotero de sus cavilaciones a veces avanza hacia temas concomitantes o planteamientos que surgen de sus opiniones, lo que explica también las abundantes digresiones.

En varios apartes se arriesgan conclusiones y genealogías, se hermanan culturas y se especula sobre formaciones geológicas. Se llega a afirmar, por ejemplo, con base en viejos documentos que recogen las historias de los escandinavos en el norte del continente, que el Vaticano tenía posesiones en América antes de la llegada de Colón (un obispado en lo que hoy es Rhode Island). El asunto nada tiene de particular, pues como especulación histórica es tópico recurrente la presencia de europeos en América en la época precolombina; lo interesante es el procedimiento sistemático de mezclar fuentes de diversos orígenes para avalar un argumento, sin prestar mayor atención a la confluencia de las mismas, a la certidumbre sobre sus afirmaciones y a las fechas originales. Además, la pasión en la defensa de lo indígena le hace asumir con frecuencia el tono polémico que anima muchas de estas páginas, aun a riesgo del exceso, punto de llegada que asume todo polemista mal informado.

Pero ¿por qué esa asistematicidad? ¿Por qué no organizar el discurso de modo que cada tema se desarrolle donde le corresponde según la jerarquía y la sucesión de eventos? Y Arango Cardona responde: “Porque no deseo seguirlo así” (137). Todo en este libro es personal, idiosincrásico, incluso las convenciones que el autor usa para la descripción de los hallazgos. Sin embargo, Arango Cardona no es, en modo alguno, indiferente a la importancia del método y la investigación sistemática: siempre está matizando sus conclusiones con llamados a la ciencia para que aborde esos descubrimientos asombrosos con criterios positivos que den cuenta de los misterios que cada guaca encierra.

El carácter apologético y la tendencia a conjeturar a partir de las evidencias, sin elementos que justifiquen las conclusiones y sin ajustarse a los datos, es lo que seguramente molesta a los investigadores actuales; pero eso no impidió que prestigiosos arqueólogos de su época lo retomaran y aprovecharan sus materiales. En la actualidad se hace igual, pero no se le reconoce abiertamente. En su recorrido por la arqueología colombiana, Carl Henrik Langebaek (2003) señala que “la exaltación de la tarea de los guaqueros chocaría muy pronto con los debates sobre su actividad, aunque muchos arqueólogos profesionales se auxilian de su trabajo hoy día”. Por el carácter asistemático de sus investigaciones y la discusión posterior sobre el papel problemático del guaquero en el desarrollo de la arqueología científica, la tensión se resolvería a favor de la clara separación de ambas actividades. Langebaek anota que “es bien probable que su conocimiento fuera utilizado por muchos investigadores, a quienes les daba pena incluirlo entre sus referencias”. El mismo Reichel-Dolmatoff, sostiene el connotado arqueólogo, investigó en los años cuarenta del siglo pasado lugares que Arango Cardona había descrito en su libro.

A pesar de todo esto, el libro de Arango Cardona es mencionado con frecuencia como fuente de información y compendio de datos, arqueológicos o no. Luis Duque Gómez (1970: 16), por ejemplo, lo considera de interés: “Es un trabajo poco sistemático y desordenado, pero que ha sido utilizado [...] por varios de los investigadores modernos que se han ocupado de la cultura quimbaya, especialmente del estudio de su orfebrería”. Karen Olsen Bruhns (1995), quien suele referenciarlo en sus artículos y aprovechar sus datos, acomete un estudio completo a partir de las descripciones de Arango Cardona y aporta un resumen del libro en unas 50 páginas. Esto contrasta con la distancia que guardan otros investigadores, como Briceño Torres (2005: 14):

En los años intermedios entre la última publicación de los textos de Restrepo Tirado y la primera edición de los de Wendel Bennet, vieron la luz las Memorias de la Guaquería en el Quindío, de Luis Arango Cano [sic], Bogotá., Editorial Cromos, 1920. Este curioso escrito, como su nombre lo presagia, se constituye en una verdadera apología a la excavación aficionada de tumbas y sepulcros. Además de la descripción de por los menos doscientas tumbas, su clasificación en una tipología según su forma general y su disposición en el paisaje de la región del Quindío, el libro se encuentra salpicado de breves y curiosas aseveraciones e interpretaciones morales y espirituales de su autor. Al juzgar en perspectiva este trabajo, no deja de sorprender el destacado papel que algunos investigadores otorgan a dicho texto [...], llegando a considerarlo incluso como un trabajo pionero de la arqueología en la región.

Afirma Arango Cardona que “el sol es el único testigo presencial de todos los acontecimientos sucedidos en nuestro planeta. Lo dicho por los hombres son cálculos más o menos erróneos”. Y agrega: “Nuestra intención no ha sido nunca ser escritores (seguramente por falta de estudio), y mucho menos entrar a refutar escritos de nadie” (50). Hay en él un deseo taxonómico para la comprensión de un universo complejo. Y también la esperanza de dejar un legado e insistir en una queja por el abandono: “La posteridad, enterada de la historia de los quindos o pijaos, dice, hará de su obra de arte unos verdaderos museos, para pasmo del turista. Estudiarán los arqueólogos sus monumentos con entusiasmo y podrán encontrar en lo viejo mucho nuevo para las nuevas generaciones” (73).

Como puede verse, el autor se plantea con toda honestidad sus limitaciones, como cuando afirma al comienzo del segundo tomo de su libro: “Cierto es que estoy mal documentado, pero quiero dejarle a mi patria un pequeño recuerdo” (II, 3). Esto a pesar de que el cúmulo de lecturas referenciadas en los dos tomos de los Recuerdos y su suplemento es sorprendente.

No es ajeno Arango Cardona a la constatación de la verdad arqueológica, antropológica o histórica, como demuestra la fina ironía, basada en evidencia, que construye para refutar a Fray Pedro Simón y su historia “delirante” sobre la erupción del “volcán” de Cartago (50ss). Es sólo que en su medio la arqueología científica no existía como referente que promoviera métodos ajustados a lo que hoy consideramos el mínimo aceptable de técnica y objetividad. Por el contrario, no sería exagerado afirmar que su obra se constituye en antecedente, molesto para muchos, en el proceso de consolidación de la disciplina en Colombia.

De todos modos, independientemente de la forma como se los vea hoy, los Recuerdos de la Guaquería en el Quindío nos enfrentan a una apasionada defensa de las huellas culturales de los pueblos indígenas. Más allá de lo señalado, no son hechos y descripciones lo que eterniza los momentos que recoge Arango Cardona. Las historias y anécdotas, el carácter misceláneo de varios capítulos y el conflicto personal entre lo que se quisiera contar y lo que efectivamente se debe registrar, hablan hoy con más fuerza que las cifras y los profusos datos.

Si leemos el libro como testimonio de una época encontramos una cantera para los estudios lingüísticos y del imaginario general, las leyendas y anécdotas de la vida de la región, los valores sociales, las costumbres, la circulación de las ideas, un compendio de geología,

flora e historia, y el legado de un librepensador*.

Necesitamos recuperar el glosario de la gvaquería, con sus bellas metáforas y frases descriptivas, como bóveda deslanchada, calzada o resumida o guaca hormigueada. Verdaderas joyas fraseológicas, como la “tierra panela”, la “tierra carmín”, la “tierra quintosa”. Construidas por analogía, estas frases hacen parte del vocabulario común de los gvaqueros, como palabras encantadas que pretenden dar sentido desde el lenguaje al misterio inherente a una actividad tan familiarizada con la muerte.

Igualmente, necesitamos volver sobre la forma como se tejen las historias, fantásticas o no, que dan sustento a una labor dura y azarosa. Arango Cardona desarrolla relatos completos, llenando con ficción lo que los datos no proveen; arma genealogías fantásticas y fábulas genesiácas y recrea libremente la vida de los pueblos indígenas, con altas dosis de imaginación histórica. Merece atención también la forma como matiza y hace amena la exposición con anécdotas, recorridos por la teoría y apasionadas polémicas. Se nota la necesidad apremiante de explicar lo asombroso de los descubrimientos, cada uno de los cuales ahonda el misterio. Como puede constatarlo el lector, cada guaca propone un enigma que exige respuestas; y, como ocurre con todo enigma, cuando esas respuestas no son dóciles al razonamiento se acude a la explicación fantástica.

“Me siento orgulloso de ser habitante de estas selvas seculares –afirma el autor–; sólo siento no tener términos para expresar mis sensaciones cuando respiro en medio de los vientos alisios que traen perfumes de las selvas vírgenes de los Andes. Todas las palabras me parecen débiles ante la inmensidad de las selvas tropicales” (104). A Arango Cardona lo anima la certidumbre de que “la humanidad necesita esos documentos para aclarar los hechos” (114), a pesar de la dificultad que para él implica escribir este libro, que se fue alargando por las exigencias mismas del tema.

Y como nosotros, lamenta lo ya perdido, el conocimiento que murió con la actividad y la memoria de los viejos gvaqueros, de quienes, sin embargo, desea recuperar para la posteridad sus nombres y sus hazañas.

*. Considérese, por ejemplo, que el libro aparece como fuente de datos en sitios tan insospechados como el *Atlas de culturas hídricas de América Latina* (2004: 208), de Ramón Vargas (Informe 2, Argentina).

La frase sentenciosa de Arango Cardona lo expone claramente: “El conquistador asesinó a los indios, y el guaquero pulverizó sus cuerpos inertes” (II, 7). La tragedia de los pueblos indígenas se siente más dolorosa en esta otra dura formulación: “Las momias egipcias pasan a un museo. Las momias americanas son pulverizadas por las manos de los guaqueros” (II, 10).

Arango Cardona se duele de la indiferencia y del desprecio por los tesoros encontrados, casi todos ellos destruidos o perdidos en el tráfico indiscriminado. En su insistente llamado a recuperar la memoria, el autor nos recuerda que “la tumba de un faraón y la de un cacique son iguales ante la ciencia” (II, 10), algo que a veces también nosotros olvidamos.

Bibliografía

- Arango Cardona, Luis (1941). Recuerdos de la guaquería en el Quindío. Tomos I, II y Suplemento. Bogotá: Editorial de Cromos.
- Briceño Torres, Pedro Pablo (2005). “De los Quimbayas a los paisas: Historia de la arqueología en el Eje Cafetero 1900-1999”. *Memoria y Sociedad*, 9(18): 5-18.
- Bruhns, Karen Olsen (1995). *Archaeological investigations in Central Colombia*. Oxford: BAR International Series.
- Burcher de Uribe, Priscila (1985). *Raíces de la arqueología en Colombia*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Cardale et al. (1988). “Nota sobre una tumba de cancel hallada en el municipio de Dosquebradas, Risaralda”. *Boletín del Museo del Oro, Banco de la República*, 22: 102-116.
- Duque Gómez, Luis (1970). *Los Quimbayas. Reseña etno-histórica y arqueológica*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- Langebaek, Carl Henrik (2003). *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*. Bogotá: Colciencias.
- Ocampo López, Javier (2001). *Mitos y leyendas de Antioquia la Grande*. Bogotá: Plaza y Janés.
- Pineda Camacho, Roberto (1977). “Reliquias y antigüedades de las Indias. Precursores del americanismo en Colombia”. *Journal de la Société des Américanistes*. 83(1): 9-36.
- Reichel Dolmatoff, Gerardo (1988). *Orfebrería y chamanismo, un estudio*

iconográfico del Museo del Oro. Consultado en diciembre de 2008, en

<http://www.lablaa.org/blaavirtual/arqueologia/orfebre/ritual.htm>

Sánchez Cabra, Efraín (2003). "El Museo del Oro". Boletín Cultural y Bibliográfico, Banco de la República, 40(64): 3-48.

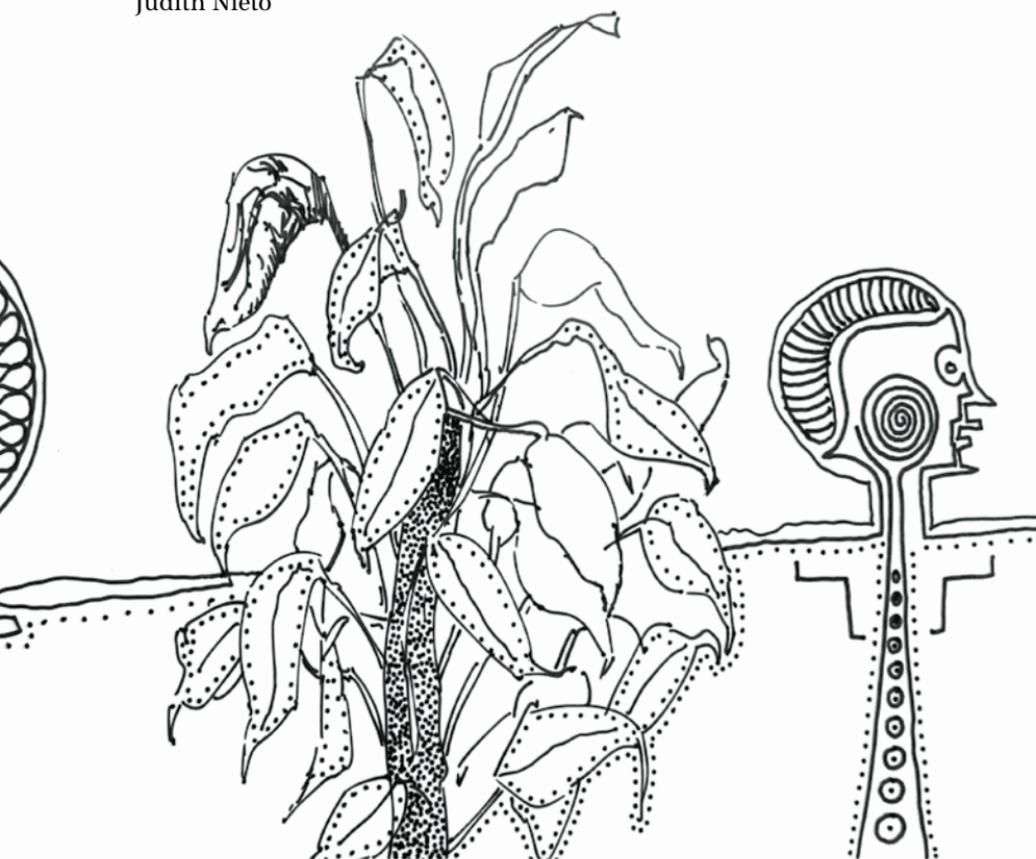
Valencia Llano, Albeiro (1989). "La Guaquería en el Viejo Caldas". Boletín del Museo del Oro, Banco de la República, 23: 60-75.

Valencia Zapata, Alfonso (1981). Quindío Histórico. 4ª edición. Armenia: Editorial Quingráficas.



¿Puede el alcohol ser pacificador de una angustia intolerable? El caso de dos escritores

Judith Nieto*



Resumen

El presente texto busca aproximarse al tema de las drogas y su consumo, en particular el del alcohol. En respuesta a esta intención, se adelanta una breve revisión a la idea ya anunciada en el título. Así mismo, a partir de algunos textos literarios de dos escritores adictos

* Doctora en Ciencias Humanas. Mención: Literatura y Lingüística de la Universidad Austral de Chile.

Actualmente, profesora titular de la Universidad Industrial de Santander (UIS), Escuela de Filosofía. correo electrónico: junilo@uis.edu.co

al alcohol, se trata de conocer si la pulsión por la bebida contribuía a apaciguar la angustia padecida y declarada por ellos a lo largo de sus vidas. La misma disertación procura revisar aspectos puntuales de la relación alcohol y escritura mantenida durante largos años por los escritores Sándor Márai y Marguerite Duras.

Palabras clave: consumo, escritura, cura, angustia, miedo, alcohol.

Consideraciones iniciales



Parece que el hábito de consumir licor se convierte en un acto-hábito, hasta llegar a un arte, como el de la escritura, donde hay algo común que “ayuda” a vivir. En efecto, puede pensarse en el beneficio de volverse consumidor de bebidas alcohólicas y habituarse al acto creativo de la escritura; este último suele mostrar —luego del mayor agobio y disposición frente a la página, para dejar allí parte del peso que suele cargar quien escribe— cómo a medida que se avanza en aquello que el escritor quiere expresar se desvanece esa especie de obligación insoportable, usualmente acompañada de miedo, familiar para quien tiene contacto permanente con la escritura, para aquel que ha hecho de ésta una razón, una necesidad —no pulsión— de vivir, que se resuelve entre líneas venidas en tinta fresca.

El presente texto, más allá de hacer una apología de la relación común entre el alcohol y el escribir, guarda la intención de conocer el trabajo de dos escritores en cuyas vidas estuvo presente el consumo adictivo del alcohol —no por ello escritores de elevada talla—. Ellos son Sándor Márai (1900-1989) y Marguerite Duras (1914-1996), quienes se han declarado consumidores de diferentes bebidas alcohólicas, adicción con la que, al parecer, buscaban pacificar sus estados de angustia.

En diferentes obras cada uno manifiesta su vínculo con el alcohol. Sándor Márai evoca así lo vivido durante su juventud: “Yo había bebido en Frankfurt, y al llegar a Berlín me convertí en un alcohólico hecho y derecho” (Márai, 2006: 337). Y sólo hasta cierta parte de su vida, cuando escucha el definitivo llamado de la escritura, interrumpe el consumo cotidiano y compulsivo de alcohol; esta creación literaria, a juzgar por su prolija obra, la realiza casi sin descanso hasta días antes de su suicidio en San Diego, Estados Unidos. Marguerite Duras también adquiere tal adicción casi desde el comienzo de su juventud, pero, a

diferencia de Márai, le es imposible deshacerse del alcohol, pese a los múltiples tratamientos a los que se sometió luego de profundas crisis: “Ahora sabe que siempre es alcohólica, incluso cuando no bebía, y que lo seguirá siendo, aunque no vuelva a beber jamás. Porque el alcoholismo es la ausencia de Dios” (Tournier, 2002: 326). De esta manera, se vuelve y se reconoce como alcohólica, pues no puede superar su dipsomanía, pese al beneficio de la escritura.

Fue así como transcurrieron las vidas de creación literaria de dos grandes escritores del siglo XX. Uno y otra testigos de las guerras mundiales, quienes, además de batallar contra sus propios temores, al parecer encontraron en la embriaguez el alivio de su angustia. Por otra parte, y quizá con la misma esperanza de liberarse de la pulsión por la bebida, se consagraron a la literatura con la determinación y la fuerza propias de quien sabe atender la demanda del decir artístico y cuyo destino está en las páginas de estos verdaderos exponentes de las letras europeas.

Ninguno sabe de límites, ni siquiera de los impuestos por el corazón, tampoco conocen los devaneos caprichosos demandados por el cuerpo en su afán de satisfacer la pulsión exigida por el alcohol, servido en una copa de vino o de aguardiente para él, y de whisky para ella. De manera constante se requiere un licor con el cual poder hacer frente a su síntoma, visible en una insoportable angustia. Lo hicieron sin control, así como traspasaron límites para avanzar y entregar una novela, una obra de teatro o un guión de cine, manifestaciones artísticas en las cuales incursionaron ambos, sin parar —como si se tratara de otra pulsión—.

Algo hay en común en estos dos escritores que muy seguramente buscaron en la bebida la manera de apaciguar una angustia o un miedo, como en varias ocasiones lo reconocen: “Me acuerdo de un año entero, de los veinte a los veintiún años, en que por las noches, es decir por las mañanas, ni siquiera el alcohol lograba dormirme y tomaba somníferos cada vez que quería conciliar el sueño. Éste iba siempre precedido por angustias, manías e intensos temores” (Márai, 2006: 339).

Según declara Márai en su autobiografía *Confesiones de un burgués* (2006). Mientras, Marguerite Duras consigna en *Escribir* (1994): “Puedo decir que tenía miedo cada atardecer. Y sin embargo nunca hice un gesto para que alguien se instalara a vivir allí. A veces salía tarde, al anochecer. Eran recorridos que me encantaban, con gente del pueblo, amigos, habitantes de Neauphle. Bebíamos. [...] Los camareros vigilaban como polis aquella especie de inmenso territorio de nuestra soledad” (Duras, 1994: 28- 29).

Pero hay algo más para asociar a los dos escritores; se trata de los hechos de guerra y sus particulares circunstancias de víctimas. Haber

sido testigos de dos guerras mundiales los pone en mundos comunes. Además de batallar con sus propios temores y con la inacabada angustia que hizo huella en sus vidas y en sus letras, la nada los absorbió, y de ella hicieron páginas que exponen las grandes crisis materiales capaces de afectar el espíritu de épocas y de sus hombres.

De las bebidas y sus consumidores



Si el interés del presente texto recae sobre los efectos del alcohol y su consumo en escritores como los escogidos para esta meditación, quien escribe ahora pretende adelantar una breve revisión de lo anunciado en el título; es decir, se intenta buscar en dos escritores adictos al alcohol si la pulsión por la bebida contribuía en algo a apaciguar la angustia padecida y declarada por ellos a lo largo de sus vidas. Dicha búsqueda se adelantará en textos de su autoría, que dejan claro si la angustia es una explicación al porqué de la pulsión señalada.

La pretensión acabada de indicar exige procurar alguna alusión a aquello que ha significado históricamente el hecho de consumir bebidas alcohólicas, independientemente de su procedencia y alcances.

De ahí que intentar una aproximación a la historia de las bebidas, sin entrar en algunos de los múltiples detalles que ésta presenta, obliga a conocer, también a aprender, que las bebidas, además de ser alimento, tienen una función estimulante; en tal sentido, Fernand Braudel considera que en la base de todas las bebidas está el carácter de excitantes: “De instrumentos de evasión; a veces como ocurre entre ciertas tribus indias, la embriaguez llega incluso a ser un medio de comunicación con lo sobrenatural” (Braudel, 1994: 5). Esto explica, en alguna medida, el porqué de su consumo desmedido, no sólo entre comunidades indígenas, sino entre otras civilizaciones.

Éste es el caso de la antigua cultura griega, cuya literatura y obras filosóficas retratan a los habitantes de entonces, quienes acudieron al alcohol para celebrar a una divinidad. Para quienes se mueven en el mundo de la filosofía, por especialidad o por otros motivos que llevan al acercamiento a tal saber, resulta familiar en El banquete de Platón la representación de lo que es para la época —algo más de dos mil quinientos años atrás— un banquete griego, donde “Después de la

comida tenía lugar el Simposio [‘bebida en común’] propiamente dicho. Antes de pasar a él [...] se hacían libaciones en honor de los dioses y se entonaba un ‘peán simposiaco’ o canto de salutación dedicado a Apolo” (García, 2002: 52).

Dioses y hombres sabios son dignos de alabanzas provenientes de los discursos pronunciados por los invitados al Simposio, y ganan fuerza expresiva si van luego o en medio de una copa. No obstante, las glorias de las libaciones en el acontecimiento de palabras, motivo de El Banquete, se hace la advertencia sobre los perjuicios ocasionados por el alcohol: “A mí efectivamente, me parece evidente por la práctica de la medicina que la embriaguez es perjudicial para los hombres” (El banquete 176d), expresa Erixímaco al iniciar su elogio a Eros. Son palabras que dan cuenta de que aunque se trate de alabar a los dioses y a los hombres —como ocurre en el diálogo referido—, y de hacerlo con libaciones de vino, sin un destino divino o sobrenatural serán igual de lesivas.

Éste es un llamado frecuente, que aparece a lo largo de dicha pieza del filósofo griego. No obstante, los hombres partícipes del Simposio —discípulos y admiradores de Sócrates— no hacen a un lado la bebida, sino que la atraen todos, de principio a fin, a excepción del médico, quien inicia su encomio a Eros a partir de un llamado a la cordura. A propósito del licor, el médico sabe que sus resultados son nocivos; se percata de que al deleite del vino le sobreviene un comienzo de destrucción que el consumidor conoce, pero que, aun así, hace caso omiso de su letal efecto, y prefiere, por el contrario, dedicarse a beber.

El hecho desmedido de beber puede resultar nocivo para el cuerpo, pero no se descartan beneficios, por ejemplo, ser la fuente de “alivio” de miedos y peligros que suelen afectar a sus consumidores, en particular a quienes han hecho de tal consumo todo un acto compulsivo.

Así es, grupos inauguradores de civilizaciones, como los griegos, y clanes primitivos, como los indígenas, explican cómo el alcohol ha estado presente de modo casi imprescindible en celebraciones y también como instrumento de evasión; esto último lo indica Braudel. Peligro y lenitivo es lo que escurre de toda gota que sale del alambique o del barril. Remedio y veneno anudan el as y el envés de un licor procedente de tantas fuentes —sean uvas, caña o cereales, por nombrar sólo algunas—, causantes de diversos estados que afectan cuerpo y razón de quienes lo consumen; bien en honor a los dioses, bien en busca de situaciones artificiales que “glorifican”, pero que, como es fácil de constatar, también matan.

Debe anotarse que ingerir bebidas es tan antiguo como la necesidad de satisfacer el hambre mediante el consumo de alimentos. Siempre se ha bebido; los hombres y las mujeres de todos los tiempos,

y en particular de los actuales, han tenido la necesidad y la costumbre de tomar bebidas: vino, cerveza, refrescos, zumos de frutas, aguas de hierbas y hoy, quizá más que nunca, agua, simplemente agua, del grifo la prefieren unos, mineral la recomiendan los promotores del gasto y del consumo. Consumo tan desmedido es denominado la adicción del presente siglo.

En consecuencia, hablar de bebidas obliga a empezar por el agua; ésta, tan corriente para unos, tan escasa para otros: “No siempre se dispone de toda el agua que se necesita, y a pesar de los consejos concretos de los médicos que pretenden que determinada agua es preferible a otra según las enfermedades, hay que contentarse con la que se tiene al alcance de la mano: agua de lluvia, de río, de fuente, de cisterna, de pozo, de barril [...]” (Braudel, 1994: 6).

Lo importante es que sea agua, pues aunque necesaria para beber y cuidar el cuerpo, también hay que destacar, que al igual que ocurre con el licor, o con el alcohol, independiente de su procedencia, ésta cura y enferma, alivia y mata.

Más aún, hoy, tras los afanes de muchos por llevar un cuerpo de peso liviano, se ha optado por consumir más agua que alimentos sólidos, lo que conduce a un desequilibrio nutricional que puede llegar a convertirse en un problema de salud pública. El “soberano remedio”, como lo nombra el historiador citado, puede causar la muerte si no se tiene a la hora de cortar una fiebre, pero también la causa si su consumo sobrepasa el de los demás nutrientes y alimentos demandados por el cuerpo, a fin de tenerlo sano; no obstante, hoy la prioridad para muchos es que sea bello, sin importar que se atente contra la salud. Se debe cumplir con el requisito de tener un cuerpo sano y bello, aunque esto último sea prioritario para algunos.

Pese a que no es sobre el consumo del agua sobre el que versarán estas páginas, es importante adelantar una precisión relacionada con el hecho de beber cualquier tipo de líquido, como un hábito que ha estado incorporado histórica y culturalmente a la vida y al desarrollo de la humanidad. Consumir bebidas es, pues, un hábito* legendario, que para algunos ha llegado a representar una opción que va de lo curativo a lo saludable, sin dejar de lado lo fortalecedor.

Quizá ha sido el hábito de beber tan común a hombres y mujeres el que ha propiciado que éstos no sólo acojan la bebida, sino que, además, se vean motivados a trascender de las “bebidas sanas” a aquéllas cuyo consumo desmedido puede llegar a ocasionar la adicción,

*. No está de más aclarar que un *hábito* es un comportamiento que, por obra de la rutina, se convierte en costumbre, con la particularidad de que puede *favorecer o no al desarrollo de una vida de bienestar*.

con sus preocupantes consecuencias. Se hace referencia al alcohol y a su consumo en sus más diversas presentaciones y aceptaciones, dosificadas comúnmente por un “sí social”, que suele hacer caso omiso y es indiferente a los peligros individuales y colectivos que tal aquiescencia procura.

El alcoholismo: ¿una pulsión para desangustiar?



Sobre el hábito de consumir bebidas de procedencia alcohólica, que usualmente termina por afectar el desarrollo de una vida sana y de bienestar, es oportuno traer lo anunciado por el título: “¿Puede el alcohol pacificar una angustia intolerable? El caso de dos escritores”.

El punto de referencia que llevó a titular el presente texto conduce a una realidad de la vida de un número significativo de escritores, hombres y mujeres, para quienes el oficio ejercido con la pluma se une a la rutina de “beber”. Aunque los ejemplos son abundantes, no es propósito de las presentes páginas repetir nombres de quienes han sido víctimas del señalamiento y de la censura social, sino hacer visible la adicción de aquéllos al alcohol, que llega a opacar la grandeza de su obra, iluminada o no por las gotas de la bebida, las mismas que llenaron una y otra vez la copa imposible de evitar.

Y aunque trágicos, sus tiempos de alcohol y sus vidas, los autores no se desviaron de la página, ni abandonaron el arte derivado de la sensibilidad y de la mano que maneja la pluma u oprime la tecla. Tampoco desapareció la angustia generadora de dicho consumo por sus efectos étlicos; al contrario, provocó otras adicciones propias de la época y a las que se entregaron estos sujetos singulares en arte y en vida.

La idea obvia acerca de lo nocivo que resulta el consumo desmedido de todo tipo de bebida alcohólica ya se ha expresado. No obstante, esta razón de perogrullo es la que alienta la construcción de la hipótesis que sirve para la continuación del presente ensayo, y que puede exponerse así: aunque hay casos significativos de escritores cuyas vidas estuvieron marcadas por la presencia del alcohol y la escritura, entonces, ¿podría pensarse que la pulsión por el alcohol lleva a pacificar una angustia intolerable en estos sujetos?

Tal vez se trate de un propósito osado, pero juzgo que es aquí

donde puede fijarse la particular ecuación: alcohol-escritura, traducida como una manifestación estética que implica una postura.

La construcción de la anterior hipótesis estuvo animada por una lectura adelantada de Marie-Jean Sauret —y otros psicoanalistas actuales—, quien, en su texto titulado “La elección del síntoma contra los impases de la civilización”[†], consigue una reflexión a partir de la cual da cuenta de cómo la capacidad de acto y decisión que subyace a la estructura del sujeto, no está ausente del síntoma de cada uno y, por ello, es singular y busca la manera de anudarse, de crear lazo social.

Así mismo, el autor destaca una de las consecuencias subjetivas del funcionamiento social contemporáneo, que radica en la presencia de los obstáculos para que los sujetos asuman sus síntomas, entre éstos se destacan ciertas formas de toxicomanía.

Para precisar acerca del problema planteado, lo que se pretende es atraer algunas ideas para intentar comprender si el alcohol puede obrar en beneficio de la mitigación de la angustia, especialmente en escritores asumidos como consumidores compulsivos, en dipsómanos, como es el caso de Sándor Márai y Marguerite Duras. Para algunos, el alcohol y la escritura están “en la misma banda moebiana”, son dos caras idénticas que permiten unificar la idea venida del decir común, desde donde no se escatiman palabras para asociar a quien ejerce algún arte con la escritura, como si se tratase de una conjunción proporcional y, además, lógica. Por supuesto que esta meditación se aleja de dicha percepción, por demás falsa, y lo que intenta es entender si una razón de angustia es la que aboca a algunos consumidores de alcohol que también son escritores a convertir el hábito por la bebida en una pulsión.

Los dos casos



Debe aclararse que la problemática indicada es aplicable exclusivamente para los escritores aquí nombrados, pues se conoce que no todo alcohólico tiene relación con la escritura, ni opera en él una dimensión estética. Ésta, en cambio, sí mueve las más difíciles producciones artísticas, para el caso, las literarias, aunque ellas lleven a agravar el malestar ocasionado por la inexplicable angustia. Una angustia que puede conducir a conocer

*. Entre ellos cito a Jaques-Alain Miller y Esthela Solano.

†. Sauret, Marie-Jean, “La elección del síntoma contra los impases de la civilización”, en *Desde el Jardín de Freud*, núm. 5, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, 2005, pp. 198-212.

el peligro de la bebida o del narcótico, como lo saben relatar los dos escritores, según sus particulares vivencias con el consumo excesivo de licor:

Los bebedores más empedernidos de Frankfurt nos reuníamos en una bodega holandesa, cerca del Hauptwache, desde las primeras horas de la mañana [...]. En la facultad bebíamos todos sin parar, como obedeciendo una orden.

[...]

Pronto resultó obvio que estaba enfermo y que era incapaz de enfrentarme a la vida (Márai, 2006: 338).

Por su parte:

Marguerite Duras escribió otras doce novelas, quince obras de teatro, cinco guiones de cine y rodó cuatro películas. Después cayó en el alcoholismo, hasta el fondo. Estuvo a las puertas de la muerte [...], ingresó en una clínica para seguir una cura de desintoxicación: aquello es la muerte, es peor, es el infierno [...]. Dice: “Escribiré un artículo, diré lo espantoso que es una cura antialcohólica. Lamento haberlo hecho... Es espantoso”. (Tournier, 2002: 325-326).

“Escribiré un artículo” es una especie de eco de lo objetado por la joven histérica tratada en su momento por Freud, quien dice a su clínico de modo imperativo: “¡Déjeme hablar!”, a lo cual accede el médico vienés. Es una forma de reconocer la singularidad del sujeto, ¿también darle lugar a su palabra responsable? Sin duda, y aunque deben guardarse las proporciones por razones circunstanciales, es posible que un afán por asumir la responsabilidad del acto expuesto en una pulsión alcohólica imposible de controlar es el que se ha reflejado en las palabras de Duras: “Escribiré un artículo”.

Hay un momento en el cual el sujeto tiene que asumir su falta, cuando otorga a su acto el lugar de la palabra para responsabilizarse de lo que vendrá luego de ésta. Experiencia aplicable a la forma de dichas palabras en voz de la escritora, en imperativo subjetivo, como respuesta a la terrible desintoxicación, escribir, escribir por obligación, ¿para desculpabilizarse del acto de beber hasta perder el control?, ¿para ganarle el combate a la angustia por vía de la escritura? Son interrogantes que quizá sólo ella los podría responder.

Los pasajes acabados de citar dan cuenta de los alcances del alcohol en estos dos escritores, al punto de reconocerse “consumidos” por él. En ellos, la bebida ha ocupado un lugar tan “privilegiado” como el de la escritura, como si se tratase de dos pulsiones a las que les resulta difícil renunciar. Debe hacerse la salvedad de que para el caso

del arte de la escritura, ésta no puede nombrarse bajo la voz de la pulsión, en cuanto se trata de una producción lograda mediante un esfuerzo del escritor. Alcohol, letra, palabra y silencio pueden nombrarse como las constantes de su particular universo, forjado con gotas irrenunciables; unas y otras, las del alcohol y la pluma, los mantuvieron bajo una especie de apaciguamiento, pues está comprobado que la palabra en tono artístico concede la calma, o mejor, el sosiego; y el alcohol, parece, procura idéntica cualidad.

A ellos dos, como a tantos otros escritores, los atrapó el peligro del hábito desmedido por la bebida, mejor, de la pulsión, que Duras consideró algo peor que la muerte, el infierno, pero, ante todo, que el miedo, el mismo que la lleva a consignar en algunas de sus páginas: “Cuando me acostaba, me tapaba la cara. Tenía miedo de mí. No sé cómo, no sé por qué. Y por eso bebía alcohol antes de dormir. Para olvidarme de mí [...]. La soledad alcohólica es angustiada” (Duras, 1994: 25).

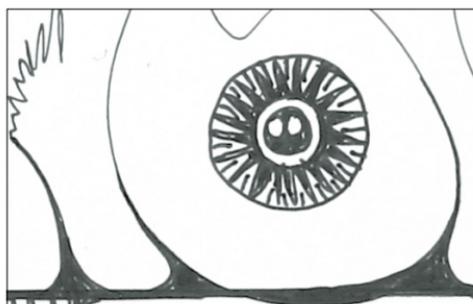
Es una soledad a la que se refieren tanto la escritora francesa como el escritor húngaro en sus entrevistas, biografías, memorias y demás obras. Esa especie de compañía que se hace sola y que se nombra soledad. Ninguno ocultó su adicción, ni los peligros de ésta, tampoco los miedos que les espantaban, como bien se ejemplifica en el texto acabado de presentar y en este nuevo pasaje: “Yo empecé a beber para espantar el pánico [...]. Estoy absolutamente convencido —por el recuerdo de muchos detalles— de que en aquella época yo vivía en un peligro mortal constante y solamente el alcohol y las drogas podían neutralizarlo” (Márai, 2006: 338- 339).

Quizá estos excitantes les permitieron soportar la vida, para mantenerse bajo el mandato ético y estético que no les aplazaba la escritura. Curiosamente, en ambos, pese a que el alcohol los sacaba por instantes de sus estados, bien de angustia, bien de miedo, había otra especie de salvación: la escritura; así ésta implicara jugar la apuesta de sufrimiento impuesto por el destino, visible en la tarea de escribir. Sufrimiento trastrocado en goce, pues el goce del escritor es también el del jugador de ajedrez, volcado en la cuadrículada y mortal tabla, donde todas las fichas blancas y negras parecen suplicar piedad por perder la cabeza, e implorar ante el fugitivo cielo azul que los libere de la tempestad quieta de los ojos, del obligado juego, del inocente albur que esconden los dedos: eso es escribir, un deseo de escapar “Y también un incentivo. Es una de las poquísimas cosas que siguen siendo interesantes” (Duras, 1995: 52). Podría agregarse a las palabras de la escritora que, además de interesante, escribir es un acto reparador, frente al cual no puede haber mejores palabras que lo testimonien.

Palabras venidas de la pluma de Marguerite Duras, mujer de refinada y alcohólica vida, a quien se le hacía imposible soltar un libro sin concluir su escritura, ejercicio que la libera definitivamente del

alcohol, pues: “Si no hubiera escrito me habría convertido en una incurable del alcohol” (Duras, 1994: 24), expresa una vez más en medio del reconocimiento de su pulsión por el licor.

La angustia, un sentimiento que viene de “nada”



Los tiempos actuales no son los únicos cuando situaciones como las del miedo, la angustia, las fobias y demás aflicciones afectan significativamente a los sujetos. De hecho, puede decirse que son situaciones históricas comunes; no obstante, se acentúan más en unas épocas que en otras. Por ejemplo, el caso de la angustia en el mundo contemporáneo se registra como una emergencia que quizá sobrepase todo tipo de límite, en sus manifestaciones y efectos; situación de obligatoria reflexión.

La angustia es un sentimiento soportado por cada sujeto con su singularidad, que lo ha llevado a sentirse impotente, tanto para explicarla como para evitarla, liberarse o curarse de ella.

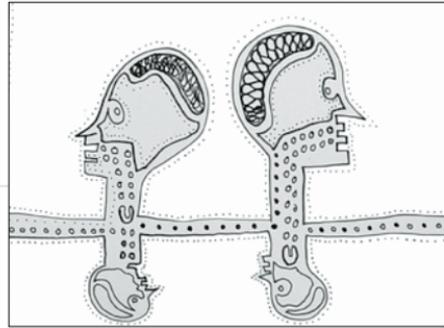
Frente a tal sentimiento, hoy tan generalizado como la aspiración patética a no envejecer o a no morir, diversas disciplinas se han dedicado, bien a pensar e intentar definir la angustia, bien a comprender su modo de operar a partir de sus más variadas manifestaciones. Sobresalen entre éstas: la filosofía, el psicoanálisis y la medicina, en la medida que cada una atiende a su objeto de estudio; en que ha abordado dicha reflexión en procura de un entendimiento de su sentido. Algunas, como la medicina y el psicoanálisis, han trascendido su ejercicio con intervenciones y paliativos que controlen y, en lo posible, curen tan frecuente afección.

Lo anterior lleva a tener presente que para un saber como el de la filosofía la angustia también ha sido muy importante, en particular, porque reconocidos pensadores de los tiempos modernos y contemporáneos han ocupado parte de su vida y obra en teorizar sobre ella, sus sentidos y sus alcances. Para el caso, son oportunos los nombres de Kierkegaard y Heidegger, quienes en su propio sistema de pensamiento volvieron capital el estudio y desarrollo de tal noción. El primero lo ha atendido desde la visión religiosa, y lo ha concentrado en el complejo y dogmático problema del pecado

original, pero, a la vez, ha aportado con sus investigaciones al actual interés del acontecimiento psíquico por la angustia. En tanto, el segundo lo orienta de tal forma que fortalece la idea de la angustia ante la vida, una vida que fija su presente en toda su contingencia. La angustia es el sentimiento que revela la vida cotidiana de cara a la huida de su contingencia.

Para este filósofo alemán no es la angustia de la muerte la que gana el lugar del pensamiento, es la de la vida y la existencia del instante revelador de la nada, sentimiento del que está suspendido. Podríamos agregar que quedamos suspendidos de la angustia y de la nada, sus únicas revelaciones.

La inocencia como estado de angustia



¿Cómo entender la angustia según Kierkegaard? En su elaboración, el filósofo empieza por plantear: “El estado de inocencia supone la paz y el reposo, pero al mismo tiempo implica otra cosa [...] ¿Qué es? La Nada. Pero, ¿qué efecto produce la nada? Engendra la angustia” (Kierkegaard, 1947: 47). Con esto se entiende que la inocencia es, además de ignorancia, angustia, y es así porque el estado de inocencia no da lugar ni objeto contra los que pueda guerrear. Así, el único efecto que ejerce el ser inocente es un estado de angustia. Siguiendo al autor, es un profundo misterio el que subyace a la inocencia. Aunque, a diferencia de la angustia, la inocencia sólo tiene delante de sí y como única realidad la nada. De ahí que ante la nada el sujeto se encuentra inocente y, en consecuencia, se angustia; así que la causa de la angustia es la nada. La angustia revela la nada.

En aras de lograr una mayor precisión conceptual, Kierkegaard plantea: “La angustia es una determinación del espíritu que enseña, y pertenece, por tanto, a la psicología” (Íbid), no obstante:

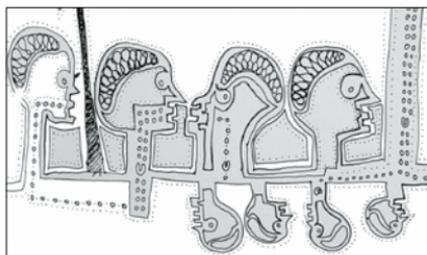
El concepto de la angustia no es tratado casi nunca en la psicología; por eso debe llamar la atención sobre la circunstancia de que es menester distinguirlo bien del miedo y demás estados análogos; éstos refiéranse siempre a algo determinado, mientras que la angustia es la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad (Íbid).

Del texto citado se deduce que la diferencia entre miedo y angustia se concreta en un objeto determinado e indeterminado para uno y otro caso, respectivamente.

Lo hasta ahora expuesto permite una nueva pregunta: ¿qué es angustiarse? Es experimentar un estado de nada, que es insoportable debido a que la relación de tal sentimiento con su objeto no existe, es algo que no es nada. En tal sentido, dicha relación adquiere carácter ambiguo, hecho que con seguridad agudiza la presencia del sentimiento. Se está angustiado por algo que no hace ninguna presencia, pero que alcanza a generar un sentimiento de la magnitud de la culpa, aunque Kierkegaard indica que la inocencia se pone de parte de quien se hace culpable por angustia, y aclara esto al anotar: “No fue él mismo sino la angustia un poder extraño que hizo presa en él, un poder que él no amaba, del cual, por el contrario se apartaba angustiado; y sin embargo es culpable: se había huido de la angustia, a la que amaba a la vez que temía” (1947: 48-49).

Lo interesante de esta caracterización de la angustia, se ama a la vez que se teme, de su imprecisión acerca del objeto que genera y, en consecuencia, su imposibilidad de liberarse de ella es que se proyecta en el hecho de que el sujeto padece sin hacer consciente el motivo del estado, pero, a la vez, es incapaz de renunciar a eso que le ocasiona el sufrimiento, y convive con él hasta el punto de no deshacerse de lo que en paráfrasis del autor es una dulce opresión. Puede hallarse aquí, y a la luz de la filosofía, que se trata de la relación masoquista del sujeto con lo indeterminado generador de la angustia, tópico tratado de modo exhaustivo por la teoría y la clínica psicoanalítica.

¿Puede pacificarse la angustia?



Desde luego que el presente interrogante se ha formulado a partir del comportamiento adicto-compulsivo de los dos escritores que han motivado esta reflexión, pero, sin lugar a dudas, se ha contado con apoyos teóricos autorizados que permiten con más seguridad obtener una respuesta sólida a la pregunta. Entonces, es oportuno citar a J. A. Miller, quien permite aclarar sobre los dos sujetos motivo de esta disertación, que se trata de tener en cuenta que su adicción a la bebida es una pulsión en procura de una salida a sus estados de angustia. Acerca de tal afirmación, expresa Miller: “La vía de la angustia, tal como Freud la ha trazado en Inhibición, síntoma y angustia, lleva

al objeto real. Tiene como objetivo llevar al objeto de satisfacción que no es la de la necesidad, sino de pulsión, una satisfacción que es goce” (Millar, 2006: 39).

Puede ubicarse en esta precisión el caso de los dos escritores, dado que una pulsión era establecida mediante el consumo del alcohol, el cual buscaba disminuir la angustia, como bien lo han demostrado ilustraciones explícitas en textos anteriores; logro imposible, pues lo conseguido por uno y otro escritor no iba más allá de la satisfacción del goce, como expresa Miller; y ésta no produce un efecto de disminución de la angustia, sino de adormecimiento del síntoma.

Puede corroborarse lo acabado de expresar si se retoma un pasaje de uno de los escritores escogidos para estas páginas; se trata de líneas que de forma explícita le hacen frente a los ataques del sentimiento de angustia. En tal sentido, así se expresa Sándor Márai: “Ni siquiera el alcohol lograba dormirme y tomaba somníferos cada vez que quería conciliar el sueño. Éste iba siempre precedido por angustias” (Márai, 2006: 339). Lo que se ha planteado al proponer la tesis de este texto empieza a evidenciarse: el alcohol, también los somníferos, ayudan, en particular a este escritor a pacificar una angustia insoportable, y, para el caso de Márai, ésta es una clara evidencia de una relación compulsiva con el licor, como bien lo expone y reconoce a lo largo de su autobiografía.

Desde luego que a este sujeto en su singularidad, el alcohol le provocaba alivio para su angustia, situación que es posible; sin embargo, no opera igual en otros sujetos, cuyos actos determinan, sin duda alguna, su singularidad. Es el momento de hacer algunos planteamientos acerca de la subjetividad que rodea y define los actos de quienes los llevan a cabo.

Quizá, y como bien lo ha concebido el psicoanálisis, “Única práctica que considera al otro como un sujeto, no en sus motivos, sino en sus actos: en acto de palabra” (Sauret, 2005: 200), gracias a este campo hoy puede constatarse que el lugar de manifestación de la singularidad que subyace a cada sujeto es la palabra, acto intransferible e insustituible en otro diferente al sujeto que pretenda decidir u obrar por él en esa instancia.

Bien es sabido que la palabra es la vía para comunicar, también para desangustiar. No obstante, al lado de la palabra existen otros aliados, paliativos del sentimiento de la angustia, entre ellos diferentes formas de adicción, como el alcohol, centro de la presente meditación. Siempre al alcance y más aún hoy, en un mundo con un mercado que sólo incita al consumo, y en particular al del licor, donde son cada vez más escasos los límites, pues, pese a ciertas medidas preventivas, la bebida alcohólica está a disposición de todas las edades y personas.

Así mismo, mediante la filosofía, se sabe que la angustia es

un sentimiento al que han estado abocados los sujetos y al que inevitablemente se está expuesto, según palabras de Kierkegaard. Además, las formas de detenerla, apaciguarla o curarla de modo artificial han sido también otra constante histórica, sin innovación ofrecida por el mundo del mercado a los consumidores actuales.

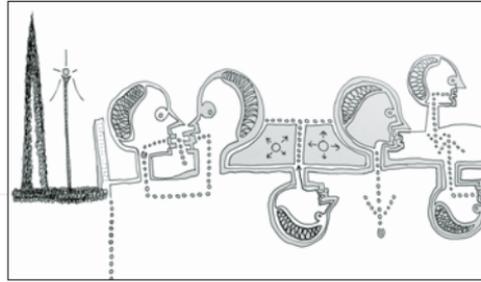
Aunque se trata de un síntoma que puede nombrarse como de la época, se conoce que sus signos, hoy acrecentados, vienen de tiempo atrás, y sus manifestaciones, visibles a partir de actos usualmente no nombrados como un síntoma de angustia, suelen ser tratadas con las ofertas de cura que el sujeto encuentra a su alcance. Esto sin: “Pasar por el apoyo sólido de un síntoma, sino más bien por una serie de usos adictivos, comportamientos erráticos o goces autísticos” (Solano, 2006: 44), según indica Esthela Solano.

Esta situación puede trasladarse al caso de los escritores ya indicados, en particular el de Márai, quien siempre se reconoció como un sujeto angustiado, con miedos, y necesitado, hasta la pulsión, de esa serie de adictivos que marcaron su vida hasta la muerte mediante un suicidio premeditado. Sus palabras llevadas y dejadas en la letra así lo confirman: “Por la noche arritmia. Me tomo un Sympathol. Este remedio sintético [...] es vasodilatador. Ahora habrá que poner algo de orden.... con los cuarenta cigarrillos diarios, los diez cafés y el litro de vino cada dos días... la cosa ya no funciona [...]”. (Zeltner, 2005: 143).

El fragmento acabado de citar hace eco de las palabras de Esthela Solano; al referirse al uso de adictivos sin el previo apoyo del síntoma, se corrobora también que en el sujeto de los tiempos previos a los contemporáneos —como es el caso del escritor destacado— se han hecho éxtimos unos síntomas emergentes, en particular de la época moderna, que dan fe de sus vínculos sociales sobresalientes de ésta. Entre ellos se destacan los venidos de la palabra. Ésa es la forma de fortalecer el vínculo con el otro y, a la vez, de regular el síntoma, como en el caso de quienes buscan “Conectarse directamente con lo real, con un goce: convendría evocar en este caso ciertas formas de toxicomanías” (Sauret, 2005: 207). Síntoma que opera a manera de anudamiento, pero que también actúa como una forma de hacer soportable una angustia intolerable.



Para finalizar: la construcción de una estética



Aunque el alcohol tuvo alcances en sus cuerpos y en sus vidas, el espíritu no llegó a estar alucinado, tampoco anestesiado ante las cosas, menos ante el mundo. Sándor Márai y Marguerite Duras fueron mucho más que un hombre y una mujer alcoholizados. ¿Cómo consiguieron “salvarse” de esto? Por la escritura, por el infaltable simbólico, porque, como expresa Michel Serres: “Quien construye una estética ruega para que desaparezcan sus anestésicos” (Serres, 2002: 116); y aquí puede agregarse: su síntoma.

Es posible que en el caso de Marguerite Duras las anestésicos no desaparecieran del todo, pero en lo que sí tuvo total ganancia fue en las batallas que quiso vencerle al licor, cada vez que se sometía a largos periodos de desintoxicación; cura a la que no renunció y con la cual batalló, pues su interés era liberarse de la angustia insoportable que siempre estuvo de su parte, de ahí: “El rito de tener siempre un whisky en mi maleta en caso de insomnio o de súbitas desesperaciones” (Duras, 1994: 18). Uno y otra fueron atendidos siempre por el alcohol, como si se tratase de una obediencia inaplazable, pero sólo escribir ocasionaba alivio, aunque no se dé cuenta de lo escrito, como ya un día se lo dijera Lacan: “No debe saber que ha escrito lo que ha escrito. Porque se perdería. Y significaría la catástrofe” (1994: 22). A lo que Duras agrega: “Para mí esa frase se convirtió en una especie de identidad esencial, de un ‘derecho de decir’ absolutamente ignorado por las mujeres” (Íbid).

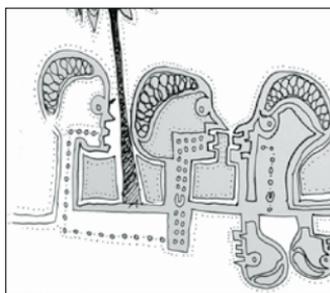
No saber decir por qué y qué se escribe, pero sentir lo que produce al estar en contacto con la escritura o el alivio que dicho acto provocaba en la autora es una manera de reconocer cómo el hecho de escribir también puede conducir a mitigar ciertas pulsiones, para el caso, la pulsión alcohólica, la misma que tantas veces pacificó sus angustias incontrolables y fue su compañía hasta el fin de sus días.

Las anestésicos antes mencionadas tampoco fueron desterradas de la vida de Sándor Márai. En él hasta los recuerdos, algunos recuerdos, le llegaron a hacer la vida insoportable, aunque toleró los de ciertas humillaciones con cierta facilidad: “Y entonces ya no necesité más somníferos y también pude establecer relaciones más sanas y placenteras con el alcohol” (Márai, 2006: 340). No hay abandono del alcohol, ni a los narcóticos, que han sido unas “muletas” para mantener el equilibrio de su vida.

Ya se ha reiterado la forma como Márai asume su condición compulsiva hacia el alcohol; al lado de ésta, él mismo se reconoce como un verdadero neurótico, rasgo que se destaca, dado que fue un lector y admirador del descubrimiento clínico de Freud y de sus obras. Quizá este acercamiento le permitió pensarse como un neurótico: “No cabe duda de que yo era neurótico y de que mi neurosis se debía a traumas de la infancia” (Íbid), anota, antes de reconocer: “Los estados neuróticos empiezan con unas angustias típicas e imposibles de definir” (Íbid: 342). Su visión de la angustia es kierkegaardiana; ese indeterminado que se hace insoportable es lo que define al escritor húngaro, que hoy renace con el brillo de su prosa en todo Occidente, obra del reconocimiento que tardíamente se le brinda.

Así vivió y, al parecer, murió, quien en ficción y realidad padeció la angustia, la sintió arraigada en el alma: “Allí donde existe algo que no hemos podido colmar, algún deseo” (Íbid), cuyo alcance sólo contó, tantas veces, con una copa de aguardiente; otras, con la página demandada por su sensibilidad a la escritura. ¿Es la forma de hallar una respuesta para su síntoma?, ¿o es la manera de reconocer, en paráfrasis de Lacan, que aunque sea con el silencio se puede conceder respuesta a las palabras?

No hay duda de que tanto en Márai como en Duras, tras la pulsión alcohólica, estuvo el intento de apaciguar su angustia. De igual manera, la escritura obró en ellos como salida a eso de lo que no pudieron dar cuenta, pero que por casi toda la vida tuvieron que soportar, la angustia; cuyo fondo cubierto de nada es imposible de conocer.



Referencias

Braudel, Fernand (1994), *Bebidas y excitantes*, Madrid, Alianza Cien.

Duras, Marguerite (1995), Emily L., Barcelona, Tusquets.

Duras, Marguerite (1994), *Escribir*, traducción de Ana María Moix, Barcelona, Tusquets.

García Romero, Fernando (2002), *Notas a El banquete*, Madrid, Alianza Editorial.

Kierkegaard, Sören (1947), *El concepto de la angustia*, Buenos Aires, Espasa-Calpe,.

Márai, Sándor (2006), *Confesiones de un burgués*, traducción de Judit Xantus Barcelona, Salamandra.

Miller, Jacques-Alain (2006) “Introducción a la lectura del seminario de la angustia de Jaques Lacan”, en Claudia Velásquez, Adolfo Ruiz y Juan Fernando Pérez (comps.), *Proposiciones lacanianas sobre la angustia*, Medellín, NEL.

Platón (2002) *El Banquete*, traducción de Fernando García Romero, Madrid, Alianza Editorial.

Sauret, Marie-Jean (2005) “La elección del síntoma contra los impases de la civilización”, en: *Desde el Jardín de Freud*, núm. 5, Universidad Nacional, Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura.

Solano, Estela (2006), “Los signos de la angustia”, en Claudia Velásquez, Adolfo Ruiz y Juan Fernando Pérez (comps.), *Proposiciones lacanianas sobre la angustia*, Medellín, NEL.

Tournier, Michel (2002), “Rostros de Marguerite Duras”, en *Celebraciones*, traducción de Luis María Todó, Barcelona, El Acantilado,.

Zeltner, Ernő (2005), Sándor Márai, traducción de Elisa Renau, Universidad de Valencia-Universidad de Granada.



La arquitectura del vacío

Carlos Vicente Sánchez*

* Gestor Cultural, Narrador Oral y Escritor.

Manuel Ricardo se enamoró de la profesora; todo ocurrió el día en que ella le pidió con señas que pisara una hoja seca que había caído de un viejo árbol del parque. El niño corrió con sus pies descalzos, pisó la hoja seca y sintió un Crunch bajo los pies, desde ese día se enamoró de la profesora, de la vida, del mundo, pues aquel niño, quien era sordo y mudo, pudo al fin escuchar algo con los pies.

Hojas Secas Para Manuel Ricardo

Del libro *La Caída de las Cucarachas* de Carlos Vicente Sánchez,

“Al ser humano se le están cerrando los sentidos, cada vez requieren más intensidad, como los sordos.”

Ernesto Sábato
La Resistencia.



Quizás el arte haya sido a lo largo de la historia una especie de aparato audiológico para advertir los sonidos del mundo, las voces de nuestra humanidad.

Tratamos a través del arte, de consolidar un proyecto humano que de cuenta de nuestra época y realidad,

que propenda por reflejar nuestros desmanes y nuestros aciertos. Desde esta perspectiva, el teatro se convirtió a partir del siglo veinte, en una de las manifestaciones artísticas más relevantes y asertivas para reflejar nuestra época. Si nos permite la analogía, el arte actual es como vernos a través de un espejo roto que admite observar una imagen desfragmentada que nuestra mente procura juntar en el ejercicio mismo de la contemplación. No en vano la Gestalt, aquella corriente de la psicología que surgió a principios del siglo veinte, y que ha servido de base fundamental para el diseño, el arte y la concepción del mundo, nos habla entre sus diversas leyes, acerca de la complementación. El hombre y la mujer contemporáneos, somos ávidos complementadores de una realidad. Pero, el vacío entre una fracción de la imagen y otra, es cada vez más grande.

Ernesto Sábato ya nos advertía sobre la sordera de la humanidad, sobre esa imposibilidad de sentir. Nos estamos haciendo cada vez más de piedra, es como si la Gorgona Medusa, que alguna vez combatió Perseo, aún sobreviviera y estuviese merodeando con su cabeza llena de serpientes y sus mortales ojos, nuestras ciudades, escuelas, universidades, pueblos, mirándonos a los ojos, recordándonos no sólo nuestra fragilidad y soledad, sino la incapacidad de combatir su mirada, de sentir el mundo... ya no hay espejos, todos están rotos, ya no hay escudos relucientes capaces de servir como arma contra su mirada, se han oxidado en la espera.

Por eso, en estos tiempos de piedra, en el que el cemento pareciera erguirse por encima del espíritu humano, como un monumento a nuestra incapacidad de unir los pedazos de un universo partido por el racionalismo, se hace necesario abrir todos los sentidos y disfrutar de la fiesta del arte, de vivir, de sentir. Es imprescindible bailar con la naturaleza, saltar al vacío con una sonrisa y enseñar a reír. No sólo es importante, sino ineludible el teatro en nuestro tiempo,

pues posibilita el goce de nuestro cuerpo en un espacio diseñado para el cemento. Nuestra tesis radica precisamente en demostrar a través de éste escrito que: El teatro es el único arte capaz de modificar las estructuras espaciales y de pensamiento de la escuela y la ciudad, a través de una relación intrínseca del cuerpo con la naturaleza y el entorno que nos rodea.

El cuerpo está estrechamente relacionado con las estructuras espaciales, y nos será posible atravesarlo por el arte, en la medida en que se rompa con los esquemas espaciales que nos agobian, para fomentar así una mejor relación con el otro y dimensionar el vacío que nos deja la contemporaneidad.

Para lograr demostrar la certeza de lo aquí expuesto, emprenderemos un viaje a Ítaca, a esa ciudad presocrática e ideal, en la que el ágora y los espacios estaban en constante relación con el cosmos y el cuerpo, retornaremos a los mitos, analizaremos algo de la arquitectura, contaremos cuentos, nos introduciremos a la pedagogía para así establecer esa relación de encanto y seducción que tiene el teatro en el aula y, daremos ideas para la construcción de una comunidad de resistencia a partir del teatro y, en este punto, habrás de preguntarte; ¿resistencia a qué?, pues en el transcurso de estas páginas hallarás la respuesta y espero te diviertas en el viaje.

Georges La Ferriere, plantea que el teatro es el arte de la seducción, una celebración de encuentro en el que el pedagogo debe ser un creativo, capaz de romper los esquemas de la escuela para lograr que todo proceso de aprendizaje sea adquirido a través de esta fiesta. Sin embargo romper esos esquemas es romper con viejas prácticas escolares. El teatro debe servir de puente para encontrarnos con un mundo posible, lleno de preguntas y no de respuestas colocadas en un manual, lleno de ritos y no de la lúgubre tonalidad de un aula convencional. Es el arte del teatro el que ayudará a través de una pedagogía creativa, a incorporar el cuerpo a la escuela y por ende, transformar las estructuras físicas y espirituales de un espacio que ni siquiera los mismos maestros disfrutan. A partir de esta reflexión nos surge una pregunta: ¿Cómo crear espacios de encuentro para el teatro dentro de la escuela y lograr que estos tengan una relación directa unificada por el cuerpo?

En el artículo *El Cuerpo Bello: de la Encarnación de la idea a la idealización de la Carne*. Su autor Manuel bernardo Rojas nos hace un recuento bastante interesante a través de las ciudades presocráticas y como estas fueron levantadas bajo los preceptos de una relación directa del cuerpo con el cosmos. Es decir una relación de semejanza.

“Las ciudades se han construido desde un centro en el cual se establece una especie de sacralidad, en donde lo caótico trata de ser mantenido a raya y al mismo tiempo se recuerda a todos, que la ciudad debe imitar el cosmos, el orden de lo divino.”

El cuerpo hace parte de esta relación de semejanza, es concebido también por los griegos como parte del cosmos y por ende debe de cuidarse en sus proporciones y en su relación. Los excesos, la falta de medida, las desproporciones eran vistas como una contradicción con lo cosmogónico. La polis, se ajustaba a un orden celeste, y el griego privilegiaba el cuerpo de la ciudad, mientras que el cuerpo del hombre sería eco de esa forma de realización de la polis. “El cuerpo de los ciudadanos, era uno con el cosmos y con la polis; era más importante ser ciudadano, que destacar la personalidad o las características propias”

Hoy día se le da una prelación exagerada a la individualidad, las estructuras de la ciudad están construidas en función de esa singularidad; las casas cercadas en conjuntos cerrados y que encierran habitaciones aisladas en las que habita un niño u hombre que a la vez se enclaustra en un computador, pareciera hacer creer que la comunicación paulatinamente y culturalmente esté siendo abolida de los espacios de convivencia, y esto puede parecer contradictorio justo en la era de las comunicaciones, mas ocurre. Diríamos entonces que acontece el fenómeno de la caja china: una caja dentro de otra, dentro de otra y así sucesivamente, en la cual nos reclinamos. Entonces, el problema de escisión del ser salta a la vista. Un enorme vacío nos penetra distanciándonos al uno del otro, rompiendo cada vez más ese lazo de unidad que viene deteriorándose desde el momento en que el mito y la relación cosmogónica se rompieron. “Las sociedades se piensan a sí mismas como grupos sin fisuras, no escindidos, y ello porque toda su organización cultural es un combate encarnizado contra la diferencia.”

El teatro brinda la posibilidad al menos de observar las partes desde un campo más amplio. Quizás viendo la cosa desde una perspectiva artística concluyamos que las diferencias no son tales, son complementos que se rompieron con la primera fisura universal.

En una sociedad como la nuestra, en el que la ciudad está separada por una innecesaria repulsión a la diferencia, es necesario establecer un trabajo pedagógico propio, que permita recoger los saberes de una comunidad como un todo que amplíe la perspectiva del joven, de los niños y niñas. Por eso creemos necesario regresar a Itaca, a la ritualidad, crear círculos hermenéuticos en el que los saberes propios de una colectividad establezcan una nueva historia, una nueva arqueología, o por lo menos que ayuden a consolidar la que se viene formando desde antes, con los precolombinos, con los presocráticos, con los amantes de lo sagrado.

La episteme de una sociedad está directamente relacionada con su espacio. El problema radica en que los espacios estructurados de la ciudad impiden conocer y compartir esos saberes, pues están construidos bajo los preceptos de una arquitectura del vacío.

Admítanos dar un ejemplo:

La ciudad de Pereira se levanta bajo los preceptos de convertirse en un enorme centro comercial, esto implica que sus habitantes deben tener un poder adquisitivo mínimo para disfrutar de sus espacios. El habitante de esta ciudad en particular, vive en función de un modo de consumo, adquiere un estilo de vestir, comportarse, divertirse, casi uniforme, y en la medida que tenga un poder de adquisición, adquiere una relación de poder social que le permite ingresar a espacios de comercio y sociales con facilidad. La crisis radica en el momento en que no se tiene dinero para disfrutar de la ciudad, entonces deviene el encierro, porque sencillamente no existen espacios de encuentro diferentes que permitan un diálogo con el otro. El vacío nos invade y no en vano, el año anterior la tasa de muertes violentas (400 en el 2008) (6) y de suicidios escandalizó la nación. Esto sin contar con la gran estadística de personas que expulsa la ciudad a otros países. He escuchado a mis maestros decir que: “Lo que no pasa por el cuerpo no se aprende”. En los barrios periféricos de la ciudad está pasando la muerte, está pasando por los cuerpos de los chicos y chicas la desesperanza y la violencia, un afán irremediable de irse, de escapar, y en las escuelas aún no se ha entendido que es a través del teatro que se puede abrir un espacio de reflexión que permita por medio de un lenguaje corporal y gestual, darle prioridad al grito, a la construcción de un mundo posible.

LA CIUDAD

Dijiste: “Iré a otra ciudad, iré a otro mar.

Otra ciudad ha de hallarse mejor que ésta.

Todo esfuerzo mío es una condena escrita;

y está mi corazón - como un cadáver - sepultado.

Mi espíritu hasta cuándo permanecerá en este marasmo.

Donde mis ojos vuelva, donde quiera que mire

oscuras ruinas de mi vida veo aquí,

donde tantos años pasé y destruí y perdí”.

Nuevas tierras no hallarás, no hallarás otros mares.

La ciudad te seguirá. Vagarás

por las mismas calles. Y en los mismos barrios te harás viejo

y en estas mismas casas encanecerás.

Siempre llegarás a esta ciudad. Para otro lugar -no esperes-

no hay barco para ti, no hay camino.

Así como tu vida la arruinaste aquí

en este rincón pequeño, en toda tierra la destruiste.

Constantin Cavafis

Cavafis, interpreta de manera nostálgica, el devenir del individuo en la ciudad, nos hace comprender a través de su poema que la ciudad la llevamos dentro de nuestro ser, queramos o no... quizás por eso su arquitectura tenga una directa relación con el vacío.

Ya antes habíamos mencionado a Medusa. Pues bien, tenemos la leve sospecha de que sus dos hermanas andan sueltas hace ya bastante tiempo por nuestras ciudades, convirtiéndonos en piedra. Esteno y Euriale, petrifican las ciudades, levantan el cemento y nos miran a los ojos con su sonrisa de demonios. Pero dice el mito, que de la sangre de medusa surgió un caballo colosal llamado Pegaso, hijo de Poseidón y aquella Gorgona.

Pegaso, caballo alado y majestuoso, golpeó con su coza el monte Helicón, haciendo brotar de él, un manantial que tiene la fama de servir de inspiración para la poesía y el arte. Es decir que en nuestras ciudades, Pegaso sigue golpeando las edificaciones que se alzan como aquel monte mitológico, buscando el cielo, y que de este brota nuevas formas de ver el mundo. Son los artistas y poetas quienes aún beben del manantial que brota de las ciudades para poder resignificar y llenar de utopías un mundo saturado de piedras. Será entonces, en las escuelas, en donde se encuentre los pozos de esta agua milagrosa.

Debemos resignificar los espacios de la escuela, de la ciudad, de nuestra comunidad y para eso se requiere algo de metáfora y mito. "Toda metáfora es un mito pequeño" plantea Gianvattista Vico.

Las escuelas son reflejos de la ciudad a la que pertenecen, son microcosmos de ese macrocosmos. En ellas también se establecen las relaciones humanas de poder y este está marcado por la capacidad de adquisición económica y no por una capacidad de diálogo que alguien pueda suscitar. Para agregar diremos que los saberes sociales, tan propios del ciudadano, no encuentran espacios de diálogo, de debate, al interior de ellas (se han perdido las ágoras) pues en los barrios se vive otra realidad ajena a la de las instituciones, conjuntos cerrados y escuelas; aún así, en este entramado de espacios, es posible hallar un punto de encuentro, y es al maestro de teatro, al actor o director de teatro dentro de una comunidad, a quien

le corresponde a través de una serie de estrategias creativas y pedagógicas, armar las partes para suscitar un diálogo a partir de una apuesta estética. Convertir la comunidad en la que opera en una polis, crear momentos de encuentro a partir del diálogo, la interpretación y escuchar las voces de quienes la habitan, convencido que en sus testimonios e historias está el caldo de cultivo para crear, para narrar el mundo, para poner en escena la realidad cotidiana de un universo dividido. Es decir; metaforizar la ciudad. “La Metáfora no es un método para huir de lo real, sino una manera de resistir hasta el fin, ya que los mortales sólo soportan en metáforas la terrible realidad.”

En ese cruce de voces, experiencias y saberes surge no sólo la obra, sino una pedagogía propia que atienda el tema de los abismos contemporáneos en un contexto particular. Oscar schlemmer, de la Escuela Bauhaus proponía: Reconstruir en el escenario la unidad del microcosmos con el macrocosmos La Bauhaus quizás equivocó el camino y procuró a partir de un sinnúmero de artificios, vestuarios, escenarios, tratar de explicar esa relación con el espacio y el cosmos. Nosotros proponemos una gran obra, en la que el escenario sea la escuela, el barrio, la ciudad, los actores: la comunidad. Y en el que se establezcan allí, espacios de reflexión a partir del juego y los ritos, a partir de la lúdica y la sonrisa, en el que podamos por un instante, salirnos del aula, de ese espacio cuadrículado en el que estamos inmersos hace tiempo. (Romper la piedra como Pegasos).

Desde la modernidad, se quiso poner todo dentro de una cuadratura: “Sobre un cuadrado perfecto se distribuye en forma perfecta cualquier espacio,” diría los de la Bauhaus, pero este principio venido desde el mismo Davinci, lo que deja manifiesto es la construcción espacial en la cual nuestro cuerpo se desenvuelve. Las escuelas fomentan esta especie de enjaulado y, los niños y niñas pierden la posibilidad de adquirir una mayor perspectiva de sí mismos. Esta relación espacial tan propia del racionalismo no posibilita un cuerpo expansivo, que esté en contacto con el cosmos. Desde la misma aula de clase se impide una relación expansiva, la comunicación con el otro y sus saberes es inversamente proporcional al arte, que requiere una mayor perspectiva. Más, el joven lo sabe y se rebela ante estos enclaustramientos, inventa expresiones de libertad para poder romper con los muros; un ejemplo es un deporte extremo, traído de Francia, en el que los chicos y chicas corren por las paredes, techos y terrazas de la urbe realizando saltos acrobáticos para

liberarse de la ciudad, o por lo menos sortearla. Igual sucede con algunas nuevas expresiones de baile que tienen que ver con lo urbano y en donde se busca los límites de expresión con el cuerpo, pero sin salirse de una cuadratura mínima, para retar al otro a través del gesto. Es decir, que el cuerpo busca en medio del encierro, liberar todo tipo de energía y modo de expresión. El teatro en la escuela, propicia esas posibilidades, pero la escuela en sí es un obstáculo arquitectónico que se debe sortear para hallar momentos de creación. Son muchas las estructuras espaciales establecidas: Un timbre, un aula, cuatro paredes, unas horas delimitadas, un listado, unos formatos de evaluación y educación que poco ayuda a fomentar expresiones creativas, a construir una episteme. Todo esto provoca que los niños, niñas y jóvenes adquieran una postura y perspectiva corporal que no aporta mucho a lo teatral, al rito, al encuentro con lo mítico. Se nos ha olvidado esa hermosa relación de semejanza en la cual nuestros cuerpos deberían estar en constante relación con el cosmos: casa de los dioses, abierto a las estrellas, hermosos y expresivos, atravesados por el afán de crear, por Dionisio, pero con la medida de Apolo. Por el contrario, son cuerpos educados dentro de una cuadrícula y por ende no se expanden en su mirada ni en su relación con el otro.

Si alguien compara un dibujo trazado por un niño campesino, con otro trazado por un niño de la ciudad puede ver en el primero un asomo profundo de perspectiva: montañas, valles, casas y cielos. En el segundo, el trazo es bidimensional: paredes, colores planos poca perspectiva. Así es precisamente nuestra relación teatral y conceptual de los problemas. Por tal motivo es necesario que la escuela, se expanda, que el aula trascienda las paredes, que la relación sea directa con la naturaleza y el entorno del que ellas se rodea, pues tras esta perspectiva espacial se conjuga también una perspectiva de tiempo, de estructuras de pensamiento, de abandono del cuerpo con relación a la naturaleza. Leonardo Davinci, expresó a través de un texto poético y bello, un pensamiento de la época que nos permite identificar sin tapujos, el asunto de la semejanza en relación con la naturaleza .

Los antiguos llamaban al hombre un mundo en miniatura,
Y en verdad que este nombre esta bien aplicado,
Porque el hombre se compone de tierra, agua, aire y fuego,

Igual que el cuerpo de la tierra.

Si el hombre tiene huesos, que son el sostén y la armadura de la Carne, el mundo tiene rocas, que son el sostén de la tierra;

Si el hombre tiene en el mar de la sangre, en el que los pulmones

Suben y bajan al respirar,

El cuerpo de la tierra tiene su mar océano, que también sube y baja

Cada seis horas para que el mundo respire.

Si de dicho mar de sangre nacen venas que van ramificándose por todo el cuerpo humano, también el mar océano llena el cuerpo de la tierra de infinitas venas de agua.

Entonces, ¿de qué hablamos en las escuelas cuando negamos esa hermosa relación de semejanza que plantea uno de los hombres más ingeniosos de la humanidad? Para poder lograr cambiar las estructuras espaciales de la escuela a través del cuerpo, es necesario que el teatro asuma su rol, y que se entienda que las ciencias exactas y las calificaciones del icfes no son la verdad revelada que da cuenta de la calidad educativa de un plantel, ni del saber de un joven. Ese saber es producto de una experiencia propia que debe ser recogida por el maestro y convertirla en materia epistemológica, que los saberes van más allá de unas fórmulas racionales, también tienen que ver con el devenir. En este punto recomiendo ver la película reciente ganadora del oscar “Slumdog Millionaire”** en el que el protagonista es capaz de llegar al final del afamado concurso, Quién Quiere ser Millonario, no gracias a sus conocimientos, sino a su experiencia vital de vida, a su devenir, con todas las dificultades y obstáculos que este trae. El saber hoy día, debe estar atravesado por el cuerpo, debe sentirse. Por eso cuando el chico o la chica habla de desesperanza, de muerte, de pobreza, también nos habla de un aprendizaje que debemos volver de algún modo feliz.

Con todo y más, cambiar estas estructuras rígidas del pensamiento requieren que el teatro asuma el rol que le corresponde, impregne a otras materias de estudio y atraviese no sólo el cuerpo del estudiante, sino el cuerpo de la escuela, su currículo, sus paredes, provocando a través de la fiesta y el rito un encuentro con el devenir. El arte es un acontecimiento, por ende debe ser transformador. Barthes decía: “Exploro el cuerpo del otro como si quisiera ver lo que tiene dentro” .

La ley del teatro, promovida por Venus Albeiro Silva (12) , obliga

a todas las instituciones educativas a incorporar el teatro dentro de su currículo, sin embargo, de nada sirve aplicarla si vamos a reproducir las estructuras espaciales y mentales de la institucionalidad. Estamos seguros que al retornar al teatro, como un modo en el que se congrega a una comunidad para participar del juego de la vida, transformaremos no sólo las estructuras mentales de quienes habitan dicha comunidad, sino que abrimos la posibilidad a que se repiensen las estructuras espaciales en las que se mora, para que el cuerpo asuma una postura de libertad, regocijo y alegría ante el saber.

Crear una comunidad de resistencia, es pues, convertir a la escuela, el barrio, la ciudad entera, si nuestra ambición es tal, en una Polis, en donde su arquitectura haya superado el vacío, en donde las hojas secas nos enamoren, el cuerpo sea respetado en su integralidad, y exprese sueños, un cuerpo valorado que está atravesado por saberes que el otro reconoce y escucha, en donde el canon de belleza está en relación con el cosmos y no con lo mecánico y artificioso, en donde la vida es tan importante como la muerte, y en donde se construyen ágoras para escuchar al otro y alejarnos de la sordera, compartir de experiencias, espacios lúdicos y resignificados que de cuenta de un mundo posible, que nos permita soñar la utopía de vivir.

BIBLIOGRAFÍA

Foucault Mitchell La Arqueología del Saber

Poveda Lola : Ser o no Ser Reflexión Antropológica para un programa de Pedagogía Teatral.

Millard Chantall: La Razón Estética

Adán Jesús Pedagogía y Epistemología

Ministerio de Educación Nacional: Orientaciones Pedagógicas para la Educación Artística y Cultural.

Sábato Ernesto: La Resistencia

Sánchez Carlos Vicente: La Caída de las Cucarachas.

Universidad de Antioquia: Revista Katharsis

El Actor y sus otros (Cesar Badillo)

La ciudad y el cuerpo (Becerra)

Leonardo Da vinci (Colección Secretos para contar, acción social)

Culturas Híbridas (García Canclini)

Constatin Cavafis Libro Poemas Canónicos (1895-1915)

Ley 1170 del teatro

GILLES LIPOVETSKY (La era del Vacío - el imperio de lo efímero)

Chantal Maillard: La Razón Estética

Alicia, la Muerte y América en Horacio Quiroga

Alicia Serna*

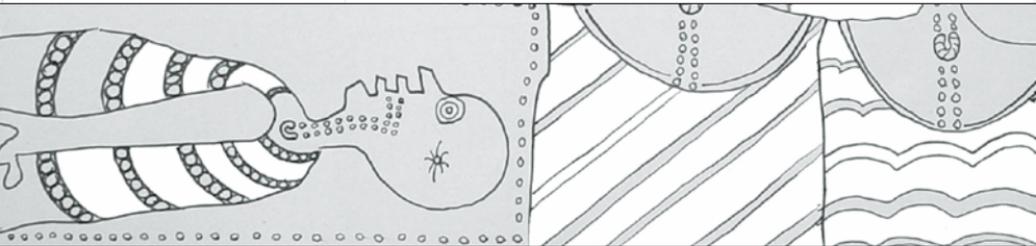
* Estudiante Español y Literatura , Universidad Tecnológica de Pereira

“Vos ves la Cruz del sur, respirás el verano con su olor a duraznos, y caminás de noche, mi pequeño fantasma silencioso, por ese Buenos Aires por ese siempre mismo Buenos Aires”

Julio Cortázar

“Nuestra patria es una, empieza en el río Grande, y va a parar en los montes fangosos de la Patagonia.”

José Martí.



El escritor Uruguayo, Horacio Quiroga, nos ha dejado una vasta producción literaria influenciada por el movimiento naturalista y aunque en algunas ocasiones parece muy sencilla, en realidad esta cargada de connotaciones simbólicas muy profundas que de alguna manera vienen a prefigurar, connotar o significar el hecho de ser latinoamericanos. Esta idea la explicaremos a través del cuento “El almohadón de Plumas”, de dicho autor. También expondremos la importancia de la muerte en el escritor, siendo éste un eje que estructura la obra de Quiroga.

Antes de continuar, es necesario hacer ciertas precisiones en cuanto la vida del escritor, ya que Edmond Cross señala que el autor- a la hora de componer su obra- no deja a un lado sus propias vivencias ni sus propios fantasmas o temores; y, son estas vivencias las que enmarcan la existencia de los sujetos trascendentales. Sujetos que son muy importantes a la hora de configurar la obra literaria o el objeto cultural en términos de Cross.

De nacionalidad Uruguayo-Argentina, Horacio se educa en el ambiente de la pampa Argentina y de las selvas Uruguayas. Aunque no fue un hombre de mayores riquezas, si fue un hombre de una prodigiosa pluma, que incluso ha sido comparada con la de Edgar Allan Poe. También encontramos que la muerte tuvo una presencia muy fuerte en la vida de autor: su padre muere cuando tenía dos meses, su primera esposa se suicida, asesina a un amigo accidentalmente y él mismo se quita la vida con cianuro. La selva y el campo también cruzan la ideología del uruguayo, llevándolo a expresar la infinita impotencia del hombre sobre la naturaleza virgen.

Estos sujetos trascendentales configuran la visión de mundo del autor, pero también son el resultado de las vivencias colectivas de la sociedad en la que vivió Quiroga- El Inconsciente Colectivo- que modelan la obra literaria de Horacio.

El inconsciente colectivo emerge en la medida en que es rescatado por un artista sensible que logra mirar desde un punto alto el mundo que lo rodea, es así como Horacio capta o simboliza en sus relatos lo que esta ocurriendo en un momento determinado de la historia, presencia que se afirma en el postulado de Gilbert Durand de que "Lo que finalmente nos hace hermanos es que compartimos las mismas miserias y las mismas alegrías".

Sin embargo, atendiendo a los estudios del psicólogo Carl Gustav Jung, encontramos que en el fondo de cada uno de nosotros están presentes ciertas figuras míticas que de alguna manera nos ayudan a instaurarnos en el mundo simbólico.

De esta manera han surgido desde tiempos remotos una gran variedad de mitos que tratan de revelarnos el ser de la naturaleza y el propio ser del hombre. A través del mito hemos prefigurado el mundo científico y hemos teorizado sobre los misterios que componen nuestra existencia. Así encontramos que en todas las culturas están presentes mitos sobre la creación del universo, del hombre y de la mujer. Pero también encontramos mitos que indagan sobre el dolor, la muerte y el amor; seres o instancias que juegan constantemente con la dicha de los hombres: Horacio Quiroga toda su vida tuvo a la tristeza y a la muerte por compañeras; tal vez la muerte fue la gran amante envilecida del escritor uruguayo.

Lo significativo de Quiroga es que se interesó por la vida del campo, por la vida de la selva donde se crean historias diferentes a las que inspiran las grandes urbes. Tomó a la madre natura como inspiración de sus obras, y esa Naturaleza lo invitó a crear formas de vidas antropomórficas y mágicas, de cualidades irreales y magníficas que auspician los paisajes de nuestra América Latina.

Diremos que la historia que desarrolla el cuento es sencilla y enigmática: Una pareja de recién casados se instala en una casa que, según el mismo relato, inspiraba un halo de tristeza que contagió el pobre estado de ánimo de Alicia. Entre la pareja había amor. Sin

embargo Jordán parecía ausente, aislado y eso hace que Alicia no sea feliz. Alicia empieza a decaer hasta que muere. Al final se descubre que en el almohadón de Alicia estaba un bicho inmenso repleto de sangre. Ahora bien, continuando con nuestro planteamiento inicial, proponemos la imagen de Alicia como un símbolo que representa a América Latina, ya que esta mujer muere desangrada por un animal extraño, al igual que América Latina ha sido desangrada por ideologías extranjeras y por el espíritu corrupto que ha predominado en los gobiernos que rigen todo este territorio.

Recordemos la cantidad de sangre derramada en Colombia por usar un pañuelo de color rojo o color azul que identifican al partido liberal y al partido conservador. Recordemos la Masacre de las Bananeras realizada para garantizar ciertos intereses norteamericanos. También es imposible olvidar la masacre cometida por los españoles en nuestro territorio a la hora de conquistar lo que era propio de los aborígenes, así que los ríos de sangre que han cruzado nuestra historia han sido bastante caudalosos y aún hoy en día amenazan con llegar a formar un océano.

Ante estas agresiones, los habitantes que recuerdan lo que significa ser latinoamericano y que respetan y valoran las propias raíces, no se han defendido vehementemente contra todo aquello que destruye nuestra identidad de latinos, al igual que los mayas, hemos aceptado el hecho de que los ²Dzules lleguen a castrar nuestro propio sol, al igual que Alicia, nos hemos entregado y hemos aceptado la muerte y el dolor sin poner resistencia:

...."Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha."

Al igual que Alicia, en nuestras alucinaciones de Igualdad, Democracia, Paz, Hermandad hemos visto el antropoide: "el antropoide que apoyado en la alfombra sobre los dedos, tenía fijos en ella los ojos". Al igual que a ella, a nosotros también nos mira el antropoide que nos desangra, y- como ella- no hacemos nada frente a ese destino fatal que hará que Alicia abraze la Muerte. La pregunta que nos podríamos hacer es si vamos a dejar que con nuestro pueblo suceda lo mismo, la respuesta la dejamos a su conciencia, Amable Lector.

Ese antropoide ha tomado la máscara de la política al hablar con el pueblo. Es así, como en ciertas ocasiones – en especial en elecciones – se acuerdan de hablar con el pueblo, el pueblo que esta formado por niños que corren por las calles, que se ensucian y juegan con harapos, con viejos que tratan de dormir en los andenes de las calles y con aquellas madres abandonadas que hacen maromas por levantar a sus hijos.

Esta sensación de desconcierto que ha experimentado América latina incluso ha inspirado a Mario Benedetti, a propósito consideramos muy llamativos estos versos de su poema “Te acordás hermano”:

..”Más como en la vigilia vigilada
ya nadie grita ni murmura pueblo
hay en las calles y en plazoletas
en los clubes y colegios privados
en las academias y en las autopistas
una paz algo densa, a prueba de disturbios
y un silencio compacto, sin fisuras
algo por el estilo del que encontró Neil Armstrong
cuando anduvo paseando por la luna sin pueblo”.

Ahora bien, Jordán con su amor frívolo hace que Alicia pierda todas las alegrías y fantasías que soñó de niña. Estas dos figuras son muy importantes ya que si las interpretamos a las luces de la tradición hermenéutica, encontramos que Jordán simboliza al hombre que se erige sobre la tierra para dominarla y que Alicia simboliza esa madre que cede frente al daño cometido por sus hijos, Alicia bien puede ser una reactualización de la imagen mítica de la ³diosa Blanca, de la Pacha Mama de los indígenas, es decir, encarna la madre tierra que nos sustenta y que nosotros atacamos constantemente y ese ataque – que nos lleva a una autodestrucción- lo hemos eufemizado o disfrazado mostrando a la naturaleza como la gran villana y la gran culpable de nuestras desgracias, característica que nos permite excusarnos frente a nuestro propio comportamiento, tal como lo hizo Pilatos cuando se lava las manos.

Podemos decir que en Alicia y en el mismo Horacio hay mucho dolor, mucha tristeza y mucho abandono: Ambos entregados con desdén hacia lo que dijera el destino, ambos queriendo en el fondo la muerte. Deseo tan grande que hace que el propio Horacio se suicide. Tal vez esa melancolía infinita de existir es lo que empuja a algunos seres a dejarse llevar por Baco en sus fiestas de vendimia y cantos. Cantos de dolor, cantos de desesperación, pero también de alegría y de confusión; sentimientos que alguna vez nos empujaron a beber y a componer versos sencillos liberando el alma oprimida, empujándola a la muerte.

Al hablar de la muerte -de un deseo por ella- estamos hablando del 'régimen nocturno de la imagen; donde la muerte se eufemiza en un descanso y reposo absoluto donde no existe el dolor. Sin embargo es igualmente válido hablar del lado contrario, es decir, del régimen diurno donde le huimos con toda gana a esa malvada. Ambos modos de concebir la muerte han dado origen a diversos textos literarios y míticos: El vampiro bello que nunca muere (y no envejece), el hada, la ninfa, el elfo y demás seres sobrenaturales que tienen el don de la inmortalidad y los seres que rechazan ese don por una vida mortal.

Pero este mismo don de la inmortalidad, como una vida eterna, a veces es una maldición. En el cuento "El inmortal" de Jorge Luis Borges el narrador dice que:

"La muerte (o su alusión) hacen precisos y patéticos a los hombres. Éstos conmueven por su condición de fantasmas; cada acto que ejecutan pueden ser último; no hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño. Todo, entre los mortales, tiene el valor de lo irrecuperable y lo azaroso. Entre los inmortales, en cambio, cada acto (y cada pensamiento) es el eco de otros que en el pasado lo antecedieron, sin principio visible, o el fiel presagio de otros que en el futuro lo repetirán hasta el vértigo. No hay cosa que no esté como perdida entre infatigables espejos. Nada puede ocurrir una sola vez, nada es precisamente precario. Lo elegíaco, lo grave, lo ceremonial no rigen para los inmortales" ⁵(Y tanto es el tedio que supone esa inmortalidad que los inmortales se separan para buscar el río que les devuelva la finitud corpórea de nuevo...)

Como lo señala Erns Cassirer, el ser humano es ambiguo y se mueve entre los opuestos constantemente. Así un día implora la muerte amargamente y se humilla para que lo abrace, y al otro le corre despavoridamente.

Hemos tenido deseos de ser eternos, pero también deseos de morir. Esto nos lleva a plantear que hay un elemento que juega y condiciona dichos deseos. Un elemento que esta lejos de la conciencia y del inconsciente, un elemento que puede darse por fenómeno cultural o simplemente porque en el fondo siempre ha venido injerto en la existencia propia desde el nacimiento.

Ese elemento es más bien una energía. En términos griegos sería una Energieia que es alimentada por el Pathos del hombre, así encontramos que esta energía nos lleva a amar o a despreciar la vida. Varios autores han sido atraídos por la dualidad de la vida y de la muerte, por ejemplo, Alejandra Pizarnik:

"¿Cómo no me suicido frente a un espejo y desaparezco para reaparecer en el mar donde un gran barco me esperaría con las luces encendidas? ¿Cómo no me extraigo las venas y hago con ellas una escala para huir al otro lado de la noche?"

Cómo vemos, a lo largo de la historia, la humanidad se ha movido entre opuestos, rivales que pelean sin cesar y que se buscan sin descansar, tal vez, por el hecho de que somos ambiguos: Somos mutables e inmutables, somos finitos e infinitos. A propósito Jorge Luis Borges dice: “Como Cornelio de Agrippa, soy dios, soy héroe, soy filósofo, soy demonio y soy mundo, lo cual es una fatigosa manera de decir que no soy” Conclusión: Somos todo y somos nada. Lo cual hace que la vida sea algo complicada: nunca estamos contentos, y Horacio Quiroga si que nunca conoció la felicidad, al parecer le fue negada del cielo.

Hay que admitir que en alma de ciertos poetas prima el desdén por la vida, van como vagabundos buscando a la muerte. Octavio Paz dice que ese rechazo a la vida que sentía Edgar Allan Poe era su manera de vivir la vida ¡Y qué bella obra salió de todo ese dolor!...

Lo cierto es que la muerte gira en torno al mito de la redención. Entonces la muerte se eufemiza como paso a la vida eterna de dolor o vida eterna de gozo, según las concepciones de infierno y de paraíso.

Concepciones que la lógica de la razón no ha demostrado científicamente pero que el alma se extasía con la sola idea. Sin embargo hablar de infierno y de paraíso es envolvernos en temas religiosos algo complicados. Pero vemos que desde los griegos ha existido un Tártaro y un Olimpo y eso significa que desde siempre hemos tenido necesidad de premiar el comportamiento de los justos y reprobar el de los impíos. Lo que de nuevo es difícil de definir es quién es realmente justo, (Y más en estos tiempos), quién merece el infierno y quién merece el paraíso; cuando todos tenemos algo demoníaco pero también algo de divinos.

Ahora bien, a lo largo de este juego antitético en el que hemos jugado, la experiencia nos dice que lo único que salva de la locura es el arte. Así el arte poética se instaura en el trayecto antropológico para mediar entre estos opuestos, revelando el poder de la imaginación y gracias a ella hemos vivido mil muertes, otras mil veces hemos sido inmortales, y otras mil hemos vivido vidas distintas a las que llevamos en este marco histórico y real en el cual estamos inmersos, es decir, gracias a la imaginación hemos conocido mundos distintos, hemos hecho actos heroicos y hemos rescatado a príncipes y doncellas.

Por tanto, el arte se revela al hombre como conciliación de los opuestos, como espejo que nos permite mirar a la Gorgona sin ser petrificados, como medio de salvación, como refugio secreto que revela nuestra última verdad y como medio de ser eternos. El arte es una de las más grandes esperanzas que el hombre posee.

El arte le sirvió a Horacio Quiroga para unir lo mágico y lo real. Así un insecto crece de una manera colosal hasta beberle toda la sangre a Alicia. Bicho chupa sangre que puede simbolizar a la burguesía

absorbiendo la fuerza del proletariado. Bicho que encarna a aquellos malos gobiernos que explotan al pueblo. Alicia que simboliza la belleza, la delicadeza, la fragilidad y la sumisión de nuestra América Latina, tierra que al parecer está condenada a padecer.

Alicia muere en el cuento porque poco a poco va perdiendo la sangre, América Latina se desangra igualmente con el monstruo de la miseria y de la corrupción política. ¡Ojalá nuestra amada América Latina no muera, ojalá le queden fuerzas a sus habitantes pa' luchar por ella! Tal vez deberíamos de ser leves como las plumas del almohadón y suspendernos, tal como nos dice Italo Calvino, para reunir fuerzas y destruir a la Gorgona: Realidad caótica que nos sujeta a un reloj y nos aleja de nuestra propia esencia, nos aplasta en el espectro del hambre y de la pobreza y nos ahoga en un montón de trabajo sin recompensa. Como dice Cortázar:

“No nos alcanza el tiempo, o nosotros a él, nos quedamos atrás por correr demasiado, ya no nos basta el día para vivir apenas media hora. Así se te va el hoy en nombre de mañana o de pasado, así perdés el centro en una despiadada excentración a veces útil, claro, útil para algún otro, y está bien. Pero vos, de este lado de tu tiempo, ¿Cómo vivís, poeta? ¿Cuánta nafta te queda para el viaje que querías tan lleno de gaviotas?..”

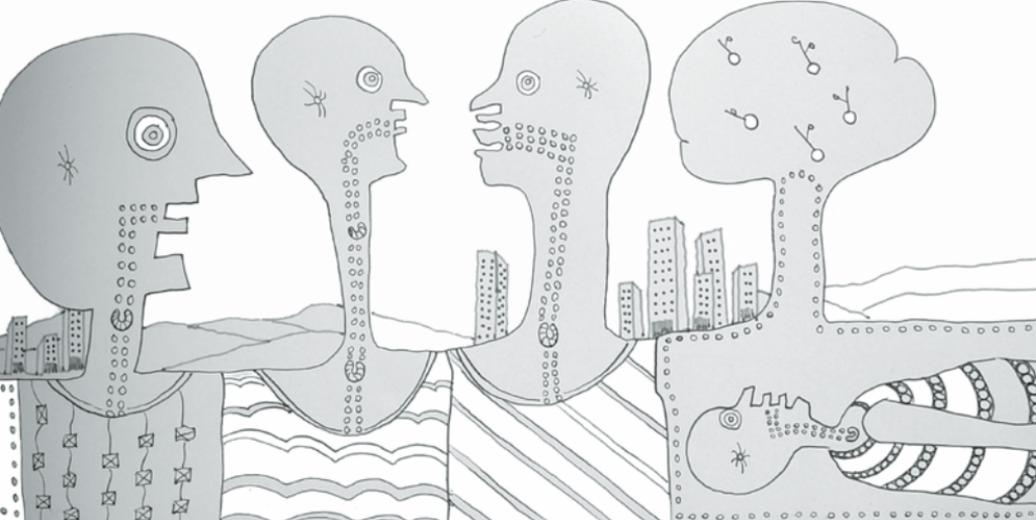
¿Cómo vivís, ciudadano? ¿Qué haces por la tierra de tus ancestros? ¿Cómo vivís en América Latina? Son algunas preguntas que nos podemos hacer.

*Estudiante de V semestre De Español y Literatura de La Universidad Tecnológica de Pereira.

NOTAS.

(Endnotes)

1. Durand, Gilbert. Las estructuras antropológicas del ser. Francia
2. Solanilla Valencia, César. La visión de los vencidos.
3. Graves, Robert. La diosa Blanca.
4. Durand, Gilbert. Las estructuras antropológicas del ser. Francia
5. Lo escrito entre paréntesis es nuestro.



CUENTOS

La sonrisa en la Espesura

Marco Tulio Aguilera*

*Marco Tulio Aguilera es bogotano de nacimiento, caleño por sus estudios, mexicano por adopción. Vive en México hace 30 años. A la fecha ha recibido los más importantes premios literarios de ese país, así como otros, de semejante importancia en Colombia, Costa Rica y España. Ha publicado 25 libros en varios países. Entre sus obras más destacadas están Cuentos para después de hacer el amor, Cuentos para ANTES de hacer el amor. Las novelas El amor y la muerte, Mujeres amadas, Los placeres perdidos. Alfaguara literaria publicó recientemente en Colombia El pollo que no quiso ser gallo, Premio Nacional de Literatura Infantil en México. Plaza y Janés publicará próximamente en Colombia la edición número 12 de Cuentos para después de hacer el amor, obra que fue clasificada como uno de los libros de cuentos más importantes del siglo pasado. La crítica internacional lo tiene en muy alta estima y sus libros son apreciados en muchos países.

Cuento incluido en El imperio de las mujeres (Cuentos en lugar de hacer el amor), publicado de Ediciones Educación y Cultura, México, 2010

Haciendo memoria halló que en los últimos diez años de su vida había tenido sólo cinco días libres. Y que precisamente en esos cinco días libres, se había sentido infeliz. No supo qué hacer con su tiempo. Ahora, por una circunstancia excepcional, el doctor Novoa disponía de una semana completa y de un azaroso plan que no podía sino trastornar su rutina hasta el delirio.

Vamos a Araracuara, dijo. Araracuara es nada más el comienzo, respondió Botero. El sitio a donde vamos es territorio de huitotos, ni siquiera tiene nombre. Vamos, insistió Novoa. La Nena, soñolienta, empujaba al rubio.

— Olvídalo, Pedro Botero, mi hermano no es hombre de selva.

— Es que yo quiero ir —protestó airadamente Novoa, pero en voz tan baja e infantil que pareció un lamento.

— Ya vete, Botero, deja en paz a Tato. No se quemó las pestañas la mitad de su vida para ser tragado por una boa en un cananguchal o para hacerle feliz digestión a un lagarto con mal aliento.

— Vamos a trabajar —dijo Botero—, vamos a sudar como condenados al séptimo círculo, caminaremos horas y horas apartando ramazones impenetrables, veremos amaneceres gloriosos y aves tan bellas que dejan al viajero sumido en un pasmo, con suerte veremos esa maravilla de la creación que es una pantera negra. ¿Está dispuesto?

Cuando Botero salió, movido por los empujones del ama de casa, la Nena cerró la puerta con llave. Dijo a su hermano que no le permitiría escapar al amanecer, que no sabía lo que era la selva, que Botero llevaba cuarenta años recorriéndola, que él había trazado para el Instituto Codazzi muchos de los mapas de la Amazonia, que un loco como ese podría sobrevivir comiendo hierbas y mojojey, pero tú no, Tato, eres un hombrecito de ciudad, cuya hazaña más grande es haber atravesado la piscina del club ida y vuelta. Argumentó que la guerrilla, que los paramilitares, la malaria, las serpientes, las congas, las pirañas, mucha gente mala y despiadada.

— Lees muchas novelas de aventuras —dijo Novoa—. Lo más probable es que llegemos a una cabaña con ventiladores, refrigerador, televisión con cable y alberca con agua helada.

¿Qué le digo a la doctora?, preguntó la Nena. Que caí en la pesca milagrosa y que se olvide de mí. ¡Lunático!, gritó la Nena antes de encerrarse en su habitación. Cuando salgas cuida de no despertarme. No quiero ser cómplice de nada.

Habla el doctor Novoa. Llegamos a Villavicencio sin más contratiempo que un leve encuentro con los de las FARC, muchachos saludables, equipados con computadoras, anteojos de borde metálico y ametalladoras cuerno de chivo. Les pagamos unos cuantos pesos y nos dejaron ir, tras darnos unos consejos maternos. Ya en el aeropuerto, tomamos un DC3 que parecía el último despojo de la Primera Guerra Mundial y volamos sobre el llano. Vimos ríos anchísimos y sosegados, planicies sin fin cubiertas de pasto y una soledad increíble, vacas en medio de la llanura, pocos árboles. Incendios, limitados por los ríos, carcomiendo los pastizales. El humo impedía toda visibilidad, pero la ironía del piloto era tranquilizadora.

— He hecho este trayecto tantas veces que podría hacerlo con los ojos vendados. Además antes de chocar con una montaña se nos acaba la gasolina.

Comenzamos a sobrevolar la selva. Dos horas después aterrizamos sobre una pista muy brillante, que parecía de acero.

En Araracuara Botero sacó las cartas escondidas. Botas de caucho, largas medias de futbolista, chaquetas con muchos bolsillos, anzuelos, impermeables, una tienda de campaña que parecía carpa de circo. Repelente contra insectos.

— No puedo caminar con tanta porquería encima.

— Pues si no puede caminar se queda en Araracuara, pueblo de putas, militares, indios y perros. Aquí hay más plagas que en un hospital de guerra. En las cantinas no bebes cerveza sino gonorrea líquida. Te pueden mochar la cabeza porque les gusta tu camisa, para matar el tedio o porque se te nota lo ciudadano en la mirada de tonto.

Eso dijo y echó a andar. Lo alcancé corriendo. Le pedí mi uniforme de selvático. Avanzamos a lo largo del cañón casi medio día y comenzamos a descender por un camino de cabras. Llegamos a un embarcadero. Sin mediar palabra, solamente un guiño de ojo a un individuo que se adormilaba bajo una enramada, Botero desamarró una lancha, tiró las cosas adentro y dijo vámonos, doctor.

Al principio el viaje fue vertiginoso pero disfrutable. El agua nos llevaba felizmente. Botero gritó:

—Agarra el remo y cuando yo diga hop, lo metes pegadito a la canoa y apartas el agua del borde, como si quisieras separar una encía de una muela con toda tu fuerza y tiras hacia afuera según te lo pida. Es sencillo: nada más tenemos que montarnos en el lomo de la mula y encomendarnos a Dios. Estamos a punto de llegar al primer chorro, El Chorro de la Sardina.

Botero prendió un enorme motor y la canoa comenzó a volar sobre el fragor de unos desfiladeros que nadie en su sano juicio se habría atrevido a desafiar. Creo que logré sobrevivir gracias a las reservas inconscientes que todos los seres humanos guardamos para esos casos. Mis manos quedaron atenzadas varios minutos, convertidas en garras de piedra tras el paso del primer chorro. Era fácil concluir que Botero no tenía ni la más leve noción de la prudencia. Vivía como lanzado a un mundo vertiginoso y le importaba un comino cualquier peligro.

Cuando llegamos a una zona de completo remanso entendí lo que era nacer, no después de nueve meses de gestación, sino tras dos horas de exposición al peligro insensato. Me invadió una serenidad de loco y la sensación de que nada de lo que pudiera pasar podría aterrorizarme.

—Y ahora viene lo difícil — dijo un sonriente Botero, que sin duda había disfrutado con deleite sádico de mi terror — : el Chorro del Yarí.

—Menos mal —dije como alucinado—: creí que había terminado la emoción.

— Si sabe rezar, hágalo, aunque sea por respeto a las aguas bravas— dijo Botero, al que adiviné encolerizado por mi indiferencia.

Cuando vi que aceleraba a fondo antes de llegar a un talud donde

las aguas chocaban para luego perderse en una revuelta rumbo a lo desconocido, supe que no había llegado al fondo del espanto. La lancha se abalanzó directamente contra la roca y solamente la fuerza de la misma corriente hizo que girara antes del golpe, para entrar en un cañón en el que casi podía tocar las dos paredes con mis manos, a una velocidad enloquecida avanzó descendiendo en picada hacia lo que vi como la boca misma de un volcán rugiente, allá abajo un fragor de aguas y espumas y luces y oscuridades, todo en medio de un trueno sostenido y creciente, Botero lanzaba carcajadas, aferrado a la palanca de dirección. Cuando caímos, en lugar de hundir la proa, supongo que por un milagro, la lancha rebotó, y comencé a escuchar un ruido como el de un viento huracanado que golpeaba las rocas creando músicas inauditas. Creí estar muerto. En lugar de entrar en una zona de reposo, lo que hizo la embarcación fue enfilarse hacia un desfiladero de aguas que giraban hacia un enorme hueco negro, en cuyo centro parecía precipitarse el universo entero, yo comencé a gritar el Padre Nuestro y pude ver que Botero había pasado de la carcajada a una sonrisa que se me antojó siniestra, dio un golpe a la dirección y de alguna forma logramos bordear la zona de influencia del remolino, hasta salir por completo.

Atracamos con la ayuda de la corriente, que parecía llevar de la mano a un muelle rústico en el que estaba un individuo mirándonos con absoluto desinterés.

El hombre nos tiró una cuerda y pudimos arrimarnos.

— Si no rezas el Padre Nuestro ahora flotaríamos río abajo rumbo al territorio de los bagres —. Pareció decirlo con la total convicción del que sabe que las palabras del Padre Nuestro son el ábrete sésamo de la Amazonía —. Dios a veces se compadece de los bobos, pero no soporta a los insolentes.

— Ahora tenemos que arreglar la casa, ponerle techo y rascarnos el ombligo. Vamos a estar dos días bajo el sol.

Con la ayuda del hombre del muelle, Botero colocó en la lancha bejucos gruesos en forma de arcos y sobre ellos instaló un techo de palmas.

— Ya no usaremos el motor para ahorrar gasolina. La vamos a necesitar durante el regreso—. Botero lanzó una risotada—. Imagínate la diversión: hacer el mismo camino pero con aguas en contra. Si quieres puedes dormir. Ahora solo nos toca esperar. El agua nos lleva.

Supe que estaba bromeando. Ningún poder humano lograría hacer que una lancha remontara esos torrentes.

Vi pasar una botella de plástico y lo que parecía ser un pañal desechable.

— ¿Encontraremos alguna vez el agua absolutamente limpia?

— Calma, calma, todo llegará.

La verdad es que no sabía qué pensar de él. Pasaba de su papel de profeta al de farsante o sarcástico con una facilidad asombrosa. Botero estudiaba las orillas, cotejaba con mapas, por la noche miraba las estrellas.

— Es una lástima que no podamos ver la Estrella del Sur, está bajo el

nivel de los árboles.

Llegamos a una especie de bahía.

Botero volvió a consultar sus mapas.

— Aquí es —dijo.

Cerca de la orilla vimos una construcción sin paredes, amarrada con bejucos, levantada sobre pilotes de madera, una verdadera obra de arte. De la choza, elevada más o menos dos metros sobre el suelo, bajó una anciana caminando con pericia de equilibrista sobre un tronco con muescas a manera de escalones. Botero habló con ella en un dialecto lleno de medias palabras, con muchos acentos al final, una especie de semilenguaje semejante al parloteo de una cotorra. La mujer asintió pero no emitió sonido alguno. Entendí que mi guía le estaba pidiendo permiso para instalar un campamento cerca de la casa.

— Es imposible vivir en la selva sin apoyo. Los indígenas nos suministrarán pescado, caza y lo que necesitemos.

— ¿Son huitotos?

— Puros, los últimos de los alrededores.

— ¿Los conoces?

— No, pero ellos sí me conocen a mí.

— ¿Cómo?

— Por medio del internet de la selva.

Preferí callar. Cada una de mis palabras me hacía sentir más indefenso.

Botero revisó su escopeta: un trabuco de dos cañones de los que se doblan para meter unas balas gordas y rojas.

No muy lejos de la bahía vi a una mujer que estaba lavando ropa. Tenía la falda amarrada a la cintura y dejaba ver unas ancas briosas y unos muslos de atleta. El río parecía desaparecer en su entrepierna. La piel hermosísima, bruñida, de un color cobre subido. A juzgar por su apostura era una mujer joven y lozana. Tenía el cabello largo, de un color negro intenso, que destellaba con el sol.

Habla Botero. Me di cuenta que el doctor estaba mirando a la huitota joven con ansia de novato. La visión concentraba el brillo especialísimo del sol del Amazonas y los destellos del agua más hermosa del mundo.

— Los muslos de una huitota tienen un poder increíble —le dije—. Pero ellas no les dan importancia. Para las huitotas el pelo es lo fundamental. Se lo cuidan con un tinte vegetal que se lo deja grueso, brillante, un espectáculo que a todos asombra. ¿Te gusta?

— No — me respondió.

— Espera, espera que te llegue el mal de vereda.

— ¿Que es eso?

— Ya lo sabrás —dije alejándome—: son males que les dan a todos los blanquitos que viven en la selva más de quince días.

— Pero yo no voy a estar aquí quince días.

Lancé una carcajada.

— Mira, doctorcito, no te lo había dicho, pero este tipo de paseos no pueden durar menos de cuatro semanas.

El doctor montó en cólera: debía estar en el hospital a fin de mes, su esposa tenía una cirugía programada, le era ineludible preparar una conferencia para un congreso de reumatología.

— Bueno, doctor Cerebro, si quieres regresarte solo, ahí está la lancha y que Dios te ayude. Los chorros no dejarán pasar a nadie.

— Eso quiero saber — respondió conteniendo la ira—. ¿Cómo diablos puede uno subir por esos torrentes con la lancha?

— Pues no los sube.

— ¿Entonces cómo regresa?

— Con el favor de Dios y muchas baratijas —dije mientras me dedicaba a instalar el campamento. Me ayudó a regañadientes. Supe que la ira se le iba a pasar pronto. La necesidad de sobrevivir en la selva obliga a olvidar que existe el mundo exterior.

—¿Cómo se consigue el favor de Dios en la selva? —dijo humildemente.

Me compadecí. Le dije que antes de cada chorro habría que sacar la lancha del agua y buscar ayuda para cargarla por la orilla, hasta encontrar de nuevo aguas mansas.

Para calmarlo canté la canción del mal de vereda. En la selva me vuelvo músico. A veces estoy en la espesura y empiezo a cantar unas músicas de mi propia inspiración que después no puedo recordar. La soledad lo vuelve a uno poeta. La soledad y el sentimiento de que pronto voy a encontrar lo que dejé guardado en mis mapas hace treinta años.

Habla el doctor Novoa. Al día siguiente el bullicio de los pájaros y los micos me despertó. Era tan grande que imaginaba a una multitud de viejas chismosas tratando de ponerse al día con las noticias atrasadas. Serían ya las cinco de la mañana.

— A trabajar, mi doc, tenemos que tomar la trocha y caminar cinco horas de ida entre la selva y regresar antes de la noche, que cae a las cuatro de la tarde.

Me rebelé, le dije que no iba a acompañarlo y él respondió: Allá vos, licenciado, en este territorio hay que moverse o morir. El que se queda parado se convierte en nido de hormigas o llaga viva.

Eso dijo y echó a caminar con su mochila a la espalda. Yo permanecí en la tienda, una auténtica carpa de circo rodeada por un mosquitero, en la que cabían holgadamente dos hamacas con sus respectivos postes y una mesa con dos sillas de lona. Cuando quise asomar la nariz fuera de la carpa una nube de algo que no pude precisar me hizo retroceder. Escuché ruidos que me aterrorizaron. Vi pasar cerca a la anciana, a la mujer que lavaba en el río y a un niño. Iban cuchicheando, caminaban deprisa sin

hacer ruido alguno. El niño brincaba como si tuviera resortes en las plantas de los pies. Tomaba impulso y subía a los árboles con una velocidad impresionante. Imaginé que tenía ventosas en los pies. A ninguno de los huitotos parecía importarles mi presencia. Precisé con mayor atención a la lavandera. Tenía dientes blancos que destellaban como relámpagos respondiendo a la luz del sol y hoyuelos graciosos en las mejillas. El pelo de brillo pasmoso iba y venía sobre su rostro simpático, casi coqueto, siguiendo los movimientos inquietos de su cabeza. Antes de desaparecer por la trocha me miró sonriente. Fue digno de asombro, diría apasionante, observar su sigilo, su silencio, su capacidad de aparecer y desaparecer sin inquietar lo que la rodeaba.

Habla Botero. Cuando regresé de la selva mi anuncio se había cumplido: el doctor tenía los brazos convertidos en un pellejo de vaca recién desollada y vuelto al revés. No quiso quejarse, más bien aparentó indiferencia. Traje barro del río, le expliqué las propiedades del hongo antibiótico, lo envolví con un trapo y le pedí dos cosas: fe y paciencia.

— La lavandera me sonrió — dijo, sin querer darle mucha importancia al asunto.

— Bravo, la india te tiene entre ojos, le has gustado.

Habla el doctor Novoa. Eludí sus ironías. Le pregunté sobre aquella pequeña sociedad: anciana, mujer joven y niño.

— Lo que pasa es que estamos ante una familia. El marido de tu novia se fue caza al pantano o de putas a Araracuara. Puede durar un mes en su correría. Luego regresa, más rayado que un tigre. De modo que tienes la mesa puesta.

Eso dijo y volvió a cantar la tonada del mal de vereda.

Al día siguiente lo acompañé. Cuando regresamos al campamento eran las cuatro de la tarde, hora en que como por ensalmo se cerraba el telón del día. La oscuridad se había asentado sobre el mundo casi súbitamente. Botero hizo fuego y fue a pedir panela. La choza de los indígenas estaba a veinte metros y para llegar a ella había que pasar por una horqueta y deslizarse por un terraplén hacia abajo con ayuda de un bejuco.

El siguiente amanecer me encontró tan agotado que creía morir a cada movimiento. La lavandera, a quien Botero había comenzado a llamar Juanita, nos trajo cazabe para el desayuno. Cuando me lo puso en las manos volvió a sonreír de manera abierta, mirándome a los ojos. Sentí un estremecimiento. Una sombra pasó por mi imaginación. Me acerqué a Botero y quise razonar con él. Le ofrecí medio millón si me llevaba de regreso a Araracuara. ¿Medio millón?, lanzó una carcajada. Ese viaje en lancha no vale menos de dos millones. Y lo que ando buscando vale cien veces dos millones. Además quiero que mire el río.

Me asomé fuera de la tienda y vi algo que nadie podría creer. El río ya no existía. El agua había desaparecido del todo. La lancha yacía sobre el lecho de barro.

Temí que el cazabe y un poco de coca que me atreví a probar me hubieran trastornado.

— El río no va a estar lleno hasta que Dios quiera, y eso puede ser dentro de quince días.

— Pero es que esto es imposible —grité.

— La Amazonía es otro mundo, amigo. Aquí todo cambia en un parpadeo.

Me llené de rabia: si no me hubiera aventurado, ahora mismo estaría organizando la nueva sala de reumatología y cuidando a mi esposa. La pobre estaría desesperada: durante los quince días anteriores la había llamado religiosamente dos veces, al amanecer y antes de acostarme, jurándole que estaría con ella durante la operación.

Cuando cumplí diez días en el campamento comencé a pensar con demasiada insistencia en Juanita. Era como una tonada que se repetía en mi cabeza cada dos minutos. Una mañana decidí eludir las invitaciones de Botero y quedarme solamente para mirarla mientras ella lavaba ropa. Juanita se dio cuenta y en mi honor, casi como un juego, se descubrió los pechos. Aquello me alteró por completo, sentí que sólo la coca podría salvarme. La belleza de la escena no tenía nada que ver con el cataclismo que estaba causando en mi mente afiebrada. Me sentí profano, vil, frente a aquella mujer que tenía todo el espíritu de una niña. Cuando Botero regresó, rojo como una camarón frito y triste por una razón que no quiso explicar, me vio inquieto. Me era imposible ocultarle nada.

— Ya vas sabiendo lo que es el mal de vereda, amiguito.

Sí, ya había comenzado a saber. Esa noche por descuido dejé mi mosquitero abierto. El sopor, el cansancio, la humedad y una lluvia diluvial contribuyeron a que me desnudara entre pesadillas que no me atrevo a recordar. Cuando desperté sentí que algo me picaba los testículos y el glande. Los rasqué con suavidad. El escozor crecía, se transformaba en ardor, en una especie de ebullición de la sangre, como si me estuvieran vertiendo plomo al rojo vivo entre las piernas. Me rasqué con desesperación, me unté saliva, soplé, alumbré mis partes con la linterna y no pude ver nada. Sentí de pronto que el escozor comenzaba a transformarse en un leve placer que crecía, sentí mi erección casi como una tortura, seguí frotándome ya sumido en el más absoluto deleite, sentí que en mi pene se había introducido un hilo que me unía con otra dimensión en la que el gozo terminaría en la muerte, pero no me importó. Quería sacar de mi cuerpo ese hilo, reventarlo, para descansar. Masticué coca, apreté, exprimí, berrié de ardor y ansiedad, hasta que supe que me estaba saliendo de mí mismo, todo mi cuerpo chorreaba hacia afuera, y sólo quedaba el pellejo, pegado a la hamaca, sudoroso, exhausto, muerto.

Cuando abrí los ojos vi que Botero me estaba envolviendo en trapos con barro medicinal. Terminó de hacerlo y regresó a su hamaca.

Al día siguiente desperté asombrosamente animado, yo mismo cambié mis compresas con barro medicinal y me mantuve en reposo hasta que me sentí mejor. Al amanecer no había en mí preocupación alguna. Me atreví a penetrar en la selva solo y disfruté de un espacio mágico en la primera semipenumbra. Vi un estanque cubierto de victorias regias, y tuve la osadía de pensar que podría caminar sobre ellas sin que se hundieran. Y lo hice: caminé sobre las aguas. Ya en el centro del estanque, de pie sobre un loto abrí los brazos y supe que en mi vida habría instantes felices pero que ninguno podría compararse con éste. Los primeros rayos del sol entraban casi horizontalmente entre los árboles y creaban túneles dorados en los que flotaban millones de mariposas de los colores más sorprendentes: de un blanco purísimo, amarillas como temblorosas monedas de oro, de todos los matices del azul, transparentes como de vidrio líquido. Un aire de santidad me envolvió. Las mariposas se posaban en mi cuerpo como si quisieran celebrarlo. Pensé con verdadera pena en mi vida exterior, sujeta a costumbres miserables, a mezquindades. Rechacé la idea de traer a mi esposa para que compartiera aquella nueva existencia. La verdad, me confesé a mí mismo, es que solamente me unen a ella los momentos en que estamos separados.

Cuando regresé a mi tienda tropecé brutalmente con la sonrisa de Juanita. Supe que era como una pared contra la que tenía que estrellarme.

—Está hecho, doctor, caíste. Ya nadie te salva del mal de vereda, ni las mostacillas—. Me explicó lo que me había sucedido la noche feroz: las mostacillas eran unos insectos casi invisibles, que atacaban en cualquier instante y contra los cuales sólo había baños de barro de río.

Supe que tenía razón. Nadie me iba a salvar del famoso mal de vereda. Decidí rendirme.

Todas las noches, a partir de entonces, acepté la inquietud de mi masculinidad con entero sosiego y dejé que la vida tomara sus propias decisiones.

—Tienes cuatro días para cumplir como un hombre —me dijo Botero—. El lunes próximo emprendemos el regreso. Creo que la selva me hizo una jugarreta. Ya te explicaré. Mira el río.

Sin que me hubiera percatado el nivel del agua había ido creciendo, y ya estaba a casi al borde de la choza de los huitotos.

—Mañana, cuando venga Juanita Mostacilla, la miras fijamente, luego le clavas los ojos en la chimba y después miras hacia el sendero que se interna en la selva. Aquí no se necesitan palabras.

Le dije que no lo iba a hacer, pero sabía que ya estaba al borde y que sólo me faltaba la patada en el culo para caer al fondo del abismo.

A las cuatro de la tarde del día siguiente volvimos al campamento

después de una correría por los peores andurriales de la selva. Yo estaba extenuado pero feliz. Botero derrotado hasta los huesos. Tomé aguadepanela y me metí al río. La corriente ya negra por la oscuridad estuvo a punto de arrastrarme. Una banda de monos chichicos, animales de expresión casi humana, se columpiaba hasta rozar el agua y se divertía arrojándome frutas. La figura de Juanita, acurrucada en la choza sin paredes, era un manchón contra un macizo de plátanos. Supe que me estaba mirando y que la sonrisa se había instalado en su rostro de manera permanente. Casi con rabia, al pasar a su lado, prendí la linterna, alumbré sus ojos, luego su sexo (su chimba, dice Botero) y luego la trocha. Pensé en mi esposa y en la inestable estabilidad sin secretos que mantenemos. Los dos somos infieles (ella lo sabe, yo lo sé) por culpa de esa barata lujuria de los hospitales y ese aburrimiento terrible de los turnos de noche. Luego me dije que aquello que me estaba sucediendo era como una piedra que veía caer del cielo, un imponderable, una locura, una fatalidad, una desgracia que se había venido preparando durante muchos años hasta desembocar en ese fondo sin fin en la Amazonía.

Después del atrevimiento corrí a la tienda y me escondí en la hamaca. Me juré que no saldría, pero cuando en medio de la negrura más negra que se pueda imaginar escuché ruido en la espesura y supe que Juanita se había internado en el sendero, sentí un dolor insoportable en el bajo vientre y supe que algo en mi interior estaba a punto de reventar, parecía un ataque de apendicitis, quise que fueran las mostacillas, pero no supe hallarlas.

—Creo que me voy a morir—le dije a Botero. Lanzó una risa de demonio que se frota las manos.

—No seas pendejo, doctor, tienes el semen hasta las orejas. Vete por el caminito y mañana nos montamos en la lancha y hablamos mientras nos llega la hora de enfrentar los chorros.

Más de una hora duré revolcándome en la hamaca. Esperé que Botero se durmiera y luego salí con sigilo. Cuando ya estaba afuera, escuché a Botero:

—Si serás tarado, doctor, llévate la linterna.

La mano de Botero se tendió fuera de la carpa con la linterna. La tomé y avancé hasta el sendero.

—Voy a hacer mis necesidades—le dije.

—Eso, Novoa, ve a hacer tus necesidades.

Encontré a Juanita apoyada en un árbol de caucho y sin decir palabra le puse una mano en la nuca. Me incliné, tomé su camisola desde abajo y se la saqué por la cabeza. Con el brazo derecho la abracé por la cintura y la hice doblarse hacia atrás. Ya estaba casi empelotita. La tendí sobre el piso. Ella se hallaba totalmente silenciosa. Tuve la cortesía de revisar que el suelo bajo ella estuviera libre de ramas o piedras. Hice un lecho de hojas. No la acaricié.

Recorrí su cuerpo con la luz de la linterna. La disfruté. Era una visión, la obra maestra de un dios artista, del mismo dios que me había dado mi hora de felicidad perfecta de pie sobre la victoria regia y del mismo que nos ayudaría a superar los chorros. Estaba con la boca entreabierta y el cuerpo convertido en un solo temblor. Tenía suspendida la respiración. Su pelo parecía fluir hacia la tierra. Seguí deleitándome con su cuerpo desnudo, recorriéndolo con la linterna, en una especie de pasmo previo, de incapacidad de ir más allá. Alumbré su rostro. Ahora no estaba sonriendo sino que tenía una expresión de arrobó, de terror, quizás de reverencia. Me arrimé y le quite los calzoncitos. Sentí que muy cerca de nosotros había algo anormal, una presencia maligna, tal vez una pantera. Tembloroso alumbré su sexo y vi que de él escurría una materia amarillenta, densa, que parecía viva. Quise imaginar que era el líquido del amor e intenté verificarlo. Palpé su textura mucilaginosa, su palpito, y en cuanto me lleve los dedos a la nariz, fui embestido por un hedor espantoso, como jamás he oído ni creo oleré. Eché a correr y llegué azotado por convulsiones al campamento. Duré hasta el amanecer tembloroso, Botero me halló con las rodillas entre las manos y los ojos extraviados. Hizo preguntas que no respondí. Sólo hacia el atardecer, cuando Botero regresó, más abatido que nunca de su última correría por la selva, fue que pude hablar. Le dije de aquella sustancia.

Botero por una vez no se burló.

—La pobre Juanita — dijo —. Ella misma no sabe la peste que habita en su cuerpo.

Cuando finalmente llegó la hora de partir, vi que Juanita estaba en medio de la corriente del río, acucillada sobre una piedra, con los muslos desnudos y las ancas bruñidas por el agua y el sol. Me miraba con tristeza y yo supe que nunca iba a olvidar aquella desdichada historia de amor, lujuria o curiosidad.

Botero me colocó una mano sobre el hombro.

—Bueno, doctor, aquí termina este negocio.

— Sí, aquí termina —le respondí.

— Y lo peor de todo es que nadie sale ganando. Ni Dios. Hasta yo perdí lo que había guardado en mis mapas de juventud.

Preferí callar. No me importaba su derrota. La jugada incluía algo más grande que unas improbables piedras de río.

Cuando el motor de la lancha fue puesto en marcha, hubo una desbandada de pájaros, monos y peces. Toda la selva pareció estremecerse como un telón golpeado por una piedra. Una mancha de colores tan bellos como los del arco iris se extendió en un agua tan clara, como temo nunca volveré a ver en la vida.



La realidad y la Ficción

Óscar Collazos*.

*Nació en Bahía Solano el 29 de agosto de 1942. Novelista, ensayista y periodista. Ha vivido en París, la Habana, Estocolmo, Berlín y Barcelona. Autor de más de 26 libros de diversos géneros, además de colaborador de varios diarios latinoamericanos. Algunas de sus obras han sido traducidas al francés, alemán, italiano, noruego y danés.

La ficción tomaba cuerpo a medida que Cortázar iba refiriendo que, al retirarse de la cena, había vuelto a escuchar el llanto de un niño en la celda vecina. Estábamos en la abadía de Royaumont, a escasos kilómetros de París. Julio Ramón Ribeyro escuchaba el relato de Cortázar y el desayuno empezaba a animarse porque el argentino decía que era raro haber vuelto a escuchar el llanto de la criatura. Fernández Retamar, sumado al grupo, aventuró entonces la hipótesis del deseo de un nuevo cuento, al que tal vez Cortázar quería dar forma partiendo del detalle, en apariencia nimio, de un niño que llora en la celda de una

abadía. Podía ser éste el comienzo de algo que el propio Cortázar no podía aún descifrar, en este caso la laboriosa conspiración de una imagen fantasmagórica instalada en la ambigüedad del sueño y lo real.

“Puede tratarse de algo parecido a una ensoñación”, dijo Ribeyro para apoyar la hipótesis de Retamar. Se había animado el desayuno y el Congreso de Escritores que nos reunía en Royaumont podía continuar con entusiasmo mayor al del primer día. Jacques Leenhardt, el gurú de la Escuela Práctica de Altos Estudios que hacía de anfitrión, no podía quejarse; la apatía de los congresistas encontraba un motivo marginal para que se diera cabida a un juego imaginario.

“Así que se trata del llanto de un niño”, había dicho Jean Franco con escepticismo, a lo que Cortázar respondió que sólo se trataba del llanto de un niño; allí estaba lo absurdo y la evidencia de que en aquellos cuartos no habitaba familia alguna, sólo monjes y congresistas venidos de diversas latitudes.

Cortázar había empezado a dar crédito a la hipótesis de Retamar y al matiz introducido por Ribeyro. Cobraba importancia la inesperada intromisión del deseo de elaborar un cuento a partir de un detalle que aún Cortázar no sabía si atribuir a la realidad o al sueño. Lo difícil sería salir del territorio marcado por una impresión, acaso premonitoria, de lo que serían nuevos ruidos.

Podía tomar cuerpo la hipótesis de un niño traído furtivamente por la madre que visitaba a uno de los monjes, La tentación de la carne- dijo Noel Salomón- siempre había estado presente en monjes y abadías. Y fue cuando se convino en que podía tratarse del hijo ilegítimo de uno de aquellos santos diligentes varones que nos servían y acogían. Salomón insistía en esta posibilidad: las abadías habían sido desde siempre sede de insólitos desvíos, heterodoxias y herejías.

La responsabilidad de Leenhardt nos devolvió a la rutina; había que continuar con el programa, la presencia del profesor Roger Bastide nos reclamaba y era oportuno recordar que no estábamos en un taller de creación literaria, sino en un Congreso de Sociología de la Literatura.

Después de la cena del segundo día-un magnífico canard à l'orange que mereció aplausos de los comensales-, vinieron los licores y no se habló más del llanto del niño. Se habló de las relaciones del alcohol con la literatura y todos coincidimos al aceptar que el tema bien merecía un capítulo en la historia marginal de la cultura. Pero un silencio mortal se hizo cuando Retamar preguntó a Cortázar por el llanto del niño y éste dijo que, en efecto, había vuelto a escucharlo. Para todos quedó claro que Cortázar no renunciaría a esta fantasía, que el cuento había tomado cuerpo en su imaginación y que lo mejor era darle la apariencia de hecho ocurrido. Pasaron dos jornadas y, en

efecto, Cortázar empezó a tejer la hipótesis sobre la presencia enigmática de un niño en la abadía. El cuento tomaba cuerpo y, en las sobremesas, fue haciéndose visible la presencia del niño clandestino, los amores furtivos del monje que nos servía el desayuno, la pasión tormentosa que le unía a la mujer desconocida. Se habló de Poe y de Lovecraft, se deshizo una compleja madeja de conjeturas. El llanto del niño seguía allí y, tal vez, no hubiera sido más que el sueño repetido del novelista, la imaginación tramando un anécdota ficticia, el deseo, como insistían Ribeyro y Retamar, de justificar lo imaginario dándole la apariencia de lo real.

EL último día en la abadía fue celebrado con una copiosa cena y todos, profesores, poetas y novelistas, nos dedicamos a degustar los excelentes licores destilados en la abadía. El cuento, escrito a medida que Cortázar lo iba comentando, añadiendo detalles que nos concernían, parecía ser una auténtica muestra de literatura colectiva. Todos, de alguna forma, habíamos participado en su escritura. Ya nadie ponía en duda que la escueta fantasía del primer día –el llanto de un niño– había sido, en efecto, la imagen fugaz tramada por la imaginación creativa. Cortázar estaba feliz, tan feliz como desconcertado: era posible que la ficción diera apariencias de realidad, que, incluso, llegara a afectar a los sentidos. Era lo que en verdad le había sucedido. Hasta el último día, el llanto y quejas quedas del niño le habían resultado reales, pero la ficción había acabado por aceptar que el hecho no podía ser de ninguna forma real.

Llegaron las despedidas. El congreso se había clausurado satisfactoriamente, es decir, no había llegado a conclusión alguna. Y fue en el momento de las despedidas cuando vimos descender a Michi Strausfeld, la joven profesora alemana, que bajaba las escaleras que daban al segundo piso con una niña de dos años. Lo sentía mucho. Cada noche, cuando terminaban las deliberaciones y la cena, se dirigía al pueblo cercano a buscar a su niña, al cuidado de una nourrice. Afortunadamente, había encontrado a una buena mujer que la cuidaba todo el día. Que la perdonaran los monjes de la abadía, que la perdonáramos todos; no había querido decir nada sobre la existencia de la niña, sospechaba que su presencia en la abadía no hubiera sido permitida.

Los congresistas nos miramos sorprendidos. El cuento, sin embargo, había sido escrito y la realidad seguía allí como una imagen imprudente entrometida en lo que, a todas luces, habíamos aceptado ya como una fantasía. Cortázar se mostraba exultante. Nada se había perdido.

Septiembre de 1987



Una tumba para Al

Por Juan David Correa U.

No veía a Al desde hacía veinte años. Me había habituado a la soledad y al silencio en Suecia. Había conseguido un empleo en Malmö como profesor de español. Y ahora estaba de visita en Bogotá, tratando de impedir que mamá se sometiera a una cirugía de colon a los ochenta y cinco años. Había querido olvidar la ciudad, y a gente como a Alfonso Díaz, Al, pero sabía que mi huída suponía un regreso inevitable. Sabía que no tenía remedio. Que mi madre me haría falta y tendría que regresar.

Y allí estaba Al, hablándome poseído por los dos aguardientes que se había hecho servir en el café Mercantil, con su cámara digital ajada de los últimos noventa terciada a la espalda, con las yemas de los dedos amarillas, y una tos floja.

- Desde se fue no dejó de darme vueltas esa noche. dijo.
- ¿Y Carlos?
- Se jubiló, tiene una finca en Chía. Vive con Clara y dos perros. Siembra tomates orgánicos, creo. No lo veo nunca.
- ¿Dónde anda viviendo?
- Aquí y allá. No tengo lugar fijo. Desde esa noche no tengo un lugar fijo.

Una de las meseras se me acercó de camino al baño. Quería que le pagara por adelantado las copas de Al. Me dijo que jamás pagaba. Que desde hacía dos meses le negaban el crédito. Que había hecho un escándalo en la puerta y habían tenido que llamar a la policía. Le di un billete de cincuenta mil y me di la vuelta.

Un crédito para él. Para lo que alcance. le dije.

Cuando volví a la mesa las copas habían sido reemplazadas por una botella. Al miraba hacia la calle 23.

- ¿Su mamá? pregunté.
- Se murió hace dos años. Me quedé solo.
- ¿Iván?
- Saltarse la pregunta no vale. Es un juego estúpido. ¿Se queda?
- Voy a estar dos semanas. Tengo que convencer a mamá de que no se opere. Está sufriendo del colon. Y quieren operarla. A esa edad es fusilarla.
- La vejez es una masacre, no una guerra. Lo leí el otro día.

Al era un buen lector. Anotaba frases todo el día. Quería ser un buen fotógrafo. Pero el tiempo había pasado demasiado rápido.

- Quiero explicarle lo que pasó...
- Al, por favor, tenemos cincuenta años.
- Se murió, se murió y nadie fue a su entierro. Solo yo. Yo y mi culpa. Iván escaló al cielo y no saluda a nadie. A veces lo veo cerca de los Andes, vestido de corbata, parece un gran gerente. Orlando, ah, Orlando. Quiero que hablemos.

La voz de Al comenzaba a volverse gangosa. A ese estado solíamos llamarlo pasto . O también estoque . Gracias al pasto o al estoque, fue que todo ocurrió.

María era una mujer inestable pero yo estaba dispuesto a casarme. Me había aburrido de las noches repetidas: salir del trabajo, escuchar los mismos chistes, beber como cosacos, creer que teníamos a merced el mundo.

Conocí a María en un congreso de publicidad en Cartagena. Era amiga de Orlando. Orlando me lo advirtió cuando volví con los nervios destrozados por cuatro noches de sexo. Cuando Ana abrió la puerta de nuestro apartamento pude ver que ya lo sabía todo, sin saberlo. No me lo dijo. Pero pasamos la noche del domingo en vela. Ella lloraba y me decía que durante esos cuatro días me había odiado con toda el alma.

No quiero que nadie me odie , le dije, menos tú.

María me puso un correo a la oficina. Decía algo como: Si pudiera apostar, lo apostaría todo por tener tu mano sobre mi vientre . Con esas palabras debí haberlo sabido. Pero durante días no hice nada más que pensar en las pestañas de María. En los ojos saltones. En la piel bronceada: en su presunta insolencia. Quería verla.

- Ese es un gran problema, me dijo Orlando. Es jugar con candela y quemarse de una vez. Incéndiese, me gritó

mientras nos bogábamos una botella de Jack Daniels.

— ¿Tiene su número?

Le puse un mensaje. Y mi vida comenzó a despeñarse. Por supuesto dejé a Ana antes de que la roca me cayera encima. Salí con María durante un año.

Y luego me fui.

Sí, exageré.

Sí, dejé el apartamento y con él a Al.

Y sí, quise olvidarme de todo lo que había antes.

Y sí, lo logré.

O mejor, creí que lo había logrado.

**

— Eso fue una tontería... una imbecilidad hombre, pero el tiempo lo cura todo. ¿Dónde se metió todo este tiempo?

— Lejos Al, lejos de todo. Solo necesitaba un empujón. Y eso fue lo que María me dio, un impulso, nada más.

— Carlos tampoco volvió a hablarme. Creí que ustedes hablaban todo el tiempo. Que se escribían. Pero no quiso decirme en dónde podía encontrarlo. Lo busqué. María de todas formas vivió unos años con...

— No quiero saber. Y no, nunca hablamos entre nosotros Al. La verdad, creo que todos estábamos cansados. Eso fue todo. Nada más.

— Carlos se casó con Clara. Se metió a hacer zen, o yoga, o algo así. No sé bien. Una noche me dijo que mi energía no le aportaba nada. Que quería dejar de verme. Entonces la fábrica se quebró. A papá le dio muy... No duró ni un par de meses. Se murió. Cerré el apartamento. Me fui a vivir con mamá.

— ¿Y la revista?

— Quebró también. Me indemnizaron. Con eso me inventé un viaje a Buenos Aires a estudiar cocina. Duré dos meses. María me escribía todos los días unos mails...

— No quiero saber, Al. Creo que es mejor que me vaya.

— No, espere, espere. Se lo pido. Me voy a morir pronto, tengo una bola en la cabeza. Pero no quiero morirme sin que me escuche.

— Al, por Dios, teníamos treinta años. Y sabíamos que algo así podía pasarnos. Y nos pasó. Era evidente que María había venido para hacer un estrago así.

Ana me dejó varios mensajes felicitándome por mi nuevo amor con

María . No le contesté. Era una mujer inteligente, hermosa, a la que no había que causarle daño. Pero lo hice. Y quise creer, durante los primeros meses con María, que lo que yo buscaba era algo más vivo, más intenso: algo que me moviera por dentro y me hiciera estallar. Lo logré, María.

- ¿Qué hace Clara?
- Se fue a la India, como al año de desaparecerse usted. Por eso Carlos se metió en el yoga o el zen, o como se llame esa vaina. Carlos no pudo con la valentía y cuando ella volvió le propuso matrimonio. Ella le pidió que se alejara de nosotros...
- ¿Nosotros?
- Bueno, a veces salíamos los cuatro: con Iván, con Orlando y con Carlos. Iván me acompañó otro trecho. Hasta lo de Buenos Aires. Cuando volví no se dejó encontrar. Me lo crucé un día en el centro, peluquiado, de corbata. Me saludó como a un conocido. Y me dijo que un día nos veíamos por ahí. Orlando se fue. Vive en Venezuela. Lo cogieron robando en la empresa. Usted sabe, bobadas, pero un día, por hacer el chiste, se llevó un portátil. Y hasta ahí llegó todo. Lo grabaron. Como el jefe lo quería le dieron la opción de irse sin indemnización, sin nada... y entonces empacó y se fue a buscar a los primos a Caracas. Nunca más escribió. Pensé quedarme en Buenos Aires. Pero ya le digo, lo de María.

Me levanté. No miré atrás. Atravesé la puerta. Bogotá estaba igual de fea que siempre. Llovía. Así la recordaba. Una ciudad horrible esta, pensé. Al caminé a mi lado un buen rato. Bajé por la 32 hasta la Caracas, luego tomé la diecisiete y después la 22. Escuché sus gemidos a mi lado. El buen Al, sorbiendo poco a poco un trago más.

- ¿De qué se murió? le pregunté frente al Carulla del Park Way.
- La mató un tipo. Con el que vivió después de mí, después de usted.
- ¡Yo nunca viví con María, Al! le grité empujándolo hacia la calle con fuerza. Era tarde. No había mucha gente. Comencé a patearlo como si quisiera con cada zapatazo cobrarle una deuda muy larga; como si dejara la vida en cada puñetazo, como si así pudiera olvidarme de la cara de María, de sus frases tontas, de sus no exageres, es una niñería, la gente se desea, tiran y todo pasa .

Al me miraba desde el fondo de alguna parte. Se ovilló como un niño. Comenzó a llorar.

- ¿Por qué la mató?
- Por lo mismo que la hubiéramos matado todos, me dijo.
Pero nosotros éramos cobardes hasta para eso.
- Y lo seguimos siendo le dije sin decirle adiós.

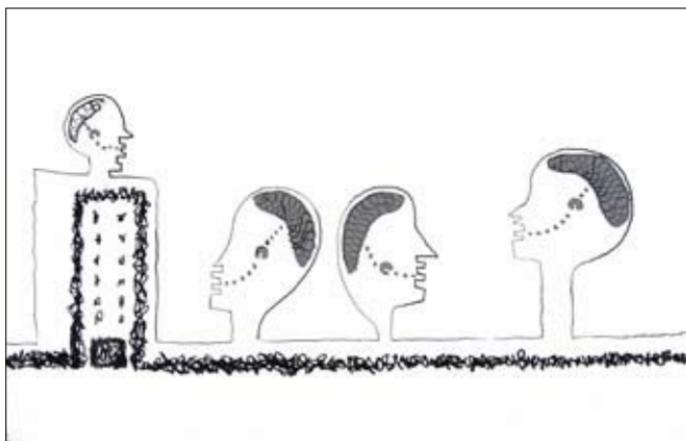
Dejé a Al allí, acurrucado.

Mamá murió esa noche.

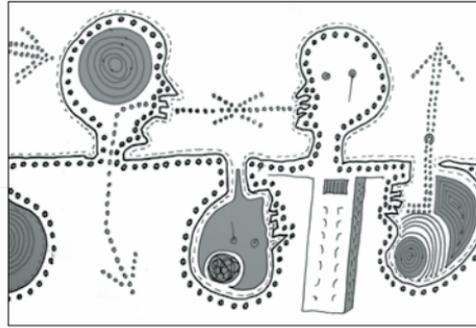
Dos días después visité la tumba de María.

Al me acompañó.

Bogotá, Enero 2008.



Mi día de libertad



Acabé dejando a Nidia porque ella me pedía que la siguiera a todas partes y yo lo hacía y la situación acabó por aburrirme. Aunque Nidia tenía una cara angulosa como de pajarito asustado, el carácter no le ayudaba.

Salimos durante dos años en los cuales viajamos a lugares distantes, a playas cercanas y a pueblos junto a Bogotá. Durante esos dos años dejé el alcohol por un tiempo pues Nidia aborrecía excesos tales como acostarme en un separador de pasto y declarar que quería dormir allí al arrullo de los eucaliptos y los sauces. La entiendo y la entendí pero decidí irme para no complicarlo todo: sabía, aunque quiero creer que “sabíamos”, que si continuábamos con nuestra historia iba a llegar el momento en el cual nuestros carriles iban a ser paralelos sin jamás tocarse. Entonces se lo dije. Me senté en su sofá de terciopelo y le expliqué la situación. Nidia es una mujer fuerte, vive sola en un apartamento desde el cual puede verse el cerro tupido. Esa soledad le ha ayudado a tratar con gente como yo toda su vida: una panda de inestables que se ha cruzado a lo largo de sus treinta años y que no han hecho otra cosa más que fortalecerla. Nidia no lloró, ni hizo escándalos, ni preguntó, como lo haría cualquier otra, si yo estaba con otra mujer. Intenté explicarle que me sentía sólo a su lado. Y que sentía que ella también estaba sola.

— ¿Cómo es eso?, me dijo. No entiendo, a ver, aclaremos. Si no entiendo mal, estamos juntos desde hace dos años y ahora los dos estamos solos pero seguimos juntos.

Le dije que estaba simplificando las cosas pero pareció no oírme. Pasó un rato. Los dos nos quedamos en silencio. Nidia preparó un té de jazmín y me ofreció un pocillo hirviendo.

- Quisiera aclararlo, pero siento que no puedo, le dije.
- Okey, me dijo. Yo te lo voy a explicar: dejaste de quererme. Y como ya no te hago falta, entonces me echas.

Intenté pensar en la frase acabada de pronunciar pero me distrajo una polilla volando sobre el mesón de la cocina. Enfoqué el pimentero, el salero y los cubiertos que colgaban suspendidos.

Cuando el silencio fue demasiado, Nidia se levantó y se fue a dormir. Caminé tras ella. Me acosté a su lado. Prendió el televisor y no dijo nada. Volteé la cabeza y supe que era nuestra última noche juntos. No dormí ni ella durmió. No hacía falta pues los dos estábamos seguros de que era una despedida. Y en las despedidas debes estar despierto. Lloramos

cada cual por su lado. Amaneció. Me puse los pantalones, la camisa, la chaqueta, me mojé el pelo en el lavamanos; hice buchets de agua con crema dental y salí del apartamento de los cerros despidiéndome en silencio de Wilson, el portero.

Llovía. Decidí no ir al trabajo y tomarme el día libre. Aunque no lo crean, estaba adolorido, aún no lo sabía. Eran las ocho de la mañana. La gente caminaba de prisa por la séptima. Los buses se atropellaban entre sí. El ruido era brutal, como brutal era el ardor de mis ojos. Pensé en la frase de Nidia. ¿Era realmente un incapaz? Era bastante probable. Pero creo que los dos desconocíamos el significado real de esa palabra. Por primera vez en mucho tiempo tenía el día delante de mí y podía disponer del tiempo a mi antojo. Entonces no supe qué hacer. Me senté en el bordillo de una casa vieja sobre la carrera novena. Tiempo libre. No llamaría a la oficina. No le diría nada a nadie. No quería ver a nadie. Ni a mi mamá. Ni a mi papá. Ni a ningún amigo. Quería inventar algo pero nada me salía. Entonces eché a andar por la calle 76 hasta llegar a la avenida Caracas. No pensaba en nada. Sólo caminaba y sentía la llovizna dándome de pleno en la cara. Cuando me di cuenta estaba subido en una flota y un hombre de bigote espeso me reclamaba lo del pasaje. Le di los 2.000 pesos. Me recosté contra la ventana. Cerré los ojos. Me quedé dormido e imagino que soñé con Nidia porque dos horas después frente a un parador en el que vendían achiras me pareció estar viéndola.

Me di la vuelta buscando un aviso que me indicara en dónde diablos estaba. En uno de los almacenes podía leerse Quesería Chocontá.

Subí al bus nuevamente y me prometí no preguntar cuál era el destino final del recorrido. Una vez más cerré los ojos y pensé que merecía dormir una buena temporada después de haber pasado la noche en blanco.

El calor era insoportable. El bus seguía andando como si tuviera un enfisema pulmonar. Ahogado y pesado daba las curvas muy lentamente. Conocía la ruta y debíamos estar subiendo al Pescadero para luego bajar hacia Bucaramanga. Al dar una nueva curva el bus se ladeó, patinó y por poco, en medio de los gritos de pánico de los demás pasajeros, cae en un precipicio profundo.

Yo no grité. Me daba igual, la verdad.

Estaba en mi día libre y se sabe que el día libre uno puede hacer lo que quiera, hasta morir. No fue para tanto. El eje estaba roto y sobresalía de debajo del bus lleno de grasa. Miré al conductor pateando el eje mientras se secaba el sudor con una balletilla. Al verme partir sin decirle nada, me gritó intentando detenerme. No voltéé la cabeza. Caminé bajo un sol febril. Las axilas me escocían. Me remangué las mangas de la camisa y pensé que debía encontrar un lugar para dormir.

La tarde comenzó a caer. No veía nada en el horizonte así que comencé a darme ánimos en medio de la nada, diciéndome que de todos modos estaba en mi día de libertad y podía, si quería, dormir al descampado. Desvié el rumbo hacia un potrero. Unas vacas pastaban. Me senté a su lado. Las miré detenidamente. Una tenía un mapa de Europa estampado en su lomo.

Cuando la noche se cerró del todo los mosquitos comenzaron a atacarme. Me puse de nuevo la chaqueta, cerré los ojos y me dispuse a dormir. Entonces vi una luz que se acercaba hacia donde estaba. Pensé que se trataba de un campesino con una linterna. Dejé de mirarlo y alcé la vista al cielo. Las constelaciones se veían perfectas. Recordé lo mucho que me gustaba que mi padre me contara la historia de las estrellas. Había intentado que las memorizara pero jamás lo logró. Soy terco y tengo mala memoria. Y en ese momento, por más intentos que hiciera por recordar a Nidia no lo lograba. Es como si de un solo tajo su imagen hubiera desaparecido dentro de mis recuerdos. La luz se acercaba más y más. Cuando la tuve encima mío comprobé que se trataba de un hombre. No era un campesino. Estaba vestido con un camuflado. Llevaba un fusil terciado a la espalda. No era un soldado.

- ¿Qué hace acá?, me preguntó.
- Nada, estoy tratando de dormir.
- Las cosas por acá son difíciles.

Miré hacia donde estaban las vacas. En tres horas no había pasado nadie y ellas parecían tranquilas.

- ¿Y usted? le dije apartando la linterna de mi cara.
- ¿Yo? Nada. Voy a seguir caminando. Que duerma, si puede.

El hombre siguió su camino. La luz desapareció después de una hora en la que la seguí con la mirada. Por fin pude conciliar el sueño.

Una vaca me lamía el rostro cuando desperté. El sol me daba de pleno en la cara. El cuerpo me dolía y picaba por todas partes. Hubiera podido morir aplastado por uno de sus cascos. Aparté su cabeza y me levanté. Sacudí mis pantalones. Bajé hasta la carretera y seguí caminando hasta alcanzar una cumbre tras la cual se adivinaba un pueblo. Tardé dos horas en llegar. La mirada lo acorta todo.

En el pueblo había poca gente. Apenas una pareja sentada en la plaza, un carro de paletas dándole vueltas y unas cuantas palomas. El comercio estaba cerrado. Era sábado. Me senté en un banco de cemento en la plaza. El aire olía a basura. No había sin embargo chulos en el cielo. El olor en todo caso no era a muerto. Repasé el suelo de la plaza para ver si en algún lugar había deshechos. En la esquina había un árbol flaco y sin hojas. Más allá una barbería cerrada. A su lado una droguería con la reja metálica entreabierta. El comercio estaba cerrado.

La torre de la iglesia estaba algo caída, como si la hubieran bombardeado.

Me quedé sentado hasta que oscureció.

No pude recordar la cara de Nidia.

Ni ese ni las semanas que siguieron.



A su manera

María vino a decirme lo que ya sabía: que nuestro corto noviazgo había terminado. Lo supe desde la noche en que le dije que la odiaba. Lo supe al amanecer cuando empacó sus cosas en la maleta negra que usaba cada vez que dormía en mi casa. No quise que me diera explicaciones. Miré el aro del bombillo y vi a una polilla revoloteando. Le dije lo que quería oír. A las mujeres siempre les gusta que uno se compadezca. Es una manera de afirmarse en el mundo. De sentir que tienen el control. Fumamos un cigarrillo sobre el sofá rojo. Ninguno de los dos lloró ni se quejó.

Pasaron dos minutos.

Me levanté, le di un beso en la frente y fui hasta mi cuarto en donde me estiré sobre la cama. Unos segundos después oí la puerta cerrarse. Todo terminó, me dije, expirando, como si quisiera contener el dolor en una bocanada. No era posible así que para no caer en el patetismo de llorar por alguien a quien apenas presentía, encendí el televisor y me distraje con la BBC que transmitía un debate sobre la muerte de una estudiante de bachillerato en Sheffield.

Amanecí con el sonido del televisor tronándome en la cabeza. Esta es la nueva vida, pensé tras comprobar que una vez más estaba solo. El teléfono sonó. Su voz provenía de algún pozo profundo. La escuché decirme te odio. Colgué. Fui hasta la nevera y abrí un yogurt de melocotón. La baba lechosa me produjo un buen efecto. Algo comenzaba a conciliarse dentro de mí. Como si después de haber dejado a Nidia y de emprender el corto noviazgo con María y de acabarlo como ahora estaba sucediendo mi mundo comenzara a encontrar un orden ansiado. Se me ocurrió pensar que Alberto tenía razón: al caos hay que sumarle más caos, cuando ya la esfera está

llena de desorden todo explota y vuelve a encontrar su lugar.

María estuvo seis meses a mi lado. Fueron seis meses caóticos. María era bella aunque inestable. Tenía las pestañas largas y los ojos negros. Los entornaba y en ese movimiento me hacía ver que ella tenía una fuerza que me superaba por mucho. A su lado siempre me sentí pusilánime. Por eso, ese domingo, tomando yogur y viendo a las palomas cagar sobre el alero de mi ventana comenzaba a sentir bienestar. Un bienestar que duró poco. El lunes llegué al trabajo y Clara me entregó un sobre que contenía las siguientes palabras: no sabes con quién te metiste, ahora vas a sufrir. De inmediato bajé los cuatro pisos y le pregunté a Clara quién diablos había dejado el sobre. Un muchacho, me respondió. Un muchacho ¿cómo? Le pregunté. Un mensajero, tenía casco y chaleco amarillo y no se quitó el casco. Me sudó la sien.

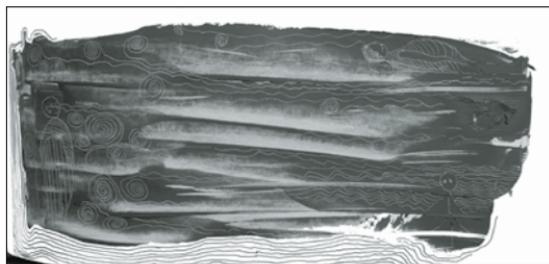
Todo el día no hice otra cosa que mirar por la ventana hacia el parqueadero. El director me llamó como a las cinco para preguntarme sobre las fechas de cierre. Hablamos un rato. Está raro, me dijo. Si, acabé con María. El director conocía a María pues había trabajado para él antes que yo. ¿Y esa vaina? Lo de siempre. Hágale Ángel, arranque y mañana hablamos del cierre. Salí de la oficina. Hubiera querido decirle que tenía miedo y que el problema no era haber acabado con María sino una maldita amenaza dejada por un hombre anónimo en la portería. Caminé un buen rato por el parque El Virrey. En la autopista me senté en un banco. Anochecía. Bogotá siempre me ha parecido una ciudad o muy bonita o muy fea. Me pareció más fea que de costumbre. Quise pensar en los días en que aún mamá estaba viva. Hubiera podido ir a contarle lo que me ocurría. Una mujer me amenaza, le diría. Ella se sentaría tratando de parecer imperturbable, pero en el fondo de sus consejos yo adivinaría lo que siempre había pensado: me creía un incapaz. No incapaz para trabajar: un incapaz para vivir sin pánico. Ella sabía que cada tanto yo estaría allí, sentado a su lado, para pedir consuelo por algún desequilibrio emocional. En el fondo los dos sabíamos que cuando muriera una parte de mí no podría flotar con naturalidad. Tenía un fallo en uno de los remos y el bote siempre estaría a punto de naufragar. Anocheció.

Me levanté del banco y eché a andar hacia la casa de mamá. Quería llamar a María y pedirle una explicación. Me sentía amenazado por su carta. No dudaba ni un segundo que era su manera de hacerme sentir inerme. Ella había aprendido a conocerme en la noches en que yo salía corriendo por calles para evitar verla en la felicidad de las fiestas. No sé por qué me atacaban los celos. Tampoco porque echaba a correr como un poseso. Terminaba al otro día destrozado, con el corazón latíendome despacio, como un balón gastado lleno de agua. Era lunes y las calles comenzaban a estar vacías a eso de las ocho. No sabía adónde ir ni qué hacer. Era un moscardón encerrado en un frasco vacío. Me daba contra las paredes al recordar la nota.

María no dejó la nota. Eso fue lo que me dijo al no soportar el zumbido

e ir hasta su casa a eso de las diez de la noche. Estaba acostada leyendo *El corazón es un cazador solitario* de Carson McCullers. Intenté recordar algo de la trama. Sólo aparecían unos caballos. Un bar. Un tono decididamente escueto. Me senté a su lado y le pedí una explicación. Ángel estás chiflado. Sería incapaz. No seas tonto, dame un abrazo. Volví a sentirme parte del mundo del que había sido expulsado con una nota. Sentí calor y me recosté a su lado. Quise creer que todo volvería a la normalidad. Y así fue. Despertamos e hicimos el amor y nos miramos con ojos de no querernos separar nunca más. Cuando ella se encerró en el baño a canturrear alguna canción pensé en los dos días anteriores. En el bienestar del domingo. En el malestar del lunes. Estaba buscando el equilibrio y creía que podía encontrarlo entre el calor de un abrazo y el dolor de un balazo. Pensaba que podía vivir en la hendidura: justo en el centro. Siempre estaba imaginándome como alguien que no era. Necesitaba mi cuota de dolor y de amor, siempre en las justas proporciones. Como en una receta, cuando alguna de las cantidades no era equilibrada, yo comenzaba a emprender la fuga.

María salió del baño y me dirigió una mirada. Parecía enamorada. Yo lo estaba, de alguna manera, a mi manera. Habría querido ser como Frank Sinatra y cantar a mi manera y creer que el mundo podría ajustarse como un guante a los deseos y sueños. Me levanté y me metí en el baño. El agua estaba hirviendo. Comencé a silbar *My Way*. Me sentí parte del mundo. Me sentí pletórico. Me sentí amado y redimido y fuera del dolor. Me jaboné como queriendo quitar de mí el sentimiento de soledad que me había embargado desde el domingo. Me quemé con el agua y quise gritar: María te amo. No lo hice. En cambio salí, me sequé la piel frente al espejo, le di las gracias a mi madre que estaría mirándome desde algún lugar y salí dispuesto a prometer que pasaría el resto de mis días con María. No pude hacerlo. María no estaba y en cambio había una nota, idéntica a la del día anterior, pero esta vez con las palabras: No vuelvas más, era mi manera de decir adiós

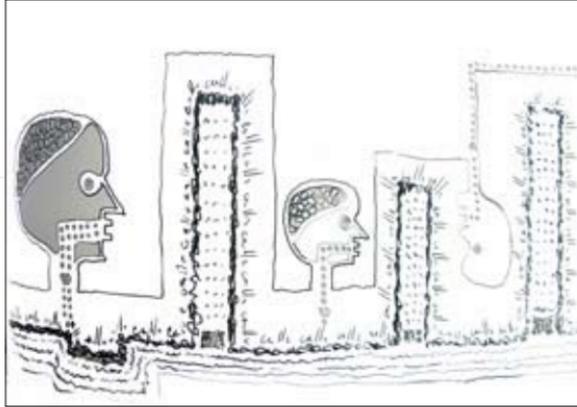


¿Y dónde estará Juan?

Ella tenía dieciocho años y era aún una niña. La habían llamado Dolores porque eso fue lo que sintió mi abuela el día del parto. Nació tras veinte años en los cuales mi

abuela ya había sacado dos varones adelante. No fue un error, según mi abuelo que siempre vestía de blanco. Pero tampoco lo planearon, pensaba yo cuando aún mi madre vivía y me contaba su historia sobre la proa de un barco llamado Natchez en el cual navegábamos por el Missisipi. Mamá murió allí en ese río de aguas oscuras. Tenía dieciocho años y recién había salido de un internado de monjas clavado en los cerros de Bogotá. Al internado llegó porque mi abuelo no soportaba que su única hija mujer creciera y se educara en un pueblo. El pueblo se llamaba Armero. Se llamaba porque ya no existe. Mi abuelo había recalado allí buscando un clima de bienestar que lo salvara de un asma crónica. En el internado aprendió a llorar en silencio y una extraña fortaleza que siempre la acompañaba cuando aún vivía. Pasó seis años en los que apenas vio a su hermano, un prestante odontólogo al que yo me siento incapaz de llamar tío. Estuvo sola todo el tiempo. Leyó la Biblia y algunas novelas de Morris West quien le fascinó hasta el final de sus días pues, según decía, la atrapaban sus misterios. Iba diciendo que tenía dieciocho años. Vivía entonces en una residencia para señoritas en el barrio Quinta Camacho. Había hecho el intento de estudiar para delineante de arquitectura pero no aguantó dos meses. Entonces se retiró de la universidad para ir a rogarle a mi abuelo que le dejara estudiar historia. Mi abuelo se negó. Le dijo que debía estudiar algo que valiera la pena y habló con un amigo para que le hiciera cupo en la Universidad Externado de Colombia. Aceptó aburrida y cuatro meses después, en enero de 1968 entró a hacerse abogada. Tenía dieciocho años.

Tenía dieciocho años cuando conoció a mi padre. La historia de mi padre, la que sé por fragmentos que he ido escuchando a lo largo de nuestras conversaciones cada vez más lejanas y poco periódicas, era bien distinta. Su familia, al contrario de la de mamá, era vasta. Tenía nueve hermanos, cada uno de los cuales había nacido en diversas ciudades de Colombia. Mi abuelo paterno era un negociante paisa que había estudiado medicina en Chile pero que decidió volver dos años



después de su partida a Medellín. Ya había conquistado el corazón de mi abuela y por ello regresó. Mi abuela trabajaba en un banco y él pasaba todos los días por el frente de donde ella solía tomar el fresco. Un día sí y otro también la miraba y se imaginaba que quería pasar el resto de su vida junto a esa mujer de ojos azules, pelo negro, hombros anchos, manos filosas y un gesto de liviandad que aún la acompaña.

Dos mujeres corren con apuro, palidez total, van cogidas de la mano. Un camión de la policía militar las detiene y les pide sus documentos. El sargento mira los pies de las dos muchachas y nota que llevan los suecos amarrados con cabuya de fique, súbanse, les ordena. Miran hacia el cielo como pidiendo ayuda. Cada línea que va quedando atrás es una piedra que ellas arrojan con disimulo. Luisa saca uno a uno los guijarros y por los huecos del camión las tira, siempre con cautela. Ana mastica hoja por hoja de su libreta, no piensan en nada, no se miran. La a, la c, la t, menos la z, porque no tiene amigos por z, bueno, Zoraida, pero ella lo escribió con s, y los nombres no tienen ortografía. Da lo mismo, ya sólo faltan pocas cuadras para llegar al batallón, ya casi no hay piedras en sus bolsas, las hojas descansan en el tibio estómago de Ana. Se toman las manos, sudan y rezan. ¿Por qué se dejaron convencer?

- Una fila india, por favor... ¡no hablen! ¡Hombres a la derecha! ¡Mujeres a la izquierda! ¡Sin protestar!

Una gorda a su lado comienza con los improperios: maldito cerdo sexista, y el teniente A ver, a ver, allá la de la juerga, mas respetico con la autoridad. -Blup, blup-, el estómago de Ana. Tienen derecho a una llamada, por favor en completo orden. Y Ana se acuerda del teléfono de Juan, maldito Juan, ¿dónde estabas cuando el camión se detuvo? Luisa llama a su madre: ¿Mami? Habla Luisa, lo que pasa es que nos detuvieron con Ana, y no sabemos qué hacer... .

Ana sentada sobre el piso, mirando cómo la noche llega, tiene ganas de llorar, sólo piensa en la huella dactilar que va a tener que poner sobre el papel. ¿Y si dijera que se llama Mariana? ¿Y si me violan y torturan por mentirosa, yo lo he visto, la película esa que vimos con Juan, maldito Juan por idealista, y que esto para aquí, y los sindicatos para allá, y mi cuerpo pidiéndote a gritos, desgarrada porque de ideas no se alimentan las hormonas .

Luisa sólo piensa en salir de ésta, todo por Ana y claro todo por Juan y yo no vuelvo a tirar piedras. Todo el día pensando en que se acaben los mítines, y Ana como una boba esperando a Juan .

- Rodríguez Ana. Se oye el sargento.

Ana entra en una salita color gris.

- Mire de frente, por favor, nada de parpadeos. Flash, y los ojos de Ana, sus párpados dan vueltecitas sobre sí mismos. Juan, Juan, por qué no estas aquí, por qué me dejas sola, mira te quiero mucho pero .
- El dedo índice, suéltelo, sueltico por favor. Se sienta en el patio, sus lágrimas por Juan. La gorda comienza otra vez: !Suélteme cerdo! . Luisa la mira con tristeza. Su complicidad es secreta: ella sabe que si salen de esta no habrá otra. Ana le sonríe, su cabeza da vueltas, se devuelve y piensa en lo diferente que serían las cosas si estuviera Juan allí.

Ana se siente miserable. Si pudiera correr y besar a Juan en la boca, decirle que ya nunca más la volviera a dejar sola, que está harta de tanta reunión, que por favor la entienda, que le de un beso. Que le tome el pelo y le diga que la quiere y se acuerda del día en que gritó frente a la residencia, él siempre la rescata, siempre grita cuando hay que gritar, nunca antes la había abandonado, ahora se siente sola. Y la noche tan húmeda. En esta ciudad no pueden andar las mujeres solas.

Del cuarto sale un policía y da varias vueltas revisando quién se atreve a abrir la boca. Ana llora en silencio y Juan está tan lejos que no le puede tomar la mano, debe estar discutiendo sobre el posicionamiento de las masas en el poder, y ella ahí, sentada. Ana se acuerda de la noche en que lo conoció. Un día gris. Llovió todo el día. Juan caminaba por el corredor de la facultad. Se quedó mirándolo. Le pidió un cigarrillo, pero el bueno de Juan nunca había fumado en su corta vida. Le preguntó si quería tomar un café. Ella invitaba. Estaba pálida como hoy. El clima. Juan sonrió y le dijo que odiaba el café, pero que la invitaba a una reunión en la noche. Reuniones, mítines, marchas, pancartas, panfletos, pasquines, graffitis, propaganda, claves. Todo por Juan.

Está sentada en ese patio por creer en lo que no le interesa. Luisa pide permiso para ir al baño, Ana la sigue con la mirada. Se ve fuerte: aún no ha comenzado a sufrir. Ana, Ana... ¿Qué? . Vienen por nosotras . Ana sonríe una vez más. Sólo quiere salir y abrazar a Juan y contarle toda su angustia, meterse entre las cobijas calientes, tomarlo por el cuello con fuerza, hacer una guerra abierta contra su cuerpo, una guerra eficaz, en dónde ella lo derrote como la primera vez.

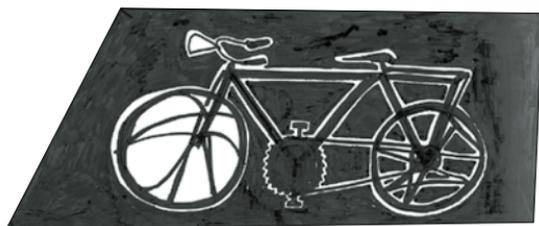
El sargento sale al patio, toma a la gorda a la fuerza, la hace levantar, nadie hace nada “Que se lleven a esa gorda huevona, que no joda y deje

de gritar”.

Todos están cansados. Ana mira como sujetan a la gorda.

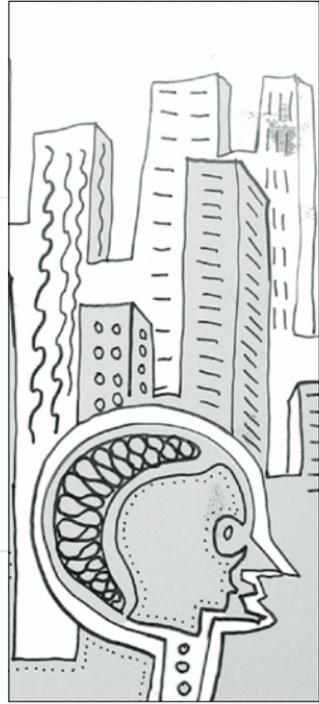
La mamá de Luisa tiene los ojos embolsados, llora apenas las ve. Ana piensa en Juan. Hubiera sido distinto si por lo menos estuvieran juntos.

Juan no aparece ni ese día, ni la semana siguiente, ni después de diez años. Juan mira por una ventana como una mujer sacude las llaves y los niños corren en una tarde de sol. Juan es una anécdota en la vida de Ana, una de hace ya tiempo. Juan dedica sus horas a ver pasar el tiempo maldiciéndose por haber desaparecido mientras se convence que todo pasa demasiado pronto y el tiempo es un grano que cae tras otro perdiéndose en una urna de cristal.



Aeropuertos

Desde el fondo del corredor miraba a un hombre de treinta años despidiéndose de su pequeño hijo. El hombre se aferraba a las manos del niño y lo miraba con pesar. Se mantenía serio, estirando los músculos para no llorar. Su mueca triste, sin embargo, atravesaba el rostro y se dibujaba en su mano. En sus dedos aferrados a otros dedos. En su sudor permeando la mano del chico vestido con una camisa azul y unos jeans desteñidos. El hombre condujo al niño a uno de los restaurantes de comidas rápidas. Decidí seguirlos mientras esperaba que anunciaran mi vuelo. No quería recordar que me despedía yo también de aquella ciudad. Me senté en la mesa del lado.



Una malteada de chocolate, un pedazo de hamburguesa mordida, un café negro. El hombre jugaba con una caja de cigarrillos mientras le prometía al niño que apenas aterrizara en su destino lo llamaría sin demoras. El niño sorbía a través del pitillo su malteada. España no es tan lejos, decía el hombre. Y te voy a llamar siempre. Cada semana. Cuida a tu hermano. Y cuida a tú mamá. El hombre esta vez estuvo a punto de llorar. Se le quebró la voz. Le acarició la cabeza mientras sacaba un cigarrillo y lo prendía. El niño rompió a llorar. No te vayas, no te vayas papá, murmuraba.

Tomé un par de cocacolas arrellanado en mi silla, en suspenso, queriendo contemplar el desenlace de la escena para escapar de mis pensamientos. De seguro, cuando entregara el pasaporte y me fuera perdiendo en el muelle internacional, y alcanzara la sala indicada tendría que afrontar su ausencia. Me detuve en los gestos del pequeño, en su impotencia, en esa necesidad profunda de detener el tiempo para siempre que ocurre tantas veces en la vida. Sus lágrimas eran transparentes y salían de sus ojos almendrados.

El hombre amenazó con devolverse cuando dejó al niño en las manos de la que parecía su abuela. Cuando atravesé la aduana me perdí entre las tiendas de artículos libres de impuestos. Quería comprar café para Juana y Pepe, dos amigos a quienes vería en Sevilla tras una estancia algo larga en Bogotá. Había llegado hacía unos meses para arreglar el entierro de María, mi mujer, muerta de un fulminante aneurisma

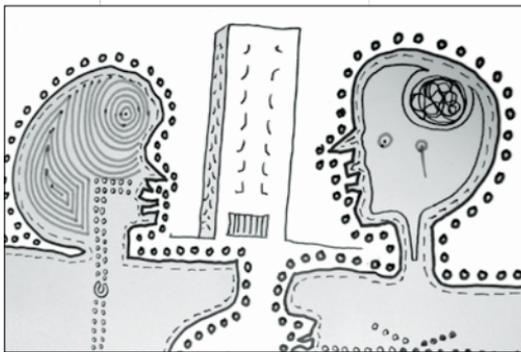
cerebral el verano anterior en Conil de la Frontera, una playa cercana a Cádiz. María y yo vivíamos desde hacía cinco años en Sevilla. Habíamos escapado de Bogotá tras comprender que nuestro lugar era otro, lejos del mundillo intelectual de los años setenta. Nos aburría el teatro, nos aburrían los movimientos estudiantiles, nos aburrían los poetas como Julio Santapiedra, que en ese entonces le cantaba al silencio de unas calles calladas por fusiles. María y yo nos habíamos conocido en la Universidad cuando estudiábamos medicina. Nunca terminamos la carrera pues decidimos partir de viaje y se nos ocurrió que España, en donde acababa de morir Franco, era un buen lugar para nosotros. María pronto se empleó como camarera en un café del centro. Yo, en cambio, pasaba las horas leyendo en un ático de la calle xxxx. Un día a María se le ocurrió que debíamos, a toda costa, montar un negocio de artesanías colombianas. Pasamos dos años en los que, gracias al despertar de los encerrados españoles, alcanzamos un estatus al que ni ella ni yo dábamos crédito. Traíamos las artesanías que mi madre compraba en pueblos boyacenses y las vendíamos a pequeños negocios primero de Sevilla y luego de todo el sur de España. Pronto nos hicimos conocidos. Era la primera vez que atravesaba el atlántico. Estaba recién separado de su mujer. Se había vuelto a enrolar con alguien que lo seguiría hasta España. Además su padre había muerto hace poco y su hermana lo mismo, después de desplomarse tras un derrame cerebral. Todo le había llegado en el interregno de dos años. Todo al mismo tiempo, eso era lo que pensaba mientras sacaba el pasaporte para entregarlo al hombre de inmigración. Se concentró en la idea del viaje como una suerte de salvación para su alma maltratada. Recordó mejores días y la tristeza le hizo un nudo en la garganta mientras seguía pensando en sus hijos. Tenía treinta y tres años. Y la idea de no volver en un buen tiempo a Bogotá.

Luego de hacer los trámites se despidió mentalmente de sus recuerdos. Encendió un cigarrillo y decidido buscó la sala número 12 del aeropuerto internacional El Dorado. Al llegar, se sentó, abrió un periódico olvidado en una de las sillas contiguas y repasó los titulares. Buscó la sección cultural y sonrió observando el aviso de media página anunciando un remake de BenHur: era la última película que había visto con sus hijos. Al fin, tras dos horas de espera, lo hicieron seguir al avión. Los nervios se acrecentaron con el correr de los minutos en ese encierro que suponen siempre los aviones. Pidió un trago de whisky y le hicieron saber que hasta después de decolado el vuelo no podrían servirle nada. Cerró los ojos y por fin, cansado, pudo llorar en silencio.

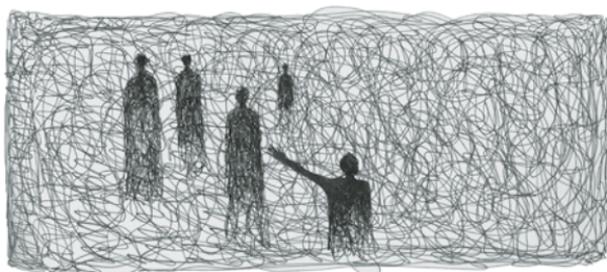
El hombre miraba al niño arrodillado llorando después de entrar al muelle internacional. En ese instante vino la primera picada: ¿Cómo era posible que nadie estuviese allí para decirme adiós? Sabía con exactitud

que mis deseos, después de atravesar el atlántico, no se cumplirían. La extrañaría. Lloraría borracho por las calles de París pensando en que habríamos podido ser felices. Por ahora me reservaba todo ese futuro incierto para mí. Después lo haría por cartas. Papeles y miles de hojas arrancadas de blocks, sentado en los cafés que imaginaba como centros de reunión en los cuales todo el mundo hablaba con todo el mundo. Avancé en la fila y descubrí al hombre, quizás el padre de ese niño atribulado del otro lado de los cristales. Una mujer, detrás de él se rascaba la cabeza con nerviosismo. Pensé en todas esas historias que circulaban entonces: la mujer que decidía llevar unos cuantos kilos de coca del otro lado, para allá donde yo iba, huyendo de la mujer con la que había soñado. La mujer revisaba sus papeles. Miraba la foto del pasaporte imitando tal vez los gestos de una foto en la que aparecía desconocida. Cuando llegó mi turno me preguntaron mi destino. París, Francia, dije. En silencio, al atravesar otra puerta me quedé mirando vitrinas, compré un cartón de cigarrillos y alcancé la sala de espera. Allí estaba el mismo hombre sentado leyendo un periódico.

Mirta González se reunió con dos hombres dos horas antes en el café El dorado, en el muelle nacional. Le dijeron que los controles habían bajado. Que no se preocupara, que en Madrid la estaban esperando. Ellos la buscarían. Nada de nervios que no hay nada que temer. Cuando vuelva celebramos bien rico. Marta no hizo caso al coqueto avance del tipo. Más bien se imaginó sola, en un cuarto oscuro, siendo interrogada por narcotráfico. Ya me da igual, pensó. Si acá no he podido y me toca pudrirme en una cárcel lejos pues así tenía que ser.



Los hoteles



La posibilidad apareció porque a él lo robaron. Desde entonces volvió a la casa de su madre

y también desde entonces las citas se hicieron siempre en lugares públicos; restaurantes en los cuales comían e intentaban besos furtivos hasta salas de cine en las que la oscuridad permitía un entrecruce de manos algo intenso. Sin embargo, después de meditarlo mucho, de hacer mil averiguaciones por lugares cómodos, no muy caros, y discretos, decidieron convertirse en viajeros en su propia ciudad. Lo que al principio pareció una simple cita para pasar una noche se convirtió, con el tiempo, en una manía necesaria, en una forma de vida de la cual sólo los haría escapar su propio juego.

La primera vez fue algo usual. Él reservó un cuarto en un hotel cuatro estrellas. Pidió garaje e intentó convencer a la recepcionista y los botones de venir de un largo viaje por carretera.

La primera noche fue tranquila. Salieron un rato por su propia ciudad pero esta vez descubriendo extrañas esquinas, mirándolo todo como quien contempla una ciudad por primera vez. A las seis él salió de su trabajo y la recogió en su casa. Tenía la cara lavada y una risa pecaminosa, algo inocente. Un beso los hizo tomar la avenida para alcanzar treinta cuadras después la puerta del Best Western. Entraron a la recepción tensos, caminaron en silencio por el suelo de mármol y se descubrieron firmando una suerte de avenir, un contrato a futuro sobre sí mismos. Cuando entraron a la habitación él se sentó sobre la cama mecido su cuerpo:

- Y aquí estamos.
- Bonito, qué bonito. Respondió ella tomándolo de la mano - ¿Por qué dijiste lo del jazz?
- No sé, se me ocurrió. Siempre estoy dando explicaciones que no me piden.

Había festival de jazz y él había decidido sumar a su pequeña maleta de diario en la que no había más que una agenda y un par de libros un estuche de flauta olvidado en un anaquel de la casa de su madre.

- Venimos por lo del festival dijo él.
- Ahh, ¿músico?

- Si, flautista. Traversa, ya sabe.
- Y toca esta noche.
- Sí, con el francés.
- Ok señor Ortega, entonces que tenga una buena estadía y un buen concierto.

Ella había abierto los ojos, entornándolos, sorprendida. Si sólo se trataba de una noche ¿para qué inventar?

Se abrazaron. Él tomó una cerveza del minibar y miró la ciudad desde la ventana. Acá vivimos, pensó en silencio. Se acostaron un rato, después probaron las llaves del baño, hasta llenaron la tina de espuma, prendieron la televisión, hicieron el amor, todo en una fracción de una hora conteniendo el tiempo, asíéndolo para extender la aventura de pagar una noche de hotel. Hacia las siete salieron rumbo al concierto. Se detuvieron en el teatro atestado, entraron y pidieron dos whiskies para calmar la sed. Ella comenzaba a sentir lo mismo que él: experimentaba un sentimiento forastero, un rumor de trenes en sus oídos, un estallido de turbinas de aviones levantándose del suelo para llevarla a otros lugares distantes.

Cuando terminó el concierto decidieron ir hasta una fiesta de uno de los colegas de él. Aparecieron sonrientes. Saludaron efusivos como si, en efecto, hubiesen pasado meses sin ver a los amigos. Alcanzaron a probar un par de vodkas mojados en zumo de limón. Ella brindó, bajando la voz, por el debut del flautista de jazz en una ciudad desconocida. Él sonrió, le tomó la mano y la condujo hacia la salida. Tomaron un taxi y regresaron al hotel abrazados, celebrando el triunfo.

La última vez se decidieron por un hotel más oscuro, menos sugestivo y elegante que los diez anteriores. El Hotel Ilusiones. Con el nombre en la cabeza durante toda una semana él decidió convertirse en mago.

- Soy mago, estoy de gira. Vengo por la presentación.

El tipo apenas si se inmutó. Les dio las llaves. Esta vez la habitación parecía más bien un apartamento dotado con cocina, dos baños, una habitación adornada por un horrible cuadro que exhibía un bodegón colorido que a su vez hacía juego con el edredón de poliéster sobre el que se acostaron. Hicieron el amor un rato y probaron otra vez salir hacia la ciudad como turistas.

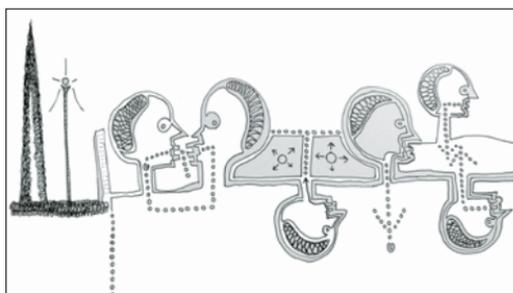
Esa noche no sintieron lo mismo.

- Las aventuras son irrepetibles, dijo ella.

Él le acarició el pelo y pensó que, de alguna manera, allí comenzaba la despedida. No se dijeron mucho. Tomaron martinis en un lugar de moda. Anduvieron por las calles desiertas. Comenzaron a experimentar, cada uno, a su manera, un aburrimiento sordo. Se fueron dando cuenta de que la aventura se acababa pronto. La emoción le daba paso a la sensación conocida de desapego. Algo molestos ensayaron diálogos absurdos tratando de alcanzar el brillo de la primera vez. Una lluvia los fue llevando hacia el hotel. Desde la esquina lo vieron deslucido. No había emoción ni posibilidades nuevas. El amor siempre trae la derrota de los días. Los dos pasaban por su segunda relación. Y de todos modos no sería la última, pensó ella. Un mago, siguió cavilando. Lo miraba andar y comenzaba a detestarlo. A ver en su espalda una joroba con la que no quería envejecer. A odiar el aliento acre del alcohol en sus besos babosos. No es que lo odiara. Es que se sentía ridícula. No había pensado que así se resolvieran las cosas. Pero así eran. Qué más daba. La lluvia aumentó.

¡A quién putas se le ocurre lo del mago, pensó él. Parece sacado de El lado oscuro del corazón . Se sintió más que cursi. Comenzó a advertir los ojos de ella clavados en su cuerpo. Esa mirada la conocía. Tenía la opacidad necesaria para pensar en la derrota. Los ojos son el espejo del alma, dijo en voz alta queriendo jugársela toda a su maldita cursileria. Ya me odias, lo sé y no dejó de pensar en eso. Como invocándolo. Como queriendo salir corriendo para perderse otra vez en las noches sin retorno. En el maldito desafuero del alcohol. En los amaneceres rotos por el dolor de cabeza. En la náusea de la espera absurda porque apareciera alguien.

Volvieron pues al hotel y esta vez, sin la emoción de semanas atrás durmieron el uno junto al otro. Nada más. Se levantaron. Pagaron la cuenta. Cada uno regresó a su casa. De vez en cuando se llamaron. Se dijeron hola, sería lindo vernos pero hoy no puedo y mañana tampoco y un beso y chau mi mago preferido y adiós bella, que te vaya benne.



Reminiscencia apache

Ver sus zapatos fue ya el desconcierto. Estaban hechos en cuero y tenían una costura justo en la mitad del empeine. Horacio Argelia estaba sentado en una de las mesas del bar La Martina, en la plaza central de Ríonegro. Era vendedor y desde hacía días se paseaba con la pesada muestra de la Enciclopedia Larouse sobre su lomo. Un maletín de cuero lo acompañaba: una suerte de perro guardián a su lado, paciente, siempre esperando. Los detalles de aquél bar lo hacían venir cada tarde a tomar un par de cervezas heladas. Se escuchaba la voz de cantantes como Julio Jaramillo y Olimpo Cárdenas. A los dos les guardaba cierta gratitud. Había crecido con una Armintha en el centro de Medellín oyendo tangos y vales. Su tía se sabía de memoria más de mil canciones. Ella había muerto diez años atrás víctima de un ataque al corazón. No pudo hacer nada para salvarla. La noche de su muerte caminó sin rumbo creyendo que jamás superaría el dolor de la pérdida. Al amanecer se encontró en una funeraria y luego en un crematorio y después en un cerro arrojando cenizas de una bolsa transparente hacia el valle.

Horacio miraba los detalles. Le gustaba encontrar semejanzas entre su vida y las cosas insignificantes. Un cenicero vacío con un águila estampada en el centro. Sentencias absurdas grabadas en tabletas que colgaban de las paredes. Un costal roto en un costado. Una silla verde a punto de desmembrarse. Por eso quizá se quedó atrapado en aquella costura precisa de sus zapatos. Era como si hubiese comprendido algo. Una línea y su significado. Una cicatriz. El tipo que los calzaba parecía llevar muchos días caminando. Tenía algo roto por dentro. Era un hombre después de todo. Estaba acodado en

la barra dando sorbos lentos a un pocillo de café. Lo sabía por los mapas que iban formándose en la loza blanca. Alguna vez había escuchado a su tía decir ser capaz de leer las líneas del café.

Eso ocurrió cuando tenía unos diez años. Iba a un colegio de jesuitas en el cual una panda de muchachos más grandes lo arrojaba una y otra vez por las escaleras por donde se accedía al claustro.

Horacio Argelia vestía un traje completo. Era gris rayado y hacía parte de la trilogía de las prendas con las cuales pretendía parecer un hombre de negocios. El recuerdo de su tía se hizo más fuerte con el segundo sorbo de cerveza. Recordó un carromato grande llegando de noche. La correría por calles negras. Una huída desesperada junto a su tía y una maleta con sus ropas. Las lágrimas eran como nueces cayendo. Tendría, quizá, menos de tres años.

De un momento a otro se vio creciendo junto a dos perros en una casona cercana a las calles Palo y Playa. En las mañanas su tía lo levantaba a las cinco y media. Le daba un perico hirviendo con una mogolla a punto de cristalizarse y lo despedía desde el vano de la puerta mientras él emprendía la caminata hacia el colegio de los curas. Por aquella frase grabada y mal escrita sobre una de las tabletas, clavada arriba del mostrador en el cual se apilaban las golosinas de paquete, pudo recordar el lema: No por madrugar más, amanece más temprano .

Incomodo, tratando de mirar hacia otro lado dejó caer con disimulo un llavero al suelo. Volvió a ver los zapatos. Los años fueron pasando entre los escalones por los cuales era lanzado una y otra vez; la soledad de aquella casona con solar a la que iban los gatos a asolearse; y la manía de no pensar en nada y quedarse horas en silencio mirando el cielo. Horacio Argelia cumplió doce años y le fue regalada una escopeta de perdigones. La suerte de los gatos aumentó. El cenicero con el águila estampada le recordó los trofeos de caza cayendo sobre el luminoso cemento del solar. Los gatos jugaban con los picos primero, luego desplumaban y daban cuenta de los cadáveres de las palomas. Jamás Arminta se enteró de nada. Era imposible que aquella pequeña perversión fuera admitida por esa mujer que con la cincuentena auestas iba y venía del norte de la ciudad, haciendo turnos como costurera en una textilera. Así que gastaba unos cuantos perdigones en una diana ajada construida con latón y cada nuevo hueco se convertía en pretexto para que su tía trajera puntual los nuevos paquetes enserados de munición.

Fue Arminta quien le consiguió el trabajo como trashumante por los pueblos de Antioquia. Al salir del bachillerato hizo una cita con un agente de una impresora en una oficina con olor a moho. Salió de allí con los primeros catálogos bajo el brazo. Desde hacía unos años empezaba a preguntarse por el paradero de sus padres a quien siquiera recordaba.

Arminta siempre trató el asunto con evasivas. Murieron, le dijo un día de cielo negro. A Horacio parecía importarle poco su destino antes del destino. Por ello tuvo una escolaridad media. Una caminata repetida a lo largo y ancho de tardes sin remedio acompañado por el silbido de la ciudad. No esperaba mucho después de graduarse. Se contentó con un pollo frito y unas papas saladas que Arminta trajo esa tarde después de la ceremonia en el salón José Asunción Silva. Ese día vistió su primer traje. Y desde entonces no dejó de lucirlos.

La cerveza iba por la mitad. Horacio sacó su libreta y contempló los subrayados en rojo. Los saldos ascendían y su sueldo cada vez corría más peligro. Su trabajo consistía en ir de puerta en puerta vendiendo pesados libros mientras inventaba pretextos para hacerlos atractivos. Casi siempre los dejaba fiados. Así que el esfuerzo de los viajes era doble: una ida para la venta, otra para el cobro. No siempre le pagaban. Cuando volvía a Medellín sin el producido, el señor Mahecha se enfurecía y le gritaba que él no había nacido para vendedor. Horacio no se inmutaba. Echaba a andar por calles y calles, tratando de pensar en mejores cosas. Acaso en el tiro a la paloma con el que se había divertido tanto durante su infancia. O en Arminta, tejiendo al fondo del largo corredor y cantando canciones como Me estoy acostumbrando. Debía ir sin demoras al día siguiente a Marinilla. El alcalde le debía dos libros de Mecánica popular. Era un tipo simpático el alcalde. Cada dos meses cambiaba el óleo sobre el cual se recostaba la silla del poder. El trono, lo llamaba. Casi siempre eran paisajes llaneros. Amaneceres cruzados por la naranja luz de un sol imposible sino fuera por la alucinación de su autor. Caballos briosos corriendo por la explanada y al fondo sombras de vaqueros perdidos en el horizonte. A Horacio le gustaban esos cuadros. Imaginaba que él era uno de esos vaqueros, uno de esos cielos, uno de esos trazos de pincel mínimo. También le gustaba el cine. Sobre todo El teatro Popular en donde pasaban películas viejas de vaqueros, indios, y algunos filmes policíacos. Podría decirse que era su único devaneo después de sus viajes. En las noches se abandonaba a la lectura de los libros que vendía. Llevaba en la última temporada, la mitad de la Larouse leída. Se divertía perdiéndose en los parajes de Arizona, o con la historia de los Aristócratas, o el perfil de Aristóteles. No era metódico. Apenas si recordaba lo leído, pero la lectura aliviaba el ruido infernal del centro, sus camiones chillones que recogían la basura, la música estridente de las discotecas aledañas.

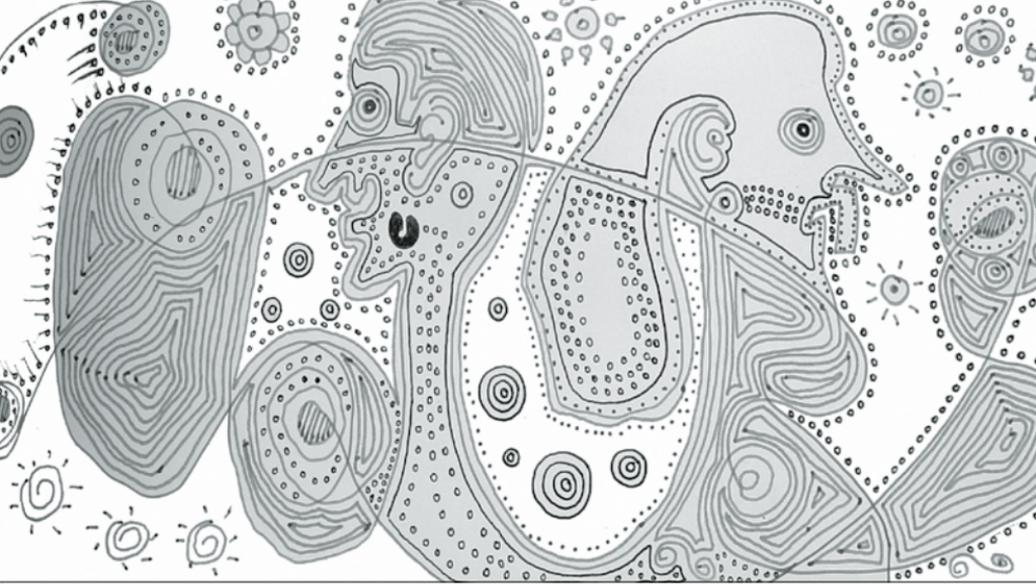
A Arminta iba a visitarla una vez por mes. Subía a la colina y se sentaba a contemplar la ciudad. Allá abajo yacía su único contacto con el mundo aparte de sus clientes. Le gustaba quedarse horas viendo como la ciudad iba encendiéndose. Los perros ladraban hacia

las seis y media y Horacio se sentía pleno ante el cielo y recordaba los cuadros, recordaba a Arminta, recordaba a los pájaros; recordaba las deudas; los viajes aparatosos por carreteras secundarias; las mañanas frescas al lado de chóferes de mula y de taxi; el olor del café recién hecho; las calles de una ciudad desconocida. Pensaba hasta en los tres muchachos de quienes jamás supo el nombre- arrastrándolo una y otra vez por baldosas heladas, las escaleras, sus huesos rotos sin fisuras. Uno podría pensar que Horacio era demasiado resistente, hecho de algo inmaterial, de una sustancia distinta a la de la vida. Acaso aquellas lágrimas derramadas la noche de la partida, habían sido el único suceso digno de contar. De todos modos, hasta este día, sentado en La Martina, en el centro de Ríonegro, no vinieron las imágenes del tropel, de la barahúnda entrando. Una voz femenina diciendo: mi querido Horacio, mi bello Horacio, mi adorado Horacio, duérmase ya. El estertor de una muerte presentida en respiraciones aceleradas tras el sonido seco de algo que explotaba. Su llanto era lo único claro. Vio a Arminta tan joven que sintió pánico. Venía ataviada con un chal negro. Lo sacó del bajo de la cama. Lo vistió. Empacó las pocas cosas del closet en una maleta triste y salieron hacia la calle donde un viejo Ford los esperaba.

Una silla rota. Otra vez los zapatos. Se demoró en los gestos del hombre. Tenía el rostro de quien ha vivido mucho. Los rasgos angulosos, las canas sin brillo. Unos ojos pequeños. Un hombre huesudo, como él. Un hombre con el cuál, a lo mejor podría trabar conversación. Se levantó de la silla y fue hasta la barra. La silla por fin cayó al suelo. Pidió la segunda cerveza.

- ¿De dónde viene?, le preguntó Horacio sin más. Me llamo Horacio, Horacio Argelia. Vendo enciclopedias, ya sabe. Tengo para todos los gustos. Ahora mismo intento vender la última que salió de Larouse. ¿Le interesan los libros?
- El gusto es mío. Fernando Argelia, dijo el hombre sin dejar de mirar su taza.

Horacio se quedó en silencio. Pretendió no volver a recordar sus pasos huyendo una noche de mucho tiempo atrás mientras el se agazapaba bajo la cama, y vinieron a la memoria tantos días olvidados que apretando el pesado maletín de cuero se levantó y, a punto de llorar, salió de La Martina a cobrar las deudas del día.



Además fue anunciada una huelga general para mañana

Un operativo en donde participan los bomberos, y un par de patrullas de la gendarmería parisina es el primer escenario en donde encontramos a Vicente Pineda. Desde este lugar, es decir, bajo el techo de hierro por el que cruzan los rieles del metro, a la altura de la Rue Miolis, no podría decirse que se trate de un inmigrante. Sin embargo, la voz de un patrullero, joven, atlético, con un pendiente colgado en la oreja izquierda, da pistas sobre la identidad del presunto suicida. En mala traducción dice algo como:

Es un loco. Se quiere colgar. Sí, eso ya lo sabemos. Pero no. Está bien. De acuerdo. Te entiendo. Si, si, si. Una treintena de años. Una cuarentena, quizás. Lo veo. Sí, te digo que lo veo. No, aún no se decide. Debe ser un extranjero. Tal vez no habla francés. Es una pena. Peor para él...

Aparentemente habla con un superior, pero la manera coloquial de tutear delata una confianza que de no ocuparnos de esta historia nos pondría a investigar sobre la clase de policía que es. A los hechos.

Son las seis de la mañana del 30 de noviembre de 1995. Un hombre, de unos cincuenta años - que no cuarenta como dice el agente-, de pelo castaño oscuro, bigote fino que redondea los rasgos de un perfil angular, patillas hasta la media oreja, y vestido con una gabardina

crema de Marks and Spencer, está a punto de colgarse de una de las vigas que cruzan el boulevard Garibaldi. No dice nada. Sólo, silencioso, parece haber preparado el acto por años. ¿Quién dio el aviso?. Eric Lapeire, guardián de noche del edificio en donde vive el posible suicida.

Relato de Eric Lapeire.

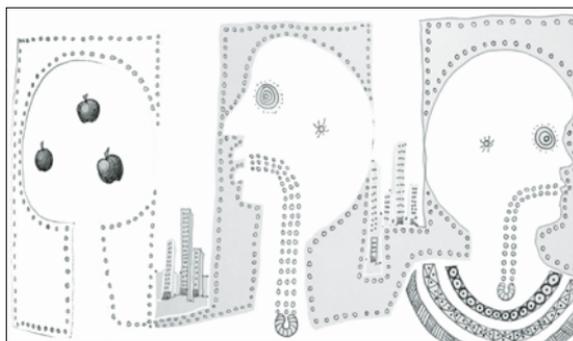
(Al fondo la imagen de N.N. atando con fuerza la soga a una de las vigas...).

Traducción:

“Bueno, sí. Conozco al señor Pineda desde que entré en enero pasado a trabajar en el edificio. El primer día me dijo que prefería a Irvine, el irlandés que me cedió la plaza. Puedo decir, si usted me lo permite, que es un hombre solitario, de pocas amistades, algo extraño, que baja tres veces al día a revisar su buzón, y que no sale mucho del inmueble. Si usted me pregunta cómo es que sé todo lo que sé, sólo le diré que entiendo mi oficio como una labor de espionaje”.

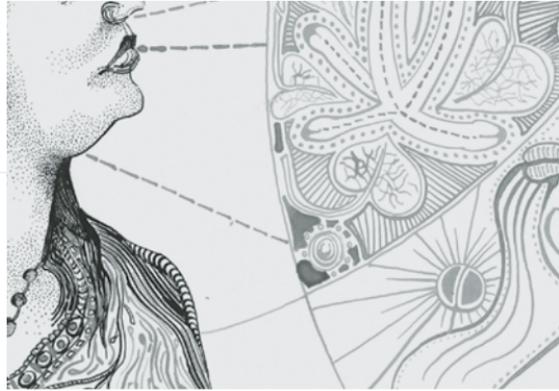
Eric Lapeire mira con pesar al recién bautizado señor Pineda. Tratamos de acercarnos pero un cordón policial nos lo impide. “Degagez, vous, degagez”, intraducible. Marc, el cámara, me cuenta su plan. Se subirá al inmueble entrando por el taller de Midas, recién abierto, y podrá hacer unas buenas tomas a la misma altura en la que está Pineda. Le hago señas al chofer para que mueva el auto. Me hace caso al comprobar que las “berenjenas” del tráfico vienen armadas con sus puntiagudos estilógrafos Bic de 10 por 10 en el Franprix.

Sin micrófono, tan sólo armado de la Casio que se está quedando sin pilas, y de una libreta en la que intento redactar paso a paso la tragedia de una vida, el suicidio de un hombre en el corazón de París, la nota humana del día, el chivazo del momento; compruebo con tristeza que las órdenes del gendarme Arete - lo llamaremos así por la evidencia- indican que nuestro señor Pineda podrá hacer lo que se le venga en gana pues ellos no pueden impedirlo sin antes llamar a un especialista.



2

Desde hace años Vicente Pineda venía pensando en prenderle fuego al buzón al que sólo llegaban recibos y promociones publicitarias. Lo pensó cuando volvió a París, un verano como siempre, y decidió quedarse para morir bajo la sombra del



metro aéreo número 15, que va desde Charles de Gaulle hasta Nation. Vicente Pineda paseó todos estos días por el boulevard Garibaldi buscando el lugar preciso entre Sevres Lecourbe y Cambronne para colgarse de uno de esos hierros forjados, ahora pintados de gris, que le traen la imagen del ferrocarril colombiano, con su chucuchucu, en el que se montaba hacia Santa Marta. Ha hecho durante ocho días el ritual solitario, acostumbrando la piel. Pensando en que el día en que le prendiera fuego al buzón, sería el elegido pues sabe bien que su guardián, -un bretón que le lleva una cabeza- es capaz de desollarlo vivo ante tal insensatez.

El guardián de Vicente se llama Eric y es uno de los pocos guardianes de París que es francés. En el pasado, fue escrutado una y mil veces en su paso por la cour o “patio” por dos portugueses viejos con los que apenas cruzó palabra y un irlandés borracho al que vio despedirse con lágrimas de cocodrilo en la entrada de su edificio un día de enero, y ahora por Eric, el marinero solitario que cuida esa primera planta con la severidad de su primer rector en un colegio de Bogotá, del que ya olvidó el nombre, pues aprendió a olvidar todo desde que decidió morir, como ya se dijo.

Vicente Pineda tiene los ojos achinados gracias a una madre provinciana, -algo morena, como venida de Laos (ver foto) -, que dejó de ver a los seis años. Su padre, que en paz descansa, abogado de renombre, sin embargo fue capaz de darle una crianza que hoy lo tiene a punto del suicidio, en la ciudad con uno de los más altos índices de Europa. No es joven ni viejo. Pierde la cuenta de los años con frecuencia, y por ello es maniático revisando la carta de residencia que le dieron gracias a su empleo como traductor en la editorial Seuil.

La idea de quemar el buzón le viene cada vez que, con inquina, comprueba que ya nadie le escribe nada sino para cobrarle. Han pasado períodos en los que se ha olvidado del asunto por estar

muy ocupado con las traducciones que eventualmente hace para su ex editorial, o para la embajada de la Republica del Paraguay, vecina suya, que suele enviarle paisanos perdidos para que, a razón de 150 francos la hoja, les traduzca las notas de una lejana y desconocida universidad del Chaco.

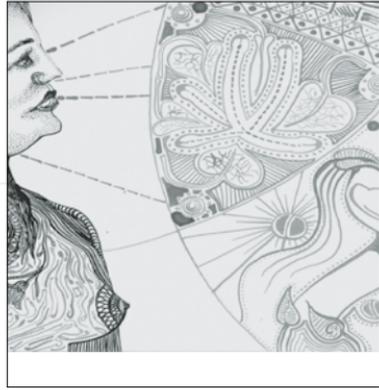
Colombianos jamás ve. Es una convicción. Una manera de forjarse el carácter. Es mejor mantener lejos lo familiar, dice que le dijo a una mujer cantábrica con la que salió a bailar dos veces: la primera, a los campos Elíseos, donde bailó La suavcita y otros éxitos de provincia, y la segunda, a un café llamado el Royal Cambronne, en donde una máquina de Pinball arrulló una conversación sobre la importancia de mantener las raíces y la identidad nacional. Desde entonces jamás volvió a frecuentarla, pues al parecer de Vicente Pineda, la identidad no tiene nada que ver con lo nacional.

Sentado en un sofá de cuero negro, algo rasguñado, con la vista fija en la copa de los Inválidos, Vicente – si nos lo podemos permitir- habla de París. Es una ciudad grande con gente exigua. No hay un francés que sepa que se puede ir en bus a Marruecos, que al desayuno se pueden comer huevos o que la primavera comienza cuando renacen las flores y no cuando al calendario se le da la gana.

Fuma desde hace años y dice que siente ligeras molestias en los pulmones. Jamás toma vino porque prefiere pasar las comidas con líquidos de verdad como la cerveza. Ha estado lejos de casarse y ha mantenido un bajo perfil desde siempre. Los Inválidos le gustan sólo cuando el sol ilumina la cúpula. La torre Eiffel la ha visitado dos veces y confiesa jamás haber subido por tener cierta impresión a las alturas. No le interesan los museos. Va una vez por mes al cine. Ese día come sushi en la Rue Pernety, mientras piensa minuciosamente en el argumento de las películas. No ha traducido a nadie de renombre, y no tiene relación alguna con los escritores. Renunció a la editorial a los seis meses de haber sido contratado y dice que jamás ha pensado en visitar su país de origen. No se siente inmigrante y tiene pocos recuerdos, entre ellos, el del tren – que es donde realmente comienza esta historia -, y el del rector gracias a Eric.

3

Han pasado seis horas desde que seguimos la noticia. Marc ya tiene suficientes planos como para armar esta noche la noticia en la sala de edición. Sin embargo, siento que estoy frente a una historia de vida. Una vida como las otras que podrá contarme porqué diablos se llega a tomar la decisión de colgarse de una viga. Le digo a Marc que bien puede ir armando el esqueleto en la sala, que lo alcanzaré en un tiempo. Quiero estar empapado de la noticia.



Ver los ángulos inusuales que se le escapan a una mala labor de reportería. Quiero esperar al especialista (¿Un psiquiatra francés?) actuando para después acosarlo con mis preguntas. Quiero tener una exclusiva con un suicida famoso. Quiero hacer un programa de una hora en donde intentaré ir al corazón del problema. Quiero ser famoso. Quiero ganarme un premio. Algo importante. Que la gente diga: “Ahí va el reportero que pudo entrevistar al suicida ese del metro aéreo”.

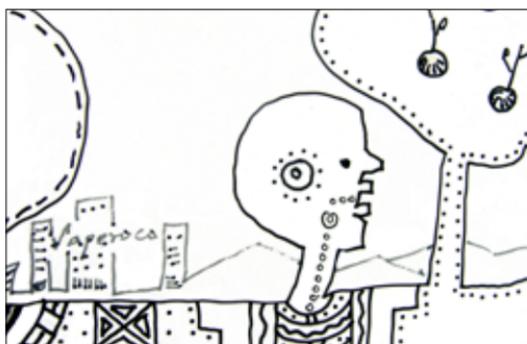
Hace tres cuartos de hora que Marcha partido. Vicente sigue caminando por la cornisa metálica. Sus pasos son como ejercicios de malabarista en un circo pobre. Arete sigue recostado sobre la radiopatrulla. Dos conductores de la RATP, o la red de metros, han llegado pidiendo una explicación satisfactoria para semejante interrupción de la línea. Al saber de qué se trataba le han dicho a esta periodista: “Estamos convencidos de que tenemos que estar con ese señor. Nos hacemos partícipes de su propuesta y aprovechamos para lanzar una huelga general de la línea 15 para mañana”. Hasta ahora no ha habido ninguna propuesta, pero ya habrá una huelga. Los metros se han detenido, ansiosos, mientras con sus bocas verdiblanco contemplan a Vicente, escrutándolo. Arete y Eric conversan como si se conocieran de siempre. Entiendo sus palabras: “Sólo un extranjero es capaz de tamaña estupidez”. Ya se sabe, tanto en el cuerpo de policía, como el cuerpo de mecánicos del taller Midas, que Vicente Pineda no se lanzará al vacío, ni se colgará –su propósito inicial-, sino que esperará la llegada del psiquiatra para contar su tragedia. Sus razones. He intentado – sin suerte- subir una y otra vez hacia el lugar en donde está Vicente. Una y otra vez los gendarmes me han detenido.

Sigo atento. El teléfono portátil no para de sonar. Marc tiene montada

la imagen. Necesitan mis textos. Pido el tiempo. Minuto y medio. Quisiera gritarles que esto vale un documental pero no me impaciento. Ya verán cuando escriba el reportaje y lo venda a alguna revista. Pero mientras tanto hay que obedecer. Un café me sirve de sala de redacción. Un viejo de bigotes manchados en las esquinas por la nicotina discute con el dueño del café sobre el suicidio. Redacto a toda velocidad. Nombre, los datos que me ha proporcionado Eric, una nota sobre el índice de suicidio en París, un acercamiento humano al personaje. Dos líneas sobre la línea quince de metro. Suena Neil Young en la radio. Me inspiro. Escribo: “Además, para mañana fue anunciada una huelga general en la línea quince en solidaridad con la causa del suicida”.

Marc llama furioso. La imagen de los conductores del metro no iba al final. “Cambia la secuencia Marc. Lo quiero tal y como lo dicté”. Después de una amenaza que apenas escucho se oye el griterío en la esquina. Cuelgo y corro. Vicente Pineda ha intentado colgarse. La policía ha subido. El psiquiatra por fin ha aparecido. Es el caos. Hay confusión general. Sí, estoy en directo. Recuerdo que no tengo cámara ni transmisor ni nada. Llamo al noticiero. ¿Les interesa que abramos en directo con esto? No. Simón Peres ha sufrido un ataque al corazón.

CICATRICES



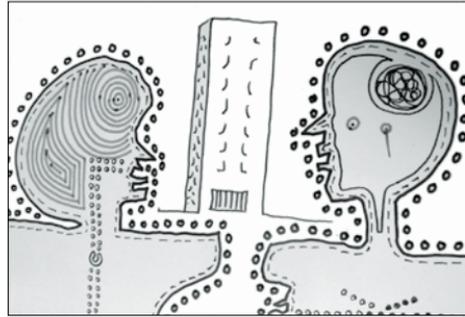
El guitarrista sacó del fondo una nota triste, un bramido que olía a tristeza vieja. Después pensó: “a lo mejor es cierto”. Estaba hundido, acabado por las cuerdas; sus dedos sangraban y ya el dueño había tomado la decisión de licenciarlo para darle su lugar a una orquesta joven que le aseguraría algo más que borrachos y mujeres insoportables al lado de la barra. Al terminar la canción decidió jugarse el último naipe y con una voz ronca cantó a capella lo que sus sucesores llamaron el break out.

Las reacciones no se hicieron esperar. Uno de los últimos amigos que le quedaban en el lugar trató de aplaudir como aquella primera noche en la que el guitarrista se estrenó como solista, pero la reacción del resto del público opacó el gesto, lo arrugó y lo pateó lejos.

Bajó del escenario descompuesto. Las piernas le temblaban y apenas si podía caminar. Sus dedos estaban cortados y un hilo casi invisible

señalaba el camino entre su cuerpo y el escenario al que iban subiendo dos mujeres en bata de terciopelo. Por fin pudo llegar a la barra. Su cabeza apareció entre la espesa capa de humo de tabaco. Saludó no sin resentir un poco el dolor de piernas. Se hizo servir un par de copas de aguardiente e hizo a un lado un plato lleno de limones. Su rostro resaltaba en el ambiente. Dicen que un hombre sin cicatrices es un hombre sin pasado. Él las tenía todas: su piel cuarteada hacía pensar en el mapa de una ciudad llena de calles diminutas.

El primer hombre soltó una ráfaga que lo hirió en el costado. El mesero, fumando aún en medio de las balas, atinó a pensar en la paradoja del retiro al ver el cuerpo del guitarrista algo más descompuesto, con los ojos revueltos y el pelo gris desordenado. Los hombres siguieron disparando un rato. Cayeron dos hombres más junto a la tarima. Uno de los encapuchados saltó y llegó hasta el lugar en donde los cuerpos aún calientes reposaban con los ojos llenos de asombro, entonces, tomó a una chica en bikini por el cuello, la amenazó con un cuchillo y la hizo dirigirse hacia la puerta.



2

Eran las once de la noche cuando el chofer recibió un mensaje por el radioteléfono de la ambulancia. Estaba sentado mordiendo el último trozo de un perro caliente y pensando en una mujer que había conocido hacía tiempos pero de la cual no recordaba el nombre. Cuando atrapó el auricular la voz de una mujer joven le indicó la dirección del lugar, además del objeto del accidente. Encendió la ford y con un chiflido corto despertó a su ayudante que dormía en la parte de atrás. Atravesaron la ciudad con velocidad constante, la sirena prendida y una concentración casi molesta que por poco los hace estampar contra un poste de cemento. Al salir a la avenida, en el cruce curvo, aquel que puede sacar a un auto haciéndolo rodar hacia afuera, un taxista les hizo señal de detenerse. El chofer no dudó en seguir de largo, y su ayudante, haciendo un gesto propio -uno de esos que se incuban desde la infancia y permanecen hasta la tumba, una señal grosera pero útil- sacó por la ventanilla la mano e introdujo el dedo índice en una circunferencia dibujada con la otra. El taxista miró al cielo y se tomó la cabeza.

La sirena alumbraba la avenida oscura. En el primer cruce del puente, la mujer del radioteléfono habló para preguntarles qué

demonios pasaba, además de agregar que se dieran prisa pues había un tipo con una bala en el abdomen, y dos hombres llenos de agujeros. El ayudante hizo otra vez el gesto, y el chofer dobló la esquina arriesgando. A los cinco minutos llegaron al bar, en el que una multitud espantada conversaba con la policía. Una de las mujeres con bata los hizo detener en seco. El chofer descendió lerdo, pesado y con sus pensamientos puestos en aquella mujer sin nombre que había conocido alguna vez. El ayudante por su parte se detuvo en el cuerpo de la bailarina, la acarició con la mirada y reposadamente, como si se tratara de un caso de rutina, bajó la camilla con el tanquecito de oxígeno que le sirviera de almohada envuelto en una toalla.

El guitarrista tenía la mirada perdida, quizá mirando alguna nube a la que le gustaría subir cuando el corazón dejara de latirle. Se sentía acabado, abandonado a su propia suerte después de haber conocido la gloria. Su boca estaba teñida de un rojo intenso que le bañaba los dientes y lo hacía toser con desenfreno. Al chofer le pareció, y así se lo dijo a su ayudante, que de todas formas al pobre viejo no le quedaban muchos días y que así se dieran prisa, lo salvaran y se fueran a dormir, el pobre tipo no viviría más de dos miserables años. El ayudante estuvo de acuerdo así que no se afanaron y más bien hicieron el trabajo en una calma que comenzó a exasperar a los espectadores. El camarero fue el primero en impacientarse emitiendo una onomatopeya quejumbrosa mientras fumaba apresurado.

Una bailarina se desmayó al ver cómo el ayudante, sin más, le clavaba una aguja, que tal vez -eso le pareció al despertar- era útil en el trato de animales pero no para el cuerpo viejo del guitarrista. La multitud, casi toda conformada por borrachos que empujaban a los policías pronto comenzó a quejarse. Al ayudante no le quedó más remedio que acelerar la marcha, disculpándose con una sonrisa falsa y diciendo que cualquiera sufría un resbalón. El chofer tomó el timón y, en la bailarina recostada sobre el andén, víctima del desmayo, le pareció reconocer a la mujer de sus recuerdos. El ayudante le dio un par de golpecitos amigables al guitarrista y la ambulancia arrancó perdiéndose en la noche. Los dos hombres muertos, no podrían ser trasladados hasta que la policía no hiciese el acta de rigor.

El doctor dormía cuando la enfermera de turno lo despertó, avisándole del caso del guitarrista. Es un hombre viejo, gastado, le dijo, de seguro no va resistir la anestesia, su corazón se va a desinflar. El doctor reconoció en la enfermera un gesto que le gustaba, un repliegue de labios que podía enloquecerlo. Trató, inútilmente, de tomarla por la cintura, pero ella solo atinó a dar marcha atrás haciendo un giro digno de una pasarela. Ya le avisé, pensó mientras caminaba por el corredor, ese es mi trabajo y no otro como él cree. Luego continuó la marcha, entró al baño

y se refrescó la cara con un pañito húmedo que la hizo sentir mejor. El doctor se levantó de la cama desperezándose y emitió un bostezo que le sacó una lágrima. Tomó el auricular de guardia y le preguntó al interno cuál era el problema. Escuchó sin atención más bien imaginando cómo sería un polvo con la enfermera que lo había sacado de sus sueños. Nunca antes la había visto pero tras tantos fracasos le parecía bien utilizar un poco su poder para lograr algo más que un paseo por el jardín izquierdo. Quizás esta vez conecte un directo, se dijo, mientras el interno seguía haciendo una descripción detallada de la herida del guitarrista. Cuando la voz cesó, el doctor le dijo que él podía con la operación, que ahí estaba la posibilidad de un cinco, aprovéchela, repitió, no todos los días estoy de humor. Colgó el teléfono y se sentó en la cama pensando en la mejor manera de acercarse, trató de imaginar un encuentro casual, pero inmediatamente se acordó de sus fracasos, cambió el gesto y se estiró en la cama.

El interno quedó paralizado con la noticia. Estaba sólo y no se sentía capaz de operar ni a un sapo. Confinado allí, en el hospital más lejano y menos visitado de la ciudad, jamás realizó la idea de atender a un herido. Un parto estaba bien, una sutura, hasta un yeso, pero operar a un tipo con una bala en el abdomen era demasiado. ¡Líquidos! Ordenó con un dejo de incertidumbre que conmovió a las enfermeras.

No era de ese modo como había imaginado que avanzaría su vida, no había entrado a la facultad para terminar como un médico de segunda en un hospital de quinta, sin embargo allí estaba, y sólo salvando la vida del viejo de sombrero -por una razón cualquiera el ayudante decidió que el guitarrista se veía más digno con sombrero- podría salir de la ratonera en la que se hallaba. Reflexionó un rato mientras el chofer y el ayudante llevaban la camilla. Sus nervios flaqueaban, decidió entonces terciarse la bata y salir a la cancha como un suplente que debe demostrar sus capacidades.

El chofer y el ayudante seguían discutiendo si valía o no la pena operar al guitarrista. El ayudante era el más reticente, no se debían desperdiciar así los líquidos cuando había tanta gente joven que los aprovecharía mejor. El chofer asentía pero no le daba mayor importancia al discurso. Tenía en la punta de la lengua el nombre de aquella mujer sin nombre.

El guitarrista se debatía entre estar viviendo un sueño o estar muriendo de verdad, pensaba que lo más factible era lo del sueño porque nadie podía morir dándose cuenta. La luz lo encandelillaba y, en el brillo de los ojos del chofer y el ayudante, reconoció su rostro bañado en sangre; una costra seca comenzaba a formarse en la parte posterior de su quijada, y tocándose el rostro pidió que le trajeran

una jarra de cerveza.

Ya delira, dijo el chofer, creo que tiene razón, lo mejor es que se quede así. El tipo, se le nota en la mirada, tiene unas ganas inmensas de morir. Si yo estuviera en su lugar no sería tan optimista, ya sabe, por lo de la jarra de cerveza. El ayudante arriesgó diciendo que si él estuviera agonizando no pediría un cura sino una revista, dudó, de esas, prosiguió, para recordar siempre a todas mis compañeras de viaje. Al chofer le pareció una buena idea y casi que pudo recordar el nombre pero la entrada del interno lo indispuso.

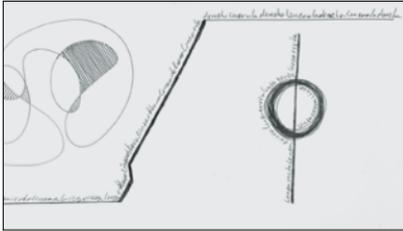
El interno entró diciendo que por qué no lo habían bañado en líquidos aún, luego gritó, algo descontrolado, que dónde estaba la enfermera. La enfermera, doctor, respondió el ayudante, ya está por llegar pero hizo un gesto pidiéndole que se acercara para decirle algo en voz baja si me permite, agregó, creo que este hombre tiene ganas de morir. Se lo preguntó usted o es lo que le parece, contestó el interno con un dejo de ironía. No, no es por eso doctor es que a nosotros El interno interrumpió. ¡Ah! ¿a nosotros? El chofer dio dos pasos atrás queriéndose librar de la situación. Sí, saltó el ayudante categórico, nos parece que el viejo se quiere dejar ir, mire nomás que en lo único que piensa es en una jarra de cerveza.

¡Inúndenlo ya! Gritó descompuesto el interno. La enfermera llegó con paso apurado, hizo un gesto de disculpa y le introdujo los guantes al interno, perdón doctor, pero me tocó ir hasta reservas, en la principal ya se habían acabado, dijo señalando los guantes. El ayudante inyectó al paciente, ordenó las mangueritas, le limpió el rostro y dejó al interno hacer mientras miraba con sorna al chofer por la traición. El interno cortó el traje gastado, pidió un poco de agua, lavó la herida y pidió instrumentos. ¿Instrumentos, doctor? Preguntó la enfermera como si jamás hubiera escuchado la palabra. ¡Sí! ¡Instrumentos! Replicó con convicción.

La herida no se veía muy bien, el interno miró con curiosidad el hoyo violáceo y, con una mirada llena de angustia retrocedió hacia donde estaban parados el chofer y el ayudante. Si no hay instrumentos ni anestesia no podemos hacer nada, dijo, creo -los miró con cara de aceptación- que ustedes tienen razón, este hombre no tiene ganas de seguir viviendo.

El guitarrista escuchaba ecos de voces y pensaba que tal vez en la siguiente esquina se despertaría sobresaltado. Caminaba con la guitarra terciada sobre la espalda, angustiado por sus dedos que ya no aguantaban más. Se miró entonces las yemas y las descubrió hechas una miseria, descolgó la guitarra y con una patada la quebró. Siguió caminando hacia la esquina

convencido de que despertaría pero antes de llegar se atravesó de pronto esa canción que tanto le gustaba, la tarareó, entró, pidió una cerveza y, sentado en la mesa más oscura, alcanzó la letra y cantó con la voz más ronca que nunca y supo que allí se quedaría, sin voltear la esquina nunca más.



El hombre del piano

Estaba sentado meciendo sus manos, palpando cada tecla, arrullando el entorno que le rodeaba. Alguien comentó mientras engullía una tostada untada de salmón que la música ambiental era de lo peor para el estómago. Indigesto quizá, el hombre del piano se levantó después de interpretar una melodía pringada de arpeggios y adornos. En la cocina le fue servido un profuso plato de camarones mientras con algo de tristeza pensaba en aquellas palabras. Algo, una extraña sensación, una desesperada caminata por el desierto, se le incrustó en lo más hondo del corazón. A él, que ya se le habían agotado los años de entrar en los bares cargado de partituras, a las academias con proyectos de jazz contemporáneo. A él, que en medio de todo se sentía un fracasado después de intentarlo una y otra vez con sus colegas musicales, que había emprendido un viaje interminable por carreteras, ríos, selvas y ciudades entre Colombia y Brasil, pasando por todos aquellos lugares húmedos y calientes no le parecía justo que alguien y sobretodo aquél hombre que engullía el pan con tanta vulgaridad se le ocurriera decir que lo que interpretaba era peor que un plato de comida rancia, o que una maldita indigestión. Sin embargo, se le ocurría que después de todo el animal de la mesa tenía algo de razón. Él también odiaba las dulces canciones que salían del teclado, la empalagosa forma que tenían las notas de pegarse a las paredes del recinto como pudines, dibujando manchas que sudaban, notas que hedían, que se confundían con el humear de platos de mariscos.

Algo confuso por el repentino calor y los afanados sentimientos que le cabalgaban en la cabeza se sentó junto a la estufa y consumió un vaso de agua. Al levantar la cabeza comprobó por primera vez en seis meses - tiempo que llevaba como “encargado musical” de La Trucha, Restaurante - que su lugar en el mundo se había desdibujado. Una sensación de haberlo perdido todo en algún punto de la carretera.

El empleo había aparecido de una manera extraña. Ya tenía varios meses de quedarse sentado días enteros pensando en innumerables proyectos musicales. El pasado, las grandes épocas de “La Academia” eran fantasmas que lo habitaban. La composición fue un asunto que poco a poco se quedó relegado a un rincón. Todos los días se levantaba y bebía una taza de café. Se bañaba, se arreglaba. Tendía la cama. Disponía todos los espacios de su casa, se esmeraba en limpiar hasta el último grano de polvo. Luego aparecía el instante más difícil de superar en todo el día: ¿Qué hacer? Bogotá estaba atestada a las nueve de la mañana. La gente ya se hallaba instalada en sus trabajos, la calle se llenaba de sol, o de lluvia pero en ningún caso de luces intermedias. Eran esos climas radicales los que en el fondo le hacían la vida insoportable, ese no saber nunca si llevar impermeable cuando el sol brillaba con la intensidad de una playa del Caribe. Eso, y el desanimo constante de encontrar la misma gente cada vez cayendo mas bajo. Toda una generación con los brazos caídos. Todos sus amigos con cara de resignados llevando bajo la piel todo un montón de recuerdos secos que se fue chupando el tiempo. Después de meditar sobre el clima y la incomodidad de tener que entablar conversaciones forzadas por lazos yertos se decidía a sentarse frente a su organeta Yamaha. Tenía miedo y era consiente de éste, le aterraba sentir la caída libre de su vida. Ya no podía divertirse, todo allí era un forzarse a interpretar, un no perder la disciplina, un no botar a la basura veinte años, tantos que se forzaba por encontrar el maldito día en que había creído tener capacidades para la música, esa mañana después de una jornada doble en el colegio Mayor De San Bartolomé, de último grado de bachillerato en que vio en la calle a un hombre rasgando su guitarra. “el crack-up, - gritaba el viejo - la grieta, el momento en que la historia de la música popular cambió de rumbo”, y castigaba la guitarra, la hacía sufrir, sacaba bramidos de tristeza de las cuerdas. Comenzaba con algo típico, una canción folklórica y la llevaba hacía algo inesperado, la trabajaba, pasaba sus dedos deslizándolos por los trastes. La voz ronca atrapaba frases al vuelo, “ la máxima improvisación - decía - un jodido jazz en las montañas, un blues en el desierto de la Candelaria, en las estepas Santandereanas ”. El hombre terminaba exhibiéndose demasiado, quizás el brandy que se inyectaba en las venas después de cada “máxima”.

Allí se quedó un par de horas. Sorprendido de la facilidad con que el hombre invocaba a los espíritus. - La vocación, se decía después, ya de regreso a su casa por la arboleda que era entonces la calle 19. Y desde ese día, sin que nunca antes en su casa, ni en su familia hubiera el mínimo de inclinación por la música decidió que aquél hombre necesitaba un pianista que lo acompañara, no era justo andar tan solo con tantas buenas ideas en la cabeza. Faltaban sólo algunos días para que acabaran las clases y él todavía no tenía nada claro. No tenía muchos amigos en el colegio. No deseaba ser ni abogado que era lo que se usaba, ni tampoco

entrar a la universidad para hacer el papel. No estaba inclinado hacia nada, no le interesaban mucho los números y con las letras cumplía por deber. Sus esfuerzos iban hasta donde las exigencias de las notas le permitían salir airoso de los controles, el resto era simple querer alardear. En su casa no tendría problemas. Vivía casi solo. Su madre atendía los turnos de la noche en la clínica de la Samaritana como enfermera. Su padre había muerto en algún punto del que no tenía memoria. Sus hermanos ya se habían marchado y a nadie le importaba mucho su suerte. Fue una noche larga. Sentado bajo la lámpara de su cuarto intentó poner en orden todo el vendaval que se le venía encima. La imagen del viejo estaba tatuada. Sus notas se quedaron como un eco múltiple en sus oídos y casi no durmió tratando de pensar en cómo iniciarse en la música. ¿Y por qué el piano? se preguntaba. Porque solo un piano era capaz de sonar tan bien como la guitarra del hombre grieta, porque se le antojaba, porque sí y no quería darse mayores explicaciones.

Los meses que precedieron el encuentro estuvieron llenos de invitaciones a tomar con sus compañeros de curso. Faltaban pocos días para emprender el viaje. Sacar a relucir el cartón de bachiller, alejarse de todos y nunca más volverlos a ver. Le parecía extraño que todo el asunto de la amistad se tratara de forzar en unos cuantos días. No era que le disgustara por completo que por primera vez lo invitaran; lo que en el fondo no podía soportar era que todas las situaciones estuvieran llenas de sonrisas falsas, de frases como “usted siempre fue un buen tipo, lástima no habernos conocido a tiempo”, “lo voy a extrañar, se acuerda del día en que estudiamos cálculo en mi casa, pues bueno, mi hermana se enamoró de usted”. Eso le fastidiaba de verdad. Las cosas importantes se dejaban para el final. Se sentía moribundo, tirado en una cama, oyendo a sus familiares diciéndole que en el fondo era un gran tipo, que no querían verlo morir, que su vida hasta ahora comenzaba. Esas borracheras se quedaron estancadas por un tiempo. Todo se iba aplacando, los recuerdos se le fueron borrando con la misma rapidez con la que habían llegado las escenas. Partes, fragmentos de una película en la que solo tenía un papel secundario y final.

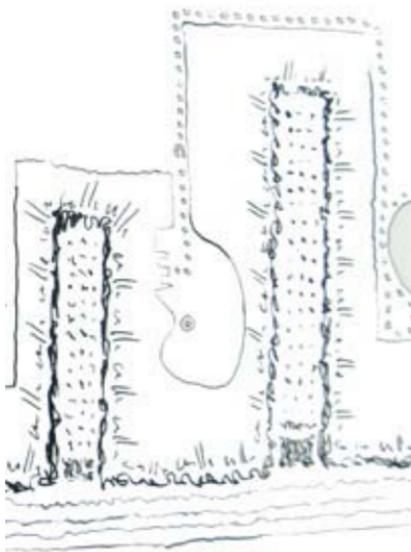
Después de mil ceremonias, ensayos de marchas marciales, himnos entonados y copas de vino regresó a su cuarto, otra noche sin tener nada que hacer, tirado en su cama mirando la pared. La idea estaba fija pero se había dormido, irritada quizá se empeñaba en no salir. Como las inscripciones ya habían pasado, y no le quedaban muchas opciones de estudio decidió que si trabajaba los primeros seis meses duro podría asegurarse una buena tajada para comprar una organeta y pagarse una buena escuela.

De mensajero en una fábrica de telas en donde las mujeres que fileteaban querían pasar ratos con él en cabinas privadas de las discotecas de Chapinero, pasó a autenticar papeles en una notaria. El encierro y una pelea con el patinador le costaron el puesto. Cuatro meses oyendo hablar de giros, cheques, importaciones y exportaciones; de sellos, sociedades conyugales, escrituras y declaraciones le bastaron para asegurarse doscientos mil pesos. Cantidad que se agotó un sábado de sol caminando por las polvorientas calles de San Andresito en un abrir y cerrar de ojos. La negociación no fue fácil. El gordo plagado de cadenas del almacén no quería bajar el precio de la organeta. Con frases reiterativas y los ojos puestos en posibles clientes le aseguraba que no encontraría nada mejor. “Recién importada, tiene mas de quinientos sonidos, además se le puede insertar disquete”. Terminó por ceder. El precio no bajo nada. Pero una sensación tan grande como un tanque de guerra se le incrustó en el corazón. Sentía el abdomen ancho, inflado. Allí estaba por fin, cinco meses después del encuentro con el hombre grieta cumpliéndole una cita al destino.

2

Se quedó inmóvil al verlo tan flaco. Era una caricatura, un trazo de lo que seis meses atrás había visto. Llevaba un abrigo color ocre y unas ojeras que le hinchaban los pómulos. Una barba crecida le daba el aire de un inspector que ha decidido abandonar el caso de su vida para dedicarse a armar aviones a escala de la segunda guerra mundial. Las manos azules lo golpearon en lo más hondo. El tipo estaba deteriorado de verdad. Si sus cálculos eran acertados el hombre de la guitarra llevaba por lo menos

una semana sin probar bocado. Un aliento ácido le rozaba la nariz cada vez que el hombre emprendía otra melodía. Sin embargo, todo aquél desastre no había bastado para hacerlo rendir. Sus ojos tenían la fuerza necesaria para recordar que alguna vez había estado en el ring frente a los mejores. Quizá eso le bastaba para emprender la caída libre. Quizá la noche en que venció con sus mejores combinaciones se decidió a dar el único paso que le falta a la gloria para estar completa, para cerrarse en un círculo perfecto: la derrota. Y, como un pájaro se había lanzado sin miedo hacia el fondo del gran abismo. Ahora estaba allí, frente a sus



ojos, un hombre valiente, un hombre que no había temido morir al triunfar. Todo eso se le cruzaba por la cabeza. Eran fantasmas de alguna gran época dorada, guitarras blancas que se tocaban solas, grandes aplausos y al fin, un rostro con una gran sonrisa que lentamente se convertía en una mueca de payaso triste.

Abordarlo no fue fácil. Debía convencerse de sus argumentos. El guitarrista estaría aún más borracho cuando, al caer la tarde, él se decidiera a decirle que necesitaba de su ayuda, que él era su verdadera vocación y la música solo un aditamento. Esta idea le parecía extraña, estaba fija, decirle que la música era un aditamento, una porción de todo lo que lo había llevado a decidirse en la vida podría costarle la antipatía y el desdén del viejo. Se quedó allí parado durante horas. Buscó su mirada sin éxito y al fin decidió que lo mejor era sentarse en las gradas del Congreso a esperar que el hombre terminara. El sol manchaba las paredes de una manera lechosa. Esos edificios eran lo único que había visto en su vida. Su colegio estaba justo enfrente recordándole todo aquél esfuerzo al que se había sometido para encontrar por fin algo que valiera la pena. Distráido con las columnas y la gente que se apresuraba hacia la calle saliendo de las oficinas pasó otro buen tiempo del atardecer. Varios colegiales desviaron su atención. Estaban vestidos para recordarle con sus vetustos uniformes que en el fondo siempre estaría parado en una inmensa cancha escuchando con desgano las palabras del rector. Salir no era necesariamente haber logrado escapar del desánimo de todas esas tardes juntas, acumuladas en su cabeza como una enorme montaña de aburrimiento. La perspectiva de abordar al hombre entonces se diluyó y con las notas de la célebre Summertime se alejó de la plaza sintiéndose un pobre miserable.

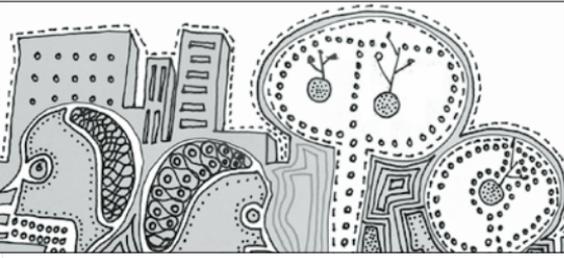
Durante los siguientes meses anduvo las mismas calles buscando la fuerza necesaria. Una y otra vez se decía que hasta que no pudiera mostrarle al viejo algo, un poco de agilidad con las manos todo sería un fracaso. Se ejercitó, movió los dedos, cruzó el teclado de este a oeste con sus dedos. Buscaba agilidad, movimiento, no melodías. Estaba convencido que con el tiempo las notas se juntarían. Por el momento solo le interesaba aflojar sus torpes manos. Ingresar a algún tipo de clase con algún tramo recorrido. Nada de notas, puro malabarismo con los dedos. Una tecla negra, una blanca. El circo de las manos y las teclas. En las noches trataba de consolarse con las notas que sacaba una vieja grabadora. Había logrado juntar varias grabaciones de pianistas memorables. Theolonius Monk, Chick Corea, Herbie Hancock, Albert Dailey, Andy Laverne...

Las notas le fueron atravesando la piel. Sus días se llenaron de algo parecido a la esperanza. Una sensación que jamás había

experimentado. El impulso lo conducía una y otra vez al teclado, el acelerador a fondo y la gran carretera vacía solo lo hacían pensar en ver el día en otro paraje desconocido y cuando no hubiera mas tierra entonces si que se lanzaría sin miedo a navegar.

No pasó ningún día en que caminara con afán hacia la plaza. Si quería continuar con tan buen viento debía vigilar que el viejo tuviera algo con que comer. A veces le enviaba un billete arrugado con alguno de los colegiales. A veces pasaba demasiado rápido para ser descubierto y tirando la bola de plata en la tela del viejo apretaba el paso y regresaba a su casa. Lo vigilaba y no quería ser descubierto. El viejo se convirtió en el aliento diario, en la estación de gasolina en la que se bajaba del carro y estiraba las piernas.

Por fin estaba listo para empezar a estudiar en forma. Había logrado la sincronización perfecta para lanzarse al mar. Su madre descansó cuando le dijo que necesitaba para matricularse en la universidad. No hubo grandes preguntas, ni gestos de alegría. La noticia se valía sola. Los días no fueron menos duros que aquella tarde en que regresó con las palabras en la boca para decírselas al viejo. Otra vez la montaña de aburrimiento apareció. Los días eran pesados. De las clases de armonía, a las de solfeo, a las de apreciación musical. Movimientos más difíciles en los que sus manos acostumbradas a la acrobacia se hinchaban, se enfriaban y no respondían. Los paseos a la plaza comenzaron a distanciarse. Si no tenía la fuerza para interpretar no se acercaría nunca más, eso lo tenía muy claro. No podía ya presentarse como alguien al que le apasionaba su forma de tocar la guitarra, como alguien que había encontrado su verdadera vocación gracias a su astucia con los trastes. Demasiados días sólo, atacando el teclado lo separaban de la primera sensación. Necesitaba, si quería hablarle, una prueba, una buena pieza, algún atisbo de genialidad que se cruzara por el medio de sus dedos. Y ese día se demoró mucho más de lo que jamás imaginó. El primer semestre en blanco. El segundo las cosas mejoraron pero no como para tener algo interesante que mostrar. Fue un año pesado, lleno de días negros en los que la fuerza se alejaba a toda velocidad en el auto que él alguna vez había conducido con tanto impulso.



3

La plaza estaba llena de voces. Los viejos alimentaban a las palomas y un joven caminaba encima de una plataforma cubierta de vidrios. Varios grupos

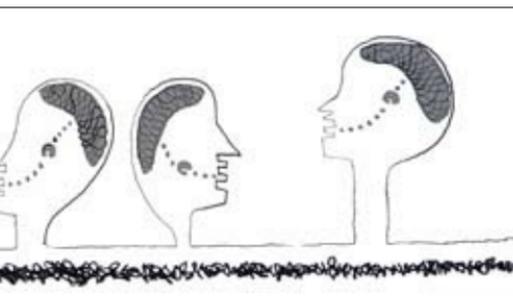
de estudiantes diseminados apuntando quizás una tarea, o quizás preparando un complot para asesinar al profesor de matemáticas le robaron el valor del primer llamado. ¿Qué le iba decir? Oiga señor, ¿puedo invitarlo a tomar una cerveza? Y cuando estuvieran sentados, él con un sudor de manos insoportable y el viejo relamiéndose por un sorbo de alcohol: quiero decirle que lo admiro, que por usted comencé ya hace un año y medio a quebrarme las manos atacando un teclado, o mejor déjeme decirle que mi único sueño es poder tocar algo con usted, no crea que toda una noche, tan solo una canción, un pedazo de melodía que me devuelva el valor. ¿Sabe qué señor? He intentado miles de estrategias para aprender, para llegar hasta usted, para tener el valor de mirarlo a la cara y decirle que no puedo más, que me retiré de la maldita academia, que hay buenos hombres que piensan que la música es disciplina y que yo me he rebanado los sesos tratando de aguantarlos pero que han terminado por producirme asco. Además lo que yo quiero no es ser un académico, yo quiero viajar, irme de aquí, aprender en la calle, escuchar la música de la vida y no la de los salones y hasta hoy me he contenido, y ¿sabe por qué? Porque lo estoy esperando, porque necesito que usted me diga que no sirvo para nada, o que tenga esperanza, o que la esperanza se pierde el día en que uno toma decisiones y que no hay nada más, que lo que sigue sobra, deja de importar cuando una ya tiene fijado su punto de llegada. O simplemente que usted piense que yo no soy sino un jovencito como todos que cree que algún día será grande porque se esfuerza en serlo, pero que eso no basta, que hay que dejar que las malas rachas acaben con uno para entender que de ahí en adelante todo lo que sigue no podrá ser peor.

No pudo decirle nada. Todo el monólogo que había inventado se derramaba encima de la mesa del café junto con la espuma de su cerveza. Estaba allí y mientras consumía sorbo a sorbo la maldita cerveza se decía que era un imbécil, un cobarde. Necesitaba partir. Dejarlo todo y buscar en otra parte, desprenderse de la sensación de que los dados estaban cargados con pedacitos de plomo; que por más que lo intentara una y otra vez la casa siempre ganaría.

Salió caminando despacio con las burbujas recorriéndole la cabeza,

caminó las diez cuadras que lo separaban de su casa. Metido en su cama dejó que todo se aplacara, tratando de forzar al olvido a que viniera y se implantara como un marcapasos, una partícula artificial que le brindara un mínimo de tranquilidad.

Al levantarse no pensó en el día anterior. Tendió la cama, tomó algunas partituras regadas por el piso, saludó a su madre que entraba con ojos cansados y subido ya en un bus repasó la interpretación del día. Decidido a olvidarse del viejo mientras no tuviera entre sus manos una prueba suficiente entró al salón, puso las partituras sobre el atril, sacudió los dedos e interpretó como nunca. El gesto del vejete que revisaba la audiciones no fue gran cosa pero él sabía que había estado bien, muy bien, mejor de lo que nunca había imaginado. Y como las rachas de derrotas en línea estaban desapareciendo sabía que podía apostar con lo que le quedaba en los bolsillos. De una pizzería en el norte interpretando con una orquesta merengues y canciones colombianas, pasó a un cuarteto de jazz con compañeros de la universidad. De ese punto a ganar algo de dinero, ocasional pero gratificante, reunió todos los esfuerzos y un día de marzo en una sala oscura, llena de asientos rojos interpretó la audición final con la cual logró desprenderse para siempre de un primer fantasma al que había tenido que golpear de frente y al hígado; sin compasión, invadido por la rabia del perdedor que sabe que sus oportunidades están contadas.



4

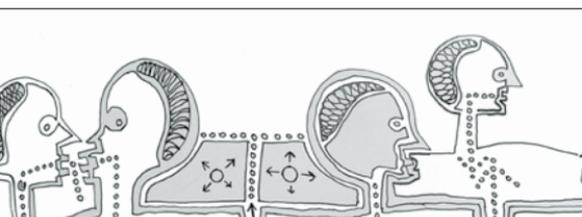
Sabía que aquella audición era solo el principio. Sabía también que los ojos de su madre se llenarían de lágrimas al decirle que había logrado estar ya dos años

metidos en las aulas de una universidad y que su presente, lo que antes era un futuro diploma para su madre estaba lejos, muy lejos. Así que llegó un viernes con las manos en los bolsillos y un ligero tufo a cerveza. Dispuso la sala de tal manera que su organeta quedara instalada para una suerte de concierto y esperó con paciencia a que su madre llegará, temprano como siempre, con los ojos cansados por una intensa noche de camillas y heridas para iniciar la despedida.

No fue fácil. Nunca lo es. Partir de súbito, con la tristeza en el alma por saberse condenado de ahí en adelante a partir lo llenó de una amargura inimaginable. Su madre, apenas había soltado un par de quejidos dejos, una sonrisa que se quedaría grabada para siempre y un beso que ahora en la inmensidad de la mañana le dejaba un sabor dulce. Despedirse para siempre era una necesidad, pensaba mientras la caminata lo conducía por la carrera séptima hacia la 26. Un imperativo para lograr lo que se había trazado. Debía escaparse, ahogar el recuerdo de todo cuanto lo rodeara para protegerse del miedo de la distancia. Su vida, que ya llevaba veintitrés años y corriendo, estaba de alguna manera marcada por la sensación de que alguien siempre partiría dejándole un sabor amargo en el alma. Si no existía en su corazón el valor para montarse a aquél pullman que lo llevaría a Villavicencio, y de allí a innumerables rutas terrestres y fluviales, no existiría jamás ese momento en que decidiría de una vez por todas hablar con el hombre-grieta. Cuando subió al colectivo que lo llevaría hasta el terminal, una lluvia triste comenzó a disolver el occidente de la ciudad cubriéndolo de bruma. Su pasado iría derritiéndose de igual modo y sus recuerdos quedarían en otro lugar distinto al del nudo que se agrandaba en su garganta y al latido apresurado de su corazón.

“Madre, me voy. No sé si vuelva. Aquí está la prueba de que voy a poder defenderme”. Sacó sus manos calientes de los bolsillos de su chaqueta y tocó primero una introducción y después una melodía feliz. Era suya. “Es mía, le dijo, la compuse porque tenía que decirle con música lo que no puedo decirle con palabras”. Se despidió después de un abrazo. Su maleta roja, con las partituras descansaba en el corredor de entrada. La imagen última lo atemorizó pero sus pies no descansaron hasta subir al colectivo primero y después al pullman.

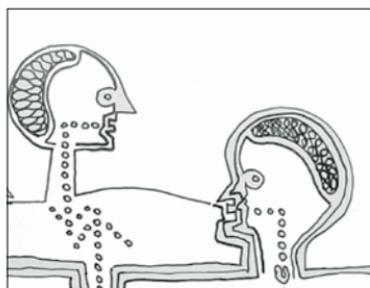
Las carreteras siempre le parecieron metáforas de lo que llevaba dentro. Sin embargo, dejar atrás Bogotá comenzaba a atormentarlo. Las montañas serían una falta definitiva, algo irreparable como su casa y su madre, y el viejo hombre al que el brandy le devoraba la voz sorbo a sorbo. Trataba de no pensar en la música, ni en sus planes. Llevaba entre sus papeles dos direcciones y referencias vagas de lugares en los cuales podría pedir refugio si las cosas se complicaban. Los nombres de las ciudades le gustaban, le daban la sensación de que tras la tristeza tendría que haber algo más. Curitiva y Manaos. No sabía nada de ellas, la intuición le decía que lo mejor era salir por las fronteras que esperar un golpe de suerte para un viaje lejano.



5

Las carreteras le dieron paso a los ríos, la organeta fue reemplazada por inmensos pianos de cola en mansiones de potentados amazónicos. Año y medio después, se dedicó a buscar a esa sombra que lo perseguía. Nunca lo encontró. Solo, con la imagen de un entierro cruzándole la cara, ya 25 años, y la torva manera que tienen las calles de Bogotá fue desistiendo de alcanzar la meta. Ahora se trataba de sobrevivir. Y allí estaba, terminando ese plato de camarones con salsa rosada, las partituras de Richard Clayderman en una pequeña maleta, interpretando los pedidos de señoras que lloraban con un viejo bolero, o de pequeños sabios que le pedían un Bola de Nieve como si se tratara de un helado. Comprendió que su búsqueda había terminado ahí, en ese instante, que él comenzaba a ser ese hombre, su prolongación, una sombra a la que sobrevendrían nuevas sombras.

La vida siempre estaba en otra parte



Cruzó la calle casi sin mirar. Prendió un cigarrillo antes de intentar encontrar la llave indicada, aquella que se deslizara dentro del mecanismo y abriera el candado y le diera paso a la cancha. Se acomodó recostándose contra un poste de la luz y meticulosamente revisó una por una las piezas. Encontró por error - porque allí la casualidad estaba gastada - la de su casa y una lágrima lo alcanzó. "Será el frío" se dijo mientras pitaba el cigarrillo y su cara se iluminaba por la brasa del mismo. Escogió entre dos y las empuñó con algo de rabia. Sus manos estaban gastadas, heridas y un padrastro le molestaba el pulgar, haciéndolo sentir incómodo, harto. Acertó con la primera y soltó la cadena mientras un ruido sordo cubría la avenida por la que había acabado de cruzar.

Con el cigarrillo aún entre los dientes abrió la puerta y un eco se soltó de pronto, un estrépito frío y solitario. Cerró tras de sí la puerta y se dirigió por el pasillo central a la explanada.

Ya había pasado la mala temporada. Ya había cruzado el desierto tan temido. Había olvidado también esa manera ensimismada que lo perseguía desde que habían decidido quitarle la oportunidad de jugar una última temporada. El equipo, al que había servido con una determinación de integrista lo dejaba en la calle, haciéndole saber a través de una llamada telefónica que ya otros delanteros juveniles estaban negociando y que lo mejor, debido a su edad y a su forma de jugar, era que se retirara con dignidad de las canchas.

Al colgar el auricular y mirar en la pared el cuadro deslucido en el que se detallaban sus mejores jugadas, pegadas allí, en forma de collage de triunfos, de momentos grandes, de salidas decorosas, se dijo que la vida estaba siempre en otra parte. No de otra manera advertía cómo esos triunfos habían pasado por su vida de un modo tan efímero. Les había restado importancia por la avidez de seguir recortando fotos de los periódicos cada lunes después de los partidos. Un suspiro exánime se le escapó sin más y su cabeza se hundió en el inodoro. Vomitaba todo lo que había ganado, le devolvía a las cañerías eso que algún día había guardado con recelo; los triunfos que nunca pensó tuvieran que ser repuestos.

Se vistió rápido y salió a la calle con un sabor amargo en la garganta, se sintió peregrino, sin saber qué hacer, sin tener un entrenamiento enfrente, sin vestir una sudadera. Luego, mientras un bus pasaba pensó que todos los triunfos del mundo eran solo derrotas adelantadas y que lo mejor era darse por vencido, sin reclamar, sin pedir otra oportunidad. Recordó la frase del dirigente; “retiro digno” y en cambio adivinaba un “retiro desapercibido”, soterrado. Un licenciamiento anunciado directo sin mayores contratiempos.

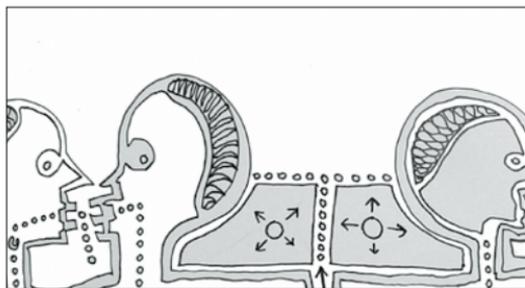
Dejó el equipo sin decir nada, se encerró en su casa con un transistor a escuchar resignado cómo la nueva temporada traía nuevas figuras, equipos sorpresa, y técnicos relevados. Casi nunca salía, desconfiaba de cualquier posibilidad. Cobraba con la puntualidad de un muerto de hambre el cheque de cada mes. No jugaba. No le interesaba volver al estadio. Tendría que saldar las cuentas. Dejar que el tiempo corriera para que con esa sucesión llegara el olvido.

Así que un buen día apagó la radio y se echó sobre la cama tratando de ensordecir los gritos de la tribuna que aún lo pedía. No era de esa forma como se había imaginado todo aquello, nunca pensó en la posibilidad de que algún día aparecería esa negra experiencia del retiro, de quedarse en el aire, sin vida propia pues toda se la había

entregado a las canchas. Algunos muchachos del club se acercaban a su casa y le daban palmadas de compasión, o cambiaban de tema, le hablaban de todo y de nada, se apesadumbraban; otros lo miraban con desprecio. Entonces cerró las puertas y nadie volvió por allí, se sintió grande otra vez, recordó uno por uno sus goles, se dijo que nadie podía quitárselos y después de muchas horas de desvelo, con los dedos cubiertos por la nicotina de los días; se sentó en el balcón y preparó su desquite.

La tormenta se soltó antes de que pudiera pisar la pista atlética. Todo salía como lo había imaginado. Caminó con paso firme, atreviéndose a mirar hacia las tribunas vacías, sintiéndose otra vez un goleador, una figura reconocida, recordada. El olvido de aquella tribuna se le metió en los huesos como un frío que lentamente se convirtió en calor. Trotó un poco por la pista, los pies se le embarraron con la arena que se convertía en fango. Alzó la mano para pedir su entrada. El arbitro lo autorizó y corriendo hacia el centro del césped, alcanzó la circunferencia, se acostó sobre ella, sintió placer de que la lluvia le hubiera regalado el momento. Alzó la mirada y el cielo estaba mas negro que nunca, sin un resplandor siquiera, cerró los ojos y con una patada seca buscó el ángulo del arco. El balón giraba sobre sí mismo, dejando las manos de un arquero vencido una y mil veces, y él, impertérrito, ya corría hacia la tribuna vacía, con los pantalones enlodados y los pies mojados, aguardando el grito de una multitud inexistente. Entonces, sonó el disparo.

Así que está es la historia



Llegaba todas las mañanas y pronunciaba el mismo discurso con variaciones. Sentía que esa sentencia era fundamental para seguir viviendo el desolado invierno que nos traía a todos hasta la Universidad Saint Dennis, con las caras destrozadas por el viento, y las manos llenas de morados por el embate de la tempestad. La calefacción no funcionaba y Raschid, un magrebí delgado, venido acaso desde la estival Argelia, daba patadas al refractor mientras pronunciaba improperios en árabe contra la maldita máscara blanca del aparato que apenas nos proporcionaba calor.

Entonces, después de los saludos inaudibles, de las cabezas que se movían imperceptiblemente en el silencio de los corredores, veíamos

llegar al profesor Premar, ajustando bien la carga de pesados libros en su maletín de cuero, flanqueando el mutismo de las nueve de la mañana, como venido de las sombras de una cueva que no conocí sino después, cuando, me permití, con todo el aburrimiento encima de una jornada desolada por delante; seguirlo por corredores imprecisos, por bocas de metro inenabrigables, hasta ese lugar en donde comprendí que, en verdad, que el profesor Premar era un hombre triste, que llevaba la vida y ese maletín como se lleva una rutina. Lineal, cansada, incómoda.

- Estamos ante la evidencia misma, de que la poesía de Borges...

Lo contemplaba proferir esas palabras con el cansancio de un estudiante eterno que, como yo, había querido adquirir la profesión de escritor a través de los cursos de literatura. Llevaba ya doce años yendo a salones como esos, oyendo toda clase de discursos, escribiendo composiciones imposibles sobre la poética de Manuel Puig, el exilio y el reino, dos metáforas en Carpentier; la política y la literatura en una obra de Ismail Kadaré; Dos miradas al primer Mishima; La novela negra, ¿apología del crimen?, o Godard y CocaCola: Don DeLillo y nuestro propio imperio del mal.

Llevaba, como dije, años haciendo la fila en las cafeterías atestadas de universidades, junto a escritores de envergadura, o a estudiantes simples que componían haikus de cinco líneas (¿?) en servilletas arrugadas. Y nada que me hacía escritor. Nada que comenzaba esa hilarante manera de pegar las palabras tantas veces citada; ese grifo que se abría y por el que comenzaba a brotar un manantial de palabras que tendrían que ser corregidas, pasadas a máquina, enviadas a una editorial para que un editor contemplara apenas unos minutos el título mientras hablaba de una cena con el premio de novela de turno. Nunca había escrito nada, hasta que apareció este texto; se me ocurrió, claro, que la vida de todos los días no es sino el vacío y el recuento absurdo, el devaneo, la insensatez de no quedarse quieto. Había escrito en mi cuaderno las experiencias que ya avanzado en mi treintena no había alcanzado a realizar y que, quizás, habían sido definitivas para no haber podido escribir.

Luego las borré gracias al consejo de un amigo que me advirtió que las enumeraciones en los cuentos no siempre son afortunadas. Ante la sentencia le dije que no intentaba escribir cuentos ni nada por el estilo. Mi pretensión era bien distinta. Se trataba de seguir al profesor Premar; convertirme en su sombra; tratar de entablar una relación entre su rutina y la mía; entre mis paseos a lo largo de Los Inválidos con las manos ateridas y la cabeza en otra parte: en Bogotá, en Colombia, en los gestos de los cuales provenía. Al fin y al cabo el venía de Argentina y por alguna razón yo pensaba que su nostalgia

era peor que la mía; que sus tangos eran más sinceros que mis recuerdos bañados en vals andinos.

¿Cuáles eran los requisitos para convertirme en escritor? Los he ido desdeñando con el tiempo. Ahora me interesaban más los requisitos para convertirse en alguien como el profesor Premar. Llenar las formas para perderse de la vida en un invierno y creer que se puede estar en un salón ante un puñado de inmigrantes que intentan desentrañar los sentidos de una obra ajena.

Eran las once y media de la mañana. Miraba mi lista de requisitos. El profesor, circunspecto, profirió un último discurso sobre Artl. No recuerdo por qué terminó hablando de Los siete locos, pero sí, que en ese instante pensé que debía seguirlo. Seguirlo estrictamente. No para contar una historia. Tal vez para pasar un rato en medio de la maraña parisina y sus circulares vías. París. Estaba al otro lado, cruzando la Porte de Saint Ouen, atravesando por debajo los suburbios en los que vivían los magrebíes y africanos.

Cuando decidí seguirlo me imaginaba con claridad lo que iba a encontrar tras subir al metro. Viviría en un suburbio junto a una mujer francesa. Tendría un computador viejo en el que iría haciendo anotaciones de sus lecturas. Tendría esa espantosa costumbre francesa de ir puntual hasta el café de la esquina para agenciarse un café y pondría sobre la mesa las mismas monedas. Y luego dormiría sobre un canapé preparándose para un nuevo día: un día igual, un día frente a nosotros profiriendo frases inmutables a lo largo del tiempo.

El profesor Premar salió y se detuvo en el puesto de revistas (con panadería incluida). Se comió dos croissants mientras miraba *Le monde*. Luego, sin quitar los ojos de su lectura se introdujo como una sombra en el tren.

Lo observaba y me preguntaba qué sentido tenía seguir a un tipo a través de una ciudad. ¿Qué podía encontrarse uno por el camino en una rutina de cualquier hombre? Los mismos pasos. Todos comemos croissants, y leemos el periódico. Todos vamos hacia nuestras casas luego de nuestras jornadas. Todos andamos con los ojos puestos en las lecturas del día para no mirar a nadie. Es lo usual. Me pregunto ahora, también, qué sentido tiene contar esa rutina maquinal. Las dudas siempre nos asaltan en el peor momento. Pero, si hubiese habido en ese día de invierno - ya lo dije- algo imprevisto, esa historia valdría la pena ser contada. Y lo hubo. Tengan la seguridad de que lo hubo.

El profesor Premar bailaba en un club nocturno. Se desnudaba, quitándose cada una de las piezas de cuero que cubrían su delgado cuerpo venido desde la Pampa. ¿No se suponía que debía existir un clímax? Es decir. Yo debía haberlo seguido con mis palabras. Describir sus gestos. Ahondar en su personalidad atormentada. Debí haber introducido a mi querido profesor Premar como un maniático. Debí haber encontrado algún gancho para explicar que era un reprimido. Ese hubiese sido el buen cuento. (Algo como: ¿Saben algo? La vida de todos

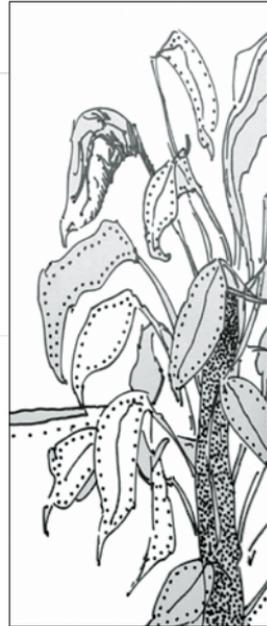
los hombres tiene siempre una sombra y yo descubrí una y estoy dispuesto a contarla).

Todo salió mal desde que fui descubierto. El profesor sentía mi aliento. Esperaba que se acercara. No lo hizo. Siguió mirándome durante todo el trayecto. Me invitó con la mirada a seguirlo. Entró a una brasería. Mientras yo revolví mi café negro él saboreaba su jugoso steak. Y seguía insinuándose. Yo era un escritor allí. Mirándolo. Esta era mi primera historia. No tenía derecho. Tomó dos copas de vino. Pagó su cuenta. Pasó a mi lado y me sonrió. Eran casi las cuatro de la tarde. Puse dos monedas con prisa sobre la mesa de fórmica y atravesé la avenida. Luego, con los ojos puestos en cada esquina de un bar supe que ese hombre que me enviaba besos desde la tarima era mi querido profesor Premar. Salí con el ánimo en el piso. Y pensé, o creí, o medité (¿cuál es el verbo?) y me dije esta es tu oportunidad para inaugurar en el mundo de los relatos cortos e inesperados. Ve hacia allá. Carga los párrafos de adjetivos. Mantente alerta. Engrandece al profesor Premar. Él es un héroe de nuestro tiempo. (No lo creo).

Así que esa es la historia. Me ahorré todo el circunloquio. Presiento que salió bastante mal mi primer ensayo. Esa es la escritura. Intuyo que seguiré escribiendo las razones por las cuáles jamás podré ser escritor. Hasta no serlo. Y morir. Y que mis hojas se pierdan en alguna esquina de esta ciudad mientras otros profesores son seguidos por sus alumnos o al revés. Mientras las composiciones sobre Beckett, Brecht, Joyce o Rulfo sigan llenando los basureros y al reciclarse se conviertan en nuevas hojas, límpidas, dispuestas a ser ultrajadas por otros bolígrafos y algún día, un editor decida que ésta es una obra maestra.

Galdames espera el tren

Galdames vive de cosas así, ha dicho su madre varias veces ante las repetidas ocasiones en las cuales ha sorprendido a Galdames midiendo los marcos de las ventanas; las puertas de entrada de todos los cuartos; las escaleras de la casa; los jardines vecinos; los pétalos de una margarita; las líneas que separan los carriles de su calle; los tapetes persas; las vitrinas atestadas de



platos de miles de colores; las diferentes mesas de la casa; los trajes de su padre; las faldas suyas; los cuadernos escolares; los vasos en la estantería verde; las baldosas de la cocina; entre muchas otras cosas que mide Galdames de las que su madre apenas tiene idea.

La madre de Galdames vive todo el día sentada en la sala de estar pensando en su difunto esposo, el padre de Galdames. De vez en cuando teje, o ve Zafiro, una telenovela mexicana con la misma trama que todas las telenovelas mexicanas. Siempre viste de negro. Se levanta desde las cinco de la mañana. Se da una ducha. Baja las escaleras y enciende la radio. Sólo utiliza el dial A.M. Hacia las once grita: Blanca, haga pollo. Blanca, haga ensalada. Blanca, haga papa chorriada. Blanca, haga ajiaco. Y Blanca, que es una señora vieja, tan vieja que sus manos son un mapa de líneas confusas contesta: Si señora ya escuché. O: no señora, no hay pollo.

A Galdames le gusta levantarse tarde. Hace pereza de diez a once. Pide que le suban el periódico. Se sienta en calzoncillos y se rasca y se deja marcas en la piel. Se siente mal casi siempre pues sufre de un bruxismo acelerado que ha terminado por destrozarle un par de muelas. Hace ejercicios maxilares: abre mucho la boca una y otra vez hasta experimentar cierto alivio por la fuerza apretada de su mandíbula. Luego viene la terapia de gases: Galdames dice que expulsar los gases es la mejor manera de comenzar el día. Por ello flexiona las piernas y recostándolas contra la pared se da golpecitos en el estómago. A las once en punto oye a su madre decir: Blanca, haga pollo. Y Blanca contesta: si señora ya escuché, pero no hay pollo.

Entonces Galdames sale de su cuarto con el periódico a medio leer. Saca la cabeza por el hueco de las escaleras y grita: ya me levanté. Blanca contesta: ya le subo su jugo. Galdames cierra la puerta del baño, se quita los calzoncillos y el esqueleto blanco y contempla su cuerpo desnudo ante el espejo. Se espanta ante su naciente barriga y se da golpecitos en las estribaciones del ombligo. Limpia el bizcocho del inodoro y se sienta. Abre la sección deportiva y se demora pensando qué diámetro tendrán las ollas en las cuales Blanca cocina todos los días. Galdames baja el agua del baño y escucha el tintineo de la bandeja. Sabe que, al salir, casi morado por el efecto del agua hirviendo sobre su piel, se refrescará con el jugo helado de zanahoria con naranja. Caminará hacia el cuarto jugando con sus chancletas de caucho y silbará alguna canción vieja en memoria de su padre, el señor Galdames, quien antes de ir a trabajar siempre silbaba boleros.

En la sala de estar la mamá de Galdames hace también crucigramas aunque no se le da muy bien. Un diccionario deshojado es fiel

compañero. Ella hubiera preferido un perro, o un gato pero Galdames se negó rotundamente a que su padre fuera reemplazado por un animal. La discusión fue así:

- Mijo, ¿usté no cree que deberíamos tener un perro?
- ¿Un perro? ¿Un perro para qué mamá?
- Pues para que nos cuide, fíjese que el barrio está muy inseguro.
- ¿Inseguro? Yo no he sabido de nadie a quien hayan robado, mamá.
- Es por no ir a misa los domingos.
- ¿Qué tiene que ver la misa mamá?
- Pues que en misa es que uno se entera de lo que pasa en el barrio. Debería ir más a misa.
- No mamá, no me gusta ir a misa. Es muy temprano, además.
- ¿Y el perro?
- No mamá, un perro deja pelos, y huele feo y usted sabe que soy alérgico a los perros.
- ¿Alérgico?
- Ya no se acuerda mamá. Pero en el paseo a Silvania me mordió un perro.
- Eso fue hace mucho tiempo mijo.
- Igual las alergias nunca se quitan. Vienen con uno y se van con uno.
- Eso no es alergia mijo, que lo muerda a uno un perro no es alergia.
- Perdón, lo dije mal mamá. Los perros son alérgicos a mí y por eso me muerden.
- ¡Pero si eso sólo fue una vez y hace mucho tiempo!
- Nadie puede decirme que no volverá a pasar. Más bien esta tarde le traigo un libro de crucigramas para que se distraiga.

Galdames casi siempre termina el almuerzo emitiendo un sonoro eructo. Su madre cierra los ojos y no la nariz. Se levanta de la mesa y sale disparado hacia el baño, siguiendo una vieja costumbre de infancia que, ante la falta de hermanos, ha terminado por persistir: la competencia. Al salir se siente extenuado. Así que se decide a dar una siesta antes de la faena, como suele decir.

Despierta a las tres congestionado. Ve manchas de colores mientras se refriega los ojos. Se limpia las babas pegadas a su quijada e intenta volver a la vida aunque piense en quedarse así por horas y horas, acaso hasta que caiga la noche y los gatos pueblen los tejados vecinos.

El metro se encuentra sobre un escritorio en el que Galdames tiene cientos de blocks de papel periódico en los cuales ha ido anotando todas las medidas que ha encontrado. Su madre decidió no volver a preguntarle

nada desde el día en que por poco le pega por desordenar sus papeles. Cada hoja tiene una fecha. Y sobre cada hoja están garrapateadas, en letra imposible, las medidas de las millones de cosas que ha medido Galdames durante su vida.

Por fin sale de la cama. Abre la ventana y mira el cable de la luz con cierta rabia. Por poco me mata, le dice, como si le hablara a alguien. La verdad es que Galdames intentó lanzar el metro retráctil contra el cable. La punta se engarzó y el corrientazo fue tan fuerte que Galdames tuvo que golpear el piso de madera con sus nudillos para avisar la catástrofe. La madre subió apurada, casi sin aliento, mientras gritaba: ¡Blanca, Balnquita, suba rápido mijita! Galdames estaba lívido. Aún con el metro entre las manos de su pelo salía humo. La ambulancia llegó a los quince minutos. La madre gritaba: Otro muerto no señor, una madre no debe ver morir a sus hijos. Se apeó en la ambulancia con el rosario entre las manos. Un chal negro presagiaba lo peor. Subieron a Galdames por escaleras de caracol. Luego un ascensor, después una rampa. Galdames no recuerda nada. Sólo el suspiro de su madre a su lado y un constante sudor invadiéndolo todo. Despertó dos días después alelado preguntando en dónde se encontraba. Su madre se lo dijo. Blanca había llevado provisiones de jugo de naranja con zanahoria suficientes para colmar la sed del moribundo. Galdames siguió preguntando y su madre no se atrevió a decirle la verdad.

- ¿Revisaste mis papeles mamá?, le preguntó.
- No mijo, eso es sagrado.
- Mamá si muero, quiero que entregues esos papeles.
- No diga bobadas mijo, primero me muero yo.
- Son importantes mamá, insistió Galdames, fingiéndose a las puertas del silencio.
- Tranquilo mijo, descansé que la doctora ya le dio salida para mañana.
- ¿Para mañana mamá? ¿Cómo así?, prorrumpió Galdames en gritos furiosos. ¡Me están desahuciando! ¡Estoy muriendo y no quieren ocuparse de mí!
- Mijo, mijo, alcanzó a decir su madre mientras por la puerta entraba la doctora.

Llevaba el pelo recogido en una moña hacia atrás que le daba el aire de estar desarreglada concientemente. Unas gafas de carey adornaban sus ojos verdes. La bata blanca cubría sólo parte de sus muslos. Unas piernas hermosas bajaban como palmeras de brisa rápida. ¿Cuánto medirán?, pensó Galdames.

La doctora le dijo que no se angustiara. Había sufrido una descarga eléctrica, pero sus órganos estaban intactos.

- ¿Quiere dejarme morir?

Desde ese día Galdames estuvo enamorado de la doctora. Fue hacerse chequeos durante meses. La persiguió por calles atestadas a las seis de la tarde. Por calles desiertas a las seis de la mañana. Siguió un taxi a las tres de la madrugada pues ella se encontraba de turno. Ella jamás se dio cuenta. Pero Galdamés sí: Galdames vio que todo aquél trasegar era una simple disculpa para verse a solas, en las salas blancas del hospital con un doctor de panza procaz, y bigote descuidado. Galdames lloró como un niño ante la puerta del hospital mientras medía una ambulancia por los cuatro costados.

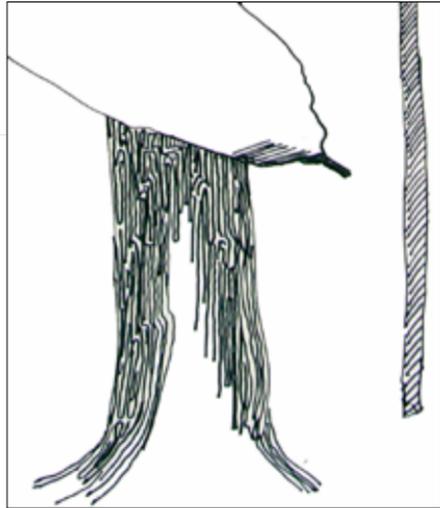
Casi me matas, volvió a decirle al cable. Se enfundó una camisa con los puños almidonados, una corbata de rayas azules y blancas, el blazer de su padre, los pantalones grises con la raya perfecta, y los lustrosos zapatos negros no sin antes mirarlos con cierto orgullo. Puso el metro en el bolsillo derecho y bajó hasta el estar en donde su madre dormitaba ante el televisor prendido.

- Mamá, estoy saliendo, necesito algo de platica.
- En el neceser mijo. Donde siempre.
- Voy a lo del tren hoy mamá, no se preocupe si me demoro.

2

Francisco J. Parra, fotógrafo, casado durante diez años y divorciado desde hace cinco. Recluido en la casa familiar desde 1981, hasta la fecha actual. Fundador de un movimiento de extrema derecha que promulga un nacional socialismo, pero a la colombiana. No esgrime en sus discursos motivos de

raza. Al contrario, cree en la pluralidad racial, pero defiende la decencia de las costumbres. Para él, todos deberíamos vivir en casas dignas, trabajar de sol a sol; indios, negros, mestizos, zambos, mulatos; todos, sin distingo, deberían vestir de corbata y tener un núcleo familiar



sólido. Su movimiento se inspira en la idea del anagrama. Nacido en Niza en 1951, cuando aún este barrio del noroccidente bogotano era un potrero alejado del centro de la ciudad, desde los dieciocho años, cuando entró a estudiar sociología en la Universidad Nacional, comenzó a abrigar la idea de jugar con el nombre de su lugar natal, de ahí que se le ocurriera y que garabateara sobre cuadernos en los que se estudiaba a Levy Strauss, el anagrama, Nazi Niza.

Estudió en el colegio mayor de San Bartolomé desde los cuatro años. Recuerda que su mamá, Estrella y su papá, Fernando, lo acompañaban hasta la carretera de Suba para subirlo en un transporte hacia el centro de la ciudad. Desde entonces se ve como alguien solo. No tuvo muchos amigos en el colegio. Sus mejores compañías fueron las palomas de la Plaza de Bolívar y los fotógrafos a quienes se quedaba mirando durante horas. A los catorce años sufrió un accidente leve: el carromato que lo llevaba todos los días desde y hacia el colegio, se volcó frente a la Universidad Javeriana. El carro se incendió. Murieron dos alumnos de su curso, sexto de bachillerato, que lo fastidiaban lo cual, de alguna manera, lo alegró. Él salió mejor librado: perdió una costilla. Fue durante la convalecencia de dos meses los médicos le recomendaron reposo pues corría el peligro de que el hueso desinflara el pulmón- que comenzó a leer desafortunadamente. Primero literatura, sobre todo rusa. En uno de los estantes del estudio de su papá, bajo unos discos de la Billo's Caracas Boys, descubrió el libro que le cambiaría la vida: *Mein Kampf*, de Adolfo Hitler. Durante tres semanas lo leyó al derecho y al revés y sintió que en ese tratado de xenofobia, escrito en la cárcel, estaba la respuesta a todas sus preguntas.

¿Novias de adolescencia? Ninguna. Fue un muchacho solo. Uno al que le gustaba ir a lanzarle piedras a las torcazas en los humedales de lo que entonces era la hacienda La colina campestre. ¿Deseos? Una cámara fotográfica. El deseo se le cumplió el día de su graduación, sin honores, en el teatro Metro Riviera. Don Fernando y Doña Estrella pusieron todo su empeño en una Kodak cubomatic que le sacó una sonrisa al que hasta entonces era solo un muchacho tímido y algo antisocial.

Todo cambió cuando entró a la universidad en enero de 1970. El rastro de aquél muchacho sombrío quedó atrás. En los primeros meses dio muestras de querer participar en las discusiones en clases como Sociología del derecho, antropología y el seminario de Marx. En cuanto a este último, sus ideas le parecieron ideales pero pronto comprendió que era un judío burgués como aquellos que su ídolo denunciaba y que habían terminado por conducir a Alemania al fracaso económico. Fuera de sus acaloradas discusiones sobre las

causas de la pobreza en Colombia, pasaba tardes enteras con su cámara capturando objetos inútiles: una caneca de basura, las mallas de la universidad, un salón desierto. Así fue como conoció a quien sería un compañero inseparable primero y un enemigo acérrimo al final.

Galdames también odiaba a los músicos que tocaban sobre los cuerpos desnudos. Al igual que Parra, los dos estaban destinados a mirar el mundo desde sus propios rincones. Cuando se descubrieron casi rozándose las chaquetas empolvadas, un día lluvioso de abril de 1970, en la plazoleta del Che, casi suspirando y emitiendo los mismos bufidos ante el espectáculo de un hombre de barbas largas y túnica morada que no dejaba de darles nalgadas a dos estudiantes de letras, se cayeron bien. No se dijeron nada. Más bien se miraron como lo harían dos gallos de pelea, pero cobardes, sin la altivez de los animales furiosos, sino más bien conscientes de ser la misma cosa.

El segundo encuentro se produjo en la cafetería de la universidad. Galdames estaba estudiando La fenomenología del espíritu sin entender absolutamente nada y vio un grupo arremolinado en la parte delantera del recinto. Galdames era curioso por naturaleza. Subido sobre el techo del Auditorio León de Greiff Parra intentaba captar el movimiento de una paloma con la lente de su cubomatic. Los de sociología, es decir, sus colegas, no paraban de chiflar al pobre de Parra que con sus manos pedía un poco de silencio: estaba a punto de captar el aleteo de un macho y en su cabeza comenzaba a rondarle la idea de convertirse, muy pronto, en fotógrafo de la naturaleza. Parra iba a terminar, cinco años después, su carrera. De eso no había duda. Pero su idea del mundo comenzaba a parecerse cada vez más a un documental de la National Geographic.



El baile de quince

Javier Gil Gallego.*

*Nació en Andes (Ant) 1958.
Historiador (Universidad de Antioquia, 1989).



–“Señora, hagamos un trato: usted le da permiso a la niña para ir al baile conmigo, y yo le pido permiso a mi mujer para acompañarla”.

El que hace tan singular ofrecimiento soy yo, ante la evidencia de ese homenaje a la ingenuidad: uno con cincuenta y ocho centímetros de estatura, pelo negro recién cepillado, minifalda, y que no tiene quién la lleve al baile. El ofrecimiento crea una extraña reacción en el grupo: una mujer de mi edad, desconcertada, la madre; una mujer asombrada, mi esposa; una figura sonriente, la joven. Aprovecho la confusión, y como todavía mis palabras no han sido asimiladas, trato de calmar a las damas.

–“La traigo temprano” –tranquilizando a la mamá-. “Me hago pasar por el tío” –tranquilizándome-. “A mí nadie me para bolas” –tranquilizando a mi mujer-. “Yo bailo bien, y en esos bailes siempre sobran mujeres” –tranquilizando a la joven.

Se produjo un silencio incómodo. Todos esperábamos. Nadie miraba de frente. De reojo, sentíamos la tensión del vecino. La madre, como quien sale a dar una lección mal estudiada, empezó, no muy convencida, a hablar:

–“Don, yo a usted no lo conozco”. –La niña está haciendo pucheros-. “Claro que la gente que viene a la finca de Don Luis es muy decente”. –Me observa; trato de no mostrar ninguna emoción-. “Katerín ha estado muy entusiasmada con el baile; hasta le compramos ese vestidito”. –La joven la mira feo- “Ella iba a ir con un primo, pero se tuvo que presentar para el ejército. ¿Mija, será que se lo llevan? A los pobres siempre...” Al ver el poco interés que desata su nueva conversación, retorna a la ruta: “Como les estaba diciendo –trató de concluir- si a la niña, el papá, que es muy celoso, la deja ir, yo no tengo ningún problema para que vaya. ¿A qué hora llega su papá?” Al ver el enfado de la joven, continúa: “Sí, ya sé que él le había dado

permiso, pero acuérdesese, hasta las doce”. Mira a la niña. “Hasta la una, pero no se pase. Bueno Don, si su esposa no le pone problema, yo no veo por qué Jesús le ponga problema a la niña para ir con usted al baile”.

Los cuatro seguimos expectantes. Ya tengo tres votos a favor, creo yo: la madre, la joven, el mío; falta el más difícil, el más importante. Mi mujer se encuentra en ese momento ante una situación incómoda: no ser cómplice de una jovencita para que vaya a un baile -sin ser su mamá-va contra sus principios; también va contra sus principios dejar salir a su marido con una doncella de escasos dieciséis años, tan arregladita, y lo peor, llegar a otro espacio donde hay por lo menos otras veinte jovencitas, todas ruborizadas, en uno de sus primeros bailes. ¿Pero ella, de treinta y tres años, pasar por una mujer problemática y celosa, tan liberada y joven como se considera? Sin embargo, darle esa oportunidad a su marido, mandarlo a bailar, ¿bailar? Ella no es tan moderna. Antes de empezar su charla mi mujer me amonestó con la mirada, porque sabía que estaba en posición desventajosa, en una situación que no manejaba, no la propuso, no la creó. Se sentía desarmada. Primó, como prima en estas situaciones, el sentido común. (Hablar de sentido común en un ser humano es una cosa; en una esposa, es otra). Habló con ese tonito raro, que en realidad es otra forma de regañar:

-“Señora, usted lo puede percibir, mi posición es complicada. (Ante el desconcierto porque no la estaban entendiendo): Doñita, comprenda que para mí es muy maluco dejar ir a mi marido -me mira, yo agacho la cabeza- a un baile con cualquier mujer. (Al ver el asombro de todos, corrigió): No doñita, yo lo que quise decir es que el baile, eh, digo que su hija es una mujer, perdón, una jovencita que nosotros no conocemos, y yo entiendo que la niña tenga deseos de ir al baile; a mí también, cuando tenía su edad, me gustaba ir a bailar con mi hermano Carlos Alberto, pero eso sí, no nos dejaban sino hasta las doce. Claro que algunas veces... (Al mirar el estado de anonadamiento en que había caído y en el de resignación que provocaba, retomó el hilo de la conversación): No sé, yo estaría más tranquila si su esposo estuviera; es que señora, una se puede meter en líos... sí, problemas”. Todos estamos esperando que diga algo; yo que la conozco sé que se va a demorar. “¿Es lejos el baile, ah, allí después de la curva? Porque nunca se sabe, en estos sitios que una no conoce bien es fácil perderse en la noche... (Al ver que de nuevo cometió una imprudencia): No, yo lo digo es por la hora, por la oscuridad, es eso. ¿Y son unos quince me dijeron? (Estaba acorralada, sin escapatoria, tenía que decir algo importante que acabara la incertidumbre. Con resignación, dijo al mismo tiempo que se arrepentía al ver la mirada cómplice y coqueta que me crucé con la adolescente): Me traen torta negra, que me encanta, y no vas a beber mucho y manéjese bien”. -Sí mamá, tuve ganas de contestarle; lo que

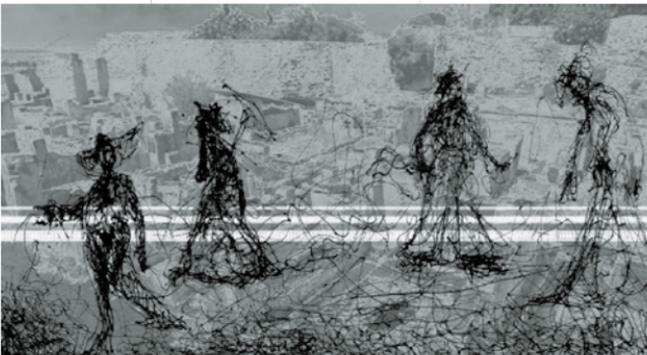
habría sido un error lamentable-. Su cara cambió de aspecto cuando vio aparecer un carro entrando al patio delantero de la casa. Con alegría preguntó: -“¿Por casualidad, ése no es Don...Jesús?” -Llegó el papá, Don Jesús.

Me preocupé, pensando que se venía una jornada muy difícil. Don Jesús, en su Renault 12, nos puso a esperar a que retrocediera, adelantara, y volviera a retroceder. Ésta fue una operación larga, fatigosa. Cuando ya tuvo el carro cuadrado (se ve mañoso el hombre, de más o menos cuarenta y cinco años, mezcla de campesino con habitante de la ciudad) se bajó del vehículo y se dirigió muy serio al extraño grupo que lo aguardaba. Todos interesados mostrábamos un pintoresco cuadro, un homenaje a la espera. La joven, al ver el desconcierto del padre, ataca: le sale al encuentro, lo abraza, él sonrío tímido; ella lo alaba, lo peina, lo trata de papito. Llegan abrazados. Ante el desconcierto de la madre, la ira de mi esposa, mi propia satisfacción y el beneplácito del padre, la niña, muy melosa, empecé a hablar:

-“Papito, lo estaba esperando para despedirme de usted y que me diera la bendición”. (Hasta yo, el más implicado, me aterró ante tanta facilidad para armar un discurso). “Yo le decía a mi mamita -miraba a la mamá, que se veía a sí misma superada en actuación por ese ser, hija de sus entrañas- que usted me había dado permiso para quedarme en el baile hasta la una, ¿cierto papito?” El hombre, claro, afirmó inmediatamente. “Papito, el señor aquí (me señaló y yo sentí eso de señor como una puñalada. Mi mujer, si hubiera podido reír, lo habría hecho con ganas, pero esa no era su noche) se ofreció muy amablemente a acompañarme”. Don Jesús, por primera vez, miró serio; la jovencita, muy despierta, se enteró y enderezó las cargas. “Su esposa, la señora, le dio permiso a él para que me acompañe al baile y yo no vaya solita, porque Néstor no me puede llevar. Tranquilo papito que yo me manejo bien y el señor es muy decente -él trata de ver mi decencia, yo me hago el desentendido- es familiar de Don Luis -yo no sabía eso, mi esposa tampoco, que el señor que nos había alquilado la finca era familiar mío, la madre también miró extrañada, pero nadie se atrevía a parar a la intrépida joven- y usted sabe que esa familia es muy respetable”. Al ver todavía la indecisión de Don Jesús, empieza a esgrimir sus armas y ataca: “Papito usted me dijo que si ganaba todas las materias -empezó a hacer pucheros- me dejaba ir al baile, y yo me esforcé mucho para ganar álgebra, acuérdesse papito”. El papito está desubicado, no sabe qué hacer con nosotros, no sabe qué hacer con su hija, mira a la madre, pero está más perdida que él, porque ya dio el permiso. “Además yo cuidé a mis hermanitos cuando

ustedes se fueron para donde la tía Eucaris –sale otra arma; el arsenal es gigantesco, a juzgar por la cara de los padres– y usted me prometió papito...” Cambió de voz, tiene ganas de ponerse a llorar, o al menos eso parece. El papá le acaricia el pelo, la trae a su regazo y ella entiende que lo dominó; sonrío y le llena la cara de besos. “Gracias papito, gracias papito”.

El señor se quedó resignado, mirándonos. Yo no lo miro. Ella tenía todo preparado: me coge de la mano, en la otra lleva su carterita, y salimos por la vereda hasta la carretera principal. E inmediatamente nos olvidamos de que arriba quedaron tres personas aburridas, que nos miran con una extraña desazón en el cuerpo. Nosotros danzando recorreremos la carretera, dispuestos para el gran baile, y vamos juntándonos con otras felices jovencitas que nos regalan saludos. Se oye la música. Llegamos a la casa. Ella entra cantando. Yo voy detrás, bailando.





Los cuentos de naturaleza atómica

Umberto Senegal

El cuento atómico es necesario para no perecer apabullados literaria y verbalmente por esos extensos relatos, por esas interminables narraciones que parecen escritas para robarnos buena parte de la vida. Los cuentos tradicionales nos roban una parte de nuestra existencia. ¿Qué nos dejan esos centenares de cuentos largos, que hemos leído y venimos leyendo a lo largo de una vida breve? Nada. ¿Por qué razón, entonces, dedicarle tanto tiempo a tales textos? ¿Lo merecen? ¿Sus autores merecen que te involucre con sus extensos dramas reales o inventados?

El matemático Herman Weyl afirma: No es de extrañar que cualquier pedacito de naturaleza que elijamos (estas gafas o cualquier otra cosa) posea un factor irracional que no podemos ni podremos explicar jamás y que lo único que podemos hacer es describirlo, como en la física, proyectándolo sobre el telón de lo posible. Un cuento atómico es un conjunto de veinte o menos palabras, pedacito de literatura que no puede explicarse con los elementos propios del cuento tradicional, proyectado en la existencia de quien lo escribe o de quien lo lee. Ciento por ciento irracional debido a su forma no explicativa, a los vacíos que crea y a los horizontes que presenta a la mirada del lector.

Las palabras del título no se cuentan. Tiene de cero a veinte palabras. En ocasiones, es sólo el título como de manera irónica lo parodiaron alguna vez en textos suyos Giovanni Papini, en su libro *Gog*, en el cuento *La industria de la poesía* y Gesualdo Bufalino, en su libro *El*

Malpensante, con un texto llamado Cuadros. Los cuentos atómicos son el placer individual de aquello que siempre será puro comienzo, paso primero hacia ninguna parte. Interrupción de un viaje o un camino que convierte en cuestión momentánea la circunstancia o la perspectiva del viaje. Es la obligación literaria y estética de no contar todo aquello que el lector espera que se le relate con lujo de detalles. Los cuentos de naturaleza atómica, son textos narrativos que empujan la imaginación del lector hacia sus propias fantasías.

El escritor comienza el viaje con el lector, pero en el transcurso de las veinte o menos palabras, lo abandona a su libre albedrío literario, filosófico, social o psicológico. Es un texto narrativo breve, subgénero del minicuento, donde la escritura se libera de la cantidad y se transforma en cualidad, sin la carga distractora de las múltiples imágenes o ideas que se superponen y se entrecruzan en el cuento tradicional y, ¿por qué no?, también en el cuento breve y en los minicuentos.

Un cuento atómico es lo narrado sin la narración. Es la certeza que tiene el narrador de que no hay ningún motivo por el cual tenga que mostrarle y explicarle todo al lector. Es la osadía del escritor que deja solo al lector a partir de una imagen escueta y evocadora, de una figura determinada, con las cuales se le induce a penetrar en su historia particular. Como en el haiku, el cuento atómico es respeto de la palabra hacia los íntimos universos asociativos del lector consigo mismo, con el texto entre sus manos y con cuanto el narrador le señala.

Roland Barthes, explicó convincentemente que el texto literario no está acabado en sí mismo sino hasta cuando el lector lo convierte en un objeto de significado con naturaleza plural. Un cuento atómico puede no tener comienzo ni final. Es un relato inacabado que por su condición se transforma en texto independiente capaz de crear o sugerir múltiples significados, de acuerdo con sus lectores. El principio dramático de las tres unidades, es decir, un hecho en un lugar limitado, con un número limitado de personajes, dentro del cuento atómico se decanta al máximo para relatar la historia. El cuento atómico puede considerarse una de las máximas mutaciones que el cuento tradicional ha sufrido durante su historia. Algunos críticos establecen cierto número de palabras como medida máxima de las narraciones breves, cuentos con un máximo de 20 mil palabras. El atómico acepta como máximo, según se dijo atrás, 20 palabras. Es una reducción de 19.980 palabras. Un reto para cualquier cuentista, pero sobre todo, un reto para la sensibilidad, la imaginación y la capacidad de evocación del lector.

La siguiente es una muestra del libro inédito Nadarraciones

REENCARNACIÓN

Pronto naceré. ¿Alguien tiene una idea mejor?

CREADOR

Euaciones más adelante, el anciano cabalista descubrió que Dios fue creado por los números enteros.

ASOCIACIONES

-¿Esa bicicleta es suya?

-No, me la compraron respondió el niño.

SIEMPRE DE PAÑO

Soñé con mi padre. Elegante como siempre. Ambos éramos murciélagos.

INSATISFACCIÓN

A este prostíbulo no volveré. Siempre salgo levitando y me incomodan las preguntas que desde abajo me hacen.

ERRORES DE FABRICACIÓN

Lo vigilé mientras creaba el universo. No fue culpa mía: cuando regresé descubrí que le quedó así.

SOBREVIVIENTES

Siempre esperan escucharlas en el océano. Yo oigo su canto en las alcantarillas.

MUCHEDUMBRE

Millones de personas estaban preparadas para lanzar el grito. Ninguna conocía la señal para hacerlo juntas.

PREVENIDO

Llegó la muerte por él. Sin embargo, el hombre se adelantó suicidándose.

MÚSICO

Nunca temieron al vampiro porque también le escuchaban tocar violín durante el día.

EN DEFENSA

Fue necesario un guante. Las manos venían con el cuchillo y adherido a él una furiosa mujer.

EL PASADO

¿Noble yo? No te he perdonado. Simplemente lo olvidé.

ACCIDENTE

Los primeros rayos de sol arañaron la cara del retardado vampiro.

DILUVIO UNIVERSAL

Ebrio de eternidad, a Dios se le desbordó el agua del vaso que sostenía en su mano.

ASTUCIA

Robaba lobos, disfrazado de cordero.

HOTELUCHO

Cansada de prostitutas y homosexuales, la cama pactó con el abismo.

SECTARIO

Cuando el hombre perdió la fe, Dios descansó de él y de su fastidiosa devoción.

EN LA NOCHE

Para domesticar tan salvajes prisas del noctámbulo, no bastan los saxofones ni el lamento del fauno que lo persigue.

AMOR

¿Qué haríamos los dos sin mí?

CANDIDATOS PARA GOBERNACIÓN

¡Milagro! Las pirañas vuelan disfrazadas de colibríes.

NOSTALGIA

Las dos viejas lesbianas miran sus marchitas vulvas esperando el milagro...

SER HUMANO

Creo que recuperé mi normalidad reflexionó el hombre satisfecho. Defeco más y pienso menos.

CUALIDADES

De su boca salían cosas poéticas pero era su culo el que me atraía, hasta expeliendo mierda.

ALLÍ OCULTA

Si escuchas con atención el Concierto 9 de Beethoven, escucharás a una niña interpretando la ronda del viento.

ALPINISMO

No todos quienes escalaban sus nalgas se precipitaban en su ano.

MISTER HYDE

Donde yo fuera otro, no sería yo.

OFICIO DE PALABRA

No hay señales de vida ni de muerte en el poeta: prueba segura de que escribió un poema.

SAFARI

Con el gorila en la selva la duquesa perdió uno de sus guantes y el pudor.

MÚSICA

Cuando transformó en campanas las aves que volaban cerca, el lama Gyalwang se lanzó al abismo para llegar temprano.

RECUERDOS

De niño, las plumas de colibrí me pesaban menos.

ESTRATEGIA

Envíen todos los francotiradores: pronto despertará el bebé.

ESCAPE

Dejen escapar la tempestad y cuando el silencio intente huir, cierren la puerta de la jaula.

RECONOCIMIENTO

Señor Ulises, el cíclope era mi abuelo.

El rey de Ítaca cerró los ojos.

AMIGAS

Como último recurso, ambas vampiresas menstruaron sobre el lirio blanco.

NINFETA

¿Hacer el amor con ella? Como cabalgar un búfalo salvaje enrazado con dragón.

IRREFUTABLE

El matemático demostró que nada existía.

FÓRMULA

La masa del vacío es proporcional a la cantidad de materia que Dios dejó fuera de la creación.

UN SENDERO

Los cantos gregorianos me señalaron la puerta propicia en el castillo. La tempestad ocultó el estrecho camino.

EXPLICACIONES

De cómo varios fractales se introdujeron en una coma para cambiarle el sentido a una metáfora que nada significaba.

LAS AMANTES

Los dos hombres se encuentran

-¿Esta es tu hija? dijo uno.

-¿Esta es tu mamá? repuso el otro.

RAZÓN DE POBRE

Así uno no coma pero la tranquilidad engorda.

MARÍA AUXILIADORA

Profe, a mi hija el cáncer ya le invadió la vagina. ¿Puede regalarme doscientos pesos?

DINÁMICA

Todo cuanto hacemos lo hacemos para no sentirnos solos. Al fin y al cabo, herederos de Dios, el gran solitario.

EL GENIO

Salió de una lata de cerveza y aunque le concedió tres deseos, el borracho continuó en silencio. ¡Qué tiempos! , pensó.

LA HUIDA

¿Y esa estampida de búfalos?... No son búfalos, son hadas que abandonan disfrazadas nuestra civilización.

RETORNO AL ORIGEN

Danzando uno de sus Conciertos, Lucifer adivinó hasta dónde le llevaría la música de Paganini.

ENAMORADOS

El ángel y la vampiresa se encontraron en el bosque. Abrazándola, le reveló el secreto de la luz.

ENANO

Siempre cabizbajo, subía al ascensor. En el piso 20, salía alborozado y arrojaba papelitos desde allí.

ERÓTICA

Enanos en anos.
En anos enanos.

PUNTOS DE VISTA

-Donde tú ves un serrucho, veo una flor dijo el hombre.
-Donde tú ves una flor, veo una flor conquistó el colibrí.

BANSHEE

Si lloras mis muertos no escarbes entre su ropa. Deja que el lince salte sobre ellos.

CONTRASTE

Ayúdala a encontrar relaciones geométricas entre sus tetas de silicona y el Principio de incertidumbre

CREENCIAS

1

Si toca la nariz al cadáver de un anciano cuando lo entierran, en su casa se fundirán los bombillos.

2

Si a las doce escucha ladrar un perro negro, encontrará mariposas en una telaraña tres sábados consecutivos.

3

Si encuentra una mujer de ojos azules y tatuaje en la mejilla, alguien arrancará siete hojas a su Biblia.

4

Si escucha a diario los conciertos de Paganini durante un mes, descubrirá el sentido real de las fábulas de Esopo.

5

Si lee de atrás para delante Cien años de soledad, al finalizar, todos le verán más joven.

6

Si compra lotería con un ratón vivo entre el bolsillo, alguien le declarará su amor por teléfono.

7

Si hace el amor luego de leer las Rubaiyat de Khayyam, le regalarán una flauta dentro de nueve días.

8

Bañarse con eucalipto cuando truena, ayuda a memorizar el teorema de Gödel.

9

Si logra adivinar lo que sigue luego de:

POEMAS

Poemas de Alfredo Vanín

Diamante en bruto

El diamante -dijeron- estaba en bruto, sin tallar
justo para las manos de hacedores de reinas
con el culo en la flor de las idolatrías.
Lo moldearon según los exigentes designios
para que no desentonara en los cruceros de la luna de miel
y los fétidos pozos del petróleo.
Ni gato por liebre ni esquife roto por orgulloso barco de vapor:
le otorgaron un sitio, un habitáculo con los vinos servidos
y un baúl con inciensos y mirras (el oro estaba escaso)
para que no muriera en el intento
creció lleno de gracia y fue santificada su palabra
y los pavos reales admiraron la novedad de su figura,
pero tan pronto como intentó
sobrepasar el límite de los cercos visibles e invisibles
le echaron plomo en las alforjas
y le dijeron vete al polo norte donde florecen los caballos
y hay leones marinos tan gordos como las madreperlas
le dieron una ración de finas yerbas y consejos agudos
tomados de exigentes parábolas, de libros que reposan
en el oído de los duendes y arman batallas todavía
todo para que sobreviviera en tierras ignoradas
en las que se fortalecería su reciente vida
y pelecharían sus mejores virtudes en el duro ejercicio de ermitaño.
Pero no regresó, bastó que bebiera el agua de un pozo abandonado
quizá lleno de orines, expresamente abandonado
para que el paladín matara sus deseos
y se quedara ciego y sin memoria
transformado en mamífero lanudo.

Reinas

Aquellas bocas inusuales, de mujeres tan bellas como el arrecife,
no siempre coronadas por el halago de los mercaderes,
con sus cabellos no siempre ondulantes al viento
o seducidas por los afeites de los catadores.

Las recuerdo como el campanear de la lluvia
que remonta la memoria más allá de los vientos
en el que naufragaron tantos dioses.

Tenían apellidos extraños, tan extraños que ignoro
a dónde fueron a nacer con sus rostros de mestizas malíes o bejaras,
con sus sílabas rotas como caracoles o venganzas de pájaros.

Tenían largos y ondulados los muslos y en ellos se podía repetir una guerra,
una alianza de fugitivos o nictálopes,
en sus ojos como almendras humedecidas podía cantar un barco al mediodía,
en sus senos parecía que la madrugada era un juego,
que las canoas llegarían sin duda a remontar sus aguas para quedarse para
siempre.

Ellas, en medio de sus orillas, en esas riberas donde yo nací siempre.
Algunas fueron reinas y sonreían fascinadas desde postales que las hicieron más
olvidadizas.

Reinas de ríos fugitivos que no sabremos dónde se ocultaron.

Calles lejanas

Pronunciarás mi nombre luego de un espeso silencio
las luces de la sala descubrirán en tus ojos dos húmedos reinos
un inesperado retrato brotará de la sombra
y te hará sollozar.
No seré yo el que mira cómo se desvanecen
los carruajes en la calle salpicada de arena y de hombres tristes.
Esperarás la lluvia
en un café de África del Norte, donde no alcanzan a morir los adioses
ni mis olas te bañan
ni soy el que escribía un nombre, una derrota
en el puerto salado de Ostia Antigua.

Un recuerdo cruzará en veloces destellos por tu cuerpo
alguna vieja calle o un cisne de ojos negros
te estremecerá como alguna vez al borde de la Vía Salaria
y aunque mi recuerdo podría destrozarte las venas
mi nombre será otro puerto en ruinas.

Viviana Restrepo Osorio (Medellín 1985)*

Oficio de Escribir

1. GIRO

Yo digo polvo
y ya no es el verbo
sino la nostalgia del adiós.

...Me gustan las puertas
y lo misteriosa que puede ser una pregunta y el sueño tibio.

OH, infértil
hablo de los que están condenados a la ceguera eterna
de los que tienen la hierba húmeda y no ardiente.

Yo digo aridez
y ya no es boca, es hueso calcinado.
Arena amarga.

OH, reseco
hablo del retorno de las voces
de la antigüedad del silencio

Ahora yo digo palabra
y no es más.
Es piedra sacra. Triangular.
Liviana.
Negra.

2.

No sabes leer

las líneas de mis manos

Ni pensar mi lengua

que arde detrás de mí

Tu raíz es otra.

Estás al otro lado de la luz.

Tienes un ojo anclado en el rostro

solo un ojo para ver lo indescifrable

Un ojo rojo...

¿Cómo ver la forma del fuego

que ha sido robado al dios?

¿Cómo?

Si tu mano ya lo escribió

y no lo he visto aún.

3.

(Al que va por los ríos del sur)

El libro que me has ofrendado lo guardo junto a mi corazón.
Estás allí desmembrado en cada página.

En cada línea una parte de ti.
Entre una hoja y otra la claridad:
tu sepulcral silencio y divino altar.

Eres un escritor de palabras vivas que evocan lo antiguo.

Las llevas en la piel
con ellas buscas respuesta al enigma que gira en tu memoria:

Nostalgia del pasado que rompe el círculo.

Espejo del presente que atraviesa la línea.

La visión del deseo que rema en espiral...

4.

En el libro llueve
y no hay rastro de ceniza en el cuerpo.

Dios bendijo tu semilla
para que opacaras mi maldición.

Pronuncia las palabras benditas
y se dibujarán estrías negras
sobre los ojos
y por debajo de la piel
donde no llega aún la sed
ni el agua para saciarla.

Ya no sé qué escribo.
Puedo mirar muchas veces el sol y no sufrir
porque tengo estrías negras en los ojos
y una sed que no se acaba
ni se sacia
con el agua lluvia del libro.

*Promotora de lectura, ha trabajado en el sector cultural de la ciudad y con la corporación de arte y poesía Prometeo. Poemas suyos han sido publicados en las revistas, Punto Seguido, Prometeo (memoria del XVI festival internacional de poesía de Medellín), Asfódelo y en la página web las elecciones afectivas.

GANADOR PREMIO NACIONAL DE POESÍA UNIVERSITARIA “EL QUIJOTE DE ACERO 2009”

Álvaro Acevedo Tarazona.

El Quijote de Acero, una utopía posible

Cuando la poesía sigue siendo capaz de convocar espíritus y seres oficiosos alrededor de la palabra y su infinita posibilidad, estamos ceñidos a un cordel de buen augurio. El Quijote de Acero, viene a ser, más que un concurso universitario, un espacio, un punto de encuentro, para comulgar y reflexionar acerca de un ritual en medio de un mundo signado por la violencia y la costumbre. Es un esfuerzo, parafraseando a Horderlin, que procura fundar lo permanente, una utopía feliz dentro de la creación de lo posible. Porque la escritura constituye una forma de reconstrucción utópica.

Sus creadores propician el encuentro de nuevos lenguajes y por ello le apuestan al futuro como difusores de la dimensión espiritual de la palabra, de la sensibilidad, la humanización, la memoria, catarsis, purificación, diálogo, revelación. Ese es el privilegio de la poesía, crear y hacer, dar vida y movimiento, esfuerzo y dignidad a la creación. Su deber es mejorar el mundo, ser armazón y alabanza, herida y milagro, travesía entre el sueño y la vigilia, por lo maravilloso, la desnudez, la naturaleza revivida, la inocencia, el desengaño, el poder de la poesía que según Schiller, aproxima lenguajes e instintos “y nos trae de de vuelta los viejos nombres”.

Y uno de esos nombres inmortales, siempre actual y colmado de sentido, es El Quijote con su armadura de acero, el indómito, el lector preso por la luz, el centinela de nuevas formas y de un reino casi extraviado. Dentro de él la poesía, el tiempo mítico, la fe que hace caer los velos que nublan la vista, pulsión de un espejo de un ser inmortal que aún hoy nos sirve de faro, hilo y señal de vida. Su nombre prolonga y levanta el papel honroso de la imaginación en la vida y los oficios, la existencia de un personaje donde confluye al mismo tiempo lo indómito y lo libre, pero también el extravío y el exilio interior, el hombre de la palabra esencial, el de la palabra urgente, el enigma que se encuentra en el centro de su

voz humanística. El Quijote siempre dispuesto al peligro, al abismo, a la iluminación o la locura, un Prometeo ascendente, ladrón y dador de fuego, porque la poesía es la “la única subida de los hombres que el sol de los muertos no puede ensombrecer en el infinito perfecto y burlesco”, según René Char.

El Quijote es el sueño sobre la llaga, un contrasepulcro, la rebeldía del hombre inmolado que se ramifica, el fruto maduro del árbol que se toma con entusiasmo a pesar de su úlcera; la poesía, el ámbito difícil, la tierra arable y pródiga, llena de molinos de viento hasta la sangre; la poesía, elección exhortada, combate entre el vacío y la comunión, fuego nuevo, llama que aventaja su suerte y con la que se atraviesa todo desierto, las noches viejas, las llagas de los acorazados guardianes de fronteras. El Quijote y su locura ritual, donde su creación es a la vez una liturgia, un diálogo perpetuo entre creadores e intérpretes.

De esta manera y casi que presagiando la filosofía del personaje de Cervantes, llegaron al Concurso Nacional de Poesía Universitaria El Quijote de Acero, distintos y variados trabajos poéticos: voces plurales, estilos, mundos diversos, técnicas diferentes, extensiones y preocupaciones disímiles. Dicha heterogeneidad es la principal riqueza del Concurso Nacional, desde el cual se le mide al pulso a la inventiva poética de los creadores vinculados a las universidades del país. Como lectores damos fe del panorama tan fértil por el que atravesamos y cuya constancia queda en la selección de los tres finalistas, folios de una literatura sólida, singular, llena de matices, formas y ritmos que equilibran formas y contenidos.

Cada poeta seleccionado es un reto de trascendencia, dada su autenticidad y proyección de su obra. Advertimos que existe un dominio del oficio, formación literaria, un lenguaje personal, una renuncia al facilismo y la búsqueda de recursos propios de la escritura poética, valores que hacen de El Quijote de Acero un evento importante y posicionado ya en el horizonte de las letras colombianas, sobre todo en los eventos que propician, estimulan y difunden la poesía.

Éste halagador presente, convocatoria tras convocatoria, augura el mejor porvenir al Concurso Nacional de poesía universitaria El Quijote de Acero.

Gabriel Arturo Castro

Revista
POLIFONÍA
Cultura y Ciudad

ACTA DEL JURADO

Fundador: Jaimez Rufo Premio Nacional de Poesía Universitaria

El Quijote de Acero

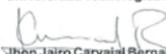
El día 13 de agosto, en la ciudad de Pereira (Colombia), un jurado integrado por José Chalarca, Gabriel Arturo Castro y William Marin Osorio, acordó por mayoría otorgar el Primer Puesto Nacional de Poesía Universitaria El Quijote de Acero.

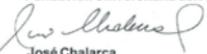
A la obra: "VIGILIA DE LA MEMORIA"
De: ALVARO ALONSO FARIAS

EN ESTA OPORTUNIDAD HAY PRESENTE LA OPORTUNIDAD Y MISTERIOS DE LA MEMORIA, DE SU Y ENTENDIMIENTO DEL RITMO, CONSIDERADO EN SU FORMA Y LA FORMA QUE HAY UNA RELACION EN LA INTERIOR EN RESPONDIENDO LA ELOCUCION Y TODA UNA OPORTUNIDAD DE UNA AUTENTICA EXPRESION POETICA.


Luis Enrique Arango Jiménez
Rector
Universidad Tecnológica de Pereira.


Carlos Patricio Eastman
Rector -
Fundación Universitaria del Área Andina


Jhon Jairo Carvajal Bernal
Director del Premio Nacional de Poesía


José Chalarca
Jurado


Gabriel Arturo Castro
Jurado


William Marin Osorio
Jurado

Revista
POLIFONÍA
Cultura y Ciudad

Universidad
Tecnológica
de Pereira

FUNDACION UNIVERSITARIA
DEL AREA ANDINA
PEREIRA, COLOMBIA

VIGILIA DE LA MEMORIA.

1. Creación

Los sueños se levantan
a redobles de campana, cantos de gallo,
espantos, muertos ovillados
ruido de velocidades, llantas quemadas,
discurren por el asfalto gris caliente y frío
buscando hacerse tinta en la hoja blanca.

2.

Palabras y memoria

Las palabras encubren, alertan, hieren
derrumban el edificio de comodidades
afirman el pozo de la memoria.

Faltarían manos para destruir las palabras
palas y picos para cavar su sepultura.

La tarde es gris no porque sea gris
las palabras la hacen gris.

Riqueza es un puente de palabras
pobreza, ausencia de ellas.

Las palabras son a las cosas
como las ciudades a la piedra
se buscan, encajan o repelen,
van pegadas de argamasa.

Las palabras se balancean
no hay palanca que las fije
ni punto medio que las defina.

Adoramos las palabras
aunque hablen de silencios
o las verdaderas no existan.

3.

Borgiana

El arte del poeta
alquimia de avaras viglias.
Sustrato a fuego lento
de la pócima que exprime el secreto:
azar y olvido.

4.

Demiurgo

I

Hubo un tiempo
de todas las nubes
y todos los cielos
de todos los días
de todas las tardes
y noches.

Un tiempo
de hojas de plátano
estómagos y obesidades.
De la pierna en cecina.

Tiempo
de crisálidas y huevo.
Hormigas
cayendo en el fondo de la paila.
Del arroz de azúcar.

En el que corrientes se hicieron alas.
Picos
agujereando el acero del mar.

Hubo un tiempo
en el que emponzoñé la imagen
cabalgando sobre tu aliento.

II

En los días templados
hachas y picos
horadaban la arena
con manos de sed.
Rayos fustigaban las pieles
cabelleras de hojas.

Por entre los riachuelos
desgajados
asomaba con alas de pájaro
el sol.
Guerreros lanzados
contra la espuma.

El manto amarillo
de tierra

línea de labios
escaso de verde.
Troncos
hervores de leche y miel.

Ah, las cigarras
cómo lloraban
al final de la tarde
y la planicie
se pintaba a deshoras
en el lienzo de la noche.

5.

Palimpsesto

I

He regresado del País más Largo y Ancho, del
Dragón

sin Alas, de la Muralla de sudor y lágrimas. Hierro y Cemento
alzándose, alzándose por el ancho del escamoteado cielo.
Descolgadas por pendientes de ladrillos, grúas y grúas simbolizan
la otrora Hoz y el Martillo, Rojo y Sangre.
Aquí estoy, ¡en el Imperio del Medio!
Ya no dice la utopía, la Gran Marcha de los Desarrapados
y Oprimidos.

Más de mil millones de sonrisas hablan. Un rostro es otro rostro
que muda hacia lo idéntico como el primero y último.
El tiempo cortó el lazo que ataba uno y otro extremo
dejando un ancho mar como testigo y puente.
Nunca jamás vi las estrellas. La lluvia de carbono, una densa capa de
ceniza,
cuando no eran las golosas nubes, cubrían los hacinados palomares.
Reducido a una hormiga entre moles y moles de acero y
hormigón deambulé por las surrealistas calles de Beijing.
No es el signo de lo nuevo, son castillos de naipes
que se alzan al reflejo de la luna. La destrucción
en la soberbia. Sobre una de las baldosas de la Plaza Tiananmen
columbré el rostro del Emperador. El mausoleo.
La dignidad de China proyectada en unos ojos de padre bondadoso.
Una lágrima. Sólo una lágrima.

II

No hubo estación, seguí las huellas de tus pasos
por la tierra en fango, y entre gotas y un paraguas
presentí tu nombre en la Baraja. Tierra, lluvia, lluvia.

A lo lejos el manto de niebla en el lecho de tus cejas
en tu cabaña encontré el candado y la llave de la mía

no fue necesario forzar la cerradura
la puerta estaba abierta.

Me queman la garganta
todos esos lugares pisados por tus pies,
me fusiono y hago ceniza en la primera
y última fatiga.

La masa de mi cuerpo se hace fósil
cada célula se detiene.

Un río de lava limpia el torrente
el caño sucio de la entrega
ya nadie batirá las alas
cerrarás los párpados
hasta que decida remozar
la escoria. La quietud.

6.

Zócalo

I

Un lamento de manual de historia salta de la página.

¡Teocallis! Chinampas en escala. Fachadas moriscas,
mantos nahuas. Suplicios que no alcanzan los oídos de Dios.

Las letanías se camuflan en los retablos de la Catedral. Huitzilopochtli
y su Rodela, Penacho en la Cabeza, Pierna Emplumada, Vara y Brazos
de Azul, aún se Resiste.

No hay clamor que pueda. El vendedor de tortillas vocinglera, el
niño

caramelos calavera, la máscara saltimbanqui se ríe de la Muerte y de
sí Misma,

el borracho extiende la mano, abre la lengua. El enfermo se ensaña
con su llaga.

Y el Zócalo se abre al Cielo y oculta a la Diosa-Luna-Coyolxauhqui,
Cercenada.

Son los Brazos, las Muñecas, los Dedos, los Gritos, los Silencios que
se juntarán

el día y hora señalados. El maíz florecerá, el agua hará semilla y la
sangre. Sangre.

Hombres-Águila, Dioses Luna, Guerra, Estrella, Jaguar surcan la
laguna desecada. Mexico-Tenochtitlan, Tlatelolco. Calpullis. Escamas
de Serpiente. Aquí están. Aquí vamos. Mercenarios del Dolor,
Pescadores sin Purgatorio, Indulgentes sin Redención ni Limbo.

Cada vez que la Diosa-Luna besa el centro del Zócalo, es imposible
calarse

la Cristiana máscara. ¿Habrased visto tanta devoción sin Premio ni
Castigo? Aztlán Chicomóztoc, El Águila, El Nopal, sobreviven. Y aún
esperan.

El Juego de Pelota -Tlachtlí- y sus muros de condena son pisoteados
mientras el Dios

de Cruz y Espinas se ahíta de plegarias. No es más éste, que el Dios
de Lanza y Plumas. Ni el Chamán-Brujo, menos que el Peregrino de
Rodillas.

Estoy seguro de que en este Zócalo, peregrinan páginas y páginas.
Desde el río Bravo hasta la Patagonia.

II

En la plaza, palomitas de maíz aladas, jaulas de vidrio,
corbatines de nieve, acordeones adoloridos,
pasos de la roca viva, pezones decapitados.

El curandero recita letanías de chaman
mientras los ojos idos de cruci-ficciones

la baba sudorosa y las pieles cobrizas
tejen una cadena de saluciones.

De pronto la tela de la escena se hace sangre
el punzón desaparece en la faz
del brujo purificador
y la cadena se tensa aún más de dolor.

Rodillas. Ave Marías. Padre Nuestros.

Tláloc. Dioses Sierpes.

Hasta que el punzón salta del rostro
desnudo de color.

7.

Vallejiana

Gárgola, trifásica, presunta extraña Muerte.

tarántula de hornos

rosa negra blanca.

Galváttrica, persévora

innombrable

inatrapable.

Dame

el diamante

el sueño de la nada.

Espejo de ti misma.

8.

Cuadro en la pared

La alarma como una bofetada
te siembra de raíz.

De un manotazo apagas el reloj.

Un haz de luz te parte a la mitad
otros se cuelan por los orificios.

Quién llegará primero. La tortuga
de todas formas ganará a la liebre.
Corren entintados de polvo y ácaros.
Qué son millones, si con uno basta.

Primero los dientes. Cepillas.

La calza grita.

Son tantas las palabras y disfraces.

Miro al otro y lo saco del espejo.

Le pongo un corbatín, un sombrero,
pinto un bigote
y lo visto de pingüino. Ya está.

El cuadro en la pared, ladeado.

Cuál es la diferencia entre
un café, solo y amargo,
y otro con leche y sin tostadas.

El día sube, sube,
cada vez más empinado
y tu asfixia espera
enjaulada en un portarretratos.

9. Trasunto

Las horas y los días
en el tiempo congelado
paletas de sabores
que venden en la tienda de la esquina.

No habrá terceras
ni primeros
tampoco últimos.

Las resinas
pequeñas cosas
que desgastan.

Después será
lo que podamos.

Banquete de hiedras
destajo
para el cuchillo de los años.

El vino saltará
de la cascada de flores
y de hojas.

Ebrio de colores
flash back en la retina.

10.

Hasta entonces

Dicen que lloró tempestades
hasta que brotó una marca de agua
en sus párpados. Que el fardo de huesos
en el ataúd encalaba la cruz tarjada de flores.

Que el látigo en el ojo de insulto restalló
como un gruñido de cielo y que después
sólo se escuchó el biff, biff de una mosca.

Luego, la memoria hizo raíz para que las semillas,
con sus panzas de violín, anuncien el regreso
y las flores cornetas dancen, por fin,
y ella baje el árbol trompo
de la enredadera del patio.

Hasta entonces yo beberé cicuta.



Oficio: conversador y literato

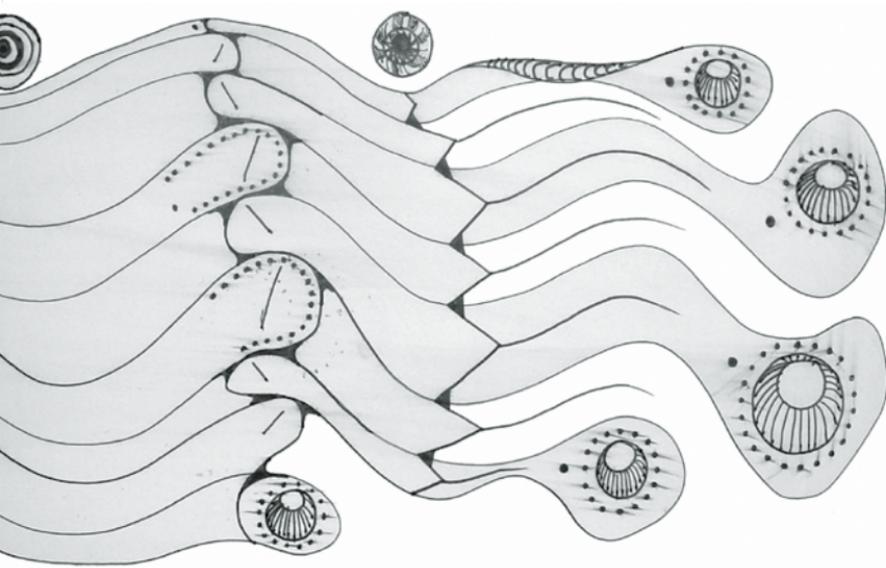
La memoria de Elio

Hugo López Martínez

Méjico D.F. Ediciones Sin Nombre – Universidad Tecnológica de Pereira,

2009 (172 pp.)

Édison Marulanda Peña *



Ser escritor, docente universitario, vendedor de seguros o de planes de telefonía móvil no es razón suficiente para ser un maestro del “arte de conversar”. En el caso del “Che” Hugo López, el interés por la historia y la literatura, por el fútbol y los asuntos cotidianos, por la política y el arte, por los amigos y montar en bicicleta –más que sus estudios en las universidades de Tolouse le Mirail y la Complutense–, han preservado el asombro, en este hijo del barrio Vista Alegre de Asunción (Paraguay). Un barrio de resistencia a la dictadura de Stroessner, donde cada 1º. de mayo se izaba la bandera en homenaje a la clase obrera. Aunque el primogénito del exdelantero del Olimpia, de la Selección Paraguay y director técnico campeón con Nacional de Medellín, César López Fretes, y doña Eva Martínez, creció en una familia de clase media. Desde 1966 tomó por novia a Pereira.

El “Che” López es un observador de la ciudad. Sus miradas de los problemas complejos que acarrea el crecimiento, de los lugares y sus usuarios, las costumbres y el lenguaje de los grupos sociales, los va acumulando con paciencia de etnógrafo; hasta que un día los registra en crónicas breves como las que recopiló en el libro *Huellas Urbanas* (2002). Personajes de la élite local pereirana y algunas amigas artistas también fueron material de su escritura, emparentada con el periodismo literario.

Sin mayor esfuerzo cualquier lector podrá percibir que varias de esas microhistorias sirvieron de materia prima para construir personajes y el espacio de su más reciente novela, *La memoria de Elio*.

Una obra que tiene elementos autobiográficos, como de su generación enmascarada con el nombre de “la generación anónima”. El narrador la convierte en un “yo” colectivo, que describe con los altibajos emocionales de sus jóvenes miembros, sus luchas e ideales políticos que los congregan para conversar en un lugar muy particular para hacer reuniones clandestinas: el garaje de la casa de citas de doña Carmen Corozo, que prestó sus servicios a las alegrías de la carne durante 34 años.

El espacio donde evoluciona la historia, Nueva Mercedes, es la misma ciudad imaginaria que está en su novela anterior *Para saber quién soy* (1995), laureada con el primer puesto del Concurso Nacional “Aniversario Ciudad de Pereira”. En *La memoria de Elio* aparece la situación de quienes se quedan en un mismo lugar, sobrellevan una existencia monótona y carecen de audacia para emprender cambios en su vida individual o comunitaria. Como esos comerciantes que cada lunes bajo los mangos de la plaza, “en conjunto forman un puesto de control, son hombres ávidos de novedades, fuman, conversan, indagan, presagian acontecimientos, opinan sobre lo que sucede dentro y fuera de las casas, seleccionan, ponen a raya, inventan y eliminan rumores sobre quien ha renunciado a seguir la misma rutina, callarse porque todo va bien”, (p. 13).

Son la antítesis de la “generación anónima”, entre quienes se cuenta un actor del radiodrama, un joven que abandona sus estudios de ingeniería civil porque descubre que su personaje, el Vampiro, y “la experiencia de la radionovela me ha cambiado la concepción del mundo”. La resistencia se traduce en sutiles denuncias sobre el régimen político, incorporadas al guión de cada capítulo que se emite a la media noche. No obstante el horario, los radioescuchas aguardan expectantes porque trae un aire de libertad esperanzador el escuchar al exótico personaje. Sin engañarse él mismo considera que “el trabajo de un actor de radionovelas consiste en divertir a la gente. Esa es además la filosofía de la emisora. El trascendentalismo es provocador, desnaturaliza la esencia del ser humano”, (p. 102).

El despliegue que se le concede a la radionovela en toda la obra y las reflexiones del actor que representa el Vampiro (Elio), expresan un entrañable tributo a la radiodifusión y su época dorada del género dramático.

Por otro lado, la novela hace patente el sinsabor del fracaso de la utopía, que

unificaba a los miembros de la generación anónima; varios se han marchado de Nueva Mercedes por diversas razones, sin que circulen noticias de su rumbo. Otros sobreviven con empleos modestos y residen en la Pensión del Ferrocarril. De su rebeldía y luchas románticas perdura la evocación, mientras van a la cita con la vejez.

También está el “hombre de la moto roja”, Hilario, el comisario omnipresente que observa a los militantes de la generación; con sus recorridos frecuentes, se torna en una metáfora de la vigilancia estatal que intimida para mantener bajo control a quienes intenten o promuevan cambios políticos. “El hombre de la moto roja apagaba el motor frente a la pensión. Sabía quienes vivían allí. A distintas horas pasaba y se detenía. Unos minutos después arrancaba, a una velocidad estridente, le daba vuelta a la plaza sin desviar los ojos de la puerta de entrada a la Pensión”, (p. 57).

Desde el inicio de la historia aparece un periodista, Manuel Olivera, que funda El Aguijón. Se propone obtener el testimonio de quien fuera la principal protectora de aquellos jóvenes idealistas, doña Carmen, quien es madre soltera de Esperanza. Manuel cree, como todo narrador, en el poder de las historias y de las palabras. Siente que su misión consiste en escribir una serie de reportajes que preserven la memoria y los ideales postergados de esa generación, con el propósito de enterar y estimular a los jóvenes. Manuel simboliza aquellos seres que tienen el valor de partir y regresar tras mirar cara a cara sus sueños, con un pensamiento filosófico y el bagaje de experiencias que lo hacen más universal, sin que ello signifique renegar de su amor por la cultura local y su gente. Sin embargo sobre él recae la sanción social de la sospecha y cierta discriminación. “Un individuo cualquiera que por los mismos motivos de Manuel haya abandonado la ciudad por unos años, debe acostumbrarse que a su regreso las miradas seguirán auscultándole su pasado y que, inevitablemente, los malos comentarios buscarán marcarlo como alguien excéntrico y de mucho cuidado”, (p.14).

En esta práctica de los hombres que invariablemente cada lunes, como un rito religioso, hablan al amparo de la sombra de los árboles de mango de la plaza, está reflejada una parte de la idiosincrasia colombiana: la retórica descalificadora, ejercer la maledicencia para negar el derecho a la diferencia. La imagen sintetiza alguien incapaz de formarse un pensamiento crítico y que banaliza la realidad desde el chisme o el rumor. Son hombres, no mujeres, quienes cumplen el papel de chismorrear en Nueva Mercedes, de intercambiar otra información: la de las vidas privadas.

Hugo López, sin ninguna pretensión erudita, muestra en las 172 páginas de esta novela—su primer original llegó a constar de 600 hojas digitadas—la consolidación de un estilo en el que prevalecen sencillez y precisión del lenguaje. Las oraciones muy breves separadas con punto seguido dan respiración abundante al texto; hay escasos destellos de una prosa poética en algunos capítulos. Cada personaje

está bien provisto de cualidades, rasgos psicológicos y físicos.

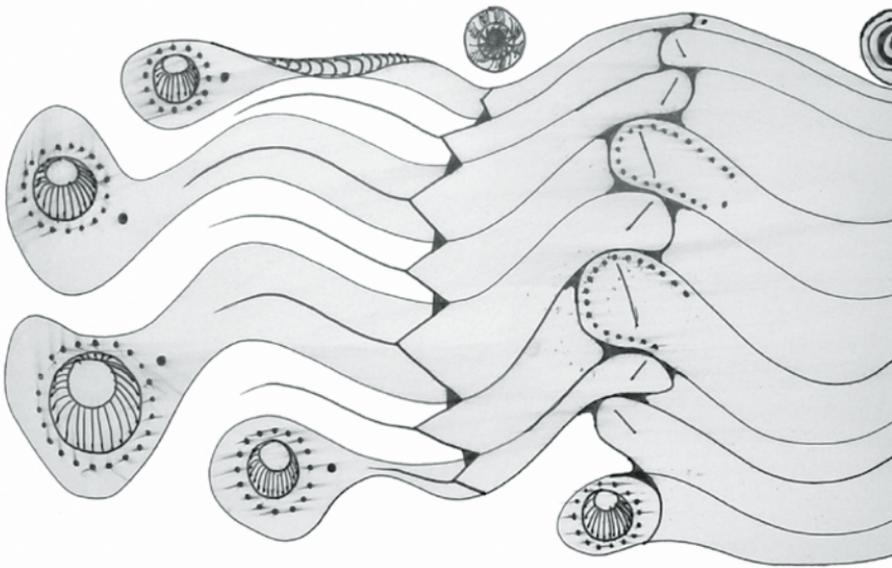
La memoria de Elio plantea los conflictos que identifican una ciudad pequeña, donde una minoría lúcida y crítica –la generación anónima– desea introducir la modernidad; la mentalidad que desde el ámbito local debe ensancharse para exigir y acoger la democracia, emancipándose del miedo y la represión de los ciudadanos. Está el combate de las ideas dominantes Vs. las ideas de los disidentes, y aparecen principios caros a la masonería como la libertad de pensamiento, la tolerancia y la fraternidad que se prodiga dentro de la cofradía.

De la misma manera, se capta la intencionalidad decididamente política en la voz autoral (no olvidar que Hugo López Martínez se reagrupó con su familia en 1966, que ya estaba “exiliada” en Colombia, y su padre César López Fretes había sido el único jugador con educación universitaria entre los integrantes de la selección paraguaya, y después fue un perseguido político), detrás del narrador. Por eso los miembros de la generación anónima luchaban secretamente por unas condiciones que hicieran viable la democracia real y sus valores. “En el país se vivía en un estado de sitio permanente. En la práctica eso significaba miedo, vigilancia, sospecha, dificultades para confiar en alguien”, (p. 55). El exilio está aludido en la encrucijada que debe resolver solo Manuel Olivera, el periodista investigador, quien dubita para hacer el viaje que le exigirá cruzar la frontera y tener que fundar otra empresa periodística, si decide cumplir un trato hecho con doña Carmen.

Esta novela publicada en coedición por Ediciones Sin Nombre –una editorial independiente de México, que dirigen el editor y crítico José María Espinasa y la escritora Ana María Jaramillo– y la Universidad Tecnológica de Pereira, es un homenaje a los compañeros de generación de López Martínez. Asimismo a las ideas que los congregaban, sin caer en la autoindulgencia. Por el contrario, el acíbar de la autocrítica puede sonar a desencanto generacional, cuando un personaje dice: “Quiero que Raúl entienda la frustración de nuestra generación. No hemos dejado nada para la historia del país. Ni un verso ni un grafiti”. Aquellos jóvenes hoy son hombres que están en el sexto piso, al igual que el conversador, docente universitario y novelista Hugo López.

Un cambio, que ya nadie parecía aguardar, irrumpe en el final de esta historia. Los integrantes de la generación, ya adultos y algo mustios, lo reciben con más escepticismo que alegría. ¿Por qué será que el reencuentro suele incumplir las promesas de los sueños con los que se alimentó la espera?

*Escritor, periodista y licenciado en Filosofía. Es catedrático en el Departamento de Humanidades y la Licenciatura en Comunicación e Informática Educativa de la Universidad Tecnológica de Pereira. Primer puesto VI Premio Regional de Periodismo “Hernán Castaño Hincapié” (2005). Ha publicado biografías; algunos de sus escritos aparecen en Revista NÚMERO, “Mi Ratón” –revista on line de la Escuela de Español y Comunicación Audiovisual–. Es columnista del diario La Tarde y dirige el programa semanal “Cantando Historias” en la Emisora Cultural “Remigio Antonio Cañarte” 97.7 FM.



PREMIO NACIONAL DE POESÍA UNIVERSITARIA “EL QUIJOTE DE ACERO”

Fundación Universitaria del Área Andina
Universidad Tecnológica de Pereira.

CONVOCATORIA 2011

El Premio Nacional de Poesía universitaria “El Quijote De Acero”, en su cuarto año se convoca para honrar la memoria literaria, como triunfo de los lápices con punta y el quehacer poético. Así mismo se busca, con esta convocatoria, abrir un espacio de difusión y publicación a poetas de la ciudad, la región y el país, que merecen destacarse por su creación poética.

BASES

1. Podrán participar poetas colombianos y/o residentes en el país o fuera de él.
2. Todas las obras presentadas deben ser inéditas y no premiadas en otros concursos, ni tendrán compromisos editoriales con ninguna institución o empresa.
3. Se presentarán (3) copias debidamente rotuladas y legajadas, con el título de la obra, premio en el que participa y seudónimo del participante. En sobre aparte cerrado se incluirán los datos del autor: seudónimo, nombres y apellidos, documento de identidad, constancia de su vinculación a cualquier universidad del país, teléfono, correo electrónico, dirección y pequeña nota bibliográfica.
4. Se podrá participar con una sola obra no inferior ni mayor a diez (10) poemas, a doble espacio, mecanografiado o digitalizado en fuentes Times New Roman tamaño 12.
5. Las obras presentadas se recibirán a partir del dieciséis de febrero del 2011 hasta el día treinta de mayo del 2011.
6. La recepción de las obras se ubica en la dirección: Universidad

Tecnológica de Pereira. Oficina Gestión de Documentos. Licenciada Aura Francisca Amaya Triana.

7. El fallo del jurado será dado a conocer a todas las universidades del país, y el acto de premiación será en el mes de septiembre del 2011.

8. Además del PREMIO NACIONAL se otorgarán dos menciones a las obras que así lo ameriten segundo (2º) y tercer (3º) puesto.

9. El jurado del premio estará conformado por tres poetas de reconocida trayectoria nacional y sus nombres se darán a conocer en el momento del fallo.

10. Se otorgará un premio único, consistente en la estatuilla “El Quijote de Acero”, quinientos mil pesos (\$500.000) en efectivo y la edición de la obra ganadora de forma virtual e impresa, en la REVISTA DE LITERATURA POLIFONÍA que contempla la publicación de 500 ejemplares ,40 para el autor, 30 para la Universidad Tecnológica de Pereira y los demás serán difundidos como lo crea pertinente la REVISTA LITERARIA POLIFONÍA.

11. LA REVISTA LITERARIA POLIFONÍA Universidad Tecnológica de Pereira, establecerá correspondencia sólo para efectos de la premiación y no devolverá las copias presentadas al concurso, una vez emitido el fallo, se destruirán las obras no premiadas.

12. El premio podrá ser declarado desierto por el jurado si no se encuentra una obra poética que cumpla con los criterios de los evaluadores.

13. La participación en el Premio Nacional de Poesía Universitaria “El Quijote De Acero” implica la aceptación de las bases contenidas en esta convocatoria.

E.MAIL: polifonia9@gmail.com

nithael_21@hotmail.com revistapolifonia.blogspot.com





Revista

POLIFONIA

Colectivo Cultural

**Literatura y Música programa Cultural
de la Emisora de la Universidad
Tecnológica de Pereira.**

Escúchanos todos los martes de 3:00 pm a 4:00 pm en



**Universidad
Tecnológica
de Pereira**



FUNDACIÓN UNIVERSITARIA DEL ÁREA ANDINA

Personería Jurídica Res. 22215 Mineducación Dic. 9/83

SECCIONAL PEREIRA

OFERTA ACADÉMICA

FACULTAD DE CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS

Técnica Profesional en Gastronomía

Técnica Profesional en Estética Cosmetológica

Técnico Auxiliar en Enfermería

Tecnología en Radiología e Imágenes Diagnósticas

Técnica Profesional en Producción de Alimentos

FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS SOCIALES Y HUMANÍSTICAS

Derecho

FACULTAD DE ADMINISTRACIÓN, MERCADEO Y DISEÑO

Administración de Negocios Internacionales

Mercadeo y Publicidad

Diseño de Modas

Diseño Gráfico

Comunicación Audiovisual y Multimedia

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA SALUD

Enfermería -Programa acreditado-

Optometría

Instrumentación Quirúrgica

Informes:
Promoción Institucional
PBX 325 5992 ext. 105/133/156
promocion@funandi.edu.co

*Yo soy de
La Andina!*

www.funandi.edu.co

